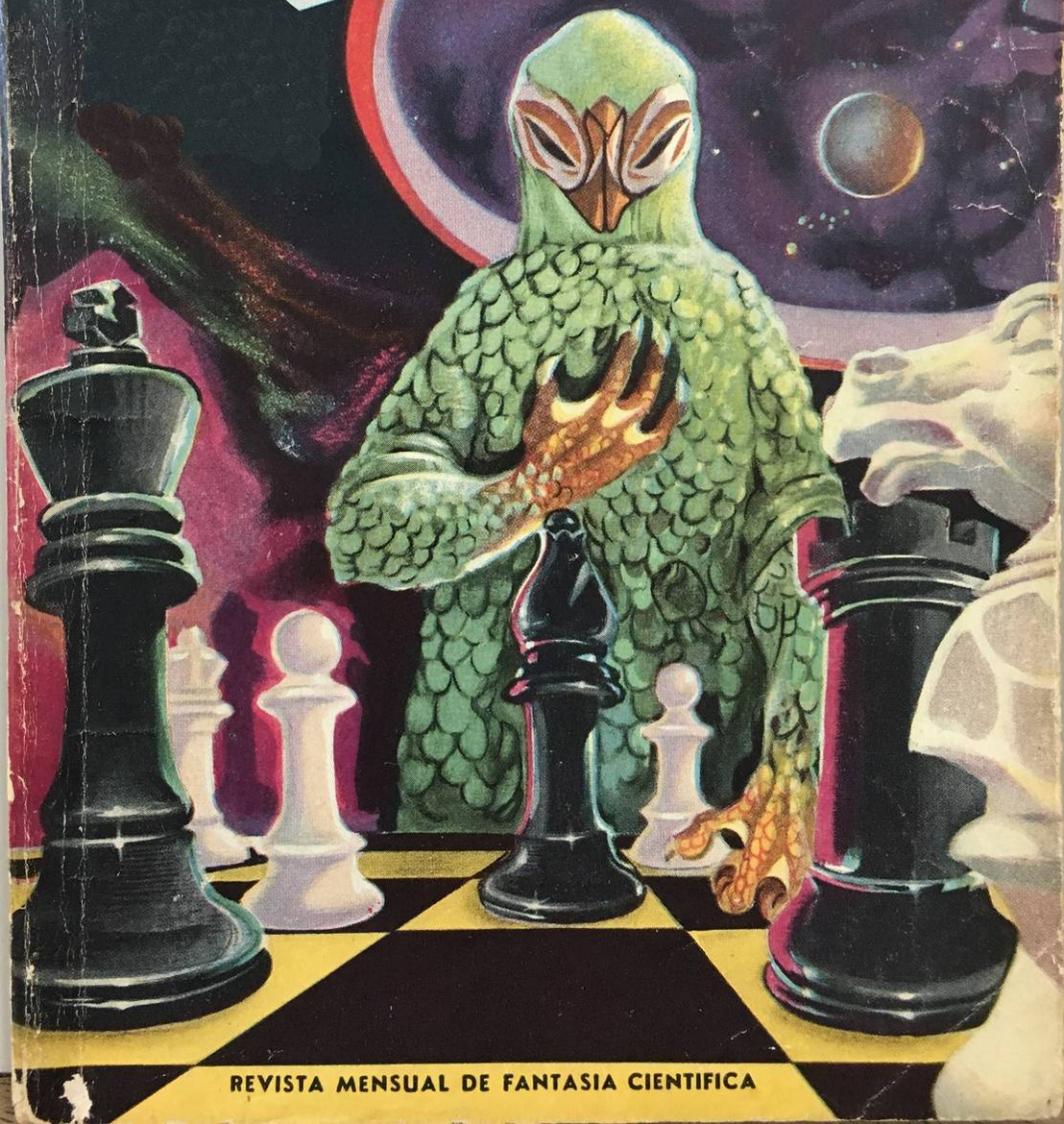


VOL. 1 N° 10

MARZO 1954

# MÁS ALLA



REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA

# EL ORIGEN DE LAS PALABRAS

**ECLIPTICA:** Es la trayectoria que describe el Sol en su movimiento aparente alrededor de la Tierra, o dicho de otro modo, es la órbita de la Tierra alrededor del Sol. ¿Qué tiene que ver esta curva con los eclipses? Pues bien, sólo cuando la Luna se encuentra en esta curva, o muy próxima a ella, pueden producirse eclipses entre Sol, Tierra y Luna.



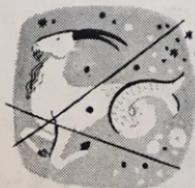
## EQUINOCCIO:

Cuando el Sol está en una posición tal que los días tienen igual duración que las noches, se dice que está en equinoccio (equi = igual).

**TROPICO:** Procede del griego y significa vuelta o regreso, cosa que parece sucederle al Sol al llegar allí desde que deja de alejarse del Ecuador y empieza a volver a él. Para un habitante del Polo Norte, el Sol, al llegar al solsticio de verano, parece retroceder después de haber avanzado hacia él; de allí el nombre de Cáncer dado al correspondiente solsticio, pues Cáncer era un cangrejo legendario que, al igual que todos los cangrejos, caminaba retrocediendo. En cambio, al llegar el Sol a otro solsticio, parece dejar de retroceder y comienza a ir de golpe hacia adelante, a la manera de una cabra; de allí el nombre de Capricornio dado a este trópico, recordando a un animal mitológico, mitad cabra y mitad pez.

## SOLSTICIO:

Viene del latín Solstat; stare, en latín, significa quedar es-

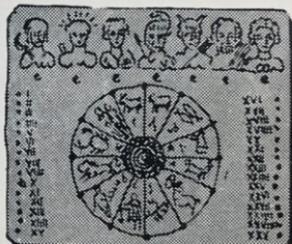


tático, y corresponde al hecho de que el Sol, al llegar a uno de los trópicos, deja de avanzar en la dirección que llevaba para empezar a retroceder en sentido opuesto.

**DIAS DE LA SEMANA:** Los nombres de los días de la semana son los de la Luna y los cinco planetas más importantes conocidos antiguamente:

Luna, lunes; Marte, martes; Mercurio, miércoles; Júpiter, jueves; Venus, viernes; Saturno, sábado.

Los pueblos cristianos latinos han dado al primer día el nombre de domingo, en obsequio a "Dominus", o sea, el Señor; pero los ingleses, alemanes, etcétera, designan al primer día de la semana como día del sol (Sunday, en inglés; Sonntag, en alemán, etc.).



ANTIGUO CALENDARIO ROMANO

**MESES:** Los nombres de los seis primeros meses del año son de origen mitológico: enero, dedicado al dios Jano; febrero, dedicado a Februus, dios de la purificación; marzo, dedicado al dios Marte; abril viene de Aprilus, porque en ese mes, en el hemisferio boreal se abre la tierra al crecimiento; mayo viene de Maia, diosa del crecimiento; junio, de la diosa Juno; los meses de julio y agosto están dedicados a Julio César y a Augusto; septiembre, octubre, noviembre y diciembre significan el séptimo, octavo, noveno y décimo mes, pues el año empezaba en marzo, antes de regir el calendario juliano.



**MAS ALLA DE LA CIENCIA  
Y DE LA FANTASIA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

**SUMARIO**

**ILUSTRACION  
DE LA TAPA**

por Camps

El ajedrez será artículo de exportación de la Tierra a otros planetas. ¿Qué pasatiempos importaremos nosotros de Venus?

**NOVELA (II Parte):**

**LA ISLA DEL DRAGON**, por JACK WILLIAMSON  
*El protoplasma es el principio de la vida: el que lo domine, tendrá un poderío sin límites* ..... 108

**CUENTOS:**

**EL PILOTO Y EL SALVAJE**, por SYLVIA JACOBS  
*La fe en la propaganda mueve los planetas* ..... 4

**LOS MARCIANOS NUNCA MUEREN**, por LUCIUS DANIEL  
*El guardaespaldas perfecto, fiel y transmutor* ..... 44

**MANTENGAN LA FORMA**, por ROBERT SHECKLEY  
*La bondad tiene su recompensa, aun si es difícil describirla* ..... 58

**CUENTOS CORTOS:**

**LOS OTROS HUMANOS**, por JAMES SCHMITZ  
*El que busca encuentra, a menos que lo encuentren a él* 74

**SOMOS CIVILIZADOS**, por MARK CLIFTON y ALEX APOSTOLIDES  
*El vencido vence al vencedor de los vencidos* ..... 94

**ARTICULOS CIENTIFICOS:**

**EL SOL**, por JOSÉ F. WESTERKAMP  
*Continuación de LA CONQUISTA DEL ESPACIO* 26

**TUNELES TERRESTRES**, por WILLY LEY  
*La gravedad y las perforaciones* ..... 105

**NOVEDADES COSMICAS:**

**¿PARA CUANDO LA ENERGIA ATOMICA?** ... 86

**ESPACIOTEST** ..... 56

**CONTESTANDO A LOS LECTORES** ..... 89

**POESIA DE LA INVESTIGACION (EDITORIAL)** 2

Redac. y Administ.:  
Editorial Abril S. R.  
L., Av. Alem 884,  
Bs. As., Rep. Arg.

## poesía

LA investigación científica, en nuestros días desprovistos de poesía, a menudo tiene finalidades determinadas por los gobiernos o por las grandes compañías que la financian. Sin embargo, sólo la investigación libre, animada por la "chispa divina", puede brindar al hombre de ciencia la indescriptible emoción de saber que está luchando para aclarar los misterios del Universo, y ella sola contiene, pulsante y eterno, el germen del progreso. Esta "chispa divina" es la fantasía, que se manifiesta — en el campo científico — en la inspiración genial de un Newton o de un Fermi, y — en el campo literario — en algunos cuentos o novelas que franquean orgullosamente los límites de lo usual y de lo posible.

Que esto lo afirme un editor de MAS ALLA puede parecer presunción o propaganda. Pero cuando lo afirma un ganador del Premio Nóbel en física, sir Edward Appleton, rector de la Uni-

versidad de Edimburgo, en el "Bulletin of the Atomic Scientists", es otro cantar.

Escribe sir Edward: "Es posible que el hecho más extraordinario de la ciencia moderna, en sus investigaciones que van desde el corazón del átomo hasta las fronteras del Universo, sea que ella, al par de la poesía y al par de la filosofía, descubre profundidades y enigmas más allá y muy diferentes del mundo ordinario y común al que estamos acostumbrados. La ciencia ha devuelto al Universo las calidades de riqueza inagotable, de sorpresa y de maravilla, que parecía haberle quitado..."

"Es siempre una idea llena de imaginación o una intuición que da el avio inicial al trabajo experimental... Es como si el conocimiento estuviera empeñado en una partida de ajedrez con la mente, y uno tiene que estar alerta en todo momento, con tácticas nuevas y con estrategias revolucionarias.

## de la investigación

"Hay que formular a la naturaleza las preguntas justas en la forma más directa; al hacerlo — y también cuando uno logra reconocer un sistema o un orden teórico en un cúmulo de datos experimentales —, a menudo se obtiene el efecto de introducir un elemento de belleza y de elegancia en el trabajo del hombre de ciencia. ¿No hablamos a menudo de una teoría hermosa o de un experimento elegante? Un gran experimento nos parece algo que, por alguna razón, no hubiera podido ser hecho de manera diferente. Cambiarle o agregarle algo reduciría su belleza. Desde este punto de vista, un gran experimento está, sin duda, en la misma categoría que una gran obra de arte.

"La ciencia es una de las experiencias mentales más complejas y de mayores alcances... A veces, llegamos a asir precariamente una verdad incompleta, y la conciencia de esto nos impele a buscar verdades más completas y

lograr un entendimiento nuevo... El perseguimiento de la ciencia presenta a la mente humana un desafío permanente a lo largo de una frontera ilimitada, que es cosa muy diferente del enriquecimiento material de la humanidad que puede ocasionar accidentalmente."

EN las páginas de MAS ALLA, la inseparable mezcla de fantasía y de ciencia está presente en sus dos aspectos principales: el literario, en los cuentos y novelas que llenan su mayor parte, y el exclusivamente científico, en las informaciones y artículos que dan cuenta de los resultados de esa gran partida de ajedrez en que está empeñado el inquieto espíritu del hombre moderno.

Y si no hay contraste entre la ciencia y la literatura es porque ambas están iluminadas por la prodigiosa y fascinadora luz de la fantasía.



# el piloto y el salvaje

por SILVIA JACOBS

*Eran hombres de una civilización superior, pero el encanto primitivo de la Tierra les jugaría una mala pasada...*

ilustrado por DAVID STONE



EL embajador del Espacio Exterior se levantó, apretando calurosamente la mano extendida de Jerry Jergins. Jerry se había preparado para casi cualquier cosa: un brontosaurio erudito,

quizás, o una oruga gigante con poderes telepáticos. Pero el embajador no tenía ni siquiera antenas, branquias o pelo verde. Era un ser humano completamente normal y hasta buen mozo. —¿Whisky? ¿Cigarrillos? —ofreció cordialmente el embajador—. ¿En qué puedo serle útil, señor Jergins?

Observándolo, Jerry decidió que había algo de raro en este extraterrestre. Era demasiado perfecto. Su afeitada era demasiado al ras, su piel tan tersa que hacía pensar en las figuras de cera. Cada hebra de su cabello, de un distinguido color gris, estaba impecablemente dispuesta. El descuido elegante de sus ropas cubría un cuerpo que parecía una escultura griega del siglo VI a. de J. C. Ningún ser humano común tendría una apariencia tan serena, tan



atildada, a las tres de la tarde, en una oficina ocupada. ¿Sería una raza, se preguntó Jerry, capaz de tomar por mimetismo y a voluntad cualquier forma de las razas indígenas de cualquier planeta?

—Usted puede serme útil, pero no estoy seguro de que lo quiera —dijo Jerry—. Corre el rumor de que no van a hacer nada para aliviar la huelga de compradores que por culpa de ustedes hay en la Tierra.

El embajador sonrió.

—Me parece que usted no está acostumbrado a recibir el no por respuesta. ¿Cuál es su proposición?

—Me agradaría entrar en contacto con algunas de las firmas de los Planetas Federados, mostrarles cómo se puede colocar su mercadería en la Tierra. La Tierra está clamando por sus productos. Para establecer un medio de intercambio, tendríamos que llevar a cabo campañas simultáneas, haciendo propaganda de las mercaderías terrestres en otros planetas.

—Eso sería difícil, aun para un hombre que fuera tan hábil como usted para la propaganda —dijo persuasivamente el embajador—. Imagínese: la Tierra es el único planeta, entre los que hemos descubierto hasta ahora, donde la propaganda existe como fuerza social y económica.

—¿Cómo diablos puede alguien arreglársela para hacer negocios sin ella? —preguntó Jerry.

—No hacemos negocios en el sentido que usted se imagina. No me interprete mal —añadió con premura el embajador—; no tenemos tampoco una economía comunal. Nuestro bien definido sentido de la ética respecto de los bienes materiales es algo que me resulta imposible describir en el lenguaje terrestre. Es muy simple, tan simple que habría que haber nacido en él para entenderlo. Toda nuestra actitud frente a los bienes materiales está condicionada por el repositor de materia.

—¡Ese aparato! . . . —dijo Jerry amargamente—. Todos los disgustos en la Tierra comenzaron cuando usted lo mencionó por primera vez en la asamblea de la U.N. No hay nadie que no tenga la esperanza de comprar un repositor de materia, y luego no tener que comprar nada más. Si vine aquí fué especialmente para preguntarle si es verdaderamente cierto que teniendo uno de esos aparatos uno puede traer lo que quiere a su casa.

—Así es. En la práctica, por supuesto, si uno repusiera la primera tontería que se le ocurriera provocaría la anarquía económica.

—Pongámoslo de otra manera —insistió Jerry—. Mis mejores ventas las hice en artículos para el hogar. Ahora bien, cuando tratamos de vender una heladera, la candidata o cliente dice que está ahorrando dinero hasta que llegue a la Tierra el repositor de materia. Ella tiene el proyecto de repositar su heladera. . . , no desde la cocina de su vecina (eso sería robar), sino desde la fábrica. Si la fábrica se arruina, la gente supone que el gobierno tendrá que otorgar subsidios. Ahora bien, ¿puede esa mujer, en realidad, repositar una heladera?

—Podría. Pero no querrá.

—¿Por qué no? —preguntó Jerry intrigado.

—Porque si ella tuviera el deseo ilógico e inútil de refrigerar la comida, repositaría simplemente una masa de aire helado de, digamos, el Polo Norte.

—¡Formidable! —dijo Jerry sarcásticamente—. ¡Eso causaría más desembolso en la industria de las heladeras que repositarla sin pagarlas! ¿Qué quiere decir usted con eso de que refrigerar la comida es ilógico e inútil?

—Bueno, en un depósito de comestibles podría haber alguna razón para preservar la comida. Pero no se necesita ni frío ni envasado. ¿Por qué no

rean el alimento? No hay ninguna necesidad de almacenar comida en una casa equipada con un repositor de materia. Usted simplemente reposita una comida por vez. Frutas y vegetales directamente del árbol o del campo. Carne de una carnicería, ya que no es humano sacarle un bife a una vaca viva. Pero hasta eso es innecesario.

—¿Por qué? —Jerry preguntó desconcertado.

—Para poder dedicar la mayor cantidad de esfuerzos a actividades no materiales, cada consumidor puede repositar los elementos químicos de la comida, sintetizar su comida en la mesa. Puede incluso repositar estos elementos directamente en su estómago, o para evitar el esfuerzo de la digestión, en su sistema circulatorio como glucosa y aminoácidos.

—De manera que las heladeras serían tan útiles como las lámparas a kerosén en una ciudad con electricidad —admitió tristemente Jerry—. Supongamos que la señora dueña de casa, ya que no necesita una heladera, reposita una máquina de lavar. A lo que quiero llegar es: ¿hay alguna manera práctica de compensar a la fábrica, darle algún incentivo para producir más máquinas de lavar, sin necesidad de que haya control gubernamental?

—¿Para qué quiere producir la fábrica más máquinas de lavar? ¿Quién querría una? La dueña de casa repositaría simplemente la suciedad de sus ropas al jardín, sin utilizar ni agua ni jabón. O, más probablemente, repositaría nuevas ropas con diferentes colo-

res, telas y estilos. El repositor de materia eliminaría tejedurías y sastrerías. Los océanos terrestres tienen la suficiente cantidad de alga como para eliminar la necesidad de cultivar el algodón, la lana o el lino. O, también, usted podría repositar los elementos químicos, ya sea de la tierra o del agua de mar.

**JERRY** ponderó las extensas consecuencias de estas revelaciones. Por fin dijo:

—En resumen es esto: Todo el bullicio de la actividad material de la Tierra, todo el transporte y la construcción, toda la minería y la industria, el cultivo, la pesca, la prensa y el correo, los barcos y aviones, la limpieza, la pintura, el servicio sanitario, hasta el baño y el arreglo personal, consiste, si se analiza, en un solo proceso: sacar algo de donde uno no lo quiere y ponerlo donde uno lo quiere. ¡No queda un solo invento terrestre para hacerle propaganda!

—Ni uno —coincidió el embajador—; por cuya causa, justamente, la propaganda no se ha desarrollado en los Planetas Federados. Usted tiene suerte de que la Tierra no tenga repositorios de materia. De lo contrario, se quedaría sin trabajo.

—¡Oh, no! —dijo Jerry—. Todavía me quedaría el repositor de materia mismo. Ya sé que otras personas le preguntaron esto antes; pero ¿podría una compañía terrestre obtener la franquicia para importar esas máquinas aquí, o los derechos para fabricarlas?

### A chimentar todo el mundo

**L**os plásticos son capaces hasta de hacer hablar a los mudos. Y esto no es hablar al tuntún. Se están utilizando exitosamente para reconstituir partes de la tráquea, laringe y cuerdas vocales y obtener así que personas privadas del habla puedan volver a hablar. El método se ha aplicado tanto a mudos de nacimiento como a mudos por accidentes o enfermedades.

—No —dijo el embajador, breve y definitivamente.

—Señor Embajador —protestó Jerry—, usted se tomó el trabajo de explicarme una cantidad de cosas que ya debe de estar cansado de explicar a otros terráqueos, sólo para que yo personalmente pudiera estar seguro de que no eran meros rumores o malas interpretaciones. Ahora que llegamos al punto interesante, usted se pone de golpe intratable. ¿Por qué?

—Porque toda vez que una civilización más avanzada se pone en contacto con otra relativamente primitiva, se plantean cuestiones de ética muy serias. Por ejemplo, cuando los blancos llegaron a América, los aborígenes trabaron conocimiento con la pólvora y el fusil.

—¡De manera que ustedes están manteniendo los repositorios de materia lejos de nosotros, igual que la mamá tiene el dulce lejos del chico que se está muriendo por él, porque no le hace bien! Usted dejaría pasar la ocasión de poner su precio...

—Esa sola última frase señala todo el peligro. Usted considera la ganancia personal como el motivo más poderoso, lo cual significa que el repositor de materia sería utilizado para eso, aun por aquellos miembros de su raza con una inteligencia tan fuera de lo común como la suya.

—No trate de dorarme la píldora... —dijo Jerry enojado—, ¡después de haber dicho que los terráqueos no son más que salvajes desnudos, comparados con los todopoderosos superseres de los otros planetas!

—Le pido mil perdones por mi manera de hablar —dijo el embajador—. Se debe al escaso dominio que tengo sobre su lenguaje.

—¡Qué escaso dominio ni que ocho cuartos! Yo creo que ustedes, superhombres, se divierten viéndonos sufrir. ¿Para qué hablar con tanta solemnidad

acerca del daño que podrían hacer, si ustedes saben muy bien que el daño ya ha sido hecho? La simple noticia de que algo así como el repositor de materia podría existir ha hecho aumentar astronómicamente el desembolso, y el mercado se ha venido todavía más abajando. ¡Y ustedes se atreven a teorizar acerca de la ética mientras nos niegan la única cura! —Jerry luchaba contra el impulso casi irresistible de hundir su puño en el demasiado perfecto perfil del extraterráqueo, lo cual (tuvo tiempo de darse cuenta) no haría otra cosa que probar los puntos de vista que el embajador tenía acerca de los salvajes.

—Vamos, vamos —dijo benévolamente el embajador—, tomemos otra copa. Después veremos si puedo ponerle en claro por qué la importación de repositores de materia causaría muchas más dificultades en la Tierra que el anuncio de su existencia, por malo que sea el efecto causado por éste. Para empezar, reconozco que cometí un serio error al mencionar el aparato ante la asamblea de la UN. Sólo tenía la intención de explicar cómo había llegado aquí, sin la ayuda de ninguna nave espacial. Después me abrumaron con preguntas; no pude evitar el contestarlas de la misma manera que no puedo evitar el responder a las suyas. Sí, reconozco que fué un error.

—¿De manera que ustedes, superseres, admiten que son lo bastante humanos como para cometer errores? —preguntó Jerry, algo pacificado.

—Naturalmente que los cometemos. Pero tratamos de no repetirlos. Mire: una vez cometimos el error de exportar repositores de materia a un planeta cuyas reservas naturales y conceptos sociales no eran adecuados para el aparato. Eso pasó hace mucho tiempo, y todavía no se han recobrado de sus efectos. Supongamos que mañana llegara a la Tierra una partida de diez mil repositores de materia...

tema económico de ustedes, ¿quién se quedaría con ellos?

—Las diez mil personas que tuvieran más dinero para pagarlos, supongo. A menos que el gobierno se hiciera cargo de la cuestión.

—¿Puede usted asegurarme que entre esas diez mil personas no hay ninguna que sea inescrupulosa?

—¡De ninguna manera! —dijo Jerry—. ¡Al contrario! ¿De dónde habrían sacado el dinero si no lo fueran?

—Bueno, para ser generosos, pongamos que 9.999 de sus personas más ricas son tan honestas que nunca se lucrarían a expensas del bien público. Eso nos deja un solo ladrón. ¿Qué es lo primero que éste repositaría?

—Hum... , quizás el oro de la Tesorería Nacional.

—¿Y cuáles serían los efectos sobre las finanzas de la Tierra?

—No estoy seguro —admitió Jerry—. No soy ningún especialista en teoría del dinero; pero que creo que el hecho no ayudaría en nada a mejorar la situación mundial.

**SUPONGAMOS** que la idea siguiente de este señor es apoderarse del presidente de los Estados Unidos y exigir un rescate por él. Dado que él no necesita más plata, el precio que pondría podría ser la promulgación de leyes que le otorgaran inmunidad para los crímenes que cometiera. O si no, podría disponer el repositor de materia de manera que lo sacara de la cárcel, o aun de la silla eléctrica.

—¡Suficiente! ¡Ya me doy cuenta! —exclamó Jerry.

—Espere; hay un punto más importante. Supóngase que un gobierno, que usted considera que es el gobierno malo, se apodera de algunas de las máquinas. Antes que nada, por supuesto, repositaría todas las bombas atómicas que hay actualmente en existencia. Luego repositaría bacterias dañinas

en el torrente sanguíneo de las tropas de la UN, de los oficiales y de los obreros civiles. Por último repositaría todas las municiones de los fusiles de la UN. En tanto quede alguna chispa de nacionalismo sobre la Tierra, en tanto haya algún país que tenga un sistema económico y político que considere mejor que el de los demás, los repositores de materia significarán la autodestrucción del planeta. ¿Ahora se da cuenta del porqué de mi terquedad?

—Me doy cuenta —dijo Jerry solemnemente—. Y fuí lo suficientemente tonto como para enardecerme cuando usted nos llamó salvajes. Somos salvajes, evidentemente. ¡Y su gente debe de parecerse mucho a dioses si son capaces de entendedérselas con semejante aparatito!

—De ninguna manera. A un bosquimán de la Micronesia, el piloto al cual se le confía el poder y la velocidad de un B-29 ha de parecerle un verdadero dios. Pero el piloto es un hombre ordinario, muy probablemente menos inteligente aún que el bosquimán; lo diferente es su educación social. Eso de pelear entre sí por las necesidades y los lujos, el proceso que ustedes llaman "competencia", hace tanto tiempo que se ha hecho innecesario entre nosotros que a nadie se le ocurriría dedicarse a los negocios, por lo mismo que a nadie entre ustedes se le ocurriría realizar una danza india en torno de una hoguera, antes de firmar un contrato. No son necesariamente más inteligentes o más virtuosos que su gente; sólo su experiencia social es distinta.

—Usted parece que ha dedicado gran cantidad de tiempo al estudio de las debilidades del alma terrestre —dijo Jerry—. ¿Y qué pasaría si les robásemos el invento, a despecho de la opinión de ustedes? Supóngase que alguien robara los planos o hiciera una copia de algún repositor que usted trajera para su uso personal...

El embajador esbozó una sonrisa.  
—Serían capaces... —dijo—. Por eso no traje ninguno conmigo: para ahorrarles el trabajo de un esfuerzo inútil.

—¿Por qué inútil?

—Porque el repositor de materia es una máquina muy simple. Cualquier muchacho de los Planetas Federados, que tuviera una educación, digamos, equivalente a la de sus escuelas técnicas secundarias, podría construir un modelo que funcionase, aun sin la ayuda de otro repositor. Pero los mejores técnicos de la Tierra no podrían construir uno, ya sea teniendo los planos o copiando un modelo.

—No podrían, ¿eh? —dijo Jerry desafiante, erizándose de nuevo—. Son capaces de separar átomos, transmutar elementos y hacer algunas otras pruebas por el estilo.

—**C**REO que he hablado nuevamente sin tacto —dijo con premura el embajador—. Usted acaba de reconocer que los terráqueos son moralmente salvajes; pero en cuanto digo algo que parezca poner en duda la habilidad mecánica de sus coetáneos, su vanidad racional se ofende. Muy bien, volvamos al piloto del B-29 y al bosquequímán inteligente. La máquina de combustión interna del B-29 es un dispositivo simple en líneas generales, ¿no es así?

—De acuerdo —dijo Jerry.

—Cualquier muchacho de la escuela secundaria, que haya seguido un curso de mecánica automovilista, que tenga

las herramientas necesarias, los metales, el equipo de fundición y el combustible, podría construir un modelo que funcione de un motor de combustión interna, ¿no es cierto?

—Podría, si no fuera tonto.

—Muy bien. Ahora supongamos que el B-29 aterriza en la jungla. El bosquequímán se pone a examinar el motor. Es tan inteligente como el piloto, no se olvide de eso, pero en su medio ambiente no se han producido pozos de petróleo ni refinerías. Jamás ha visto un torno o un micrómetro. No tiene minas ni altos hornos. No puede copiar el motor del B-29 cortando madera o picando piedras, aun habiendo nacido un genio de la mecánica, y no puede usar agua de mar en vez de petróleo. Por tanto dice que el avión vuela por arte de magia. Póngalo usted en el asiento del piloto, y es prácticamente inevitable que el avión se estrelle.

—¿Por qué se toma tanto trabajo explicando todo esto? —preguntó Jerry—. Debería hacerme ver de la cabeza por no haberme dado cuenta en seguida.

—Digamos que estoy tratando de arreglar el mal que le hice a sus negocios cuando se me fué la lengua.

—El hecho es que me ha convencido, señor Embajador —dijo Jerry, ya lo bastante repuesto como para llevar la voz cantante—. Pero sería imposible convencer al público de que no les conviene tener repositores porque se podrían quemar los dedos con ellos. Las estadísticas sobre accidentes jamás le quitaron a nadie las ganas de tener

### Agua salada

**E**L sueño dorado de todo náufrago que ame su profesión es un método sencillo y práctico para transformar el agua de mar en potable. Pues a ponerse contentos, que ya se han ideado tres métodos para ese fin. Claro que el objetivo es poder utilizar el agua salada para irrigar zonas poco favorecidas por la lluvia. Por desgracia, los tres sistemas son a cual más caro, a pesar de que uno de ellos utiliza igual que la naturaleza la energía solar.

un auto nuevo y lustroso. Nadie cree que a él personalmente le pueda ocurrir un accidente; es demasiado listo para eso. Usted no puede convencer a un chico de que no quiera un caramelo y ponerle sobre la mesa alguna otra comida que le llame la atención.

—Sí, salvo que yo, por desgracia, no oculté el hecho de la existencia de los repositores de materia.

—Desde luego que no. Y eso lo deja en fea situación, ¿no es así? Me imagino que no le causará mucha gracia a su gobierno enterarse de que por un pequeño desliz suyo ha revolucionado la economía terrestre.

**P**OR primera vez se alteró la postura del embajador. Su noble frente se llenó de gotitas de sudor.

—Tenía la esperanza de que los malos efectos desaparecieran antes de que tuviera que mandar mi informe —confesó.

—No van a desaparecer por sí solos. Usted sabe muy bien que se están poniendo cada día peor, a medida que las noticias acerca de los repositores de materia llegan más lejos —Jerry se acercó—. Pero usted y yo podemos eliminar esos malos efectos.

—¿Cómo?

—Bueno, le voy a explicar. Cuando vine a verlo, estaba casi seguro de que usted no iba a permitir la importación de repositores de materia. Pero me quedaba un as en la mano. Yo tenía la esperanza de que usted admitiría que la razón que le impedía vender repositores de materia en la Tierra era que en realidad ustedes no tenían esos aparatos. Pensé que quizá los rumores acerca del repositor de materia habían sido exagerados desproporcionadamente. Si usted hubiera admitido eso, yo tenía la intención de darle la mayor publicidad posible. Una campaña para convencer a los terráqueos de que usted los ha estado engañando tendría éxito, porque es parte de la convicción

de Juan Pueblo el creerse muy inteligente, demasiado inteligente como para tragarse todo este cuento acerca de un aparato que jamás vió. Con una rectificación suya que me apoye, yo podría lograrlo. Sería una inyección salvadora de la economía terrestre.

—Usted quiere decir —dijo pensativamente el embajador— que si yo me llamo a mí mismo mentiroso, cosa que en realidad sería si lo hiciera, podría remediar el mal que hice... Eso me coloca en una posición ética muy difícil.

—No tan difícil como en la que se encuentra ahora. Si le resulta más fácil, yo podría prepararle una declaración que le haga salvar la cara, y tenerla lista para que usted la firme el martes. Usted domina perfectamente el inglés, pero ni siquiera un diplomático usando su lenguaje materno es capaz de juzgar las connotaciones y matices de la manera que lo hace un propagandista.

—Es usted muy amable en ofrecerme su habilidad profesional. Tendré que pagarle los honorarios.

—Olvídese de eso —dijo generosamente Jerry—. Es una pequeña retribución a la paciencia que tuvo en explicarme tantas cosas. ¿A qué hora del martes?

—¿Digamos a las dos?

—De acuerdo. Pero antes de ponerme a trabajar en esto, usted no va a hacer el mismo negocio con ningún otro, ¿no es cierto?

—¿Negocio? ¿Yo hice algún negocio?

—Lo que quiero decir es: ¿nadie se le acercó con la idea de que la economía terrestre volvería a lo normal si usted negara la existencia práctica de los repositores de materia? ¿Tengo yo los derechos exclusivos de la idea?

—Usted tiene todos los derechos —dijo el embajador.

—¡Bueno! Con su rectificación firmada, ya puedo casi dar por termina-

da la cuestión. Supongo que la Cámara de Comercio me apoyará. La campaña tiene que estar bien financiada; la cantidad de columnas que le daremos a esta declaración va a ser igual a la que le dimos a la original, pero con eso no alcanza. Es mucho más difícil matar una idea introducida en la opinión pública que esforzarse por implantar una nueva.

El embajador se permitió una sonrisa.

—Estoy empezando a ver la luz del día. Mi rectificación firmada resulta en sus manos una mercadería muy valiosa. Lo que ahora necesita usted es poder. ¿Estaría fuera de lugar que yo contribuyera para los fondos destinados a publicar la rectificación?

—¿Cuánto? —preguntó Jerry con sentido práctico.

—Bueno — explicó el embajador —, yo he tratado de repositar sólo lo imprescindible; pero, como en su planeta existe el cambio de dinero, tuve que pagar los gastos de oficina, habitación, etc. Sintetizar dinero hubiera significado falsificarlo de acuerdo con sus leyes; de manera que yo simplemente reposité una cantidad moderada de oro sin acuñar, y lo voy vendiendo en el mercado terrestre a medida que voy necesitando fondos. El oro no tiene ningún valor en los Planetas Federados, naturalmente. Yo podría obtener toda la cantidad que usted necesitase, con tal que no sea suficiente como para perturbar la economía de la Tierra más de lo que... bueno, más de lo que lo ha sido hasta ahora. Limitémonos a la cantidad que produciría en un año una mina de oro.

—¡Trato hecho! — dijo Jerry con alegría —. Creo que me voy a manejar con un millón de honorarios por mes, además del quince por ciento acostumbrado sobre lo impreso como propaganda, naturalmente. Lo tendré calculado para usted el martes. Dado que usted so-

lo puede financiar toda la campaña, dejaremos de lado la Cámara de Comercio. De esa manera le puedo ahorrar la humillación de tener que firmar una rectificación. Todo lo que tiene que hacer de ahora en adelante es cerrar la boca. No se le ocurra admitir ni por asomo que usted es el ángel que solventa toda esta campaña; eso arruinaría todo. Además, le voy a poner tres hombres al lado para que se ocupen de sus relaciones públicas. Todas sus declaraciones tendrá que hacerlas a través de ellos.

—¿Pero cómo puedo ocultar mi identidad, cuando en realidad estoy apadrinando la campaña? — objetó el embajador.

—Es muy fácil. Basta sólo con crear una organización ficticia, digamos el Consejo de Consumidores. Nadie más que yo necesita saber quién es el que firma los cheques.

—¿Cuánto tiempo durará la campaña?...

—Calcule que necesitaré seis meses para colocar este nuevo producto. Una vez que logremos poner nuevamente en movimiento el comercio, lo mejor es no volver a mencionar el repositor de materia, ni siquiera para negar su existencia. El objetivo final es hacer olvidar a la gente que alguna vez oyó hablar de dicho aparatito. Cuanto mejor lo haga, antes me desembarazaré de este trabajo.

—Yo debería pensar que lo que a usted le conviene es prolongarlo lo más posible; por eso le pregunté cuánto tiempo pensaba que iba a tardar. ¿Usted quiere desembarazarse de este trabajo?

—¡Ya lo creo que sí! Entonces podré dedicarme a algo más grande, algo que durará hasta que la Tierra se civilice, hasta que realmente no haya más que vender... Por lo que usted dice, eso ocurrirá bastante después de que yo me haya muerto.

**P**UEDE ser que me este molestando en lo que no me importe, pero ¿qué es eso tan grande que usted piensa vender después? — preguntó el embajador, con curiosidad.

—La Tierra — dijo Jerry.

El embajador se quedó confuso.

—Lamento, pero no entiendo.

—¿No acaba usted de decir que cualquiera de los de su gente que viniera a la Tierra tendría toda la plata que quisiera para gastar? Bueno, voy a hacer propaganda en los Planetas Federados para que la gente venga y gaste aquí.

—¡Pero ya le he dicho que la propaganda es completamente desconocida en los Planetas Federados! — protestó el embajador.

—Mejor que mejor. Su gente va a ofrecer menos resistencia que los chicos de un jardín de infantes de aquí. El único problema es el espacio y el tiempo.

—El repositor de materia ha resuelto el problema del espacio y del tiempo.

—No. Hablo del espacio y tiempo de la propaganda: el espacio de los diarios y las revistas; el tiempo de la radio y la televisión. ¿Tienen ustedes diarios por allá?

—Tenemos muy poco de lo que ustedes llamarían noticias. No hay guerras, no hay cotizaciones, no hay epidemias, no hay política, muy pocos accidentes... Pero tenemos boletines de información, naturalmente.

—¡Formidable! Además del millón

sividad de la propaganda en los boletines de los Planetas Federados.

—¡Ésa es una situación que no tiene precedentes!

—Usted quiere salir del lío en que se metió, ¿no es cierto? Yo soy el que lo puede sacar, y ése es mi precio.

—Usted es muy duro para regatear, señor Jergins. Muy bien; le conseguiré lo que quiere. Pero lo hago porque estoy seguro de que su idea no va a prosperar. Ya sé que los terráqueos quieren visitar los Planetas Federados; me sobran los pedidos. Tuve que explicar repetidamente que debíamos atenernos a la política de no recibir embajador desde la Tierra y a no intercambiar estudiosos, hasta que la Tierra no haya completado algunos pasos más en su desarrollo. Pero le puedo asegurar que ninguno de los nuestros, fuera de algunos investigadores en sociología comparada, vendrá a la Tierra. Nuestro público puede ver muestras de vestidos nacionales terrestres, de automóviles, etcétera, en los museos. No veo para qué querrían venir aquí, estando como está la Tierra en una etapa todavía tan peligrosa y primitiva.

—No ve para qué, ¿eh? Podría llevarse más de una sorpresa, señor Embajador, más de una sorpresa. Por ahora supóngase que usted es el piloto que acaba de aterrizar en una isla perdida en el espacio. Usted se ha encontrado con un pobre salvaje ignorante. Él no es capaz de reproducir su avión. No es

## Grandotes sonsos



**L**A áureomicina y la cloromicetina, dos antibióticos ya famosos, sirven también para que los gusanos de seda crezcan más rápido. Pero resulta que estos gusanos de crecimiento acelerado producen menos seda que los comunes. Ahí tiene usted lo que pasa por querer hacer apresuradamente las cosas.

si era que usted quisiera comprar. Sin embargo, pronto va a tener ocasión de ver algunas pequeñas artimañas que su raza súpercivilizada olvidó o quizá nunca conoció. Creo que el plato va a ser realmente sabroso.

**C**UATRO días más tarde, la Oficina pro Mejor Comercio, de Oskaloosa, Iowa, atrapó a un sujeto dudoso que había aceptado depósitos monetarios de hombres de negocios de la localidad a cambio de contratos, impresos con mucho detalle pero sin ningún valor, para importar repositorios de materia.

El llamado de atención se cruzó con noticias similares que venían de Nueva Orleans, Reno, Milwaukee. La nota aguda la dió Los Ángeles, donde el público se mostró muy susceptible con los falsos agentes. La noticia sobre un trust nacional de estafadores que estaba capitalizando los deseos del público de comprar repositorios de materia apareció, naturalmente, en todos los diarios. Los periodistas todavía no tenían la menor idea de que estaban haciendo publicidad escrupulosamente preparada.

Aún antes de contratar los espacios en los diarios, Jerry ya había logrado una hazaña. Las cosas estaban de tal manera, que si el embajador del Espacio Exterior cambiaba de idea y resolvía importar repositorios de materia genuinos, le hubiera costado mucho trabajo convencer a la gente de que no era un estafador.

En menos de dos semanas, la campaña publicitaria estaba lista para iniciarse. Jerry usaba mucho espacio en blanco, y el anuncio en sí era tan corto que, después de verlo dos o tres veces, uno se daba cuenta de que se lo había aprendido de memoria. En el centro de una página completamente en blanco de todos los diarios metropolitanos, apareció un par de frases anunciando que el Consejo de Con-

sumidores había depositado en tal banco de Nueva York la suma de un millón de dólares en efectivo, deducidos los impuestos, que serían pagados a cualquier persona, terráquea o extraterráquea, capaz de presentar un repositorio de materia, que pudiera repositar un objeto de un kilo a una distancia de tres metros.

La oferta se reprodujo todos los días durante un mes, y desde el segundo día en adelante apareció un sobreimpreso en rojo, como si estuviera garrapeado a lápiz, que decía: "Hasta ahora nadie se presentó".

La idea se hizo entrar en la opinión pública por medio de tarjetas, de las carteleras, del correo, y molestando a la gente para preguntarles, cuando ya estaban en la cama, si no tenían algún repositorio de materia por ahí, que quisieran vender por un millón de dólares. Los aviones, de día, y los reflectores de noche, contribuían a asegurar que nadie que supiera leer dejaría de enterarse de la cuestión. De los que no sabían leer, se encargaban la radio y la televisión.

En el anuncio no se expresaba ninguna conclusión. Cada uno quedaba con la confortable idea de que su propio intelecto superior y sus poderes de deducción habían dado con la respuesta. Ningún repositorio de materia salió a la venta, de manera que todo el mundo quedó convencido de que tal cosa no existía. Toda la campaña, así como todas las campañas de propaganda anteriores a ésta, dependía de lo que el público dejara de considerar. No se dieron cuenta de que un millón de dólares sería solamente un chiste para quien fuera poseedor de un repositorio de materia, ya que podría repositar toda la riqueza del mundo, incluyendo los millones del banco de Nueva York. La frase mágica "un millón de dólares" era el símbolo universal para todo cuanto se pudiera desear en este mun-

do. Había sido casi imposible encontrar un hombre que tanta cantidad de dinero no tenía valor real.

Tal como lo había prometido Jerry, el embajador no tuvo que publicar ninguna rectificación oficial. Su encargado de relaciones con el público admitió sinceramente ante los reporteros que el embajador no tenía repositorios de materia en su poder: noticia que llevaron todos los servicios telegráficos y que reprodujeron comentaristas inteligentes.

En los sótanos y en los garajes, gente de buena, mala o regular habilidad mecánica se esforzaba para ganar el millón. La Oficina de Patentes estaba inundada de modelos y dibujos de modelos, que no servían para nada. Hasta un individuo de la universidad de Duke trató de patentar su habilidad para influenciar mentalmente la caída de los dados.

**E**N las sesiones del Congreso, la camarilla de Jerry provocó un alboroto acerca de la vergonzosa congestión de la Oficina de Patentes, sin decir, por supuesto, que ellos, los de la camarilla, eran empleados del hombre que había creado la congestión al ofrecer el millón de dólares por un aparato que sabía que ningún habitante de la tierra era capaz de construir.

Otra organización fantasma, apodada Liga Protectora de Inventores, patrocinó una ley de enmienda al acta relacionada con las máquinas de movimiento continuo. Fué aprobada en reunión de urgencia, y después de eso no se aceptaron más solicitudes de patentes de repositorios de materia.

Eso prácticamente remachó la cuestión, porque la mayoría de la gente, que nunca había visto cómo se promulgan las leyes, supuso que si algo se ponía en una ley, debía de haber alguna buena razón para ello.

En menos de seis meses, todos los

ya estaban gastados y hasta dejaron de decirse por la radio.

Aunque su aparición en público era suficiente para que comenzaran los silbidos, el embajador del Espacio Exterior estaba más que agradecido. Se ahorró la desagradable necesidad de tener que informar acerca de su desastroso desliz lingüístico a su gobierno, ya que la economía terrestre estaba nuevamente en la espiral ascendente. Todo el mundo estaba gastando la plata que había ahorrado para comprarse un repositorio de materia.

El embajador pagó alegremente el millón por mes de honorarios y los gastos de publicidad; pero el beneficio mayor de Jerry fué el contrato que le permitía hacer propaganda en los boletines de información de los Planetas Federados. El espacio no le costaba un centavo. Sin embargo, él sabía cómo venderlo por más dinero del que jamás se hubiera pagado por toda la propaganda junta de la Tierra.

Para la época en que la campaña de liquidación del repositorio de materia falló por muerte natural, Jerry había iniciado una organización de hombres de negocios de la Tierra, encabezada por las Asociaciones de Hoteles y Restaurantes, e intereses del transporte, destinada a presentar a la Tierra como planeta primitivo. Los aspectos primitivos de la Tierra, precedía Jerry, iban a ejercer una poderosa atracción sobre los ciudadanos de los Planetas Federados, que debían de estar bastante aburridos de la civilización y necesitarían unas vacaciones de buena ley.

Esta organización no era fantasma, de ninguna manera, pero los hombres de negocios entraron en ella con la vaga idea de que sus hospedajes sólo serían paradas de paso, desde donde se realizarían excursiones a lugares que ellos consideraban primitivos, donde estarían los seres humanos en exhi-

ción, por ejemplo los navajos pintarrajeados, los culis chinos, las danzariñas de hula de Hawaii, los bailarines voduistas, los esquimales...

**J**ERRY llenó el local más grandes de Chicago con una convención, y en el momento culminante de las sesiones descubrió dramáticamente un telón, detrás del cual estaba dibujado el símbolo de la campaña: un bandido enmascarado, con sombrero calado hasta los ojos, empuñando fuertemente una valija repleta en la cual estaba impreso el signo de los dólares. Todo eso rodeado por una leyenda que decía: "¡Vaya a la Tierra a que los hombres lo asalten!".

Un coro rabioso se alzó a la vista del cuadro. A nadie se le había ocurrido que los primitivos a exhibirse serían ellos mismos, a saber: género, hombre de negocios; subespecie, propagandista. Jerry salió algo aporreado de la discusión subsiguiente, pero con lo que cualquier agente publicitario experimentado hubiera calificado de victoria. Su anuncio iba a ocupar el cinco por ciento del espacio. Ahora, lo único que le faltaba era probar en dólares que él sabía aún más de psicología de las masas que sus clientes, lo cual era, naturalmente, verdad.

A pesar de la traducción a un lenguaje más civilizado, el cinco por ciento del espacio de Jerry se valoró sobre el noventa y cinco restante en más de diez a uno. Después de eso, sus clientes se tragaron el orgullo, le dieron mano libre y se contentaron con

sacarle la plata a un torrente de espléndidos y ricos turistas extraterrestres.

Después de dos años de campaña, el correo se rindió y sacó una edición de estampillas de tres centavos conmemorando la primera tanda de turistas, en la que se veía a la diosa Tierra con sus brazos abiertos hacia los cielos estrellados. Jerry Jergins, el segundo agente publicitario en la historia en recibir la distinción de que el Tío Sam hiciera propaganda por sus productos, entró así en los círculos más selectos de su profesión.

Jerry compró estampillas suficientes para empapelar todas las paredes de sus alegres y espaciosas oficinas, para solaz del enjambre de turistas extraterrenales que diariamente invadía el lugar durante las horas de atención al público. Todos querían conocer una agencia de publicidad; para ellos, este fenómeno era la esencia del planeta primitivo, la Tierra. Jerry había grabado una conferencia sobre las costumbres primitivas de la Tierra, que propalaba desde altoparlantes ocultos, completándola con exhibiciones de cultura terrestre primitiva y recalando aquellos aspectos que consideraba que los extranjeros encontrarían más exóticos.

Si se considera de que Jerry sólo había podido aprender de los Planetas Federados aquello que era esencial para su campaña publicitaria, hay que reconocer que había logrado buenos avances en su conocimiento de la "clientela". Todos los turistas con los cuales conversó Jerry habían sido acondicio-

### Oro bueno

**E**L oro, vil y todo como es, ha resultado una ayuda eficaz para combatir las enfermedades del corazón. El método se basa en la aplicación de inyecciones de oro radioactivo, y las mejoras logradas son sorprendentes. No falta quien asegure que si lo repartieran así no más en barra los resultados serían todavía más

espectaculares.



nados, por algún proceso secreto pero aparentemente seguro, para no repetir el error del embajador de mencionar los repositorios de materia u otros aspectos de la vida de los Planetas Federados, que pudieran tener repercusiones en la Tierra. Ni siquiera los chicos de los turistas podían ser sobornados con caramelos. Los turistas hablaban mucho, en un léxico sorprendentemente flúido, y sin embargo decían bastante poco.

Pero Jerry sabía por lo menos una cosa: él estaba removiendo emociones que yacían tan profundamente escondidas bajo capas y capas de tantos siglos de civilización, que esta gente tan pulcra y perfecta jamás se hubiera imaginado capaz de sentir las, antes de visitar la Tierra. Dichas emociones se insinuaban en sus instintos, como el monótono batir de los tambores haitianos se mete bajo la piel del turista civilizado.

Una de las salas de exhibiciones contenía los elementos de trabajo del gangsterismo: ametralladoras, cachiporras, un modelo de automóvil a prueba de balas, algunos recortes sobre allanamientos a casas de juego y prostitución, otros recortes acerca de la ceguera causada por el alcohol de madera. Las botellas del antiguo gin auténtico, obtenido de contrabando, eran muy a menudo olidas pero jamás fueron probadas.

La segunda sala mostraba un diagrama de las fluctuaciones del mercado, mientras en el medio funcionaba un indicador eléctrico automático de cotizaciones. Uno de los recuerdos más preciados era un trozo de la cinta impresa en tal ocasión. Pero la fotografía del cuerpo destrozado de lo que fuera en otras épocas un hombre de fortuna, que se había tirado desde la ventana de su oficina al perder toda su riqueza, causó el comentario mayor. Los turistas encontraban difícil entender cómo

ese hombre podía considerar menos importante su propia vida que su estado de cuentas.

La sala más grande contenía modelos de armas de guerra, una pintura vívida de Pearl Harbour bajo ataque aéreo, otra del hongo de Hiroshima, ya en la era atómica. Había máscaras contra gases, miembros artificiales y una fotografía de un veterano ciego guiado por un perro. Los turistas se amontonaban en las exhibiciones, con toda la fruición con que un simple habitante de la Tierra gozaría en un parque de diversiones.

Y a lo largo de los doce metros de la sala de recepción, una foto mural de una cola de harapientos, esperando la comida en la época de la depresión, serpenteaba sobre las brujadas cabezas de los hermosamente vestidos y elaboradamente alimentados turistas.

UN día, al volver a su oficina, después de almorzar, Jerry divisó un racimo de gente apiñada frente a una de las tiendas más grandes de la ciudad. La muchedumbre se arremolinaba alrededor de un coche celular. Sin ninguna timidez, Jerry se abrió paso a codazos a través de la gente, para ver a dos hermosos y alguna vez atildados caballeros recibiendo una buena zurra de parte de dos policías. Los sospechosos, de aspecto atlético, peleaban con energía, y los policías no se divertían nada. Mientras Jerry miraba, un bastón descendió sobre la cabeza de uno de ellos: el sospechoso número uno cesó de hacer resistencia.

Jerry había entrado en contacto ya con el suficiente número de turistas como para poder reconocer a cualquiera de ellos a primera vista. No es que les tuviera demasiado simpatía a los turistas varones, pero de cualquier manera se sintió un poco responsable. Tomó por el codo al que todavía permanecía consciente.

—Déme su nombre, amigo. Yo le pago la fianza. ¿Qué pasó?

—Nada. Que tomamos algunas cosas de las mesas de la tienda — contestó el turista —. Gracias por su ayuda, pero nos sobra la plata para la fianza. ¿O es que quiere sobornarlos?

—Si les sobra el dinero, ¿por qué diablos no compraron lo que querían, en vez de robarlo?

—Sólo para tener un poco de emoción; nuevas sensaciones y cosas por el estilo. Cuando estás en la Tierra, pórtese como los terráneos.

—Conque nuevas sensaciones, ¿eh? — gruñó el más grande de los policías—. ¡Yo te voy a dar nuevas sensaciones! ¡Ahora mismo! ¡Vamos! ¡Adentro! — Su orden fué complementada con enérgico golpe, propinado con extraordinaria justeza en el asiento de un par de finísimos pontalones que lanzó al turista al camión celular donde su inconsciente amigo había sido ya depositado.

La sirena aulló; disolvióse la muchedumbre delante del camión, y Jerry siguió su camino, riendo entre dientes. Al pasar por un bar conocido, se detuvo para tomar un trago que le asentara la langosta que había comido en el almuerzo. No era un lugar de muy buena reputación, pero por lo menos no vendían bebidas adulteradas.

Al empujar las mamparas de estilo antiguo, lo recibió un estruendo inesperado. Un barítono con varias copas de más estaba cantando una cancioncilla licenciosa, apoyado contra el piano. Aquel parroquiano era evidentemente forastero (más exactamente, del otro lado de la Galaxia), y si se apoyaba contra el piano se debía simplemente a que no podía tenerse en pie. Usaba un saco blanco de gabardina estilo californiano, que después de toda una noche y medio día de uso había dejado de ser blanco. Varias bebidas habían dejado su marca sobre los pantalones celestes. Sólo un físico excelente lo

distinguía de la variedad común de borracho terrestre.

Jerry se quedó junto al mostrador, y a medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad distinguió una escena bastante escabrosa que se estaba desarrollando en el extremo más oscuro. Un redoblonero que Jerry reconoció inmediatamente como habitué del lugar, tenía arrinconada a una hermosa turista. Ella se había retirado tan lejos como la pared se lo permitía, pero él la había alcanzado hacía ya bastante rato.

La capa de chinchilla de la mujer yacía sobre la mesa mojada. Su hermoso vestido de noche dejaba al descubierto unos hombros y brazos que realmente no eran de este mundo. El desnudo estaba sólo contrarrestado por una gargantilla de diamantes, platino y esmeraldas. Jerry sabía, aunque probablemente el redoblanero no, que esa fruslería había sido repósitointetizada tomando alguna pieza de algún museo de la Tierra como modelo.

Era muy difícil saber si el redoblonero estaba más interesado en los diamantes o en la carne tentadora que adornaban. La mujer no hizo ninguna tentativa de apartarlo. Las razones de su complacencia no había que buscarlas lejos. El vaso frente a ella contenía los remanentes de una "Dama Rosa", que tiene el sabor de un refresco y patea como cuatro mulas juntas.

Ella movió la mano para tomar el vaso, y Jerry percibió el brillo de un anillo de diamantes en el dedo anular. Jerry dedujo que ella era la esposa del barítono borracho. A él parecía importarle poco la situación; así que, ¿para qué tenía Jerry que intervenir?

El redoblonero dejó por un momento a su conquista, se acercó al mostrador y le alargó al encargado un billete de cinco dólares. Sin ningún comentario, el encargado sacó de un gancho una llave con el número 13; el experto de

turf se la guardó en el bolsillo. Había en la fachada un pequeño cartel que decía "hotel". Jerry siempre había supuesto que los pisos de arriba contenían también pequeños reservados.

Las hermosas sandalias plateadas de la turista subieron la escalera a tropezones. El redoblono tiraba a medias de ella, y a medias la empujaba. El hombre estaba lo suficientemente sobrio como para saber lo que estaba haciendo. Cuando ella volviera a bajar por las escaleras, tendría menos diamantes.

—¡Oh, él sabía que el mar no era muy hondo, y los peces se podían encontrar cerca del fondo —cantaba el borracho.

JERRY dejó el salón con un gusto feo en la boca. Al cruzar la puerta de su oficina, tuvo la impresión de haberse metido en uno de esos avisos de las revistas ilustradas, donde los hombres y las mujeres son inmaculadamente perfectos. Hermosos turistas se movían en grupos, de una sala de exhibiciones a otra.

Su charla, como siempre, le daba muy pocos indicios. Todavía tenía la sospecha de que en sus planetas de origen, estas hermosas criaturas vivían en simbiosis con algunos animales inferiores, o quizá fueran detestables gusanos intelectuales. Pero nunca tuvo ningún éxito cuando trató de sonsacarles acerca de si allá en su hogar eran como los habitantes de la Tierra o si esos magníficos cuerpos y caras se los daban con el pasaporte.

El irrazonable desagrado que Jerry sentía por los varones se debía en parte incuestionablemente a los celos, porque todos eran altos, buenos mozos y lo bastante atléticos como para ser contratados en masa por Hollywood. Pero esa misma perfección no era del todo repulsiva en las mujeres. Resultaba bastante decorativo tener un



pleto de chicas como ésas dando vueltas por la oficina.

Jerry nunca había visto a ninguna ponerse lápiz de labios o pintarse las cejas. El negocio de cosméticos era uno de los pocos que no habían obtenido provecho de la llegada de los turistas, excepto en lo que al ramo de perfumes caros se refiere y al aumento de consumición de cosméticos por parte de las mujeres terrestres, en su afán de imitar los colores naturales o artificiales de las inmaculadas visitantes. Unos pocos turistas habían traído a sus hijos, y en éstos la piel tan firme, rosada y tersa estaba en su propio elemento. Los niños turistas no se distinguían ni un ápice de los chicos bien alimentados de la Tierra.

Llegó un guía de la Compañía de Turismo para llevarse una remesa de



turistas a visitar las cárceles, garitos y lugares por el estilo. Anunció que iban a ir en ómnibus, y los gritos de horror y al mismo tiempo de deleite con que recibieron esta novedad le hizo a Jerry pensar en alguna dama de la más alta sociedad a quien se la hubiera invitado a montar en un camello.

MIENTRAS el grupo se escurría hacia la puerta, una hermosa visión rubia deslizó su dulce mano sobre el brazo de Jerry.

—¿Es usted realmente el hombre que pensó por primera vez invitarnos a visitar este hermoso planeta? —dijo.

—Creo que sí, señorita. ¿Qué le parece?

—¡Oh, es tan primitivo..., tan elemental!... ¡Todo el mundo creía que visitar planetas atrasados era trabajo aburrido para los antropólogos! ¡Hizo falta usted para mostrarnos lo interesante y excitante que puede ser!

—Es un placer oírle decir eso. Algunos de los turistas se quejan de que la Tierra no es tan primitiva como la propaganda dice que lo es.

—Bueno, ustedes exageran un poquito, pero es más bien en tono de broma, ¿no es cierto? En conjunto no estoy nada defraudada, ¡especialmente si se

trata de los hombres! — dijo ella, agitando las pestañas, tan oscuras y largas que a él le parecieron realmente artificiales.

—¿Los hombres? — preguntó Jerry confuso.

—¡Vamos, vamos! — la rubia platinada suspiró profundamente —. ¡No trate de pasar por inocente! Usted debe de conocer la terrible reputación que en los otros planetas han adquirido los terráqueos como maestros del amor.

—Es cosa nueva para mí — admitió Jerry —; pero me parece que podría ser buena propaganda. Voy a tratar de trabajar algo en ese sentido.

—Siempre pensando en los negocios, ¿eh? ¿Por qué no piensa en algo diferente, para variar? Por ejemplo, en mí. ¿No siente ninguna pena por una chica como yo con nada más que hombres civilizados en mi planeta? — la muchacha hizo algunos pucheritos invitadores.

Jerry, poco a poco, comprendió que lo estaban arrinconando. Bueno, bueno, pensó; quizás había sido un poco apresurado al juzgar al redoblnero.

—Ya que lo menciona — dijo —. No le tengo aversión al papel de donjuán galáctico.

—¿Qué es un donjuán?

—Me daría vergüenza explicárselo verbalmente a una chica no familiarizada con las costumbres primitivas de la Tierra; pero soy muy bueno para el oficio mudo. ¿Qué le parece si cenamos juntos esta noche?

—Bien, con tal que usted me deje pagar la cuenta. ¡Adoro tanto esa extraordinaria costumbre de cambiar la

comida por pequeños pedazos de papel!

—No quiero quitarle ningún placer, nena. La espero en el Ritz a las ocho. Sopa y pescado. Después iremos a ver mis fotos murales. Ahora váyase si no quiere perder el ómnibus.

Jerry estaba en el séptimo cielo. Decidió que, dejando de lado los beneficios, este trabajo tenía sus lados estéticos. Su exuberancia se aminoró un poco ante la cara señuda de su secretaria.

—Un hombre muy importante lo está esperando — dijo con tono desaprobador —. Lo mandé a su oficina. Lo menos que podía hacer era mandarlo a un lugar donde no tuviera que oler ese perfume que usan estas descaradas turistas. ¡Es como para enfermar a cualquiera!

EN el sillón para visitas estaba esperando el embajador del Espacio Exterior, mientras miraba con aire malhumorado las infinitas reproducciones de la diosa Tierra en la colección de estampillas con las que Jerry había empapelado la pared.

—¡Bueno, quién iba a decirlo! — exclamó Jerry—. ¡Un piloto de verdad y vivo! ¡Bien venido a mi humilde choza! ¿Whisky? ¿Cigarrillos? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Puede apagar su fogata, caníbal — dijo el embajador, con cara de pocos amigos —. Me parece que ya hizo bastantes guisos.

—¿Por qué me trata con tanta dureza? — preguntó Jerry —. Creí que yo era su mejor amigo en esta jungla. ¿No

le hice una vez un favor, señor Embajador?

—¿Un favor? ¡Bien que le pagué por él; no sólo en plata, sino consiguiendo que le permitieran hacer propaganda en los Planetas Federados! ¡Nunca pensé que esto podría terminar en algo así!

—Usted creyó que yo no lograría abrirme paso, ¿eh?, ni siquiera después de demostrarle que de la noche a la mañana hice cambiar la opinión de la Tierra acerca de los repositorios de materia.

—¡Oh, estaba seguro de que usted podía hacer lo que quisiera con su gente! ¡Ese es su trabajo! ¡Pero nunca pensé que mi raza respondería de tal modo a ese llamado a sus emociones primitivas!

—No era usted el único que creía eso — dijo Jerry con presunción —. Algunos miembros prominentes de mi organización querían que la campaña fuera más civilizada. Les demostré que estaban equivocados. ¿No se da usted cuenta de que su gente está hasta la coronilla de tanta civilización? La esencia misma de la atracción que sobre ellos ejerce la Tierra, surge de que el venir aquí les da ocasión de relajar su ética, de jugar a hacerse los indígenas.

—¡No fastidie con eso! — repuso el embajador, intranquilo.

—No tiene nada de nuevo. Los turistas siempre han sido así. ¿A que no adivina lo que vi mientras iba a almorzar? ¡La policía se llevó a dos de los suyos, por rateros! Y a ellos les parecía una cosa tan divertida viajar en un coche celular... En su mundo, jamás se les ocurriría nada que no estuviera permitido, pero aquí, en la Tierra, es diferente.

—Y, por payasadas como ésas, yo ya estoy medio loco redactando cursos de "Aprendizaje durante el sueño" — gruñó el embajador —: "Frases idiomáticas inglesas", "Qué cosas no se deben decir en los planetas atrasados... y por qué"

"Guía de la moda terrestre: qué es lo que usted puede comprar allí y qué es lo que puede repositar"... ¡Y, a todo esto, se supone que yo soy un diplomático y no un consejero de modas!

—¿Por qué no toma alguna gente para que lo ayude? — sugirió Jerry.

—Ya lo hice. Tomé todo un equipo, con oficinas en todas las ciudades principales, para cambiar platino y piedras preciosas por la moneda terrestre. ¡Le aseguro que mantener estable el circulante en la Tierra, bajo esta carga, es una tarea de gigantes!

—No lo está haciendo mal — dijo Jerry, con tono confortante.

—¿Sabe lo que me preguntó una de nuestras ciudadanas el otro día?... ¡que cómo podía ella hacer para obtener una licencia de casamiento! Los funcionarios de ustedes la habían rechazado porque ella estaba condicionada para no mencionar ni su lugar ni su fecha de nacimiento. ¡Imagínese una ciudadana de los Planetas Federados que quería casarse con un terráqueo y vivir en este tosco rincón galáctico el resto de sus días! ¡Pero si ni siquiera sabemos si las razas pueden cruzarse!

—Debería averiguarse eso — propuso Jerry.

—¿Qué está usted intentando? — preguntó el embajador —. ¿Arrastrar a los ciudadanos de los Planetas Federados hasta el nivel de esta jungla? Usted supone tácitamente que a esos rateros, cuando vuelvan al mundo de donde vinieron, se les podrá entregar con confianza, nuevamente, sus repositorios de materia; pero yo no estoy seguro. Y no tenemos cárceles donde echarlos... Tendríamos que construir algunas. ¡Cárceles a prueba de repositorios de materia!

—ESO es problema de ustedes — dijo Jerry—. Todo lo que yo trato de hacer es ganar dinero para mí y algunos otros hombres de negocios de la

## Congelamientos

Si se le congeló alguna parte del cuerpo, caliéntela rápido. Esa es la última de las recomendaciones revolucionarias de la Cruz Roja en materia de primeros auxilios en contra de la técnica antigua de calentamiento paulatino.

Tierra; lo cual estoy haciendo, gracias a usted, y dificulto que pueda frenarme a esta altura. Sus ciudadanos no se quedarían muy contentos si mis avisos dejaran de aparecer en sus boletines de información.

—¡Dinero! — aulló el embajador —. En lo único que ustedes piensan es en el dinero! — se inclinó sobre el escritorio de Jerry —. ¿Qué diría usted si pudiera repositar el dinero, es decir, el oro, producto de toda su actividad, sin necesidad de hacer todo este trabajo?

—Hum — dijo Jerry, pensando en la rubia con quien tenía cita esa noche y en otras turistas igualmente atraídas —, el dinero no es todo en la vida... Pero no se olvide del impuesto a los réditos. Tengo que tener algunos gastos justificables.

—Conociéndolo como lo conozco, sé que eso no sería más que un detalle para usted.

—¿Qué quiere usted sugerir?

—Hace dos años usted vino a mi oficina, queriendo importar repositorios de materia. Yo le dije que la civilización terrestre no estaba preparada para eso...

—Todavía no lo estamos, de acuerdo con lo que usted dice acerca de los instintos egoístas.

—No, no lo están. Pero ustedes tienen métodos para manejar la actitud y la opinión públicas, que son mucho más avanzados que en otros planetas.

—¡De manera que usted admite que hay algo en que somos más adelantados! — dijo Jerry con alegría.

—¿Qué tal le resultaría si el nombre de Jerry Jergins pasara a la historia como el iniciador de la campaña más significativa en relaciones públicas que se haya jamás realizado en este planeta? — preguntó tentadoramente el embajador —. Si hay alguien que puede conseguirlo, es usted.

—Tratando de engatusarme, ¿eh?... ¿Qué clase de campaña? Si

blar, hable; pero no le puedo asegurar nada.

—Su trabajo sería preparar la psicología y sociología terrestres para que en este planeta pudieran usar el repositor de materia.

Jerry reflexionó:

—¿Eso significa que habrá que eliminar las guerras y hacerle la competencia a la U.N.? Tengo ciertas ventajas sobre la U.N. Yo no tendría toda esa pléyade de políticos moviendo los hilos entre bambalinas.

—La campaña tendría que ir más lejos y más al fondo que a la U.N. Su objeto sería hacer que cada uno de los habitantes de la Tierra se preocupara más por su vecino que por sí mismo.

—Hace dos mil años — dijo Jerry con sobriedad — vivió un hombre más capacitado que yo, que tuvo la misma idea. La campaña que él inició está todavía en movimiento. En algunos lados prendió; pero, en síntesis, yo diría que no tuvo aceptación universal.

—¿Entonces usted no se cree capacitado para realizarla? — preguntó el embajador, algo abatido.

—Yo no digo ni que sí ni que no. Podría predicar nuevamente los diez mandamientos: no matarás, no deseñarás los bienes de tu prójimo... Podría conseguir que Walt Disney hiciera películas con eso...

—Veo que ya se le están ocurriendo ideas — dijo el embajador. — Yo estaba seguro de que usted se iba a interesar en esto. ¿Firmamos el contrato?

—No — dijo Jerry, seca y definitivamente.

—Un momento, señor Jergins — protestó el embajador —. ¿Por qué se pone de pronto tan descortés? ¿No se da cuenta de lo que le ofrezco? ¡A cambio de la liquidación de todo este negocio de turismo, le ofrezco nada menos que el repositor de materia!

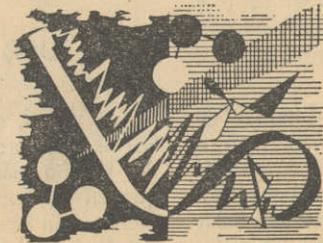
Jerry se levantó y apoyó las manos

sobre el escritorio. — Ya le dije que algo iba usted a aprender en esta jungla, señor embajador. Bueno, ahí lo tiene. Tal vez seamos niños en mecánica, de acuerdo con su punto de vista; pero así, salvajes como somos, podemos producir todo lo que necesitamos. Desde que hemos comprendido que lo que la tierra produce no es bastante bueno para nosotros y desarrollamos el negocio turístico interastral, los negocios van viento en popa. Y cuando los negocios marchan, podemos distribuir los productos terrestres de la manera que mejor nos conviene: un recurso primitivo, quizá piense usted, pero se adapta a la desafortunada circunstancia de que no somos todos santos que viven en un mundo ideal. Una vez yo le pedí repositores de materia, y usted fué lo bastante inteligente como para rechazar mi pedido. Me alegro de que lo hiciera. Nos hubieran causado más daño que la bomba atómica. No los queremos. ¿Entiende eso?

Jerry cruzó la habitación a grandes zancadas. Allí había, desentonando furiosamente con el resto de los muebles, un objeto de colores brillantes. Un poco sin saber en qué gastar tanto dinero y otro poco para satisfacer un deseo de su más tierna infancia, Jerry había comprado hacía un mes o dos una victrola automática de verdad, igual a las que ponen en los bares.

Jerry revolió en su bolsillo buscando una moneda, la metió en la ranura y apretó el botón número siete. Los acordes estridentes de "Yo no quiero irme del Congo" llenaron la oficina y, más efectivamente que lo habría hecho cualquier argumento, terminaron con las observaciones que pudieran ocurrírsele al embajador.

—Si me perdona — gritó Jerry desde la puerta —. Tengo algunas cosas que poner a punto, y además debo practicar con una hermosa conciudadana suya, un antiguo rito tribal que aquí en la tierra llamamos cita.



### Civilización enérgica

LA cantidad de energía que se utiliza mundialmente aumenta por año en tres por ciento. Esto significa que si no contamos con otras fuentes de energía que las que se utilizan actualmente, antes de cien años habríamos agotado todo el carbón y el petróleo y con ello las posibilidades de la existencia de civilización tal como la conocemos.

continuación de

# La Conquista del Espacio

# EL SOL

por JOSÉ F. WESTERKAMP

PARA nosotros, los habitantes de la Tierra, el Sol es, sin lugar a dudas, el cuerpo celeste más importante, no sólo por ser nuestro Astro Rey, es decir, el que rige el sistema solar controlando los movimientos de todos sus integrantes y en particular el de nuestra Tierra, sino por el hecho de que el Sol es una estrella. Pero es una estrella que se encuentra tan cerca de nosotros que su luz apenas tarda un poco más de ocho minutos en llegarlos, mientras que la de la estrella más cercana después de él, que es la llamada Próxima del Centauro, situada 275 mil veces más lejos, demora 4 años y un tercio en alcanzarnos.

Sea visual, sea fotográficamente, el Sol se nos aparece como un disco nítido, mucho más brillante en el centro que en los bordes. La observación directa, como es sabido, debe hacerse con mucha precaución a fin de evitar daños irreparables a los ojos. La observación a través del telescopio, como ordinariamente se hace con la Luna, tampoco es posible: el observador quedaría ciego de inmediato por la enorme cantidad de luz que recibiría, al extremo de que un trozo de papel, que se colocara en el sitio donde se pone el ojo en el telescopio, ardería al cabo de unos instantes. La observación visual debe

que son aparatos que reflejan la mayor parte de la luz después que ha entrado al telescopio.

La observación fotográfica ha desplazado al método visual; para ella, la enorme cantidad de luz recibida no es obstáculo, pues basta usar placas lentas, de grano más fino que las rápidas corrientes, y usar tiempos de exposición cortos, de un milésimo de segundo o menos.

A la superficie intensamente brillante del Sol se la ha llamado *fotosfera*, y quizá uno de los fenómenos más curiosos y apasionantes que ella revela son las "manchas solares", algunas de gran tamaño, más grandes aún que la Tierra. Por encima de la fotosfera se extiende la *cromosfera*, de color rojizo, a partir de la cual se elevan las grandes *prominencias* o *protuberancias*, como llamaradas; más lejos todavía se extiende la *corona solar*, tan característica durante los eclipses totales de Sol.

EL diámetro aparente del Sol, o sea el ángulo bajo el cual se ve el disco solar, es de un poco más de medio grado; expresado en segundos de arco, son 1920". Con este dato y conociendo la distancia a que se encuentra el Sol, un simple cálculo permite hallar el diámetro verdadero, que resulta ser de 1,4 millones de kilómetros, es decir, un poco más de 109 veces el diámetro terrestre. Ello significa, teniendo en cuenta que los volúmenes son proporcionales a los cubos de los radios, que el volumen del Sol es 1,3 millones de veces el volumen de la Tierra. No obstante, su peso es solamente 333 mil veces el de nuestro planeta. Por lo tanto, su peso específico promedio es de 1,4 gramos por centímetro cúbico: un poco superior al del agua, pero mucho menor que el de la Tierra.

Nótese que el tamaño del Sol es tan grande que, si se colocara en su centro

a la Tierra, la órbita de la Luna vendría a caer dentro del Sol, un poco más allá de la mitad de distancia del centro al borde.

La aceleración de la gravedad en la superficie solar es 27,6 veces la terrestre. Una persona que pesara 60 kilogramos en la Tierra, en el Sol pesaría aproximadamente ¡una tonelada y media!

El Sol está rotando en el mismo sentido que la Tierra, alrededor de un eje inclinado en 83° respecto al plano de la órbita terrestre (eclíptica); dicho eje apunta hacia un sitio situado a mitad de camino entre las estrellas Polar y Vega. No pensemos, sin embargo, que la rotación del Sol se lleva a cabo como si fuera un cuerpo perfectamente rígido, no; hay puntos que giran más rápidamente que otros; por ejemplo: un punto del ecuador solar da una vuelta completa en 25 días; un punto situado a 45° de latitud tarda 27 días y medio, y uno a 80° demora 33 días en cumplir una vuelta entera.

CUANDO, en 1610, Galileo enfocó por primera vez hacia el Sol su telescopio, descubrió ya las manchas solares oscuras, que tan famosas habrían de hacerse. En un principio no supo si se trataba de sombras de objetos que se encontraban entre el Sol y la Tierra; pero bien pronto concluyó que eran manchas situadas en el propio cuerpo del Sol y que sus movimientos a través del disco, de E a O, se debían a la rotación solar alrededor de su eje. Dos siglos y medio después, el famoso astrónomo Herschel pensaba que esas manchas podían atribuirse al cuerpo negro y sólido del Sol, conforme se presentaba a nuestra vista; pero hoy está fuera de toda duda establecido que no hay tal cuerpo negro y sólido. Sin embargo, la incertidumbre acerca del origen de esas manchas subsiste todavía entre los astrónomos actuales.

La superficie de la fotosfera presenta un aspecto granular; algunos gránulos son gigantes, de cientos de kilómetros de diámetro, pero apenas permanecen durante algunos segundos, como ha podido observarse registrando rápida y sucesivamente varias fotografías. Se manifiestan como si fueran las crestas de las olas de un mar embravecido, y allí aparecen los grandes vórtices llamados manchas solares, de donde salen nubes de formas cambiantes. Al observar una mancha solar, se tiene la impresión de que sus bordes se dirigen hacia adentro: son como agujeros en la fotosfera. Examinados con fotografías espectroheliográficas, que es un método ingenioso por medio del cual se obtienen fotografías con la luz de una sola línea espectral, se puede ver cómo las masas de vapores de hidrógeno y de calcio, que las cubren y rodean, remolinean como torbellinos. El aspecto de la mancha solar es como si se tratara de un gas incandescente que se precipita hacia dentro y una corriente de gas enfriado que escapa hacia fuera.

Las manchas son fenómenos cíclicos que se repiten aproximadamente cada 11 años, y ligados a las cuales ocurren fenómenos tales como los de las auroras polares: esos maravillosos arcos de luz que aparecen por encima del horizonte norte, generalmente de noche. Las auroras se presentan ordinariamente en latitudes extremas, y, más frecuentemente, cuando el número de manchas solares es grande; en ocasiones se observan en latitudes templadas y no cabe duda de que su aparición está relacionada de alguna manera con las manchas solares. También la brújula manifiesta a veces la acción de las manchas, viéndose sometida a pequeñas oscilaciones, en ocasiones mayores que otras; y en particular, cuando las manchas muestran una actividad poco común, se presentan "tormentas mag-

néticas", durante las cuales la brújula se sacude violentamente y las comunicaciones telegráficas en la Tierra llegan a interrumpirse debido a corrientes eléctricas en nuestro planeta.

Las prominencias podían antes observarse solamente durante los eclipses, pero desde 1865 se las estudia cómodamente con ayuda del espectroscopio, maravilloso auxiliar de la física y de la astrofísica. Así como las estrellas no pueden verse durante el día debido a que el cielo está demasiado brillante por la luz solar, tampoco sería posible, por igual razón, observar las prominencias; pero el espectroscopio descompone la luz del cielo, que es luz reflejada y dispersada, en una serie de líneas de diversos colores (lo que se llama espectro), repartiendo y reduciendo su intensidad. La luz que emiten las protuberancias está compuesta por una sola línea muy brillante que se destaca nítidamente sobre el espectro de la luz emitido por el resto del Sol. El estudio de las protuberancias se reduce así al estudio de esta línea, fácilmente observable en el momento que mejor le convenga al astrónomo.

Analizada la luz solar en el espectroscopio, se observa un enorme número (22.000) de líneas oscuras situadas a todo lo largo del espectro. Son las clásicas "líneas de absorción" de Fraunhofer, oscuras debido a que la correspondiente línea emitida por la fotosfera ha sido absorbida por los gases incandescentes, pero más fríos, de la cromosfera. Pero esas mismas líneas, en esa misma longitud de onda, se han podido observar "en emisión", es decir, brillantes, durante los pocos segundos del comienzo o del fin de un eclipse total de Sol, cuando la fotosfera brillante queda oculta por la Luna en tanto que la cromosfera rojiza, que emite ahora las líneas, sigue estando visible por fuera del borde lunar.

La corona solar es una atmósfera blanca que se extiende unos 500 mil kilómetros alrededor del Sol, alcanzando algunas de sus ramificaciones hasta 8 millones de kilómetros. Aunque el total de su luz, medida en el eclipse de 1925, es la mitad que la de la Luna, su observación fuera de los eclipses es sumamente difícil, dada la pequeña cantidad de luz emitida por centímetro cuadrado. La corona es extremadamente tenue, tanto que el gran cometa de 1882 pasó directamente a través de ella sin cambio perceptible en su velocidad. Las observaciones indican que su tenuidad es tal que apenas si hay una partícula de polvo cada 10 metros cúbicos.

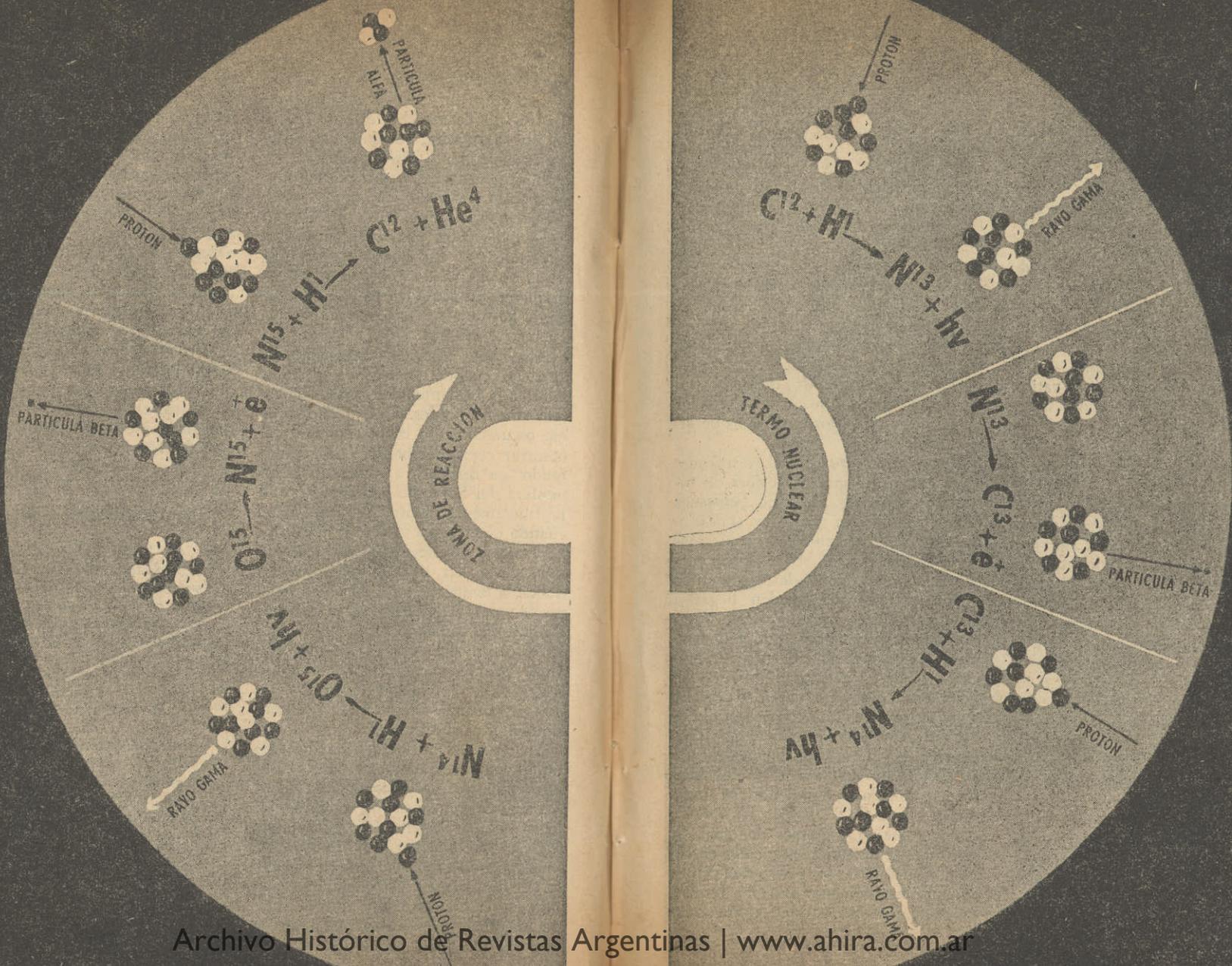
Algo que llama poderosamente la atención cuando se observa el disco solar es la brillantez del centro comparada con los bordes. La explicación de ese oscurecimiento es la siguiente: al observar cerca del borde, estamos mirando, en realidad, a través de la atmósfera del Sol y no podemos ver tan profundamente dentro de éste como cuando observamos el centro del disco. La luz que nos llega del borde sale de muy cerca del tope de la fotosfera, donde la temperatura es más bien baja; por lo tanto, es luz débil en intensidad, y rojiza. En cambio, lo que observamos en el centro del disco es luz que proviene principalmente de las proximidades de la base de la fotosfera, que está a muy alta temperatura; por consiguiente, es luz luminosa y azul.

La opacidad de la fotosfera ha sido durante muchos años otra de las cosas sorprendentes de la astronomía solar, habiéndosele encontrado explicación sólo en tiempos recientes. Siempre había llamado la atención que nuestra atmósfera, que es mucho más densa que la del Sol, fuera prácticamente transparente a la luz, en tanto que la solar era absorbente. Más adelante veremos cómo se interpreta este hecho curioso.

NOS ocuparemos a continuación del calor del Sol y de su temperatura. Para tener una idea concreta del calor que desprende, veamos un ejemplo. Su radiación calorífica, conforme se manifiesta a la distancia a que está la Tierra, fundiría en un minuto una capa de hielo de un cuarto de milímetro de espesor colocada perpendicularmente a los rayos solares, en el supuesto de que toda la energía recibida fuera absorbida. Como la intensidad de la radiación varía inversamente al cuadrado de la distancia, para obtener la intensidad de radiación en la superficie del Sol debemos multiplicar la intensidad que recibimos en la Tierra por el cuadrado de la relación de la distancia Tierra-Sol al radio del Sol (700.000 km.), es decir, debemos multiplicar aquella cifra por 46.000. Por lo tanto, en la fotosfera, la radiación fundiría en un minuto una capa 46.000 veces más espesa que la men-

### Diagrama del ciclo del carbono

Se llama así a la cadena de reacciones nucleares de donde obtiene el Sol su enorme energía. El ciclo comienza en la sección del círculo señalada con el número uno, y termina en el número seis. El resultado total es la producción de un núcleo de helio, o partícula alfa, a partir de cuatro núcleos de hidrógeno, y la emisión de cierta cantidad de energía. La circunferencia exterior indica la esfera solar. La interior señala la zona donde se realiza el ciclo. El símbolo  $h\nu$  significa que se ha desprendido una cantidad de energía proporcional a la frecuencia  $\nu$  de la radiación;  $h$  es una constante universal llamada constante de Planck. (Véase texto).



cionada, lo que equivale a una capa de 12 metros de espesor. Como cada centímetro cuadrado de la superficie terrestre recibe por minuto 1,94 calorías (0,00018 HP), la radiación que cae por metro cuadrado desarrollaría 1,8 HP en el caso de ser convertida totalmente en trabajo. En la superficie del Sol, cada centímetro cuadrado desarrolla continuamente 8 HP.

**D**E dónde saca su energía el Sol? Al año, nuestro planeta recibe una energía mucho mayor que toda la que producirían los combustibles de nuestra Tierra. Y no obstante, esa energía recibida por la Tierra es sólo una pequeñísima fracción de la energía total irradiada por el Sol, ya que la mayor parte de ésta, o sea unos  $4 \times 10^{26}$  (un cuatro seguido de 26 ceros) vatios, escapa a los espacios interestelares. Para obtener la emisión por segundo y por centímetro cuadrado de superficie solar, basta dividir aquella cifra por la superficie del Sol, que es  $6,1 \times 10^{22}$  cm<sup>2</sup>. Obtenemos así  $6,2 \times 10^3$  vatios por centímetro cuadrado. Para darnos una idea de lo que esta cifra representa y para saber a qué temperatura debería estar el Sol para poder producir semejante irradiación, pensemos en que un radiador común de calefacción (que funciona con agua hirviendo) da  $10^6$ , o sea 0,1 vatio por cm<sup>2</sup>; que una estufa a 500° irradia unos 2 vatios por cm<sup>2</sup>, y que el filamento de una lamparilla eléctrica, calentado al blanco (2000°) emite unos 200 vatios por cada cm<sup>2</sup>. Como sabemos por lo que nos enseña la física que la radiación de los cuerpos calientes es proporcional a la cuarta potencia de la temperatura "absoluta", es decir, de la temperatura que se obtiene sumando 273 a la temperatura ordinaria, es bastante fácil calcular a cuántos grados debe estar la superficie del Sol para emitir los  $6,2 \times 10^3$  vatios por cm<sup>2</sup>. Esa temperatura

resulta ser de unos 6000°. Un razonamiento simple nos hace ver en seguida que la temperatura de su interior tiene que ser aún más alta, a fin de que haya la diferencia de temperatura necesaria para dar lugar al flujo de calor desde las regiones centrales hacia la superficie. El cálculo da 20 millones de grados como temperatura del centro del Sol, con una disminución progresiva hacia afuera; a mitad de distancia entre el centro y la superficie, la temperatura ha bajado a unos 5 millones de grados.

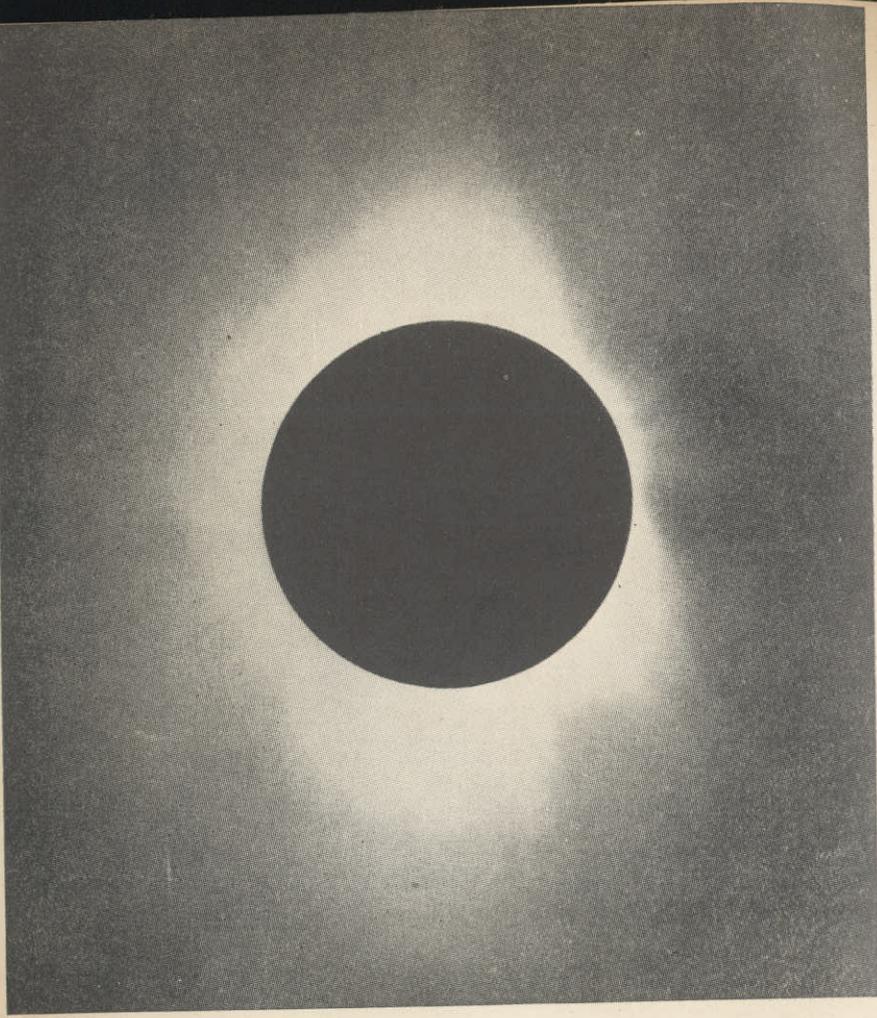
Difícil nos resulta formarnos una idea de lo que son 20 millones de grados; quizá baste decir que si en la Tierra fuese posible construir una estufa de algún hipotético material refractario capaz de resistir semejante calor, por radiación térmica quemaría ¡todo lo que se encontrase a su alrededor en un radio de varios centenares de kilómetros!

Vemos, pues, que el Sol se nos presenta como una inmensa esfera de gases muy calientes. Pero no pensemos que se trata de un gas en las condiciones que habitualmente lo encontramos en la Tierra. No; en el Sol reinan presiones enormes, particularmente en la región central, que pueden llegar a 10 mil millones de atmósferas. Y en esas condiciones, el gas está tan comprimido que su densidad supera en mucho a la de los cuerpos líquidos o sólidos ordinarios. La densidad de las materias gaseosas que componen el Sol debe de aumentar conforme nos dirigimos hacia su centro, donde debe de ser 70 veces superior a su densidad media, calculada dividiendo su masa por su volumen ( $2 \times 10^{33}$  g/1 :  $4 \times 10^{33}$  cm<sup>3</sup>), o sea: 1,4 gramos por cm<sup>3</sup>. Si queremos tener una idea grosera de cómo deben de estar los gases en el centro del Sol, imaginémosnos que ellos forman un flúido viscoso aunque elástico, sie-



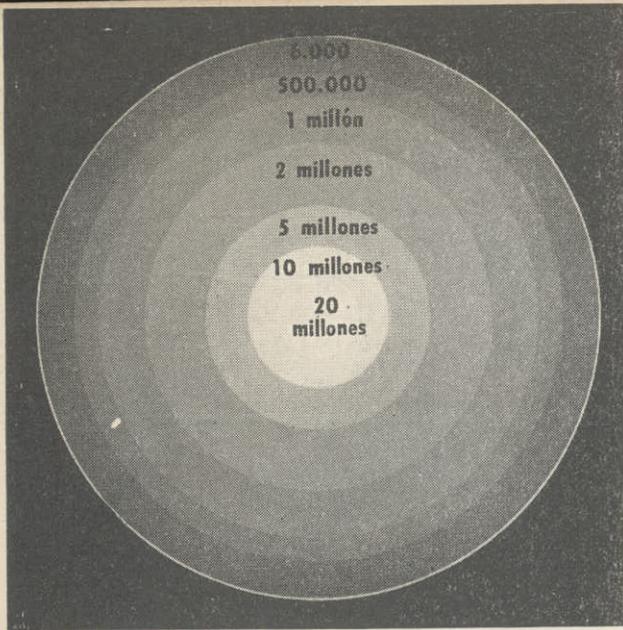
El Sol visto desde Mercurio. Debido a la atmósfera reducida del planeta, el color del cielo es negro, parecido al que se observaría desde la Luna. El Sol, por supuesto, aparece mucho más grande, aunque de tamaño variable a consecuencia de la gran

La corona solar durante un eclipse de Sol. Los rayos finos que se notan en ella pueden ser consecuencia del campo magnético del astro. La importancia grande que tiene el estudio de la corona solar se debe a que su temperatura, por razones desconocidas, es mucho mayor que la del Sol.

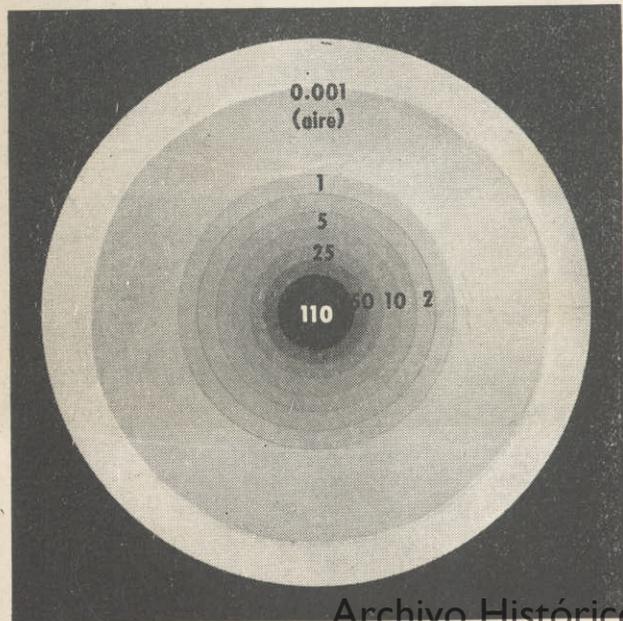


Próximamente a solar. En general alcanzan a una altura de 200.000 kilómetros desde la superficie solar. A veces se desprenden totalmente del Sol, aunque no es lo más común. El tiempo que tardan en alcanzar su altura es muy variable, desde algunos minutos hasta algunas semanas. El disco solar se ve en la parte inferior de la fotografía, oscurecido artificialmente con un aparato especial.

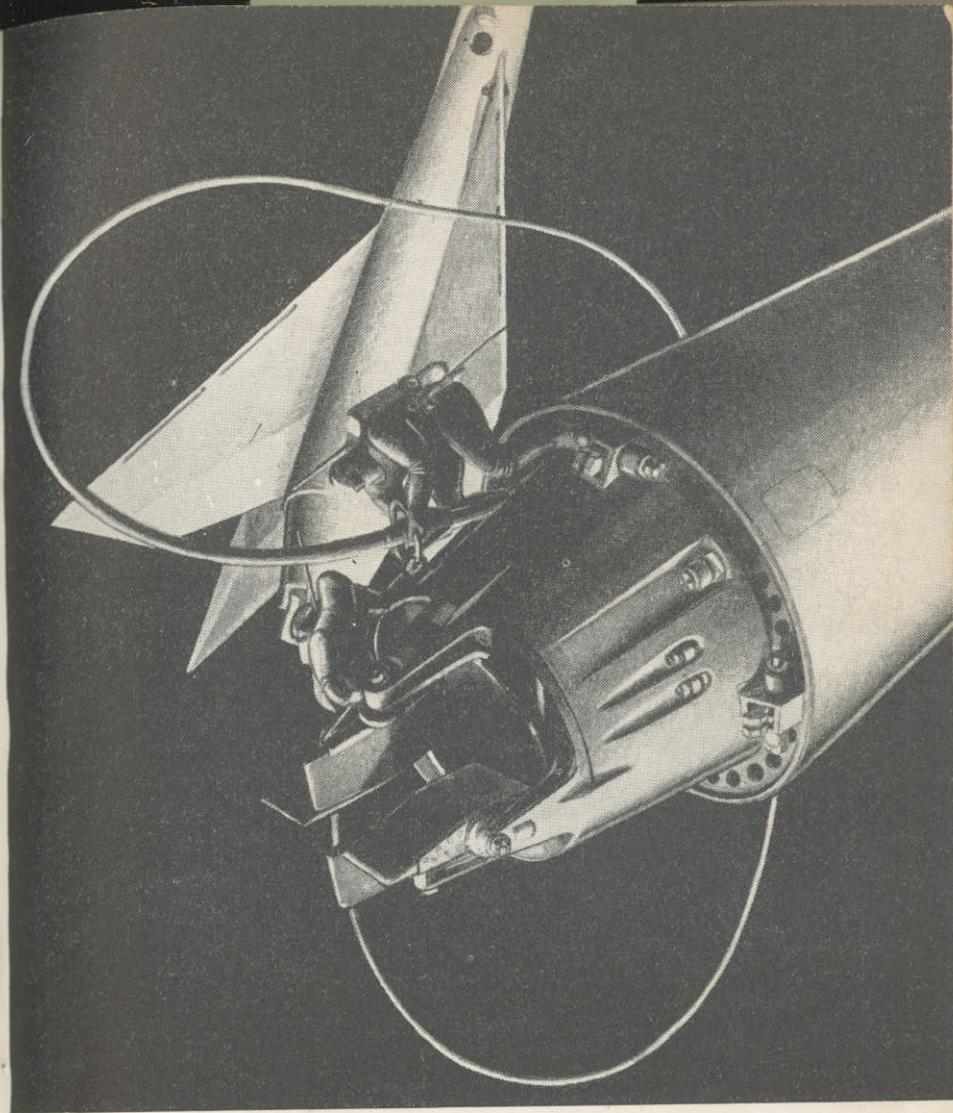




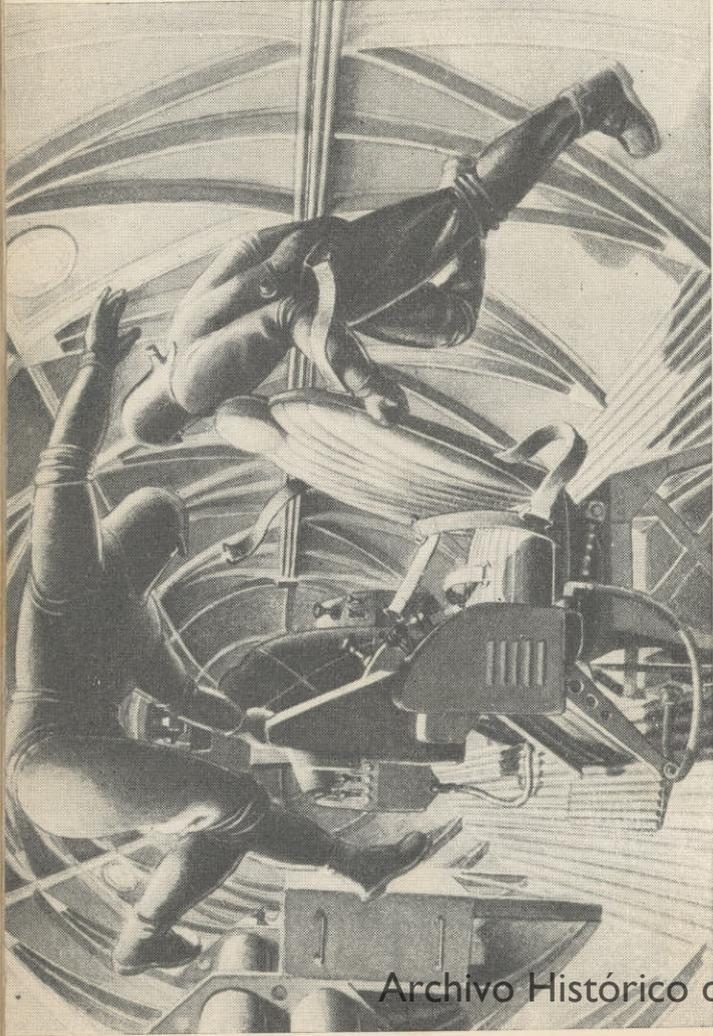
Se calcula que la temperatura del Sol va desde los 6.000 grados en la superficie, hasta los 20 millones de grados centígrados en el centro. En el presente diagrama se indican las temperaturas intermedias.



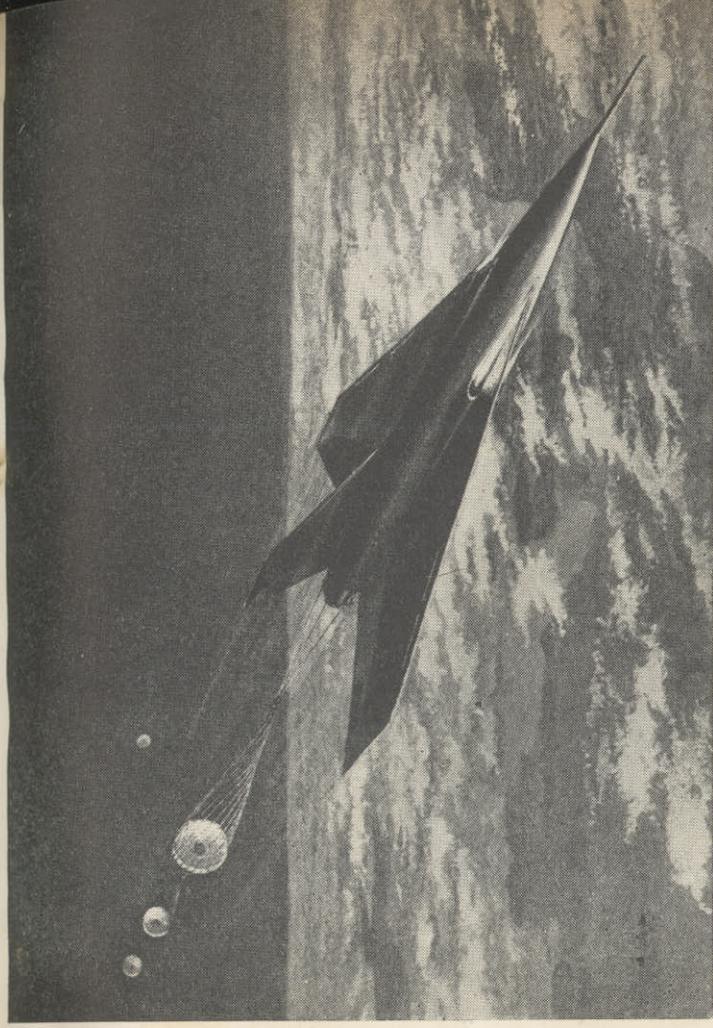
La densidad de la materia en el interior del Sol, tomando como unidad la densidad del agua.



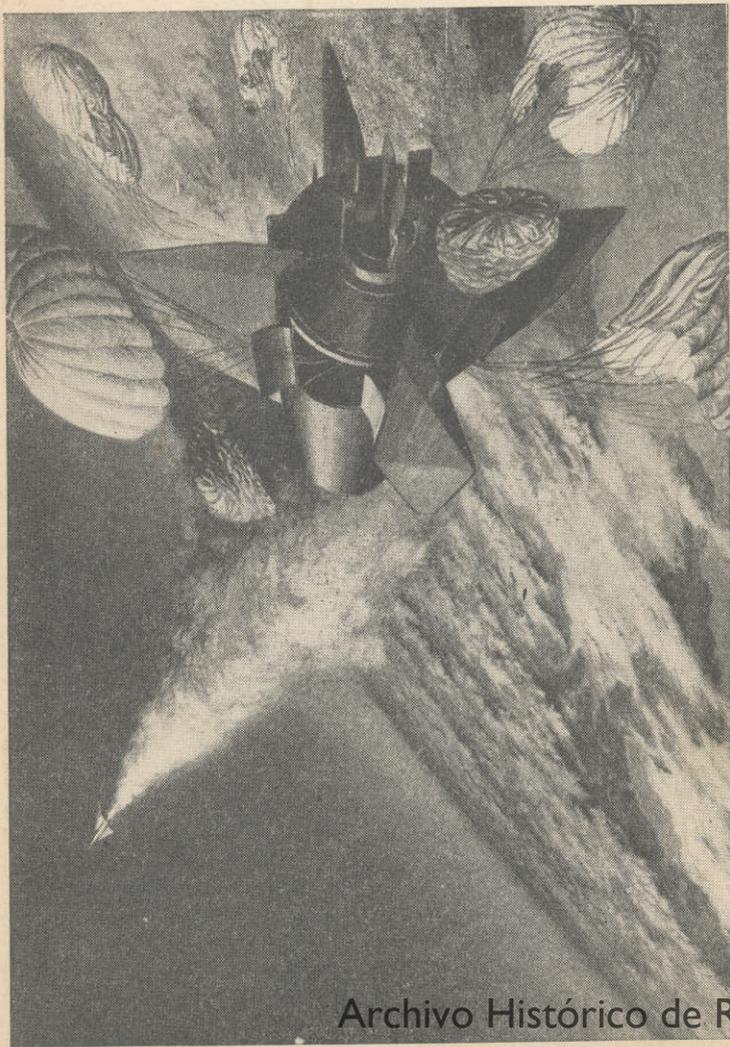
Una astronave se detiene, a poco de haber dejado la atmósfera terrestre, para reabastecerse de combustible desde un tanque espacial. Habiendo ya casi vencido a la gravedad terrestre, la cantidad de combustible que necesita para seguir viaje es muy pequeña, y dependerá de la velocidad que se quiera alcanzar y de la disponibilidad de combustible.



Luego de reabastecerse de combustible, la astronave se ha lanzado nuevamente al espacio. Una vez obtenida la velocidad que se pretendía los tripulantes han cortado el chorro de gases, y ahora se encuentran en "caída libre". Para los pioneros de la navegación espacial los primeros viajes estarán llenos de porrazos. Más adelante, los tripulantes de las astronaves recibirán probablemente un entrenamiento adecuado en las estaciones espaciales antes de entrar a prestar servicio.



La astronave regresa a la Tierra después de haber cumplido con su misión. A esta altura, debido a la presencia de atmósfera, ya puede utilizar las alas y también disminuir la velocidad de caída por medio de paracaídas. Claro que de cualquier manera tendrá que utilizar los cohetes para frenar y reducir la velocidad al aterrizar, pero ahora el gasto de combustible será menor.



La segunda etapa del lanzamiento de una astronave mediante cohetes impulsores. Una vez que el cohete impulsor ha agotado su combustible, se desprende de la astronave y cae nuevamente a la Tierra, siendo frenado en su descenso por un conjunto de paracaídas. Mientras tanto la astronave se aleja rápidamente, impulsada ahora por sus propios cohetes.

(Viene de la pág. 32)

te veces más denso que el mercurio. En tales condiciones, los átomos <sup>(1)</sup> se ven desposeídos de sus cortezas electrónicas; quedan los núcleos desnudos, chocando libremente entre sí con tal violencia que se producen trasmutaciones de una especie a otra. Pero de todos los procesos que ocurren, el más importante sin lugar a dudas es la formación de helio a partir de hidrógeno, reacción que tiene lugar a través de una sucesión de reacciones, en seis etapas. No se trata, pues, de un único proceso, sino que se lleva a cabo a través de esa serie de seis reacciones nucleares, con intervención de los núcleos de carbono y de nitrógeno, que actúan (como diría un químico) como catalizadores, regenerándose al final del proceso. Es el famosísimo proceso cíclico de Bethe-Weizsäcker, conocido también como "ciclo del carbono".

**A** PROPÓSITO de este proceso "termonuclear", es interesante consignar que la llamada "bomba H", o bomba de hidrógeno, se basa precisamente en una reacción termonuclear de este tipo: la trasmutación de hidrógeno en helio, con liberación de una enorme cantidad de energía. En cambio, la bomba atómica, o sea, la de uranio, se basa en un proceso completamente distinto: el de la "fisión" o desintegración del núcleo de uranio en varios fragmentos, también con liberación de mucha energía.

El ciclo del carbono se inicia con el choque de un núcleo de hidrógeno, llamado protón ( $H^1$ ), contra uno de carbono ( $C^{12}$ ). (Los números que figuran a la derecha y arriba de los símbolos químicos significan que los núcleos co-

<sup>(1)</sup> Los átomos están compuestos por una parte central más pesada, llamada núcleo, alrededor de la cual y a distancias relativamente grandes se encuentran situadas unas partículas muy livianas llamadas electrones.

respondientes tienen en total ese número de protones y neutrones.) Ambos núcleos se unen para formar lo que se llama un "isótopo" del nitrógeno (es decir, no es un núcleo ordinario de nitrógeno, sino que difiere en el número de neutrones) cuya masa es menor que la del carbono y la del hidrógeno juntas; lo que falta de la masa se desprende como energía radiante ( $h\nu$ ), emitida como rayo gamma, del tipo de la radiación gamma del radio. A su vez, el isótopo del nitrógeno formado es inestable y a los pocos minutos se transforma en un isótopo pesado del carbono ( $C^{13}$ ), emitiendo un electrón positivo o positrón ( $e^+$ ). Dicho isótopo del carbono ( $C^{13}$ ), al chocar con otro protón, vuelve a unirse a éste formándose nitrógeno ordinario ( $N^{14}$ ) y emitiendo el exceso de masa nuevamente como rayo gamma; una nueva colisión con otro protón transforma al nitrógeno 14 en un isótopo del oxígeno ( $O^{15}$ ), produciéndose un tercer rayo gamma; a su vez, dicho isótopo de oxígeno es inestable y se desintegra, emitiendo otro positrón y transformándose en otro isótopo del nitrógeno ( $N^{15}$ ) que, al chocar con un cuarto protón, se divide en dos núcleos: uno de helio ( $He^4$ ) y otro de carbono ( $C^{12}$ ); el núcleo de helio, llamado también partícula alfa, se emite como tal; y en cuanto al carbono, queda en condiciones de recomenzar el ciclo.

**E**N resumen, la serie de reacciones nucleares producidas ha conducido a juntar cuatro núcleos de hidrógeno, o sea, cuatro protones, en uno de helio, por medio de la acción catalítica del carbono, el cual al final del ciclo reaparece listo para reiniciarlo. Por eso se ha dado en llamar también "ciclo del carbono" a este proceso cíclico. De este modo, 564 millones de toneladas de hidrógeno del Sol se trasmutan por segundo en 560 millones de toneladas de he-

no, los cuatro millones que faltan, que se evaporan por segundo, por así decir, se convierten en energía radiante, irradiada hacia los espacios a razón de medio cuatrillón de Hp. De toda esta enorme cantidad de energía, la Tierra, que es apenas un pequeñísimo blanco en la inmensidad del espacio, solamente recibe menos de media milmillonésima parte, cantidad que, no obstante, es suficiente para mantener la temperatura de la superficie terrestre, haciendo funcionar ese motor que es la atmósfera terrestre y provocando los complejos procesos por medio de los cuales las plantas producen la materia viviente a partir del anhídrido carbónico y del agua, y a través de ellas, manteniendo toda la vida de la Tierra.

Veamos ahora cómo se interpreta la opacidad de la atmósfera. Las principales responsables de este fenómeno son unas partículas muy abundantes en la fotosfera: los iones negativos del hidrógeno. Estos iones son capaces de absorber toda una extensa gama de ondas luminosas, y, naturalmente, eso es lo que hacen con gran parte de la luz que viene desde más adentro. Consecuencia lógica es la siguiente: los rayos luminosos del interior del Sol no pueden pasar, o lo que es lo mismo, la fotosfera es opaca.

¿Y de dónde salen tantos iones de hidrógeno? Lo que pasa es que el hidrógeno capta fácilmente electrones libres, formando así los iones negativos de hidrógeno, es decir, átomos de hidrógeno que tienen un protón en el centro, como núcleo, y dos electrones a su alrededor. Por otra parte la producción de electrones libres está garantizada por la violencia de los choques entre átomos, violencia que se debe a la temperatura a que se encuentran. Cada vez que dos átomos se atropellan hay varios electrones que saltan "por el aire" y quedan libres de la tutela del núcleo. También colaboran en el manteni-

to de la colonia de electrones la luz, los rayos X y los rayos gamma (fotones como también los llaman) que al chocar contra los átomos dan lugar a la liberación de electrones.

A los iones negativos se suman en su acción, absorbente por supuesto, los átomos normales, así como también las pocas moléculas que pueden existir en las condiciones reinantes en el Sol, y de este modo, por la acción conjunta de todos ellos, queda explicada la opacidad de la fotosfera.

**SURGEN** ahora estas preguntas: ¿Hasta cuándo seguirá nuestro Sol irradiando su energía? ¿No llegará un momento en que se agote la fuente de energía solar? Las investigaciones del físico Gamow indican que es poco probable que ocurra una declinación en la producción de energía; por el contrario, parece ser que la luminosidad del Sol tenderá a aumentar cada vez más. El helio que se va formando en el cuerpo solar como consecuencia del proceso termonuclear, es menos transparente que el hidrógeno y, por lo tanto, pone más obstáculos a la propagación de la energía liberada en su viaje a la superficie; ello conduce a una acumulación de energía en la región central, con una correspondiente elevación de temperatura y mayor producción de energía. Se ha calculado que ésta se ha de centuplicar cuando el hidrógeno esté por agotarse, al tiempo que el tamaño del Sol también aumentará. El inmenso calor generado elevará la temperatura de la superficie terrestre por arriba de los 100°, con lo que los océanos y mares hervirán y la vida en la Tierra se verá condenada a desaparecer o, en todo caso, obligada a emigrar a otros mundos. Para esa época, los vuelos interplanetarios serán tan frecuentes como los viajes en subterráneo, de manera que el problema no se presentará tan grave para la humanidad, y todo será cuestión de

elegir el planeta que, para ese entonces, mejor se adapte a las condiciones de vida del hombre.

Finalmente, el Sol, agotada su fuente de energía termonuclear, volverá al primitivo mecanismo de producción de

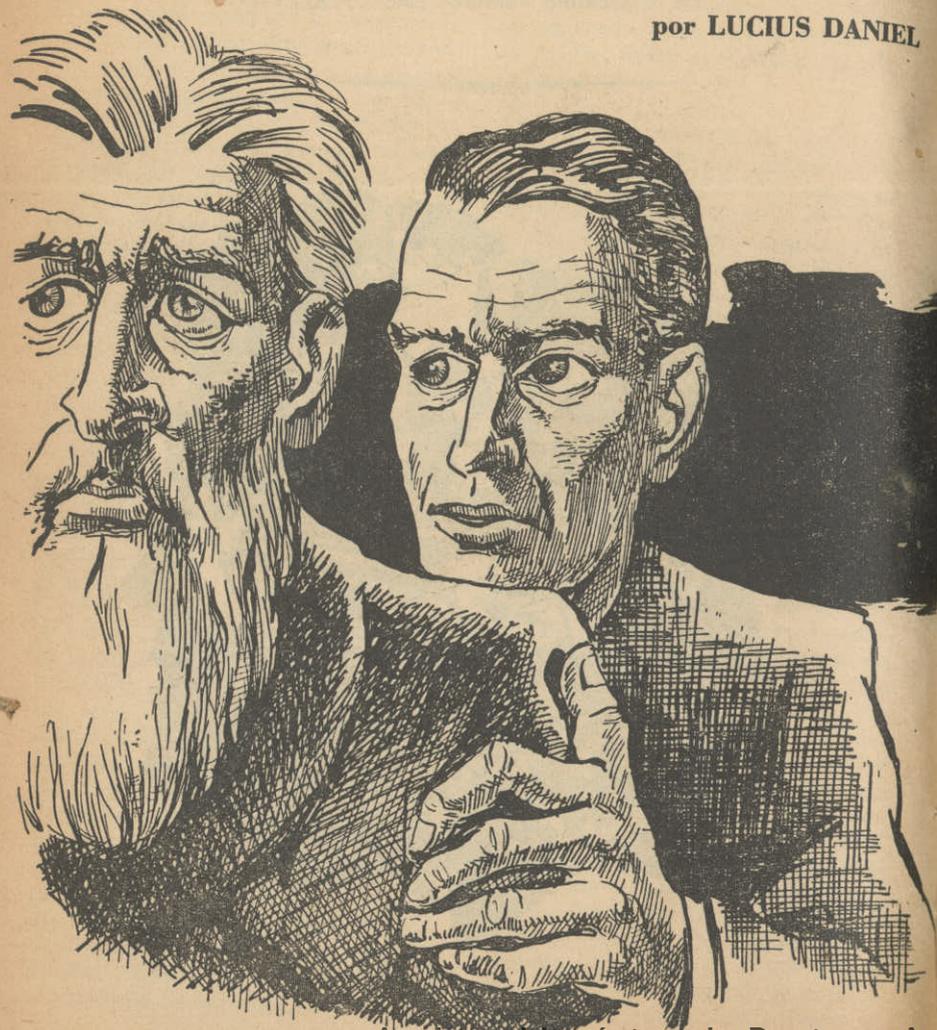
energía, contrayéndose bastante rápidamente y disminuyendo de luminosidad. La temperatura de nuestra Tierra ya entonces habrá bajado a 200 grados bajo cero. Pero eso ocurrirá de aquí a varios miles de millones de años. ✦

En el próximo número: LAS ESTRELLAS



# LOS MARCIANOS NUNCA MUEREN

por LUCIUS DANIEL



*Era un maravilloso guarda-  
espaldas: no ladraba,  
no mordía, no picaba...  
¡Simplemente  
convertía al enemigo!*

ilustrado por WILLER



A las tres y cuarto, un muchacho entró en el edificio circular y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿El señor Stern? —preguntó tirando el paquete vacío.

Stern observó con mirada dura al juvenil periodista. Reconocía el tipo.

—Así que ahora nos mandan bebés —dijo.

—No soy ningún bebé... Llevo en el diario un año entero —protestó el

periodista, y luego se calló, dándose cuenta de que su disgusto lo había traicionado.

—Sólo un año. La primera vez nos enviaron su mejor redactor.

—Ésta no es la primera vez —dijo el joven, fingiendo aburrimiento—. Es la cuarta, y el año que viene no creo que venga nadie. ¿Por qué razón tiene que venir?

—Pues porque a lo mejor consigue

volver —intervino Beryl—. Algo ha debido ocurrir antes.

Stern vió cómo el periodista devoraba con la mirada la belleza de Beryl.

—Bueno, señora Curtis —dijo el muchacho—, todo el mundo se imagina que el doctor Curtis se atacó en la cuarta dimensión, o se perdió, se murió o lo que sea. Ni el mismo Einstein puede conocer a la perfección las corrientes estelares de las que dependía su esposo.

—Es muy sencillo —le replicó Beryl—, pero no puedo explicarlo de un modo claro. Me gustaría que hubiera podido hablar con el doctor Curtis.

—¿Por qué tenemos que venir aquí, una vez al año, para esperarlo? ¿Es así cómo funciona la cuarta dimensión?

—Es la única vez que las corrientes estelares permiten el viaje de vuelta a la Tierra. ¡Y *no* se trata de la cuarta dimensión! A Clyde lo irritaba siempre el que alguien hablara de su viaje a Marte como de un viaje a la cuarta dimensión.

—Es interdimensional —intervino Stern.

—¿Y usted es su agente? —le preguntó el periodista, tirando su cigarrillo al piso—. ¿Es su amigo de las épocas del colegio, el que se encargó de sus asuntos financieros y lo ayudó a reunir el dinero suficiente para construir la máquina?

—Sí —replicó Stern con ligera pomposidad—. Gracias a los esfuerzos de varios hombres ricos que se interesaron por la máquina, el doctor Curtis no tuvo que cargar con todos los gastos.

—Sí, sí —suspiró el periodista—. Antes de venir aquí leí un artículo acerca de ello. Y ahora me he quedado sin cigarrillos —miró esperanzado a Stern. Éste le devolvió fríamente la mirada.

—Tres cuadras más abajo hay un almacén donde podrá comprarlos.

—¿Es ésta la habitación donde esperar que se materialice con su máquina?

—el periodista señaló hacia una puerta interior.

—Sí. El doctor Curtis quería asegurarse de que nadie sufriría un daño. Primero se construyó la habitación circular interna; luego se agregó la pared exterior como una precaución extra. El pasadizo circular da la vuelta a toda la habitación, pero esa puerta es la única entrada.

—¿Y para qué se hicieron esos agujeros en la parte superior de la puerta?

—Si vuelve, podremos saberlo por el aire desplazado que saldrá por ellos. Entonces, la puerta se abrirá automáticamente.

—¿Y cuál es la hora de la vuelta? —preguntó el periodista.

—Las tres cuarenta y siete con veintinueve segundos.

—Si ocurre —agregó escépticamente el periodista—. Y, si no, tendremos que aguardar otro año.

—Las condiciones óptimas no se presentan más que una vez al año.

—Bueno, me voy a buscar unos cigarrillos. Tengo tiempo... y, probablemente, nada por qué esperar. Aun así, volveré.

Y salió por la puerta exterior.

**E**STA es la parte más dura del año, especialmente ahora. Suponte que volviera —dijo quejosamente Beryl.

—No tienes que preocuparte —le aseguró Stern—. El mismo Clyde dijo que si al cabo de dos años no había vuelto, tal vez no podría volver más. —Stern abrió su cigarrera de oro y le ofreció un cigarrillo a Beryl. Ella movió la cabeza negativamente—. Pero al principio hizo dos viajes de prueba, y de ambos volvió sano y salvo.

—Fué sólo una distancia corta... es decir, astronómicamente hablando. El ir a Marte era otra historia. Tal vez erró el planeta y...

—¡Oh, no! Lo que no puedo soportar es el no saberlo!

—Bueno —dijo él secamente—, lo sabremos dentro de... —se detuvo y miró su reloj—, dentro de quince minutos.

—No puedo aguardar más —gimió ella.

Él le pasó un brazo por la cintura.

—Tranquilízate. No te preocupes. Será igual que la última vez.

—No como la última vez. No habíamos...

—En cuanto podamos salir de aquí —dijo él atrayéndola hacia sí y estrechándola con dulzura— daré los pasos necesarios para que lo declaren legalmente muerto. Entonces nos casaremos.

—No es una declaración extraordinaria —sonrió ella—. Pero creo que tendré que aceptarte. Tienes el poder notarial de Clyde.

—Y seremos ricos; más ricos que nunca. Podré emplear algunas de mis ideas acerca de la inversión de capitales. En realidad, lo he hecho ya —declaró Stern, y frunció ligeramente el ceño.

—Tenemos lo suficiente —dijo rápidamente Beryl—. No trates de especular. Ya sabes que a Clyde no le gustaba.

—Pero gastó tanto en su máquina... Tenía que compensar esos gastos, de algún modo.

Afuera sonaron unos pasos; los dos se separaron. El periodista entró con un compañero, aproximadamente de su edad.

—Más vale que se limpie la pintura de labios —sonrió—. Ha llegado casi el momento de que ocurra algo.

Stern se limpió furios la boca, con un pañuelo.

Al principio, el ruido era tan leve que casi no podía oírse, pero bien pronto se convirtió en un silbido tan fuerte que era una amenaza para los oídos. Los periodistas se miraron, con ojos alegres, llenos de excitación.

El silbido cesó bruscamente, y la puerta se fué abriendo con lentitud. Los periodistas corrieron inmediatamente a ella.

Beryl agarró convulsivamente el brazo de Stern.

—Ha vuelto.

—Sí, pero eso no debe cambiar nuestros planes, querida.

—Pero, ¿por qué fuimos tan locos?

—No fuimos locos, querida. No lo fuimos. Ahora tenemos que entrar.

Dentro de la habitación había una gran esfera de metal. Había perdido su brillo original y estaba abollada y deslucida, y se erguía en el centro de la pieza, cerrada, silenciosa, enigmática.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó el primer periodista.

La esfera descansaba sobre una serie de tubos metálicos, que salían del hemisferio inferior, manteniéndolo a un metro y medio del suelo, como un gran acerico, vuelto del revés.

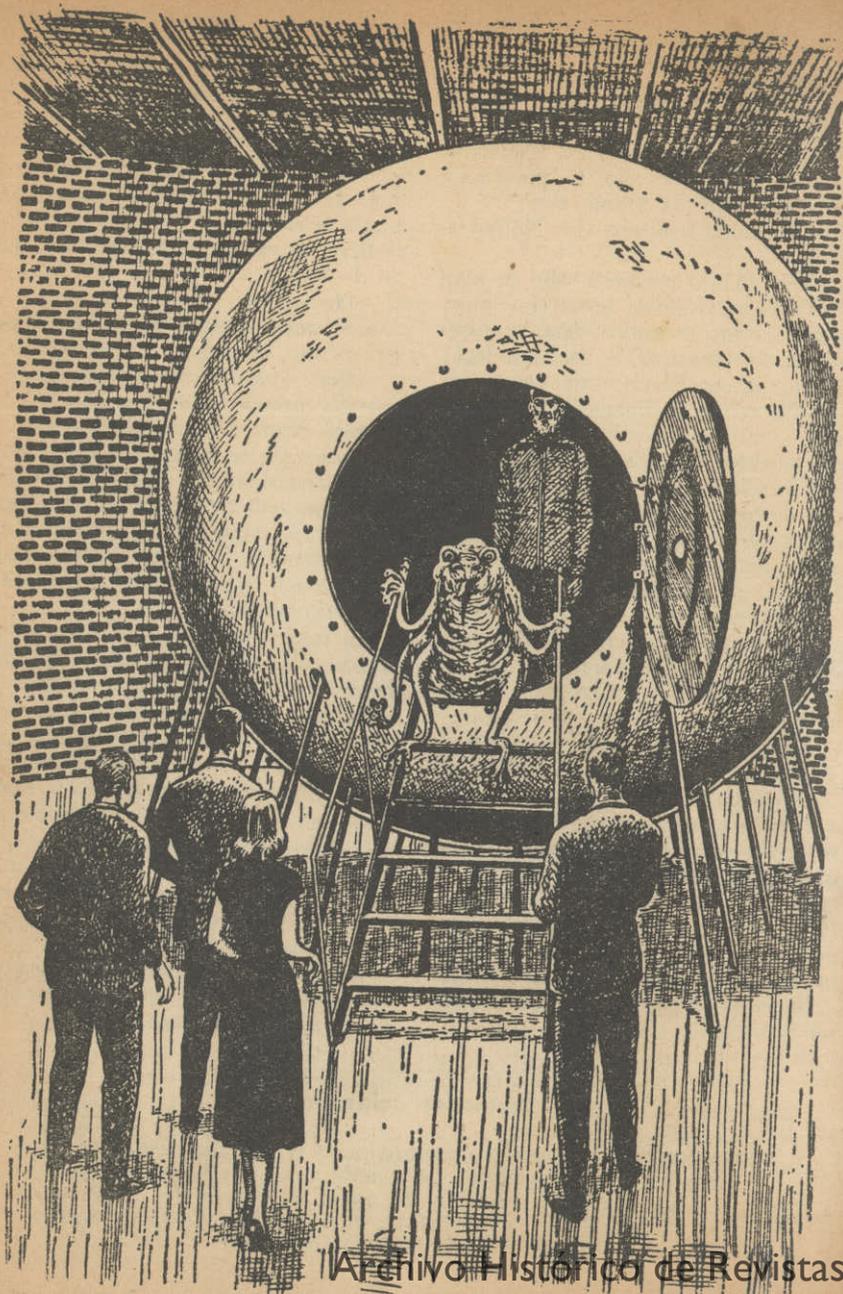
Lentamente, una sección redondeada de la esfera giró hacia afuera y unos escalones bajaron de ella. Cuando tocaron el suelo, los dos periodistas, asaltados por la misma idea, corrieron hacia ellos, luchando por ver cuál de los dos subía primero.

—¡Aguarden! —gritó Stern.

Los periodistas cesaron de luchar y siguieron con los ojos la dirección de la mirada de Stern.

### Detective calorífico

**M**EDIANTE un bolómetro (aparato para medir temperaturas, recientemente inventado), se puede detectar la presencia de un hombre a cien metros de distancia, a través del calor que irradia. El aparato es tan sensible, que es capaz hasta de captar el calor reflejado por la Luna.



ALGO horrible, viejo y curtido surgia por la puerta circular. Varios tentáculos, parecidos a otras tantas serpientes, se escurrieron por la barandilla que corría al par de los escalones. Luego, se detuvo en el primer escalón.

Stern sintió un odio inmediato e irracional por aquella cosa, fuera lo que fuere, un odio tan fuerte que le impidió sentir miedo. Le pareció que reunía al mismo tiempo las cualidades repulsivas de una araña y un sapo. El cuerpo, grueso y repugnante, estaba cubierto de una piel floja, opaca y parecida al cuero, y toda la gordura se hallaba hacia atrás, más abajo de los tentáculos inferiores; como un insecto, era más ancho por abajo que por arriba.

A Stern le pareció que el animal se asemejaba a un salero con patas.

Torció la cabeza —no tenía cuello; la piel floja del cuerpo se daba simplemente vuelta con ella— y miró hacia el interior de la esfera. La cabeza se parecía a la de un sapo, pero su larga lengua tridente, que se asomaba y volvía a meterse rápidamente en la boca, cambiaba ese parecido, dándole el aspecto de una deforme serpiente.

El doctor Curtis apareció, saliendo del interior de la esfera, y permaneció vagamente un momento, junto a la criatura. Stern se fijó en que sus ropas parecían tan nuevas como cuando se había ido, pero que se había dejado crecer una barba, larga y descuidada, y que su rostro tenía una expresión ausente, como si estuviera hipnotizado.

La criatura miró hacia arriba, hacia Curtis. Stern pensó que su parecido había cambiado de nuevo, y que ahora recordaba a un perro, al menos en su actitud. De la boca del animal se escapó un sonido bajo y silbante.

Curtis miró hacia el perro-araña-sapo, con ojos que comenzaban lentamente a enfocar la mirada. La criatura se meneó y luego bajó los escalones, escurriéndose por ellos, seguida de Curtis.

—¡Clyde! —exclamó Beryl, y corrió hacia Curtis.

Los tentáculos extendidos de la bestia la detuvieron, pero a una señal de Curtis el animal los bajó, y Beryl cayó en brazos de su esposo.

Stern contempló amargado la escena, con el corazón lleno de rabia. ¿Por qué Clyde no había aguardado un año más? Entonces, nada podría haber cambiado su situación. Ahora no solamente perdería a Beryl, sino también la administración del dinero que quedaba y lo que produjeran las nuevas patentes de la máquina. Curtis no aprobaba las especulaciones, especialmente cuando se perdía dinero con ellas.

—Has cambiado, Clyde —le decía Beryl, abrazándolo—. ¿Qué te pasa? ¿Necesitas que te vea un médico?

—No, no quiero ver a ningún médico, quiero ir a casa —dijo Curtis.

Stern sintió de nuevo que la cólera golpeaba su cerebro, como las olas de un mar agitado contra una roca. Curtis estaba enfermo. Lo menos que podía haber hecho era morir. Bueno, pero tal vez se moriría pronto. Y si no, siempre había medios de... Stern vio que la bestia lo miraba fija, malévolamente. Ahora que estaba tan cerca, su rostro podría haber parecido casi humano, si hubiera tenido cejas y cabello. Pero la nariz se respingaba bruscamente, abriéndose en dos aletas realmente monstruosas, aunque la boca era pequeña y arrugada, como la de una vieja que no tiene ya ningún diente.

Se dirigieron hacia la puerta, sin darse cuenta de la ausencia de los dos periodistas, que se habían marchado hacía tiempo para telefonar y llamar a los fotógrafos.

Curtis andaba lentamente. De cuando en cuando se detenía un momento, miraba en torno suyo, como si esperara ver algo enteramente distinto, y luego seguía adelante de nuevo.

Subieron al auto; Curtis y Beryl en

el asiento delantero, con Beryl al volante, y Stern y la criatura detrás. Mientras Beryl conducía, Stern iba mirando furiosamente la parte posterior de la cabeza de Curtis, pero sentía clavadas en él las miradas malévolas del animal. ¿Podría leer sus pensamientos? Aquello era absurdo. ¿Cómo iba a poder leer los pensamientos de una persona alguien que no sabía hablar?

Se volvió para estudiarlo. El marciano, si eso era, no tenía más que seis tentáculos, tres a cada lado. Los inferiores eran pesados y casi tan gruesos como unas piernas. Los superiores eran más pequeños y sin duda alguna se empleaban como manos, y posiblemente los del centro podían servir para ambas cosas. En los extremos de los tentáculos había una serie de ventosas. Con unas extremidades de esa clase, hubiera podido andar por los costados de un edificio, a no ser, quizá, por la gravedad superior de la Tierra.

Stern lo olía ahora; tenía un seco olor a desierto que lo hacía más repugnante aún. Habían nacido para odiarse el uno al otro.

**C**UANDO llegaron a la casa, Beryl se volvió toda solicitud. "¡Lo que hace una mujer cuando quiere impresionar a un hombre!", pensó Stern.

—Siéntate aquí, en tu antiguo sillón —dijo ella a Curtis—, y yo llamaré al médico. Luego voy a poner un poco de agua a calentar —pero primero se arrodilló a su lado y le puso la cabeza en el pecho—. Oh, querido —le dijo

con un sollozo—. ¿Por qué aguardaste tanto? Te he echado mucho de menos.

—Una hermosa comedia —murmuró amargamente Stern, que no creía en ella.

Beryl se levantó y se volvió hacia Stern.

—¿Quieres ayudarme a calentar un poco de agua, Al? —le preguntó—. Yo voy a telefonar.

Él entró en la cocina. Sabía dónde estaba el fogón, la heladera, todo lo necesario. Desde allí la oía marcar, y antes de que hubiera puesto el agua a hervir, Beryl entró en la cocina y cerró la puerta.

—Clyde está enfermo y yo tengo que cuidar de él —le dijo, inquieta.

No era enteramente el dinero, se confesó entonces Stern. Odiaba la situación, pero tendría que ceder... al menos exteriormente.

—Muy bien, olvidémonos de lo pasado —le contestó.

—¡Oh, querido, yo sabía que lo comprenderías! Ahora voy a telefonar otra vez. Antes estaban comunicando.

Stern la siguió, furioso aún al pensar en el modo en que Curtis la había obligado a vivir a Beryl, mientras él gastaba todo lo que quería en sus costosos intereses. Poco después de su matrimonio había construido una casa en un suburbio elegante, en un terreno alto, junto a un profundo barranco. Pero la casa era pequeña, y Beryl nunca había tenido sirvientas, excepto cuando daba alguna fiesta, lo que rara vez ocurría. Él cambiaría todo aquello muy

### ¿De tal palo tal astilla?

**L**A estupidéz no se hereda. Tal es la conclusión a que se llegó luego de investigar individualmente gran cantidad de personas que en su niñez habían tenido que ir a escuelas especiales para atrasados o deficientes mentales. Además de haberse adaptado a las exigencias de la vida mucho mejor de lo que se hubiera esperado de ellos, sus hijos no se distinguían en nada de cualquier otro hijo de vecino. Es un consuelo, ¿no?

pronto, se dijo Stern. No se habían atrevido a hacerlo mientras Clyde estaba fuera.

Entró en el moderno living. Clyde se hallaba sentado en su sillón, como si no se hubiera movido de allí desde que lo dejaron. Pero su aire de abstracción parecía haber aumentado. Delante de él estaba sentada la bestia, y Stern pensó que se parecía más que nunca a un perro. No tenía la cabeza inclinada hacia un lado, pero lo que verdaderamente deshacía la ilusión era su extraño aspecto.

En el camino de la entrada sonaron las llantas de varios automóviles, mientras Beryl hablaba aún por teléfono. Stern fué a la puerta principal, la cerró y echó el cerrojo y la cadena. La puerta de atrás estaba aún cerrada y no podrían forzar las ventanas.

Unas fuertes pisadas subieron por el camino hasta la puerta.

—¿Volvió realmente el doctor Curtis? —gritó el primero de los que llegaban. El que lo seguía llevaba una cámara fotográfica.

—El doctor Curtis ha vuelto —les contestó Stern por la mirilla de la puerta principal—, pero su estado físico no permite que lo entrevisten, al menos hasta que lo haya visto el médico.

—¿Se trajo de veras a un marciano? Al menos queremos ver al marciano.

—No podemos molestar de ningún modo al doctor Curtis hasta que su médico lo haya examinado —dijo bruscamente Stern.

—¿Está ahí adentro?

—Les daremos una declaración cuando llegue el momento.

**U**N segundo auto se detuvo ante la casa, mientras Stern cerraba la mirilla e iba a la puerta posterior, para comprobar si estaba o no cerrada con llave. Cuando volvió, unos relámpagos procedentes de la ventana le mostraron

do de tomar fotos a través del cristal. Stern bajó las persianas.

—Bueno, bueno, mi pobre Schaughtowl, tuviste que venirte conmigo —le decía Curtis al monstruo.

La bestia se menéo de nuevo, como lo había hecho en los escalones de la máquina. Stern decidió que, cuando se podía mover el cuerpo así, no hacía falta tener una cola, ni menearla.

Schaughtowl, como Curtis lo había llamado, parecía brillar en la habitación oscura.

—Mi pobre y querido Schaughtowl —le dijo dulcemente Curtis.

No cabía la menor duda: la piel brillaba y emitía una especie de extraño resplandor luminoso.

Curtis se inclinó y puso la mano en lo que podría llamarse el cuello de Schaughtowl. La floja piel se estremeció, gozosa y, como en el caso de las serpientes, todo el cuerpo respondió con ondas de emoción.

—Gull Lup —dijo el monstruo, aunque "dijo" no fuera tal vez la palabra apropiada; pero tampoco era un ladrido, un gruñido, un maullido, un graznido ni un grito. Lo que más le pareció a Stern fué un ruido parecido al de alguien que traga con dificultad, pero un ruido que expresaba su completa devoción de un modo totalmente extraño, que él encontró repugnante.

Se dió cuenta de que el teléfono llevaba algún tiempo sonando. Lo desconectó y entonces sintió una fuerte llamada en la puerta.

—Es el doctor Anderson —decía una voz de hombre, impaciente y colérica.

Cautelosamente Stern abrió la puerta, pero su cautela era innecesaria. Murmurando algunas frases malhumoradas el médico entró rápidamente.

En seguida se dedicó a examinar a Curtis, después de lanzar una mirada de asombro a Schaughtowl.

—¿Dónde diablos ha estado y de qué sitio se ha traído esa cosa? —preguntó,

mientras desabrochaba la chaqueta y la camisa de Curtis.

Después de jugar con su compañero, Curtis parecía más animado.

—Fuí a Marte —dijo—. Están increíblemente más adelantados que nosotros en muchos aspectos que ni siquiera sospechábamos. Nosotros hemos errado el camino. Volví para explicarles lo que hay que hacer.

—Su amigo no me parece muy inteligente —le replicó el médico.

—Los animales como Schaughtowl se emplean como bestias de carga o animales domésticos —dijo Curtis—. Los *ladonai* son muy parecidos a los seres humanos, pero más pequeños.

—¿Por qué permaneció allí tanto tiempo?

—Antes de irme, los *ladonai* me dijeron que iban a cortar toda comunicación con la Tierra hasta que adelantáramos más. Creen que nos encontramos en una etapa animal muy peligrosa. Sabía que cuando volviera no podría regresar allá, y decidí aprender todo lo que pudiera acerca de ellos, antes de dejarlos.

—Levántese un minuto —le ordenó el médico.

—Ahora, no —le contestó Curtis—. Estoy demasiado cansado.

—Mejor será que se vaya a la cama.

—No. Mi cansancio se debe simplemente a la diferencia de gravedad, al aire más pesado. Los *ladonai* me dijeron lo que me iba a ocurrir, pero que no me acostara. Dentro de un rato trataré de dar un paseo corto.

**A** SÍ que, después de todo, Clyde no iba a morir, pensó Stern. Había vuelto con un mensaje; era hombre decidido, y Stern comprendió que no moriría hasta haberlo hecho conocer. Pero tenía que morir. Moriría, ¿y quién podría decir que no había muerto por el shock que le producían un aire más denso y una mayor gravedad?

Había diversos medios de conseguirlo... Por ejemplo, un tubo de oxígeno. Hacer que sus pulmones, acostumbrados a una atmósfera más enrarecida, aspiraran oxígeno puro durante el sueño, o darle estimulantes en la comida para que su muerte pasara por un exceso de esfuerzo impuesto a un corazón ya demasiado cansado. Había muchos medios.

Stern sintió un desagradable escalofrío y vio que el marciano lo miraba, fría, fijamente. En aquel momento, Stern comprendió, sin duda alguna, que le estaba adivinando el pensamiento. Quizá no sus ideas, pero sí sus intenciones acerca de Curtis. Primero habría que acabar con el marciano.

—¿Es cierto, doctor Anderson? ¿Entonces se curará? —Beryl se había sentado en el brazo del sillón, junto a Schaughtowl, y miraba a Clyde casi con la misma adoración que el marciano. Unas cuantas horas habían bastado para deshacer todo lo que Stern había logrado en cuatro años.

Si Stern hubiera vacilado, aquello solo habría bastado para decidirlo.

—Así lo creo —dijo el médico—. Me parece que se siente molesto, pero que no sufre. Le enviaré una medicina para el corazón, si lo ve respirar con fatiga. No obstante, tenga cuidado y no le de más de una píldora cada tres horas.

—Desde luego —Beryl no había mostrado nunca tanta solicitud con Stern.

—Y tendrán que estar en cuarentena hasta que el gobierno decida si ha traído o no alguna enfermedad de Marte con él.

—Ninguna, doctor — la voz de Curtis era más borrosa y sus ojos estaban fijos en la pared.

—Bueno, eso es algo que todavía no podemos decir. De todos modos, tendremos que impedir que lo visiten los periodistas, y la gente de la televisión por su salud. Si puedo, volveré mañana

por la mañana. Llámeme si hay algún cambio.

Al salir, el médico se vio asaltado por los periodistas y fotógrafos. Poco después de su partida se oyeron las sirenas de los autos de la policía. Los hombres que aguardaban junto a la puerta de la casa tuvieron que retirarse hasta la del jardín, y se estableció una guardia en cada una de las entradas.

**M** AS tarde llegó un mensajero, quien, después de ser interrogado por la policía, le entregó al sargento un pequeño paquete que éste llevó a la casa.

—Medicinas —dijo el sargento entregando el paquete a Stern, con desconfianza—. No pueden salir de aquí sin permiso — y se alejó apresuradamente.

Esta puede ser la solución, pensó Stern. Se imaginaba claramente lo que el médico había prescrito: algo para el corazón. Además, tenía que ser muy fuerte, porque el médico les había prevenido que no le dieran demasiado. Dos píldoras a la vez, y quizás dos más, un poco después, servirían para sus fines.

Pero quedaba Schaughtowl.

—Al —dijo Beryl—, quédate con Clyde mientras yo le preparo de comer.

Estaba más hermosa que nunca. Las emociones, pensó secamente Stern, les sientan a las mujeres. En unos cuantos minutos una mujer podía cambiar así. Era lo bastante para que el hombre perdiera su fe en el sexo.

—Desde luego — le respondió llanamente.

Curtis parecía como dormido, aunque sus ojos estaban abiertos, fijos en la pared. Schaughtowl estaba sentado inmóvil delante de él, vigilante como un perro, pero también aguardando con infinita paciencia, como una araña o una serpiente. ¿Es que el animal no dormía nunca?

Lo que necesitaba Stern era beber algo. Fué al bar y se sirvió un coñac doble. Lo fué bebiendo, lentamente. Mientras un fuego delicioso bajaba por su garganta, calentándole el estómago, sintió que su tensión se iba aflojando y que su cerebro se iba llenando de confianza.

No tenía que preocuparse. Siempre había tenido éxito, excepto aquella vez con las acciones de Bolsa. La bebida le tranquilizó los nervios.

Ahora había unos guardianes afuera, con uniforme kaki: el gobernador había quizá recurrido a la Guardia Nacional. Stern vio que había también algunos policías del estado. La casa estaba bien guardada en los tres lados que abarcaba la blanca valla. En la parte de atrás, el profundo barranco hacía innecesaria toda guardia.

Era ya casi de noche cuando el doctor Curtis se movió. Beryl lo había estado mirando todo el tiempo: ahora tenía muy pocas cosas que decirle a Stern.

—¿Quieres tomar un poco de caldo, querido? —le preguntó a Curtis.

### Parálisis infantil

**E** L temible virus de la parálisis infantil ha sido por fin localizado e inclusive fotografiado. Claro que para eso hubo que utilizar el microscopio electrónico y mucha... muchísima paciencia. El aspecto del virus no tiene nada de terrible. Parece una diminuta pelotita de tenis, y tiene un diámetro igual a la millonésima parte de un milímetro. Lo único que falta ahora es ponerle el cascabel.

Lentamente, los ojos de Curtis se fijaron en ella. Sonrió.

—Vamos a probarlo.

Dejó que Beryl lo alimentara, sentada en un taburete, junto a su sillón, llenándolo de mimos y cuidados innecesarios.

Después de haber comido, Clyde permaneció un rato en su sillón, mirando a Beryl con su nueva sonrisa, extrañamente dulce. En apariencia, aquello activaba un oculto proceso dentro de ella, porque su cara resplandecía de ternura.

—Creo —dijo torpemente Curtis— que debería darme un paseíto.

—Déjame que te ayude —Stern se levantó y atravesó la habitación.

El marciano hizo un ruido parecido al de las serpientes entre la hierba y silbó.

Beryl dijo, sin sospechar nada:

—Gracias, Al. Sabía que harías todo lo que pudieras por Clyde — y apoyó su mano en el brazo de él.

Lo pasado, pasado; no hay que llorarlo ni echarlo de menos.

—¿Te gustaría salir a la parte de atrás para tomar un poco de aire? — preguntó Stern.

—Me parece magnífico —dijo Curtis, aunque se veía claramente que no le importaba lo más mínimo.

**S**TERN ayudó a Curtis a levantarse de su sillón y lo tomó de un brazo. Salieron por la puerta de atrás, seguidos del marciano. En el jardín hacía más fresco. Stern sintió aumentar su confianza en sí mismo.

—Las estrellas... —Curtis se detuvo para mirar hacia arriba.

La noche era clara, casi sin nubes, y no había luna. La casa les ocultaba la vista de los grupos de gente y los policías que les impedían la entrada. Se hallaban solos en la oscuridad.

Curtis se puso de nuevo en marcha, seguido del marciano. Mientras viviera

nunca perdería de vista a Curtis; Stern lo comprendió así, claramente.

Guió a Curtis hacia un banco cercano al barranco, uno de sus lugares favoritos. El marciano iba siempre un paso detrás de ellos, y cuando Curtis se sentó, Schaughtwol lo hizo entre su amado amo y el precipicio.

Stern tomó una piedra del jardín y la tiró al barranco. El marciano no apartaba sus ojos de Curtis. Stern tomó una piedra más grande, con una punta afilada. Se colocó detrás del marciano, mientras Curtis miraba sin ver.

Fué algo sencillo y realmente bien ejecutado. El cráneo de la bestia se rompió fácilmente, porque sus huesos, hechos para una atmósfera más ligera y una gravitación menor, eran muy delgados. Un empujón lo hizo rodar por el barranco.

Curtis seguía sentado, sin notar nada, y el ruido del tránsito afuera creaba una confusión suficiente para ahogar el de la caída del animal.

La palma de la mano de Stern le escocía. Se dió cuenta de que el marciano, antes de rodar al abismo, le había rozado un momento la mano con una de sus ventosas.

Curiosamente, el marciano no se había cuidado a sí mismo. Sentado de espaldas a Stern, lo invitaba realmente a atacarlo. Por lo visto, su capacidad de leer el pensamiento era algo que Stern se había imaginado en un momento de nerviosidad.

La policía no podría distinguir su piedra de las demás. El pesado cuerpo, con sus movimientos torpes y sus delgados huesos, lo explicaría todo. Además, no tenía ningún motivo para matar al marciano, ¿y cuál iba a ser la condena? No se lo podía llamar asesinato.

Stern se miró la palma de la mano derecha, la que había asido la piedra. Le escocía un poco, pero en la oscuridad no podía verla bien. Una picadura

que se fuera al diablo... No podía ser fatal, pues de lo contrario Curtis los hubiera prevenido.

El marciano se había acercado al borde del precipicio y había caído torpemente en él. Stern lo contaría así cuando volviera con Curtis a la casa.

Curtis se despertó con facilidad y no pareció echar de menos a Schaughtwol. Stern lo llevó al living, donde se sentó en un sillón, sumiéndose en una abstracción profunda.

Beryl debía estar en la cocina, limpiando, se dijo Stern. Quizá sería mejor ponerse un poco de germicida en la mano para precaverse de una posible infección.

**M**IRÓ a Curtis, tranquilo en su sillón. Clyde le resultó de pronto extrañamente juvenil, casi igual que en sus días del colegio. Por un momento, Stern sintió de nuevo la admiración adolescente y la camaradería que los había unido entonces.

—No seas estúpido —se dijo, furioso.

Aquel hombre tenía el dinero y la mujer que casi le pertenecían.

**A**VANZANDO lentamente, Stern saboreó el aroma de su triunfo. En la mesa estaba la botellita. Clyde se mostraría fácil, confiado, amable.

No sería prudente casarse en seguida con Beryl.

No había que apresurarse. Por un momento, quería mirar a Curtis. Le habría gustado saber lo que Clyde veía en la pared vacía. ¿Paisajes marcianos? ¿Los extraños *ladonais*? Era una lástima que no se hubiera quedado en Marte. Stern no podía dejar de sentir simpatía por su antiguo compañero de colegio, y tenerle lástima por lo que le iba a ocurrir dentro de poco.

¡Así no se mataba a nadie!

¡Estaba volviéndose demasiado viejo y demasiado blando!

Pero lo cierto era que Curtis tenía

un rostro noble y notable. ¡Qué raro que hasta entonces nunca lo hubiera advertido! Parecía irradiar paz.

Sin que se diera cuenta, el entumecimiento de su mano derecha le fué subiendo por el brazo, y en la pierna derecha empezó a sentir unos pinchazos raros.

Era extraño poder leer así los pensamientos de una persona. El amor fluía de Curtis, como el cálido resplandor de una vela encendida. La luz había formado una especie de halo en torno de su cabeza.

Simbólico.

De Curtis se escapaban ondas y ondas de amor. Stern las sentía venir hacia él y su corazón se ablandaba, respondía a ellas. Sí, Curtis era noble.

Stern se sentó en el suelo, cruzado de piernas, junto a Curtis, y levantó los ojos hacia él. El escozor había subido por la pierna hasta el pecho y el cuello. Pero no le importaba. Ahora sentía el hechizo de la verdadera amistad... antes del fin.

¿Qué fin? ¿Por qué tenía que terminar aquel momento eterno?

Curtis se fijó entonces en él. Sus ojos, medio cerrados, eran extrañamente penetrantes.

—Bueno, Al —le dijo—, ¿así que mataste a Schaughtwol?

Stern miró con amor el rostro bondadoso, digno de un dios.

¿Matar a quién?

—Pobre Al —prosiguió Curtis. Se inclinó sobre él y puso la mano sobre el cuello de Stern, acariciándolo como uno habría acariciado a un perro—. Pobre amigo Al.

El corazón de Stern latió de placer. Aquello era un éxtasis. Tenía que expresarse. Exigía ser expresado. Si Stern hubiera tenido cola, la habría meneado. Quizá existía una palabra para describir aquel deleite. Existía y, con inmensa satisfacción, la pronunció.

—Gull Lup —dijo.

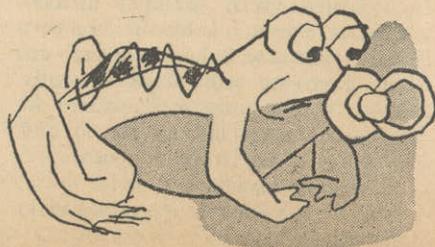
# Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted ha leído los números anteriores de MAS ALLA, le será fácil contestar a estas 7 preguntas. Indique en los cuadritos que siguen las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 107 de este volumen. Si usted no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio; si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio de las personas cultas. Si ha acertado dos o menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio. Y los únicos exámenes que hay que rendir son los Espaciotests...

Pregunta Nº 1:	<input type="checkbox"/>	Pregunta Nº 5:	<input type="checkbox"/>
Pregunta Nº 2:	<input type="checkbox"/>	Pregunta Nº 6:	<input type="checkbox"/>
Pregunta Nº 3:	<input type="checkbox"/>	Pregunta Nº 7:	<input type="checkbox"/>
Pregunta Nº 4:	<input type="checkbox"/>		

Nº 1. ¿Cuál de los siguientes animales no es mamífero?

- A) Ballena.
- B) Rana.
- C) Ornitorrinco.
- D) Murciélago.
- E) Ratón.



Nº 2. ¿Cuántas veces es más pesada la Tierra que la Luna?

- A) 3 veces.
- B) 9 veces.
- C) 30 veces.
- D) 81 veces.
- E) 890 veces.

Nº 3. El número de estrellas que se pueden ver a simple vista en una noche clara es:

- A) 5.000.
- B) 1.000.
- C) 1.000.000.
- D) 50.000.
- E) 600.

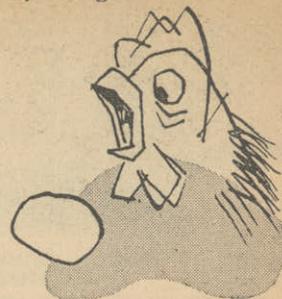


Nº 4. Una persona en reposo inhala y exhala por minuto:

- A) Medio litro de aire.
- B) Dos litros de aire.
- C) Tres litros y medio de aire.
- D) Siete litros de aire.
- E) Veinte litros de aire.

Nº 5. ¿Quién vino primero?...

- A) El huevo.
- B) La gallina.



Nº 6. ¿Cuál de los siguientes planetoides pasa más cerca de la Tierra?

- A) Amor.
- B) Hermes.
- C) Tule.
- D) Ceres.
- E) Adonis

Nº 7. El resfrío común es producido por:

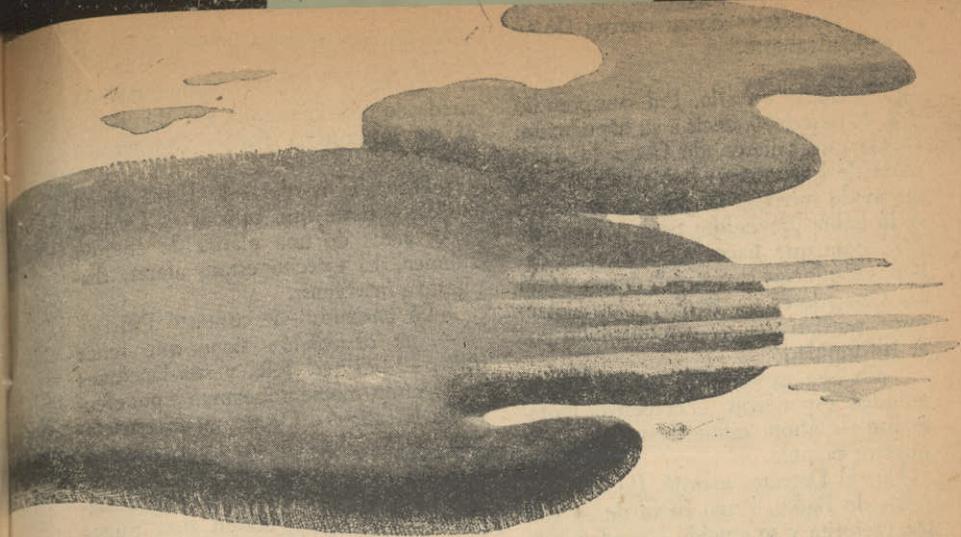
- A) El frío húmedo.
- B) Las variaciones bruscas de temperatura.
- C) Un virus.
- D) Las mojaduras.
- E) El frío seco.





**mantengan**

ilustrado por  
WIDMER



## la forma

*Sólo una raza increíblemente elástica como la Grom podía tener una sola regla guerrera*

**P**ID, el Piloto, acortó la marcha de su aeronave y miró con inquietud el verde planeta que había allá abajo. Aun sin instrumentos era imposible equivocarse. El tercero en tamaño, después de su sol, era el único planeta de aquel sistema capaz de mantener la vida. Envuelto en las gasas de sus nubes, giraba pacíficamente en el espacio.

Parecía muy inocente. Y, sin embargo, las veinte expediciones previas que los groms habían enviado para prepararlo para la invasión habían desaparecido por completo, sin dejar rastros.

Pid vaciló sólo un momento, antes

de lanzarse irrevocablemente hacia abajo. Era inútil vacilar y preocuparse. Él y sus dos compañeros estaban listos. En las bolsas del cuerpo guardaban los compactos Desplazadores, inactivos pero listos para el uso.

Pid habría querido decir algo a sus compañeros, pero no sabía exactamente cómo expresarlo.

Sus camaradas aguardaban. Ilg, el Operador de Radio, había enviado el mensaje final a Grom. Ger, el Detector, leyó rápidamente las dieciséis esferas del aparato y le informó:

—No hay signos de actividad.

por **ROBERT SHECKLEY**

Las superficies de su cuerpo fluían descuidadamente.

**A**L fijarse en ello, Pid comprendió lo que debía decir a su tripulación. Desde que salieron de Grom la disciplina de la forma se había relajado de un modo terrible. El Jefe de Invasión se lo había prevenido; pero, a pesar de eso, tenía que hacer algo. Era su deber, ya que las castas inferiores, como los Operadores de Radio y los Detectores, sentían una gran inclinación por la Informidad.

—En esta expedición se han cifrado grandes esperanzas —comenzó lentamente—. Ahora estamos muy lejos de nuestro planeta.

Ger el Detector asintió. Ilg, el Operador de Radio, fluyó fuera de su forma prescrita y se amoldó cómodamente a la pared.

—No obstante —dijo severamente Pid—, la distancia no es una excusa de la Informidad promiscua.

Ilg volvió apresuradamente a la forma correcta del Operador de Radio y guardó silencio.

—No cabe duda de que tendremos que adoptar formas exóticas —prosiguió Pid—. Y nos han dado un permiso especial para ello. Pero recuérdenlo bien: ¡toda forma que no se asuma en el estricto cumplimiento del deber es un lazo malvado que nos tiende el Informe!

Las superficies del cuerpo de Ger dejaron bruscamente de fluir.

—Eso es todo —dijo Pid, y se unió a sus controles. La aeronave comenzó a descender de un modo tan suave y tan coordinado que Pid se sintió lleno de orgullo.

“Son buenos trabajadores”, pensó. No se podía esperar que le dieran tanta importancia a la forma como un Piloto de casta superior. El mismo Jefe de Invasión se lo había dicho.

—Pid —le había dicho el Jefe de Invasión en su última entrevista—, ne-

cesitamos desesperadamente ese planeta.

—Sí, señor —le había contestado Pid, cuadrado correctamente, sin abandonar ni un instante la Forma Óptima del Piloto.

—Uno de ustedes —le había dicho el Jefe— tiene que colocar el Desplazador cerca de una planta de energía atómica. El ejército estará alerta, dispuesto a intervenir.

—Lo haremos —le contestó Pid.

—Esta expedición tiene que tener éxito —le dijo el Jefe, y sus facciones se borraron momentáneamente por efecto de la fatiga—. De un modo estrictamente confidencial le confesaré que hay un gran malestar en Grom. Por ejemplo, la casta Minera se ha declarado en huelga. Quieren una nueva forma para trabajar. Dicen que la antigua no es eficiente.

Pid lo miró con la indignación debida. La Forma Minera había sido dictada por los Ancianos hacía cincuenta mil años, al mismo tiempo que las demás formas básicas. ¡Y ahora aquellos advenedizos querían cambiarla!

—Eso no es todo —le dijo el Jefe—. Hemos descubierto un nuevo Culto de la Informidad. Hemos detenido a casi ocho mil groms y no sé cuántos más andarán ocultos.

Pid sabía que la Informidad era una tentación del Informe, el mayor mal que la mente de los groms podía concebir. Pero, se preguntó, ¿por qué tantos groms cedían a sus tentaciones?

**E**L Jefe adivinó su pregunta.

—Pid —le dijo—, me imagino que le debe costar trabajo comprenderlo. ¿Goza siendo un Piloto?

—Sí, señor —le replicó simplemente Pid. ¡Que si gozaba siendo piloto! ¡Era su vida entera! Sin su aeronave, no era nada.

—No todos los groms piensan lo mismo —le dijo el Jefe—. Yo tampoco me lo explico. Todos mis antepasados

sido Jefes de Invasión desde el comienzo de los tiempos. Así que, naturalmente, yo quiero ser también Jefe de Invasión. Es natural y, además, legal. Pero las castas inferiores no lo piensan así —el Jefe sacudió tristemente su cuerpo—. Se lo he dicho esto por una razón. Los groms necesitamos más espacio. Toda esta agitación no es más que falta de lugar. Nuestros psicólogos lo dicen así. Lo que curará todos nuestros males es extendernos a otro planeta más. Por eso contamos con usted, Pid.

—Sí, señor —dijo Pid, lleno de orgullo.

El Jefe se levantó para poner término a la entrevista. Luego cambió de parecer y volvió a sentarse.

—Tendrá que vigilar a su tripulación —le dijo—. Son leales, sin duda, pero de castas inferiores. Y ya conoce a las castas inferiores.

Pid asintió.

—Ger, su Detector, tiene, según me han dicho, tendencias Alteracionistas. Una vez fué multado por asumir, casi totalmente, la forma de un Cazador. Contra Ilg no se han hecho nunca acusaciones definidas. Pero me han contado que permanece inmóvil unos períodos de tiempo sospechosamente largos. Posiblemente se imagina que es un Pensador.

—Pero —protestó Pid—, si están acusados de Alteracionismo o Informidad, ¿por qué los envían en la expedición?

El Jefe vaciló antes de contestar:

—Hay muchos groms en los que podríamos confiar —le dijo lentamente—. Pero esos dos poseen una imaginación

y una cantidad de recursos que nos serán muy útiles en la expedición —suspiró—. Realmente, no comprendo por qué esas condiciones están generalmente unidas a la Informidad.

—Sí, señor —dijo Pid.

—Vigílelos.

—Sí, señor —repitió Pid, y luego lo saludó, dándose cuenta de que la entrevista había llegado a su fin. En la bolsa de su cuerpo sentía el Desplazador dormido, pronto a transformar la energía del enemigo en un puente a través del espacio, por el que pasarían las hordas de los groms.

—Buena suerte —le dijo el jefe—. Estoy seguro de que la necesitará.

**L**A aeronave bajó silenciosamente hacia la superficie del planeta enemigo. Ger, el Detector, analizó las nubes que había allá abajo e insertó los datos en la Ranura del Equipo de Camuflaje. El Equipo empezó a funcionar. Poco después la aeronave tomó el aspecto exterior de una formación de cirrus.

Pid dejó que el aparato bajara lentamente hacia la superficie del misterioso planeta. Ahora se hallaba en la Forma Óptima del Piloto, la más eficaz de las cuatro formas de que disponía la casta de los Pilotos. Ciego, sordo y mudo, convertido en una extensión de sus controles, tenía su atención fija en la velocidad de las nubes, a la que acompañaba la suya, quedándose entre ellas, formando parte de ellas.

Ger permanecía en una de las dos formas de que disponían los Detectores. Siguió metiendo los datos en el

## Corazón de hielo

**L**os cometas son pura apariencia. En realidad están constituidos por un núcleo o corazón de gases helados que al acercarse al sol se evaporan transformándose en la cabeza que estamos acostumbrados a ver desde la Tierra. La cola se forma a causa de la parte de los gases hacia atrás.

Equipo de Camuflaje, y la aeronave, al descender, fué trocándose en un alto *cumulus*.

No se veían signos de actividad en el planeta enemigo.

Ilg localizó la fuente de energía atómica y le pasó los datos a Pid. El Piloto alteró el rumbo. Había llegado al nivel más bajo de las nubes, y se hallaba escasamente a más de cien metros del planeta enemigo. Ahora, su aeronave parecía un *cumulus* grande y desflecado.

Y todavía no se sentía alarma alguna. Todavía no había aparecido en escena el misterioso factor que había acabado con las veinte expediciones anteriores.

El crepúsculo fué cubriendo la faz del planeta, mientras Pid se iba aproximando a la instalación de energía atómica. Evitó las casas que la rodeaban y voló sobre un bosquecillo.

Cayó la noche y la única luna del verde planeta salió, velada por las nubes.

Una de las nubes fué bajando.

Y aterrizó.

—¡Pronto, todos afuera! —gritó Pid soltándose de los controles de la aeronave. Asumió la Forma del Piloto más apropiada para correr y salió velozmente por la portezuela. Ger e Ilg salieron tras él. Se detuvieron a unos cincuenta metros de la aeronave y aguardaron.

Dentro de ésta se cerró un circuito muy poco usado. Hubo un temblor silencioso y el aparato comenzó a fundirse. El plástico se disolvió, el metal se fué arrugando. Bien pronto el aparato no era más que un montón de restos y, aun así, el proceso seguía adelante. Los fragmentos grandes se iban dividiendo en fragmentos más chicos y éstos, a su vez, en otros más pequeños.

Pid se sintió repentinamente inerte al mirar cómo su nave se iba destruyendo ella misma. Era un Piloto, de la casta de los Pilotos. Su padre había

silo Piloto, y también el padre de su padre, y así, su árbol genealógico se perdía en el nebuloso pasado, cuando los groms empezaron a construir naves. Había transcurrido toda su niñez entre ellas, toda su juventud volando con ellas.

Ahora, sin su nave, le parecía qué estaba desnudo, en un mundo extraño.

AL cabo de unos minutos no quedaba más que un montón de polvo en el lugar donde había estado la nave. El viento de la noche lo extendió por el bosque. Y luego, no quedó nada.

Aguardaron. No ocurrió nada. El viento suspiraba y los árboles gemían. Las ardillas iban de una rama a otra y los pájaros se movían en sus nidos. Una bellota cayó a tierra.

Pid lanzó un suspiro de alivio y se sentó. La vigésimo primera expedición de los groms había aterrizado sana y salva.

No quedaba nada que hacer hasta la mañana siguiente, así que Pid comenzó a trazar sus planes. Había aterrizado todo lo cerca posible de la instalación de energía atómica. Ahora tendrían que acercarse aún más. De algún modo, uno de ellos tendría que llegar a la misma sala de los reactores para activar el Desplazador.

Era difícil. Pero Pid se sentía seguro del éxito. Después de todo, el ingenio era el fuerte de los groms.

Fuertes en ingenio, pensó con amargura, pero con una terrible carencia de radioactivos. Esa era otra de las razones por las cuales aquella expedición era tan importante. En todos los mundos de los groms quedaba ya muy poco combustible radioactivo. Siglos atrás, los groms habían gastado sus reservas de radioactivos en su expansión por los mundos cercanos, para ocupar aquellos donde se podía vivir.

Ahora la colonización era inferior al aumento de la natalidad. Constantemente se necesitaban nuevos mundos.

Aquel mundo, descubierto en una exploración, les era particularmente necesario. Era perfecto para los groms. Pero se hallaba demasiado lejos. No tenían el combustible necesario para equipar una flota del espacio que lo conquistara.

Afortunadamente contaban con otro medio. Un medio mejor.

Al cabo de varios siglos, los científicos de Grom habían descubierto el Desplazador. El Desplazador, un triunfo de la Identidad de la Ingeniería, permitía que las masas se movieran instantáneamente entre dos puntos conectados.

Uno de ellos se había instalado en la única planta de energía eléctrica de Grom. El otro extremo tenía que colocarse en las proximidades de otra fuente de poder atómico. Entonces la energía atómica desviada, al fluir entre ambos extremos se modificaba una y otra vez.

Después, por un milagro de la Identidad de la Ingeniería, los groms podían ir *caminando* de un planeta al otro; o volcarse sobre él, como una ola enorme, avasalladora.

Era muy sencillo.

Pero las veinte expediciones anteriores no habían conseguido instalar en la Tierra uno de los extremos del Desplazador.

Y no se sabía lo que había sido de ellas.

Porque ninguna de las naves de los groms había vuelto para contarle.

ANTES del alba atravesaron sigilosos el bosque, asumiendo el color de las plantas que los rodeaban. Sus Desplazadores latían débilmente, sintiendo la proximidad de la energía atómica.

Una diminuta criatura, de cuatro patas, pasó veloz delante de ellos. Instantáneamente Ger asumió un cuerpo largo y delgado, con cuatro patas, y

—¡Ger! ¡Vuelva aquí! —aulló Pid al Detector, olvidándose de toda precaución.

Ger alcanzó al animal y lo derribó. Trató de morderlo, pero se había olvidado de crearse dientes. El animal se libertó de un salto y desapareció en la maleza. Ger sacó una formidable dentadura y preparó sus músculos para otro salto.

—¡Ger!

De mala gana el Detector se apartó y volvió silenciosamente adonde estaba Pid.

—Tenía hambre —dijo.

—No la tenía —le replicó severamente Pid.

—Sí —murmuró Ger, muy avergonzado.

Pid recordó lo que le había dicho el Jefe. Ger tenía desde luego tendencias de Cazador. Tendría que vigilarlo más de cerca.

—Basta ya de eso —dijo Pid—. Recuérdelo... el atractivo de las Formas Exóticas no está sencionado. Conténtense solamente con la forma en que nacieron.

Ger asintió y se confundió de nuevo con la maleza. Siguieron adelante.

Al llegar al extremo del bosque pudieron observar con facilidad la instalación de energía atómica. Pid se disfrazó de arbusto y Ger tomó la forma de un leño. Ilg, después de reflexionar un poco, se convirtió en un roble joven.

La instalación consistía en un edificio bajo y largo, rodeado de una verja metálica. Había una puerta, y unos guardianes delante de ella.

Lo primero que tenían que hacer, pensó Pid, era pasar más allá de la puerta. Y empezó a considerar los medios y modos de hacerlo.

Por los informes fragmentarios de los grupos de vigilancia, Pid sabía que, en algunos aspectos, aquella raza de los hombres se parecía a los groms. Tenían animales domésticos, como los groms, hogares, niños y una cultura.

Los habitantes poseían conocimientos mecánicos, como los groms.

Pero existían también diferencias terribles. Los hombres tenían una forma única e inmutable, como las piedras o los árboles. Y, como una compensación, su planeta poseía una fantástica variedad de especies, tipos y clases. Aquello era completamente distinto de Grom, que sólo tenía ocho formas diferentes de vida animal.

Y, evidentemente, los hombres poseían algún medio para descubrir a los invasores, pensó Pid. Desearía saber cómo habían fracasado las otras expediciones. Su tarea sería así mucho más fácil.

UN hombre pasó torpemente delante de ellos, caminando con sus piernas, increíblemente rígidas. Todos sus movimientos estaban llenos de rigidez. Sin mirarlos, siguió adelante.

—Ya sé lo que hay que hacer —dijo Ger, después de que la criatura se hubo alejado—. Me disfrazaré de hombre, pasaré por la puerta, llegaré a la sala de reactores y activaré mi Desplazador.

—No puedes hablar su idioma —le señaló Pid.

—No lo hablaré. Los ignoraré. Mire rápidamente Ger tomó la forma de un hombre.

—No está mal —dijo Pid.

Ger dió unos cuantos pasos de práctica, tratando de copiar el torpe andar del hombre.

—Pero me parece que no dará resultado —dijo Pid.

—Es perfectamente lógico —le señaló Ger.

—Ya lo sé. Por lo tanto, otras expediciones deben haberlo intentado. Y ninguna de ellas volvió.

Era imposible discutir aquello. Ger volvió a tomar la forma de un leño.

—Entonces, ¿qué? —le preguntó.

—Déjame pensar —dijo Pid.

Otra criatura pasó torpemente junto a ellos, sobre cuatro patas. Pid reconoció en ella al perro, un animal doméstico del hombre. Lo miró con atención.

El perro llegó hasta la puerta, con la cabeza baja, sin apresurarse. La atravesó, sin que nadie le dijera nada, y se tumbó en la hierba.

—Hmmm —dijo Pid.

Lo siguieron mirando. Uno de los hombres se acercó al perro y le acarició la cabeza. El perro sacó la lengua y rodó por la hierba.

—Yo puedo hacer eso —dijo con excitación Ger, y empezó a tomar la forma de un perro.

—No, aguarde —dijo Pid—. Nos pasaremos el resto del día pensándolo bien. Es demasiado importante para precipitarse.

Ger obedeció hoscamente.

—Bueno, retrocedamos —dijo Pid. Él y Ger entraron en el bosque. Entonces se acordó de Ilg.

—¿Ilg? —llamó suavemente.

No obtuvo respuesta.

—¿Ilg?

—¿Qué? Oh, sí —dijo un roble, y se confundió con los arbustos—. Perdón. ¿Qué decía?

### Todo está igual

A pesar de todo lo que se ha escrito y asegurado acerca de los efectos de las radiaciones provocadas por las bombas atómicas arrojadas en Hiroshima y Nagasaki sobre las futuras generaciones, por lo menos ya se puede asegurar que la primera generación no muestra nada anormal. La única novedad es que si el padre ha estado expuesto a las radiaciones tendrá menos nenas y si la madre, menos nenes.

—Vamos a retroceder —dijo Pid—. ¿Qué estaba haciendo? ¿Pensando?

—Oh, no —le aseguró Ilg—. Descansando, simplemente.

Pid lo dejó pasar. Tenía demasiadas cosas en que preocuparse.

DURANTE el resto del día, escondidos en la parte más tupida del bosque, discutieron el asunto. Las únicas alternativas parecían ser el hombre y el perro. Un árbol no podía atravesar andando la puerta, ya que eso no estaba en la naturaleza de los árboles. Ni tampoco cualquier otra cosa parecida.

El ir como hombre parecía demasiado arriesgado. Finalmente decidieron que Ger saldría por la mañana, como perro.

—Ahora vamos a dormir —dijo Pid.

Obedientemente, sus dos compañeros se alisaron, convirtiéndose inmediatamente en Informes. Pero Pid no lo tomaba con tanta calma.

Todo parecía demasiado fácil. ¿Por qué no estaba mejor guardada la instalación de energía atómica? Desde luego, los hombres debían haber descubierto algo de las expediciones capturadas anteriormente. ¿O los habían matado a todos, sin hacerles preguntas?

Era imposible adivinar lo que podía hacer un ser extraño.

¿Sería una trampa aquella puerta abierta?

Cansadamente se colocó en una posición cómoda sobre el duro suelo. Inmediatamente rectificó su posición.

¡Se había vuelto Informe!

La comodidad no tenía nada que ver con el deber, recordó, asumiendo con toda firmeza la Forma del Piloto.

Pero la Forma del Piloto no estaba hecha para dormir en una tierra húmeda y de superficie desigual. Pid pasó una noche inquieta, pensando en las aeronaves, deseando hallarse dentro de una de ellas.

Se despertó por la mañana cansado

y de mal humor. Dió un codazo a Ger.

—Vamos a terminar de una vez —le dijo.

Ger se puso alegremente en pie.

—Vamos, Ilg —dijo coléricamente Pid, mirando en torno de él—. Levántese.

No obtuvo respuesta.

—¡Ilg! Lo llamo.

Tampoco le respondieron.

—Ayúdeme a buscarlo —le dijo Pid a Ger—. Tiene que andar por aquí.

Juntos investigaron todos los arbustos, árboles y leños de las cercanías. Pero ninguno de ellos era Ilg.

Pid empezó a sentirse helado por el pánico. ¿Qué habría sido del Operador de Radio?

—Quizá decidió cruzar él solo la puerta —sugirió Ger.

Pid consideró la posibilidad. No le parecía creíble. Ilg no había demostrado nunca tanta iniciativa. Siempre se había contentado con cumplir las órdenes de los demás.

Aguardaron. Llegó el mediodía, pero por ninguna parte se veían huellas de Ilg.

—No podemos aguardar más —dijo Pid, y se pusieron de nuevo en marcha, a través del bosque. Pid se preguntó si realmente Ilg no habría intentado cruzar él solo la puerta. Esos tipos tranquilos y callados solían a veces ocultar una gran temeridad.

Pero no había ningún indicio de que Ilg hubiera tenido éxito. No quedaba más remedio que suponer que el Operador de Radio había sido muerto o capturado por los hombres.

Ahora no quedaban más que dos para activar el Desplazador.

Y todavía no sabía lo que había sido de las demás expediciones.

EN el borde del bosque Ger se conmovió en un perro. Pid lo inspeccionó cuidadosamente.

—Un poco menos de cola —dijo.

Ger acortó entonces su larga cola.  
—Más orejas.

Ger alargó sus orejas.

—Ahora, iguálelas.

Ger las igualó.

Pid inspeccionó el producto terminado. En opinión suya, Ger era perfecto, desde la punta de su cola hasta la de la nariz, negra y húmeda.

—Buena suerte —le dijo.

—Gracias.

Cautelosamente Ger salió del bosque, andando con la torpeza propia del hombre y el perro. Al llegar a la puerta, un guardián lo llamó. Pid contuvo el aliento.

Ger pasó delante del hombre, ignorándolo. El hombre fué a acercarse a él. Ger echó a correr.

Pid se formó un par de piernas, dispuesto a huir si Ger era detenido.

Pero el guardián volvió a su puerta. Ger dejó inmediatamente de correr y se dirigió lentamente hacia la puerta principal del edificio.

Pid disolvió sus piernas con un suspiro de alivio... e inmediatamente volvió a ponerse alerta.

¡La puerta principal se había cerrado!

Pid confiaba en que el Operador de Radio no intentaría abrirla. Eso no era propio de los perros.

Mientras lo miraba, otro perro vino corriendo hacia Ger. Éste retrocedió. El perro se le acercó y lo olfateó. Ger lo olfateó a su vez.

Luego los dos dieron corriendo la vuelta al edificio.

Aquello era inteligente, pensó Pid. Tenía que haber una puerta en la parte de atrás.

Miró hacia el sol. En cuanto el Desplazador se activara, los ejércitos de Grom caerían sobre la Tierra en oleadas. Antes de que los hombres se hubieran recuperado de la sorpresa un millón de soldados de Grom, o quizá más, estaría allí, con armas y todo. Y otros más los seguirían.

El día transcurrió lentamente y nada ocurrió.

Nerviosamente Pid vigilaba la entrada de la planta. Si Ger no hubiera tenido éxito no habría podido tardar tanto.

Aguardó hasta que se hizo de noche. Los hombres entraban y salían de la instalación, los perros ladraban junto a las puertas. Pero Ger no apareció.

Ger había fracasado. Ilg había desaparecido. Sólo quedaba él.

Y seguía sin saber lo que había ocurrido.

**A** la mañana siguiente Pid se encontraba verdaderamente desesperado. Sabía que la vigésimaprimer expedición de Grom a aquel planeta estaba al borde de un completo fracaso. Ahora todo dependía de él.

Vió que los obreros llegaban en gran número y atravesaban la puerta. Decidió aprovecharse de la aparente confusión, y empezó a tomar la forma de un hombre.

Un perro pasó por el bosque donde se escondía.

—Hola —dijo el perro.

¡Era Ger!

—¿Qué ocurrió? —Pid lanzó un suspiro de alivio—. ¿Por qué tardó tanto? ¿No pudo entrar?

—No lo sé —dijo Ger, meneando la cola—. No lo intenté.

Pid se quedó mudo de sorpresa.

—Me fui de caza —dijo Ger, complacido—. Esta forma es ideal para cazar, ¿sabe? Salí por la puerta posterior con otro perro.

—Pero la expedición... su deber...

—Cambié de opinión —le dijo Ger—. La verdad, Piloto, es que nunca quise ser Detector.

—¡Pero si nació Detector!

—Es cierto —dijo Ger—. Pero es lo mismo. Siempre quise ser un cazador.

El cuerpo de Pid tembló de enojo.

—No puede —le dijo lentamente, como el que explica algo a un niño—

La forma del Cazador le está prohibida.  
—Aquí, no —le contestó Ger, sin dejar de menear la cola.

—Basta ya de eso —dijo coléricamente Pid—. Entre en esa instalación y coloque su Desplazador. Trataré de olvidarme de su herejía.

—No —dijo Ger—. No quiero que los groms vengan aquí. Echarían a perder esto para los demás.

—Tiene razón —dijo un roble cercano.

—¡Ilg! —exclamó Pid—. ¿Dónde está?

**S**E agitaron las ramas.

—Estoy aquí —dijo Ilg—. He estado pensando.

—Pero... su casta...

—Piloto —dijo tristemente Ger—, ¿por qué no despierta. La mayoría de la gente de Grom lo pasa muy mal. Sólo la costumbre nos hace aceptar las castas-forma de nuestros antepasados.

—Piloto —intervino Ilg—, ¡todos los groms nacen Informes!

—Y como nacen Informes, todos los groms deberían disfrutar de la Libertad de Forma —dijo Ger.

—Exactamente —dijo Ilg—. Pero él no lo comprenderá nunca. Perdóneme. Quiero pensar. —Y el roble se calló.

Pid rió sin alegría.

—Los hombres los matarán —dijo—. Como mataron a los miembros de las demás expediciones.

—No han matado a ningún grom —le dijo Ger—. Las demás expediciones siguen aquí.

—¿Vivas? —preguntó el Piloto.

—Claro. Los hombres ni siquiera saben que existimos. Ese perro con el que estuve cazando es un grom de la doceava expedición. Aquí hay cientos de los nuestros, Piloto. Nos gusta esto.

Pid trató de comprender lo que le decía. Siempre había sabido que las castas inferiores no se interesaban demasiado por su casta. ¡Pero eso era absurdo!

El peligro secreto de aquel planeta... ¡era la libertad!

—Únase a nosotros, Piloto —dijo Ger—. Esto es un paraíso. ¿Sabe cuántas especies hay en este planeta? ¡Un número incontable! ¡Hay una forma para cada necesidad!

Pid no les hizo caso. ¡Traidores!

Él mismo se encargaría de la labor.

¡Así que los hombres no habían descubierto la presencia de los groms! Entonces, el acercarse al reactor tal vez no sería tan difícil, después de todo. Los otros no habían logrado cumplir con su deber porque pertenecían a las castas inferiores y eran débiles e irresponsables. Los mismos Pilotos que había entre ellos debían simpatizar secretamente con el Culto de la Informidad de que le había hablado el Jefe, o, si no, el planeta extraño no habría podido vencerlos.

¿Qué forma debería asumir para su intento?

Pid reflexionó.

Un perro sería tal vez lo mejor. Evidentemente, un perro podía ir prácticamente por donde quisiera. Si ocurría

## Pelando papas



**Y**A no va a haber necesidad de tener que pelar las papas para poder comerse las. Un señor de California descubrió un método que se basa en la aplicación de ondas caloríferas de alta radiación. Mediante ese procedimiento la piel desaparece sin que se dañe el resto del vegetal.

algo, Pid podía cambiar de forma, según la ocasión.

—El Consejo Supremo se encargará de todos ustedes —gruñó, y asumió la forma de un pequeño perro marrón—. Yo mismo voy a poner el Desplazador.

Se estudió a sí mismo un momento, le mostró los dientes a Ger y se dirigió hacia la puerta.

Siguió así unos cuantos metros y luego se detuvo, horrorizado.

Los olores acudían a él de todas direcciones. Olores en una profusión y variedad que nunca pensó que existirían. Olores ásperos, dulces, agudos, pesados, misteriosos, abrumadores. Olores que lo aterraban. Extraños, repulsivos e inevitables, los olores de la Tierra lo hirieron como un golpe.

Arqueó los labios y contuvo el aliento. Corrió unos cuantos pasos más y tuvo que respirar de nuevo. Estuvo a punto de ahogarse.

Trató de reformar sus narices de perro para que fueran menos sensibles. No pudo. No conseguiría hacerlo mientras conservara la forma de perro. Intentó modificar su metabolismo, pero tampoco lo consiguió.

Todo aquello en el espacio de dos o tres segundos. Quedó clavado en el suelo, luchando contra los olores, preguntándose qué debía hacer.

Entonces sintió los ruidos.

Formaban un constante y terrible rugido, en el que se distinguía, clara y distintamente, el más pequeño murmullo. Sonidos sobre sonidos, más sonidos de los que había oído en toda su vida. El bosque, detrás de él, se había convertido de repente en un manicomio.

Completamente confuso perdió el control y se volvió Informe.

Medio corriendo, medio fluyendo, llegó a un arbusto cercano. Allí se reformó, borrando las desgraciadas narices y orejas del perro con furiosos trazos de sus pensamientos.

Con la forma de perro no había que contar. Unos sentidos tan espantosa-

mente agudos podrían ser muy buenos para un Cazador, como Ger, que probablemente gozaba muchísimo con ellos. Pero otro momento más, sintiendo aquellas impresiones, habría bastado para volver loco a Pid, el Piloto.

¿Y ahora qué? Permaneció en el arbusto, reflexionando, mientras su mente iba borrando los últimos efectos del asalto sensorial.

Miró la puerta. Los hombres que se hallaban allí no se habían dado cuenta de su fracaso. Estaban mirando en otra dirección... ¿Un Hombre?

Bueno, merecía la pena probarse.

**E**STUDIANDO a los hombres de la puerta, Pid tomó sus formas.

Salió de entre los arbustos a gatas, por el lado opuesto a la puerta. Olfateó el aire y vió que los olores que percibía la nariz del hombre no eran desagradables, ni mucho menos. En realidad, algunos de ello seran francamente lo contrario. Lo que le había espantado era la agudeza de las narices del perro, el número de olores que percibía y lo fuertes que éstos le resultaban. Además, los sonidos no eran ni la mitad de fuertes. Sólo distinguía con claridad los sonidos cercanos. Los demás eran un murmullo confuso.

Evidentemente, pensó Pid, hacía mucho tiempo que los hombres habían dejado de ser cazadores.

Probó sus piernas, poniéndose en pie y dando unos cuantos pasos torpes. *Pom*, un pie en la tierra. Luego había que tirar de la otra pierna hacia adelante, en un pesado arco. *Pom*. Balanceándose de un lado a otro dió unos pasos entre los arbustos. Sus brazos se agitaron, tratando de recuperar el equilibrio. La cabeza se balanceaba sobre el cuello, hasta que se acordó de levantarla y mantenerla erguida. Con la cabeza alta y los ojos bajos, no pudo ver una pequeña piedra. Su talón giró sobre ella. Y cayó sentado al suelo.

Le dolía el tobillo. Pid, arqueó sus



labios de hombre y volvió a esconderse entre los arbustos.

La forma del hombre era indeciblemente torpe. Le resultaba terriblemente desagradable avanzar con lentitud, paso tras paso. Con el cuerpo rígidamente erguido. Los brazos balanceándose. La forma del perro lo había sumergido en un diluvio de impresiones sensoriales; la forma del hombre le resultaba inadecuada, semiviva, rígida, pesada.

Además, pensándolo bien, Pid comprendió que era tan peligrosa como desagradable. No podía controlarla debidamente. No resultaría bien. Alguien podía interrogarlo. Había muchas cosas acerca del hombre que no sabía... que no podía saber. El colocar el Desplazador era algo demasiado importante para hacerlo a la ligera. Sólo su buena suerte había impedido que lo vieran durante el asalto sensorial.

El Desplazador que llevaba en la bolsa del cuerpo, latía y tiraba, instándolo a seguir adelante, hasta la lejana sala de los reactores.

Furiosamente, Pid lanzó el último aliento de sus pulmones de hombre y los disolvió.

¿Qué forma tomar?

Volvió a estudiar la puerta, los hombres que había cerca de ella, el edificio donde se encontraba el importantísimo reactor.

Necesitaba una forma pequeña. Rápida. Que pasara inadvertida.

**P**ERMANECIO donde estaba, reflexionando.

El arbusto se agitó sobre él. Una pe-

queña sombra marrón se había posado sobre una rama. De allí saltó a otra, piando. Luego voló velozmente y desapareció.

Eso, pensó Pid, es lo que necesito.

**U**N gorrión que no era un gorrión se alzó del arbusto unos minutos más tarde. Un observador lo habría visto dar vueltas en torno del arbusto, bajar volando a él, saltar de rama en rama, como si practicara todas las maniobras posibles de los gorriones.

Pid puso en tensión los músculos de sus hombros, inclinó sus alas. Se ladeó hacia la derecha, acercándose al arbusto a una velocidad que le parecía extraordinaria, aunque sabía que eso se debía solamente a su pequeño tamaño. En el último instante levantó la cola. Pero no con suficiente rapidez. Se elevó por encima del arbusto, pero sus patas rozaron las hojas superiores, bajó el pico y vaciló en un momento en el aire, retrocediendo.

Parpadeó, cubriendo sus brillantes ojuelos como en señal de desafío. Volvió a bajar hacia el arbusto a gran velocidad y subió de nuevo. Esta vez con toda limpieza.

Eligió un árbol. Pasó veloz entre el enrejado de sus ramas, rodeó una y otra vez el tronco, voló por encima y por debajo de las ramas que sobresalían, rozándolas casi con sus plumas.

Al fin, se posó a descansar en una rama baja y se vió piando de placer.

El árbol sacó una especie de tentáculo de la rama donde se posaba y le tocó las alas y la cola.

### Los ojos

**M**UCHO progreso, mucho progreso, pero la verdad es que la naturaleza todavía le da la papa a una gran cantidad de aparatos e inventos humanos. Por ejemplo, no hay instrumento más agudo que el ojo para detectar luz. Si hacemos una escala en cuanto a esa capacidad en la que la mejor termocupla tenga 1 punto de clasificación, las mejores películas fotográficas dan 350 puntos, el ojo humano ¡35.000! ¿No es como para ponerse orgulloso?

—Interesante —dijo el árbol—. Tendré que probar esa forma alguna vez. Ilg.

—Traidor —siseó Pid, formándose una boca en el pecho para decirlo y luego hizo algo que arrancó a Ilg una exclamación indignada.

Pid salió volando del bosque. Pasó sobre la maleza y atravesó el espacio libre, dirigiéndose a la puerta.

¡Con aquel cuerpo conseguiría lo que quería!

¡Con aquel cuerpo haría cualquier cosa!

Se alzó, en cuestión de unos segundos, a una altura más de veinte metros. Desde allí, la puerta, los hombres y el edificio parecían unas sombras pequeñas, que se recortaban agudamente sobre un fondo marrón-verde. Pid descubrió que no solamente podía ver con extraña claridad, sino que el alcance de su visión era asombroso. A derecha e izquierda, podía ver hasta el punto donde la lejanía se confundía con el pálido azul del cielo y, cuanto más subía, más se ensanchaba el campo de su visión.

Subió aún más.

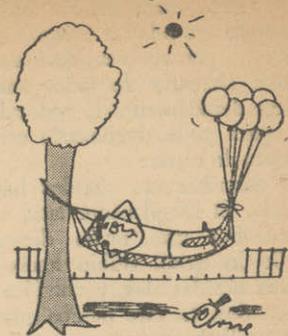
El Desplazador latía, recordándole el trabajo que tenía que hacer.

Puso en tensión sus alas y comenzó a bajar, abandonando de mala gana sus deseos de experimentar con aquella forma maravillosa, al menos por el momento. Después de que se colocara el Desplazador, seguiría volando un rato —en algún lugar donde Ilg y Ger no pudieran verlo— antes de que llegara el ejército de Grom y la invasión comenzara.

Mientras describía círculos sintió un pequeño remordimiento. Era un pecado el querer conservar aquella forma voladora más tiempo del estrictamente necesario para cumplir con su deber. Era una tentación del Informe...

Pero ¿qué era lo que había dicho Ilg? Todos los groms nacen Informes. Era cierto. Los niños de los groms eran

## NUEVAS APLICACIONES DEL "MAS LIVIANO QUE EL AIRE"



(del "Die Woche")

amorfo hasta alcanzar la edad suficiente para ser instruídos en la casta-forma de sus antepasados.

Entonces, quizá no era un pecado demasiado grande el alterar nuestra Forma... por un poco de tiempo, claro está. Después de todo, uno debía conocer debidamente la naturaleza del Mal, para poder rechazarlo con conocimiento de causa.

Al describir sus círculos había ido bajando. El Desplazador latía con más fuerza. Por una razón desconocida, aquello lo irritó. Subió hacia arriba, con sus rápidas alas, y volvió a describir círculos. El aire pasaba junto a él como un fluir suave y susurrante, atravesado por su pico, rozando invisible su cuerpo, con diminutos torbellinos que agitaban sus plumas.

De repente, se le ocurrió pensar — y la idea le hirió con toda su fuerza — que estaba satisfaciendo un anhelo de su Casta de Piloto y que aquello era más profundo y completo que el ser Piloto.

Siguió volando con sus fuertes alas, sintiendo la tonicidad de su espalda, y se lanzó hacia arriba y hacia adelante. Pensó en los controles de su nave. Se imaginó que se unía a ellos, que se convertía en parte suya, como lo había hecho tantas veces y, por la primera vez en su vida, aquel pensamiento no consiguió emocionarlo.

¡Ninguna máquina podía compararse con aquello!

¡Lo que daría por tener alas propias!

¡Huye de mi vista, Informe!

Había que colocar el Desplazador, activarlo. Todo Grom dependía de él.

Miró el edificio, allá abajo. Pasaría sobre él. El Desplazador le indicaría por qué ventana debía entrar, cuál era la ventana de la sala de reactores, para poder hacer su trabajo antes de que los hombres supieran de qué se trataba.

Empezó a descender y, entonces, el halcón lo atacó.

**H**ABÍA estado volando sobre él. Su primera sensación de peligro fué el sentir en la espalda el vivo dolor de las garras que se le hincaban, el fuerte picotazo en la cabeza, que casi lo aturdió.

Al sentir el dolor dejó que su espalda se volviera Informe. La substancia de su cuerpo se escapó, fluyendo, de las garras. Bajó unos cuantos metros y volvió a asumir su forma de gorrion, al mismo tiempo que oía un graznido asombrado de su atacante.

Enderezó su vuelo y alzó los ojos. El halcón lo estaba mirando.

Las garras se extendieron de nuevo. El afilado pico se abrió. El halcón se lanzó sobre él.

Pid tenía que luchar como un pá-

jaro, naturalmente. Se hallaba a más de cien metros del suelo.

Por eso se convirtió de repente en un pájaro imposible.

Asumió un tamaño dos veces superior al del halcón. El cuerpo tenía un pico de medio metro, tan afilado como una navaja de doble filo. Sus garras eran como cimitarras. Sus ojos lanzaban rojos destellos de desafío.

El halcón huyó a toda prisa, gritando de miedo. Bajando frenéticamente y agitando la cola se detuvo en seco a más de dos metros de distancia de Pid.

Miró pensativamente a Pid y bajó a plomo. A unos cincuenta metros de distancia, extendió las alas, estiró el cuello y huyó a tal velocidad que sus alas se convirtieron en borrosas formas.

Pid no pensó en perseguirlo.

Luego, al cabo de un momento, cambió de parecer.

Planeó sin perder de vista al halcón, pensando furiosamente, experimentando la novedad, la potencia, lo maravilloso de su Libertad de Forma.

Libertad...

No quería renunciar a ella.

La forma del pájaro era maravillosa. Experimentaría con ella. Más tarde, cuando se cansara, asumiría otra... una forma que corriera o se arrastrara, o tal vez que nadara. ¡Las posibilida-

des de aventura, de emoción y de simple placer sensual eran ilimitadas!

La Libertad de Forma era — cuando uno pensaba bien en ello — el don que los groms recibían al nacer. Y el sistema de castas era claramente artificial. Sin duda alguna algo que habían inventado en beneficio propio los políticos y los sacerdotes.

*Vete, Informe... Esto no te concierne.*

Se elevó a trescientos metros, a seiscientos, a mil. El Desplazador latía cada vez más débilmente y al fin dejó de latir.

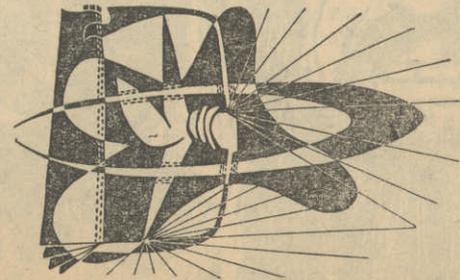
Al llegar a los mil quinientos metros lo soltó y lo vio caer girando y desaparecer en una nube.

Luego se lanzó en persecución del halcón, que no era ya más que un puntito en el horizonte. Descubriría cómo el halcón había dejado de volar de repente — como si patinara en el aire—. ¡El también quería hacer aquello! ¡Había tantas cosas que aprender acerca del vuelo! Dentro de una semana, pensó, podría duplicar la habilidad que los pájaros habían adquirido en milenios de evolución. Entonces comenzaría realmente su nueva vida.

Se convirtió en una especie de torpedito con grandes alas y partió en persecución del halcón.

### ¿Por quién apuesta usted?

**A** pesar de encontrarse en la plenitud de sus días, la era del petróleo los tiene contados. ¿Y quién será su heredera? La respuesta es de cajón: la era atómica. Pues no tan de cajón, que allí está el Sol con muchas probabilidades de ocupar el primer puesto entre las fuentes de energía terrestres del futuro. Hay quienes aseguran que cuando se investigue a fondo las posibilidades de la energía solar, el átomo va a quedar a la altura de un poroto. Será cuestión de esperar y ver.



Si uno tiene la necesaria perseverancia, es probable que termine por encontrar lo que busca, o lo que está tratando de evitar...

# LOS OTROS



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)

por JAMES H. SCHMITZ

# HUMANOS

ilustrado por EMSH

DESDE la gran espacionave exploradora, estacionada en el otro lado del planeta, anunció la voz del comandante Lowndes:

—Dígale que lo estamos registrando oficialmente como al "Planeta de Hulman". Quizás esta noticia le agrade.

Marder vaciló antes de responder. Por la mira de su pequeño aparato explorador observó el vasto y sombrío valle que ante él se extendía, con sus pantanos verdes y escarlatas, de oscuras aguas brillantes. Más allá se erguían crestas montañosas sembradas de macizos boscosos, coronadas por los rayos del sol poniente. Un cuarto de hora después reinaría allí una oscuridad completa. De mala gana desvió Marder su vista hacia la realidad sustancial, pero incongruente, de la casa de Hulman, cuyo techo y piso superior se reflejaban en uno de los pequeños lagos pantanosos.

—No, no le agrada —respondió al fin—. Boyce se lo sugirió durante nuestra primera visita; pero él quiere que lo registremos con el nombre de "Cresgit". Se lo voy a deletrear: Ce, ere, e,

... Es (¿) su interpretación

fonética de la forma en que la denominan sus pobladores.

—Bien —asintió el comandante—, se hará su voluntad. —En seguida preguntó a Marder si tenía algo que añadir a su informe.

—Todavía no. Volveré a comunicarme con usted una vez que hayamos conocido a su mujer.

—Su esposa —corrigió escrupulosamente Lowndes—. Me alegra que hayan sido usted y Boyce los que encontraron a Hulman. Son personas de confianza, particularmente usted, Marder. No necesito recalcar la enorme importancia del descubrimiento casual realizado por Hulman, de lo que parece ser la primera raza humana auténtica que vive fuera de la Tierra... Tal vez Boyce se sienta inclinado a apresurar el establecimiento de relaciones diplomáticas con ellos —agregó—; por eso le encargo a usted que sea muy cauto en este aspecto. ¿Me lo promete?

—Sí, prometido.

—En los dos continentes que hemos explorado hasta ahora —prosiguió el comandante— no encontramos rastro alguno de habitantes humanos, presentes o pasados. Es posible que los conocidos de Hulman sean los únicos sobrevivientes humanos en este lugar. Si asustamos a la tribu y hacemos que se oculte, tal vez no podamos volver a establecer contacto con ella; y, dentro de cien años, o quizás menos, se habrán extinguido.

—Comprendo.

—Perfectamente. ¿Y qué hay de esas otras criaturas? ¿Qué dice Hulman de ellas?

—En los veinte años que ha estado anclado en este valle sólo ha tenido tres o cuatro encuentros con ellas, y bastante violentos por parte de él. Parece que a raíz de esto han aprendido a evitarlo. Da la impresión —añadió Marder, pensativo— de que siente un odio psicópatico hacia esos seres.

—No es nada raro —el tono de Lowndes tenía un dejo de reproche, como si quisiera recordar a su interlocutor que, en los últimos cuarenta años el nombre de Hulman era uno de los más célebres y legendarios en la exploración estelar—. La expedición de Smith —continuó— ha informado hace unas horas que capturó un par de ejemplares y que los trae. La descripción coincide con la que Hulman le ha hecho a usted: un cuerpo azul vermicular, provisto de cabeza y de un conjunto de brazos y piernas. Al parecer, fuera del agua usan ciertas ropas, presumiblemente para conservar la humedad del cuerpo.

Marder admitió que ambas descripciones concordaban.

—Parece ser que ha habido una civilización rudimentaria a lo largo de los mares y en las costas de los lagos más grandes. Originalmente, esos individuos eran anfibios constructores de cuevas. Pero todas las cuevas que hemos examinado fueron abandonadas hacia varios siglos, lo que indica que se han producido grandes corrientes migratorias hacia el interior. Los mares y lagos están prácticamente desprovistos de toda vida superior al nivel del plancton.

En opinión de Hulman —dijo Marder— se había producido alguna especie de catástrofe planetaria. El hambre había arrancado a las “culebras” (como él las llamaba) de las grandes cadenas lacustres de sus orígenes, para llevarlas al valle de tierras pantanosas y a los cursos de los ríos; en su lenta migración, habían empujado siempre adelante a los remanentes de la misteriosa raza humana, reduciendo poco a poco su espacio vital. Durante los primeros años, desde su brusca llegada al planeta, Hulman había dado muerte en este sector del valle a seis de las azules criaturas vermiculares, después de lo cual ya no vio aparecer ninguna más. Pero hasta ahora no pudo brindar a los humanos una ayuda más efectiva.

CUANDO Lowndes cortó el contacto, Marder permaneció en la cabina de reconocimiento, contemplando perplejo y turbado el extenso valle que se iba oscureciendo. Veintidós años hacía que, desde la destrucción de su nave, Hulman vivía aquí, separado de sus congéneres por una enormidad de años luz, por el negro abismo del espacio, pero en compañía de una mujer perteneciente a una raza ajena y en proceso de extinción.

—Mi esposa —decía en tono orgulloso, si no desafiante, al hablar de ella—. La llamé Celia desde el primer momento y a ella le gustó este nombre.

Oculta en algún lugar de los pantanos sombríos, la mujer a quien llamaba Celia acechaba la gran casa de troncos, pues su timidez le impedía hacer frente a los visitantes del espacio.

—Vendrá durante la noche —rió Hulman—. Siempre dejo las puertas abiertas para que entre. Primeramente le hablaré un poco para tranquilizarla y luego ustedes podrán conocerla. Mientras tanto, pueden contemplar su retrato.

Años atrás, en su niñez, Marder había visto las primeras pinturas de los mundos exteriores realizadas por Hulman, y su imaginación habíase inflamado ante la grandeza cósmica de esa visión de vida universal.

Pero en las casi cincuenta pinturas que examinó ese día notó que la vastedad del espacio habíase reducido a algo mucho más corriente. El vuelo de la fantasía del pintor parecía haberse restringido para adaptarse a las limitaciones físicas del valle que lo aprisionaba. No obstante, conservaba una peculiar y extraordinaria precisión en el detalle vívido, particularmente en relación con los seres humanos que allí había encontrado.

Eran bellas criaturas; sin embargo, los cuadros provocaron en Marder cierto rechazo en el que creyó reconocer

una vaga sensación de terror. Frente al que representaba a Celia esa impresión se hizo particularmente pronunciada, sin que supiera explicarse el porqué Boyce, en cambio, permanecía impasible. Ni las palabras ni los gestos del artista proporcionaban guía alguna para la interpretación.

Desde una de las puertas, que Hulman había dejado abiertas, Marder observó con inquietud el pantano. Después de veinte años, Hulman debía saber si algún peligro lo amenazaba desde allí; pero para todo recién llegado a un mundo extraño, la enigmática oscuridad exterior estaba plena de peligros potenciales; peligros unas veces imaginarios, otras no.

Marder esbozó una sonrisa ante sus propias aprensiones y decidió regresar al interior de la vivienda.

ENCONTRÓ a Hulman y a Boyce en una especie de subsuelo de la casa. Bien iluminado, su aspecto era tranquilizador: instalaciones de energía, cuartos de almacenamiento y hasta un jardín hidropónico. Ambos estaban junto a la boca de un profundo pozo de agua fresca que ocupaba el costado izquierdo del salón principal.

—A veinte metros de profundidad hay una temperatura de doce grados bajo cero —decía Hulman con orgullo de dueño de casa. Era un hombre corpulento, algo pesado ya, con una barba

cuadrada que apenas había comenzado a encanecer.

—La idea la tomé de las gentes de Celia —prosiguió—. El agua de pantano no es saludable aquí en las diversas estaciones; en cambio, el pozo llega a un río subterráneo cuyas aguas son de lo más puro que se puede desear. —De pronto, al ver a Marder, se interrumpió para preguntarle en tono ansioso—: ¿Hay alguna novedad?

—Ellos van a esperar allá, en la escapacionave, una semana o más si es necesario —replicó el aludido—. Nosotros debemos actuar según nuestro criterio en lo que respecta a establecer contacto con los cregitianos.

—¡Bien! —Hulman evidentemente se sintió aliviado—. Nada podemos hacer hasta que venga Celia... y entonces tendremos que emplear mucho tacto con ella. Pero estoy seguro de que no se necesitará una semana.

—Pero, ¿por qué son tan esquivos con nosotros? —inquirió Boyce.

El rostro de Hulman se ensombreció levemente.

—No es con ustedes —dijo—. Es conmigo... Su actitud se debe a la impresión que han tenido, a través de mí, de los seres humanos que habitan la Tierra.

Una vez que los tres estuvieron cómodamente instalados en el living-room, el hombre se explicó. A Boyce y a Marder habíales asignado un cuarto

### No tan buena ni tan mala

LA cortisona ha sido una de las drogas más alabadas y vilipendiadas de los últimos tiempos. Primero se dijo que era la panacea universal. Después que era peor el remedio que la enfermedad. Naturalmente, no es una cosa ni la otra. Por otra parte, está recuperando su prestigio en algunos terrenos en los cuales hasta ahora no había intervenido. Por ejemplo en el caso de la leucemia, o sea la falta de glóbulos rojos en la sangre. Se ha encontrado que es capaz de posponer las manifestaciones de esta enfermedad fatal, durante un periodo muy largo de tiempo. Por ejemplo: en el que creyó reconocer se calcula en cuarenta años.

situado en el piso alto de la casa, separado del suyo y del de su esposa por un pequeño pasillo.

—Nunca le he preguntado mucho a Celia con respecto a su gente —dijo—. Una especie de poderoso tabú le impide hablar de ellos. Al principio, cuando intentaba presionarla para que me diera detalles me sentía molesto como si estuviera cometiendo una terrible grosería. Pero sé que ellos odian la violencia, la locura y cualquier cosa que no sea bella. Y verán ustedes...

Al estrellarse su aparato en ese valle Hulman fué el único de los cuatro tripulantes que había quedado vivo.

—Dos días antes del accidente, Banning se había vuelto loco y yo maté a Nichols y a Dawson —dijo con el semblante tenso, esforzándose por recordar lo que había ocurrido veintidós años antes—. Entonces di muerte a Banning para evitar que causara la completa destrucción de la nave. —Miró a uno y otro de sus interlocutores, luego prosiguió—: Era inevitable. Pero esas gentes de Celia nunca lo comprendieron.

—¿Cómo lo supieron? —preguntó Marder, presa de incómoda turbación. Hulman se encogió de hombros.

—Después de eso yo estuve inconsciente durante casi un mes y completamente ciego durante seis meses. Me sacaron de entre los escombros del aparato y me cuidaron; pero cuando estuve fuera de peligro sólo Celia quedó a mi lado. Ella y yo estuvimos solos durante varias semanas, hasta que yo recuperé la vista. ¿Que cómo lo supieron? Son sensitivos en muchas formas. Se alejaron de mí —añadió con una triste sonrisa— cuando vieron que ya no necesitaba su ayuda.

—¿Y en todo este tiempo —preguntó Marder lentamente— no ha sido usted capaz de ganarse su confianza?

Hulman lo miró durante un momento, como si pesara cada una de sus palabras.

—No es cuestión de confianza —respondió al fin—. Es cuestión de... Bueno, trataré de explicárselo. No es que me preocupara el estar solo con Celia —súbitamente sonrió con expresión infantil—. Los otros estaban en una pequeña aldea lacustre, a unos metros de altura sobre el valle, del otro lado de los pantanos. Celia iba a visitarlos con frecuencia, pero nunca traía consigo a nadie de allá. Sospeché que esto se debía simplemente al hecho de que yo era un extraño. Pensé que con el tiempo cambiaría la actitud de ellos con respecto a mí. Celia parecía bastante feliz, de modo que yo consideré que el problema no era demasiado grave.

Hizo una breve pausa, frunció el ceño y continuó:

—Un día en que, como otras tantas veces, ella se había marchado, me acordé de un par de catalejos que había sacado de la espacionave, los busqué y decidí observar la aldea. Fué una experiencia muy curiosa; en realidad, nunca más pude explicármela del todo. Durante un instante enfoqué todo con una claridad absoluta. Había niños jugando en unas plataformas colocadas sobre el agua, en tanto que algunos adultos permanecían a la entrada de una casa. ¡Y, de pronto, todo se volvió borroso! ¿Pueden imaginárselo? ¡Ellos no querían que los mirase y por eso oscurecieron mi visión!

—¿Eh? —dijo Boyce frunciendo el ceño.

Marder permaneció rígido, sintiendo que la inquietud volvía a apoderarse de él.

—Eso es todo lo que puedo decirles —sonrió Hulman—. Los catalejos tenían alcance de visión de cuatro millas y funcionaban perfectamente; pero al instante de haberlos enfocado en la aldea el campo visual se oscureció. Nunca me sentí más desairado que en esa

BOYCE rió nerviosamente y lanzó una mirada a Marder. Consideraba con admiración a Hulman, a ese personaje de leyenda, salvado por milagro de la negra tumba del espacio; pero también él, decidió Marder, tenía la sensación inquietante de estar en presencia de algo extraño. Bien, tanto mejor; serían dos los que afrontaran el peligro, si es que el peligro se presentaba.

—Admito que el truco me molestó —prosiguió Hulman—, tan pronto como me hube repuesto de la sorpresa. Al día siguiente le anuncié a Celia que pensaba ir a la aldea. No hizo objeción alguna; pero me siguió a distancia, probablemente para asegurarse de que no me ahogaría en el camino, pues hay mucha agua por allí. Por fin llegué a un promontorio situado a unos cien metros de distancia de la aldea, sobre tierra firme. Casi inmediatamente me di cuenta de que la habían abandonado. La recorrí de un lado a otro y vi que habían dejado fuegos encendidos, pero nadie quedaba para recibirme. Entonces volví a casa, ofendido e irritado; ni siquiera quise hablar con Celia hasta la mañana siguiente.

Rió, y luego de una breve pausa continuó:

—Pronto me repuse del mal humor. Y entonces me dediqué a construir una casa para nosotros dos, mucho más grande y hermosa que cualquiera de las que ellos tenían en su aldea, y en esta tarea estuve ocupado durante varios meses. En todo ese tiempo ignoré a nuestros vecinos casi tan completamente como ellos me habían ignorado a mí.

Sonrió algo avergonzado y continuó:

—Pero, como es de suponer, las cosas no podían seguir así. Había en esos seres algo tan curiosamente feliz y apacible, aun cuando me tratasen con frialdad absoluta... Y lo poco que había visto de ellos me los había revelado

como a la gente más bella que conociera jamás. Un día en que Celia no estaba en casa, decidí hacer otra excursión a la aldea. Pero los resultados fueron los mismos que antes. Por eso tomé la resolución de buscar una vecindad que no fuera tan exclusiva. Entonces reparé el volador de mi nave de tal manera que lo dejé en condiciones de alzar vuelo y aterrizar; y en cuanto al combustible, calculé que había ahorrado lo suficiente como para un viaje de por lo menos veinticuatro horas. Celia me observó despegar. Volé a gran altura sobre la aldea y los divisé allá abajo, ignorándome como de costumbre. Luego descendí hacia el valle y recorrí largo trecho, hasta que mi vista tropezó con la primera colonia de los otros seres: ¡las culebras!

De pronto Marder recordó algo que Lowndes había dicho.

—¿Viven en cuevas las culebras?

—¡No! —exclamó Hulman con disgusto—. Eso fué lo que me engañó. Era una aldea de casas montadas sobre estacas en el nacimiento de un pequeño lago, parecida a esta de acá. Descendí en el lago, me deslicé hasta la aldea, trepé una escalera y... ¡los vil! —Hullman se detuvo estremecido; procuró serenarse, y prosiguió—: Allí estaban, muy quietos, observándome desde puertas y ventanas. Lo peor de todo era que usaban ropas, pero éstas no los cubrían suficientemente. ¡Esos cuerpos azules, suaves y sinuosos, con esos ojos de mirada fija! Retrocedí un poco en la escalera, empuñando mi arma, por si se precipitaban sobre mí; pero no se movieron...

Descendiendo más y más en el valle había encontrado otras ocho colonias de culebras, pero ningún rastro que denotara la presencia de alguna otra tribu de aquellos hermosos humanoides. Entonces remontó vuelo sobre las montañas, con riesgo de agotar su combustible; y allá arriba, junto a un lago

alimentado por un glaciar, vió una pequeña aldea levantada sobre estacas hundidas en el agua. Pero también eran culebras.

—Yo ya no sabía qué pensar. Existía la posibilidad de que aquella aldea vislumbrada por mí representase un destacamento avanzado de seres humanos en una tierra de culebras. Sin embargo ya entonces sospeché que se trataba de un hecho inverso: las culebras eran las que invadían terreno humano. Por eso me juré formalmente que, mientras yo viviera, nadie disputaría a los seres humanos la posesión de este sector del valle. Mi decisión era absoluta. A mi regreso encontré a Celia en el mismo lugar donde la había dejado, como si en momento alguno se hubiera movido de allí. Le dije: "Celia, debo hablar con tu gente. Ve a decirles que iré mañana y que no deben escapar". Ella me miró, silenciosa, durante un largo rato, y luego partió en dirección a la aldea. Cuando volvió, muy tarde en la noche, se deslizó entre mis brazos, diciéndome: "Me han prometido esperarte". Lleno de grandes proyectos me encaminé hacia allá a la mañana siguiente. Después de todo, las culebras vivían en colonias muy dispersas; entre los de la aldea y yo podíamos exterminar, una por una, esas colonias hasta que hubiéramos limpiado la tierra circundante. Era la solución más natural, ¿no les parece? ¡Pero entonces yo no comprendía cuán diferente es

de nosotros, en algunos aspectos, la comunidad de Celia!

**BOYCE** preguntó con zozobra: —¿Qué ocurrió?

—¿Qué ocurrió? —repitió Hulman—. Llegué al promontorio y allí estaba la aldea. Esta vez sabía que se habían quedado para esperarme. Pero en ese momento, a un costado del camino, como a distancia de seis metros, vi a dos culebras entre los arbustos, una observándome y la otra mirando la aldea. Ambas llevaban atravesada en su cuerpo una especie de ballesta. Y ninguna de ellas podía ser vista desde la aldea...

Se detuvo, movió la cabeza y luego continuó en tono penoso:

—Entonces hice fuego sobre esos bichos, antes que tuvieran tiempo de salir de su asombro. Eso fué todo — se detuvo y miró a uno y otro de sus oyentes—. Era lo más lógico que se podía hacer, ¿no creen ustedes?

Boyce asintió con gesto algo dubitativo. Marder permaneció silencioso.

Hulman se inclinó hacia adelante.

—Pero desde el punto de vista de esos seres de la aldea no era así. Pues cuando hube acabado con las culebras (y a una de ellas tuve que hacerle tres disparos para que quedara inmóvil), la aldea, una vez más, quedó desierta. Así que cuando regresé a casa me sentí enfermo de desesperación. ¡Y, para colmo de males, comprobé que Celia se había ido! Nunca olvidaré aquel suce-

so. Fueron tres días de pesadilla. Pero al fin ella volvió, y esa misma mañana descubrí que en la noche anterior habían desmontado la aldea y se habían trasladado a otro lugar. No creo que estén a más de treinta kilómetros de aquí, pero nunca he tratado de volver a localizarlos.

Boyce comentó con expresión de perplejidad:

—Pero no puedo comprender...

—Yo tampoco comprendí —le interrumpió Hulman— hasta que fué demasiado tarde — y diciendo esto lanzó una brusca risotada, semejante a un ladrido, en la que Marder creyó reconocer una especie de furia reprimida—. Ellos no matan a sus enemigos; son demasiado corteses para hacerlo. Y así éstos siguen acosándolos gradualmente hasta acabar con su existencia.

Los tres hombres se miraron en silencio durante cierto rato. Luego Marder preguntó lentamente:

—Capután, ¿qué piensa usted que debemos hacer en esta situación?

—¡Matar las culebras! —replicó Hulman sin vacilar—. ¡Todas las que podamos encontrar! Si los seres humanos de este mundo no saben defenderse, es nuestro deber defenderlos. Desde que estoy aquí ninguna culebra ha pasado por este sector del valle. —Sus ojos brillaron con expresión de odio, al agregar—: Algunas han tratado de hacerlo... Pero yo no puedo montar la guardia eternamente. ¡A ustedes y a los otros hombres de la espacionave les corresponde llevar la tarea hasta el fin!

**MIENTRAS** Boyce dormía con sueño intranquilo, Marder no podía pegar los ojos. También él estaba inquieto, a tal punto que no lograba descansar de la fatiga y la excitación del día. Vagos sonidos nocturnos penetraban en la habitación que ambos compartían, pero él no tenía y que-

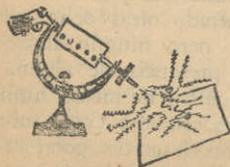
jumbroso llamado, semejante al grito distante de un pájaro. No era demasiado diferente de los sonidos que había escuchado en muchos otros planetas; y, como en todos los mundos nuevos y extraños, había implícita una amenaza que en gran parte provenía de la imaginación.

Pero era Hulman quien constituía la causa principal de la inquietud de Marder. No podía apartar de su mente el rostro del viejo explorador, su voz retumbante y enojada, su monomaniaca devoción por aquellos extraños humanoides. Nada de lo que Hulman había hecho otrora para estimular la imaginación de los terrestres hacia la laboriosa exploración del espacio podía igualarse a esta hazaña accidental: haber encontrado los primeros seres humanos que habitan fuera de la Tierra. Los hombres habían mirado desde su mundo como niños que contemplan fijamente un grande y oscuro cuarto prohibido. Habían descubierto que el espacio estaba poblado aquí y allá por vida inteligente; vida que a veces era horrible, a veces simplemente extraña, otras hermosa en un sentido sobrenatural, incomprendible. Pero nunca nada comparable al hombre.

La fiera insistencia de Hulman en proteger lo que parecía constituir los últimos resabios de una raza humana, contra los propios deseos de ésta, era algo que Marder podía comprender perfectamente. No dudaba de que Boyce y los demás responderían de todo corazón a tal empeño. Era la prueba de que la vida humana podía surgir espontánea e interminablemente a través de las galaxias; de que, al fin y al cabo, el Universo no era un cuarto oscuro, sino un espacio iluminado eternamente por los fuegos de la humanidad. Por lo tanto, había que proteger esa prueba...

Por extraño que parezca, aunque Boyce estaba dormido y Marder des-

### Esterilizador electrónico



**EL** problema de la esterilización de alimentos para impedir su putrefacción ha recibido un nuevo tipo de solución con el capacitron, un aparato que lanza cortos chorros de electrones y mata cuanta bacteria y microbio se le pone a tiro. El mismo sirve para medicinas y cualquier tipo de

pierto, fué aquél quien tuvo la primera noción del movimiento existente dentro de la casa. Marder lo oyó respirar y revolverse agitado en el lecho; luego lo vió despertar y permanecer alerta, en inmóvil expectativa. Entonces su compañero sonrió levemente ante los signos familiares: la tensa vigilancia, el silencio que interrogaba al misterioso mundo circundante: "¿Qué pasa? ¿Quién se mueve?" En muchos otros mundos extraños y oscuros había visto a hombres terrestres despertar y formularse tales preguntas. Y él también lo había hecho...

Sólo entonces dióse cuenta de que había cierto movimiento en la casa, más allá de su habitación. Gradualmente, el ruido confuso se resolvió en lentos y pesados pasos sobre el piso alfombrado; y la visión de Hulman dejando su cuarto para asomarse a la escalera se presentó en su mente de manera tan nítida que le devolvió la tranquilidad. En seguida comprobó que Boyce también se había serenado.

No cambiaron una palabra. Al cabo de un tiempo Hulman regresó a su dormitorio, caminando silenciosamente para no perturbar el descanso de sus huéspedes. La casa volvió a quedar tranquila. Bien pronto Boyce volvió a dormirse. El otro trató de reanudar el hilo de sus pensamientos anteriores a esa interrupción, pero ahora se le escapaban. La fatiga lo invadía en oleadas de oscuridad mental, ahogando los últimos restos de su desasosiego; y, contra su voluntad, se dejó arrastrar.

La explosión que lo despertó pareció haberse producido casi junto a su cabecera.

Se encontró parado en el centro de la habitación con el revólver en una mano y el reflector en la otra. En ese preciso instante la ancha espalda de Boyce desaparecía por la puerta hacia el oscuro pasillo, y su grito resonaba en los oídos de Marder:

—¡Hulman! ¡Se han llevado a Hulman!

Estuvo inmóvil durante una fracción de segundo, paralizado por la ridícula vacilación de un hombre que, estando en una casa extraña, no quiere dejarse ver en ropas menores; pero en seguida siguió tras Boyce. Al precipitarse por la escalera en dirección al piso bajo, un recuerdo relampagueó en su mente: las armas que Hulman —aislado de toda fuente de energía— se había fabricado para su propio uso y que esa misma noche les había mostrado. Ahora comprendía la causa de su brusco despertar: el disparo de uno de esos proyectiles.

Al llegar abajo dejó de percibir por un momento la luz de su compañero y permaneció indeciso hasta que oyó gritos ahogados a su izquierda; entonces recordó el descenso al subsuelo. Cuando alcanzó la puerta resonó en sus oídos otra exclamación de Boyce y vió surgir desde abajo un resplandor rojizo. Boyce había llevado su arma consigo, así que seguramente estaba haciendo frente a los intrusos. Estos debían ser exterminados por medios rápidos: la rociadura de termión no estaba destinada a ser un arma para usar en interiores.

SEGUNDOS después, Marder había descendido hasta el último peldaño de la escalera del subsuelo. A su derecha, un impenetrable y silencioso cerco de llamas se proyectaba desde la pared hasta rodear a medias el gran pozo; esto impedía el avance y, presumiblemente, había arrinconado a sus antagonistas.

Boyce, vestido con sólo unos pantalones cortos, volvió hacia su amigo un semblante furiosamente contorsionado.

—¡Uno de ellos se metió en ese rincón! No puede salir. ¡Llevaba consigo a Hulman!

—¿Dónde está Hulman?



COMPRELO A SU CANILLITA O A SU LIBRERO

Marder parpadó por efecto de los resplandores del fuego. Una forma oscura yacía encogida contra la pared, más allá del pozo; esto era todo lo que podía distinguir.

—¿Seguro que está muerto? —dijo en tono que aparentaba naturalidad.

—¡Por supuesto! —respondió Boyce a su lado. La mano que empuñaba el revólver estaba temblando—. Cuando yo le disparé un tiro al que lo llevaba y éste lo dejó caer, vi que tenía en la cabeza una herida causada por su propia arma.

—¿Los nativos? —inquirió Marder cautelosamente.

—No. Otros... Tal vez una de esas culebras a las que tanto temía... o algún otro animal. Lo cierto es que desapareció antes de que yo pudiera verlo claramente.

Su voz se había vuelto opaca. Marder le lanzó una mirada rápida. Su compañero estaba en un estado de semipostración nerviosa y sólo faltaban unos minutos para que el fuego destruyera las paredes, amenazando así su retirada. Él no tenía escrúpulos personales en cuanto a dejar que el cuerpo de Hulman y de sus asesinos se asaran juntos. La coincidencia del asesinato en esa preciosa noche era algo que se podría analizar mejor posteriormente; en cambio, Boyce constituía un problema urgente.

De pronto, una voz se dirigió a ellos desde un pasillo situado del otro lado del pozo.

—Ustedes, que fueron sus amigos, ¿quieren escucharme?

Marder sintió que le corría un frío por la columna vertebral.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Él me llamaba su esposa.

Boyce tuvo un violento sobresalto; Marder le hizo un signo para imponerle el silencio. Era una rica voz femenina, levemente quejumbrosa; no resultaba

difícil asociarla con el retrato que Hulman había hecho de su esposa.

—¿Por qué lo mató usted?

Hubo una pausa.

—Yo creía que ustedes comprendían —dijo la voz—. Los médicos de ustedes hubieran dicho que estaba loco desde hace veinte años, tal como él contaba el tiempo; y lo hubieran obligado a curarse. No pude soportar la idea de que él tuviera que sufrir eso.

Marder tragó saliva dificultosamente.

—¿Sufrir qué?

—¿Son todos ustedes locos? Él lo era, a pesar de que yo lo amaba. Le era imposible ver detrás de la forma de las cosas. Y aquí, entre nosotros, veía sólo las formas que le eran tolerables. Pero en los momentos en que recuperaba la cordura, y veía las cosas tal como eran, mataba. ¿Son todos ustedes así?

**BOYCE** se quedó mirando con fijez a Marder, con la boca abierta.

—¿De qué habla? —murmuró roncamente—. ¿Está con ella la culebra?

—Anda arriba, Boyce. ¡Espérame afuera!

—¿Vas a matar a la culebra?

—Sí, mataré a la culebra.

Boyce desapareció por la escalera.

—La casa se está incendiando, pero todavía es tiempo —dijo Marder a la voz—. ¿Puede usted salvarse de alguna manera?

—Puedo irme por el río que corre bajo el pozo —respondió la voz—, siempre que usted no dispare sobre mí.

—No lo haré.

—¿Puedo llevarme el cuerpo de mi esposo?

Marder vaciló.

—Sí.

—¿Y se irán todos ustedes en la nave? Yo lo amaba, a pesar de que mi gente no podía tolerar una cosa tan extraña. También ellos son locos, aunque no tanto como ustedes. Veían lo que había en su mente, pero no más

allá; por eso le temían. Pero ahora él está muerto y mi gente nada puede compartir con la vuestra. Somos demasiado diferentes. ¿Se irán ustedes?

Marder se humedeció los labios.

—Nos iremos —al fin comprendía, y se alegraba de que Boyce no estuviera allí—. ¿Qué es lo que veía usted más allá de su mente?

—Un espíritu valeroso, aunque muy atemorizado —dijo la voz lentamente—. Se aventuraba cada vez más en las tinieblas que lo asustaban. ¡Por eso yo lo amaba! —hizo una pausa—. Ahora me voy... y creo que sería mejor para usted dirigir su vista a otro lado.

Marder no intentó mirarla; pero en el último instante, cuando oyó un movimiento en el extremo del pasillo, lo hizo. Sólo distinguió una sombra que ondulaba velozmente a lo largo de la pared, se detenía, se agachaba con gesto rápido, volvía a erguirse arrastrando una voluminosa carga y se deslizaba hasta desaparecer.

Se quedó mirando la blanca pared hasta que oyó un leve chapoteo allá abajo, en las profundidades del pozo.

**LA** espacionave surcaba el lado nocturno del mundo que había visitado, cuando el comandante Lowndes vino a reunirse con Marder en la cabina de observación.

—Boyce va a salir bien de esto —dijo pensativamente—. Sólo adiviné parte de la verdad, y ese poco le está siendo extraído de su mente —luego de observar con atención a Marder, añadió—: Si usted hubiera mirado di-

rectamente esa cosa, hubiéramos tenido que aplicarle el mismo tratamiento. Esos especímenes son particularmente horribles.

Marder se encogió de hombros. El otro se sentó sobre el borde de una mesa.

—¡Ceguera histérica selectiva mantenida durante veintidós años, combinada con su propio tipo de alucinaciones artísticas! No puedo menos que lamentar que esto le haya ocurrido a Hulman.

—No estuvo así todo el tiempo —dijo Marder con lentitud—. Y cada vez que veía esas formas claramente, las mataba...

—¿Quién no lo haría? Casi me parece que yo también estaría dispuesto...

—¿Qué va a informar? —le preguntó Marder.

—Que Hulman murió aquí muy tranquilamente, un año antes de haberlo encontrado nosotros, dejando un diario que inspira devoción y valor a todos los exploradores del espacio. Ya tendremos tiempo de fabricar ese diario. Esto dejará a todo el mundo contento. ¡Marder! —exclamó de pronto, alzando su mano para señalar el espacio—, ¿cree usted que realmente hay... seres humanos allá? ¿En alguna parte?

Marder contempló la vasta y negra inmensidad tachonada de estrellas.

—Así lo espero —dijo al fin.

—¿Le parece que alguna vez los encontraremos?

—No lo sé —respondió el otro en tono meditativo—. Ellos nunca nos han encontrado a nosotros... ✦

### Transmisor de malas noticias

**A**hora da gusto estrellarse con un avión. Se ha ideado un transmisor que automáticamente entra en acción al estrellarse el avión que lo lleva, lanzando una señal característica. Así podrá situarse inmediatamente el lugar de la catástrofe y mandar en seguida los auxilios necesarios.

# ¿ y para cuándo... LA ENERGÍA ATÓMICA?

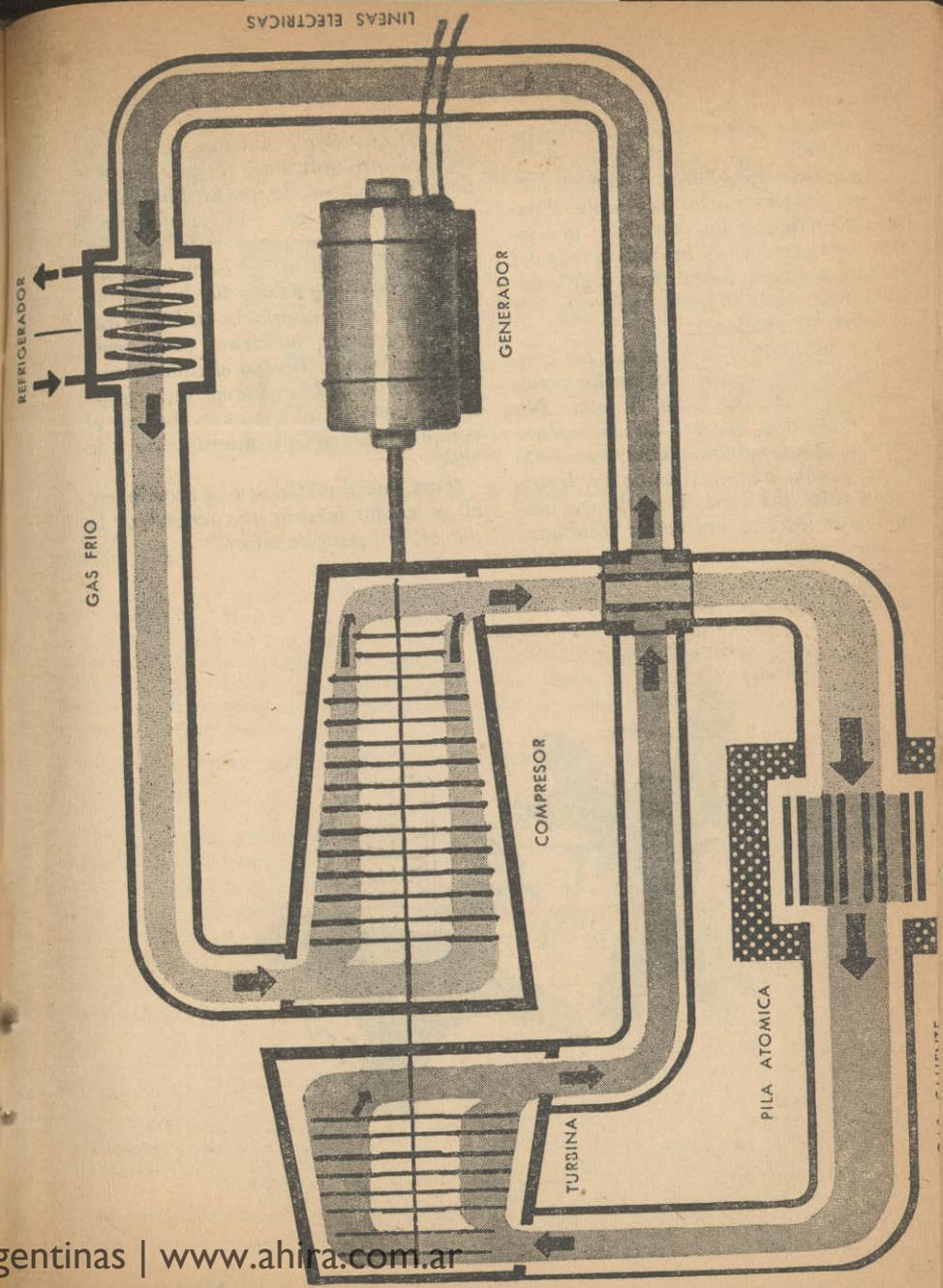
¿CUÁNDO podrá utilizarse prácticamente la energía atómica? Si "prácticamente" significa una planta productora de energía, independiente del costo, entonces no hay por qué preocuparse. Ya hay pilas atómicas funcionando en Estados Unidos, y en mayo último (véase MÁS ALLÁ, N° 4) se inició en Inglaterra la construcción de una planta atómica para usos industriales.

Pero cuando se habla de energía atómica, se quiere decir energía atómica barata. Y ése es el problema. Es muy difícil que antes de los próximos diez años puedan hacerse plantas accionadas con energía atómica, que sean

capaces de competir, en lo que a dinero se refiere, con sus colegas a petróleo, carbón, gas o electricidad.

Aun los más optimistas en este terreno, predicen que eso se cumplirá sólo en algunas ramas especiales. Por lo pronto, deberán ser fábricas muy grandes, ya que, debido a la protección especial, al tipo de aparatos y a los controles que exige el manejo de materiales radioactivos, una planta atómica de pequeño tamaño será muchísimo más costosa que una igual con energía tradicional. Sólo en fábricas muy grandes los costos serán equiparables.

Otro problema, que deberá ser solucionado adecuadamente antes de ser



...utilizar la energía atómica en gran escala, es el de los materiales sobrantes radioactivos. No pueden ser arrojados en cualquier lado, por el peligro que significan para la salud, y no hay aún ningún método práctico para desembarazarse de ellos.

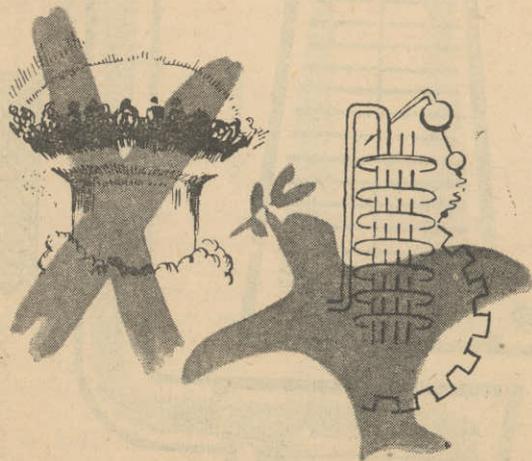
Su aplicación a autos, aviones y barcos está todavía mucho más verde. Piénsese no más que los materiales necesarios para proteger de las radiaciones del motor atómico a los ocupantes de cualquiera de esos vehículos, pesarian por sí solos 50 toneladas.

Por supuesto que éstas son las conclusiones que se deducen de los conocimientos actuales sobre el tema. No sería nada raro que un descubrimiento revolucionario alterara completamente el panorama. Pero, así como la electricidad tuvo que tomarse su tiempo hasta lograr los extraordinarios resultados

que hoy conocemos, es probable que la energía atómica tenga que sufrir en su evolución algún proceso análogo.

A continuación se ilustra con un esquema lo que podría ser en el futuro cercano la usina productora de la electricidad que utilizamos en casa. Se trataría, en esencia, de una turbina accionada a gas. El gas frío sería enviado mediante un compresor a la pila atómica. Allí, mediante el calor originado por la desintegración atómica, se expandiría e impulsaría la turbina, que tendría energía suficiente como para mover al mismo tiempo el compresor y un generador. Un sistema de refrigeración enfriaría el gas antes de que el compresor lo enviara nuevamente a la pila.

Para que el método fuera económico, el generador tendría que tener, por lo menos, dos pisos de altura.



## CONTESTANDO A LOS LECTORES

**MÁS ALLÁ** contesta a todas las cartas que contengan preguntas sobre temas científicos. Algunas de las respuestas se publican cada mes, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se pida de no hacerlo. Las preguntas deberán ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una sola pregunta.

Escriba a **MÁS ALLÁ**, Avenida Alem 884, Buenos Aires.

### PREGUNTA:

¿Cuando una astronave llega al límite en que la Tierra y la Luna ejercen igual atracción gravitatoria, ¿qué le ocurrirá? ¿Se detendrá de golpe, pasará a igual velocidad o se irá deteniendo kilómetros antes hasta pasar a pocos metros por segundo?

Ramón A. Parola, Sucre 619, Ayacucho, F. C. N. G. R.

*Respuesta:* La velocidad con que la nave pase por la línea (imaginaria) donde las atracciones de la Tierra y la Luna se igualan, dependerá exclusivamente de la velocidad con que partió. Si lo hizo justamente a un poco más de la "velocidad de escape" entonces pasará aquella región a unos pocos metros por segundo.

### PREGUNTA:

¿A qué forma de energía se deben las comunicaciones telepáticas

Alberto Luna, Capital.

*Respuesta:* Las comunicaciones telepáticas no se han comprobado todavía

en forma científicamente irrefutable. Es posible que existan y, en particular, que haya personas capaces de percibir mejor que otras ciertos fenómenos mentales; pero sería prematuro clasificar dichos fenómenos, puesto que aún escapan al campo de la ciencia.

### PREGUNTA:

El corazón humano está adaptado para bombear sangre a cierta tasa; su acción aumentaría correlativamente al menor peso de la misma. ¿Cómo se podría evitar la falta de peso en el vacío interplanetario?

Enrique Martínez, Remedios de Escalada de San Martín 3372, Capital.

*Respuesta:* El problema que usted plantea, como todos los de "medicina del espacio", aun no tiene respuesta categórica. No obstante, los especialistas en estas cosas se inclinan a creer que el problema del funcionamiento del corazón no constituye una dificultad insalvable. Es cierto que la falta de peso dará lugar a trastornos, pero se cree que el cuerpo humano es capaz de resistir

las severas condiciones del viaje interplanetario. Por otra parte, la sensación de falta de peso ya ha sido experimentada en ciertos casos, y parece ser que los organismos vivos están en condiciones de resistir dichas condiciones.

#### PREGUNTA:

¿Qué es lo que se ve estudiando una estrella tal cual es ahora, o la imagen de lo que fué hace millones de años?

M. M. Parik, México 2081, Capital

Respuesta: La imagen de lo que fué en el instante en que partió la luz.

#### PREGUNTA:

¿Sufrirá el hombre cambios físicos apreciables (se le alterarán el corazón, la circulación o la digestión) al hallarse en la Luna o en cualquier otro planeta?

Ricardo Ertl, Rioja 470, Posadas, Misiones.

Respuesta: Sí, es probable que el corazón, por ejemplo, tenga que adaptarse a las condiciones físicas diferentes que han de reinar en otros planetas.

#### PREGUNTA:

¿Qué finalidad tiene la masa humana, en toda su actividad con respecto al cosmos?

Roberto Goldenberg, Malabia 324, Cap.

Respuesta: Su pregunta sale del campo científico y entra en la parte de la filosofía llamada teleología, que se ocupa de los fines. La ciencia no intenta, ni puede, responder a preguntas de esta clase, sino que aspira a encontrar las leyes que rigen los fenómenos de la naturaleza. En cuanto a la respuesta filosófica, no hay una sino muchas: tantas como sistemas filosóficos se inventen. También la religión da su respuesta, y ya sabemos que no hay una sola reli-

gión, sino muchas. Claro está que podríamos decir que la finalidad de la ciencia es conocer y que quizás, con el tiempo, sea posible tener una idea más precisa de cuál es el papel del hombre en el cosmos.

#### PREGUNTA:

¿Qué sucede si un cuerpo de metal, sólido (acero, o plomo, u oro) de un peso aproximado a las 3 toneladas, es abandonado en el espacio, fuera de la órbita planetaria?

A. Desalin Toconas, Palermo 261, Córdoba.

Respuesta: Todo depende de la velocidad con que dicho cuerpo sea lanzado respecto del planeta o estrella cuya gravitación predomina en dicha región, así como de la distancia a que se encuentre del mismo. Las leyes de la gravitación son las que darán el comportamiento futuro del cuerpo en cuestión.

#### PREGUNTA:

¿Habrá en el espacio que contiene a los mundos algún límite, o esos mundos se desplazan en un espacio infinito? Y en el caso de que hubiera alguna frontera, ¿sería el comienzo de aspectos completamente distintos a los que conocemos? ¿Qué teoría se ha formulado la ciencia sobre esto?

Juan Ernesto Bosatta, 9 de Julio 938, Tandil.

Respuesta: Se han formulado diversas teorías al respecto. La teoría de la relatividad es la que dió un gran empuje a las teorías cosmológicas y a los modelos de Universo. Así, el primer modelo de Einstein consideraba que el Universo no era infinito ni tenía un límite finito; supuso que el espacio era "esférico", es decir, el equivalente en tres dimensiones de la superficie de una esfera; por lo tanto, carecería de límites, pero es finito. De Sitter construyó luego un modelo de Universo "hiperbólico" en el espacio-tiem-

po, mientras que en el de Einstein el tiempo conservaba su individualidad absoluta. Posteriormente Friedmann y Lemaitre propusieron nuevos modelos. Y en 1930, como consecuencia de las observaciones de Hubble sobre el corrimiento hacia el rojo de las líneas espectrales de las nebulosas, surgió el modelo de Eddington del espacio "en expansión": el Universo era un sistema que se dilataba partiendo del modelo de Einstein como estado inicial; dos fuerzas actuaban: la gravitación universal y la repulsión cósmica (dependiente de una constante "cosmológica" introducida antes por Einstein); después Einstein y De Sitter conjuntamente construyeron un modelo de Universo homogéneo, de densidad finita y sujeto a la expansión, en un espacio euclidiano. Con posterioridad se han propuesto varios modelos de Universo, como los de Milne, con su relatividad cinemática, y en estos últimos años, los de Von Weizsacker, Jordán, Bok-Spitzer, Whipple, Gamow, Alfven, Hoyle, y otros más. Como podrá ver, la cosmología es una ciencia que ha avanzado muchísimo.

#### PREGUNTA:

¿Cuál es la constitución de una molécula, y la de un átomo? ¿Qué cantidad de protones y electrones los constituyen? ¿Qué es el llamado polvo cósmico?

Gerardo H. R. Romano, Gral. Urquiza 1064, Santa Fe.

Respuesta: Tomemos el caso más simple: la molécula y el átomo de hidrógeno. Este está constituido por un núcleo + (protón) 1840 veces más pesado que el electrón (cargado negativamente) que lo rodea y que gira a su alrededor en órbitas discretas (de energía "cuantificada", es decir, sólo son posibles ciertas órbitas). La molécula de hidrógeno está constituida por dos áto-

mos de hidrógeno, separados por una distancia aproximadamente igual a un ángstrom, o sea, un cienmillonésimo de centímetro.

Un átomo un poco más complicado, como el de helio, por ejemplo, consta de un núcleo positivo formado por dos protones y dos neutrones, rodeados por dos electrones negativos en la misma "órbita", pero difiriendo en su "momento angular" intrínseco (spin).

El "polvo cósmico" son átomos y electrones que llenan todo el espacio con débil densidad; por ejemplo: se ha calculado, sobre la base de ciertas observaciones, que hay unos 600 electrones por centímetro cúbico, y una milbillonésima de partículas de polvo por  $\text{cm}^3$ .

#### PREGUNTA:

¿Por qué a los planetas Mercurio, Venus y Marte no se los ve a simple vista, y sí a los asteroides, que están a mayor distancia que aquéllos.

Juan O. Ramseyer, Belgrano 2392, Johnson (Vera), Santa Fe.

Respuesta: A Venus no sólo se la ve a simple vista sino que es ordinariamente el más brillante de los planetas; se lo puede ver fácilmente a mediodía si el cielo está bien límpido. Mercurio y Marte son conocidos desde la antigüedad, mucho antes de que se inventara el telescopio. En cuanto a los planetoides: de ellos, Vesta es el más brillante y a veces visible a simple vista. Los demás, no.

#### PREGUNTA:

¿A qué distancia de la Tierra ha llegado el hombre?

Hermes Maldonado, Talleres Km. 5, Comodoro Rivadavia, Zona Militar.

Respuesta: En aviones de propulsión a reacción se ha llegado a los 44.000 metros.

**PREGUNTA:**

¿Cuántas glándulas tenemos en el cuerpo y cuáles son las más importantes?

Alberto Musac, Capital.

*Respuesta:* Si bien no hay acuerdo general, se acepta que son las siguientes: Glándula pineal (en el cerebro); glándula pituitaria (en la base del cerebro); glándula tiroidea (en el cuello); glándulas paratiroides; glándula timo (en la parte inferior de la garganta); glándula páncreas (detrás del estómago); glándulas suprarrenales (arriba de los riñones); glándulas gónadas (ovarios en las mujeres, testículos en los hombres). Son, pues, ocho glándulas de secreción interna, o endocrinas. No puede decirse, en realidad, cuál es más importante; la pituitaria funciona como reguladora de las otras, segregando por lo menos cinco hormonas distintas.

**PREGUNTA:**

Considerando que la Luna gira alrededor de su eje en 29 días y 13 horas, un punto de su zona céntrica estaría expuesto a la luz solar durante 14 días y 18 horas 30 min., lo cual ocasionaría una temperatura de unos 120°C.; el caso totalmente opuesto para su parte oscura. Entonces, en un viaje a la Luna, ¿deberá la astronave "lunatizar" en la parte oscura, en la semioscura o en la iluminada? ¿O es indiferente?

Teobaldo Catena, Eva Perón 428, Taff Viejo, Tucumán.

*Respuesta:* La zona iluminada puede alcanzar esa temperatura de 120° C durante el día lunar, pero ello no significa necesariamente que toda región de esa superficie esté expuesta directamente a los rayos del Sol; allí, como en la Tierra, puede haber zonas protegidas en las que sea posible pasar más

apaciblemente el tiempo; además puede empezar a construirse de inmediato la base lunar. "Lunatizar" del lado visible presenta la ventaja de que la comunicación con la Tierra se hará mucho más fácil que yendo al lado invisible desde la Tierra. Otra solución, que quizás convenga, es descender en la zona semioscura. De cualquier modo, tenga presente que la zona no iluminada, en realidad no lo es tal, sino que es invisible para nosotros, pero recibe iluminación al igual que la zona visible, durante 14 días y pico.

**PREGUNTA:**

¿Habrá sido Marte un mundo como la Tierra varios millones de años atrás?

Domingo B. Arguello, Río Negro 789, Barrio Observatorio, Córdoba.

*Respuesta:* Marte es un planeta cuyas condiciones se asemejan bastante a las de la Tierra en la actualidad. Su fuerza de gravedad es sólo dos quintos de la terrestre; tiene atmósfera, aunque con muy poco exígeno; probablemente hay vegetación; en tiempos pasados quizás haya habido vida animal y tal vez inteligente, pero la escasa cantidad actual de oxígeno no la permite probablemente. Podemos considerarlo, pues, como un planeta cuya vida se ha gastado, y la misma vegetación, si es que la hay, está destinada a extinguirse dentro de no mucho tiempo.

**Hemos recibido la siguiente carta:**

Les agradecería mucho que me pusieran en contacto con lectores que tengan interés en intercambiar, ya sea por correspondencia (sería mejor que viviera en la Capital o alrededores) o personalmente, artículos, revistas o impresiones acerca de la fantasía científica o temas científicos.

# ¿En qué época le gustaría vivir? ¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.

¡Pero usted puede vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!

¡Usted puede visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!

¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con \$ 5 usted podrá comprar su pasaje mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios, y con \$ 50 su viaje durará un año...

**SUSCRIPCIONES:** En la Rep. Argentina: \$ 50 al año.

**Más allá**

AV. ALEM 884  
BUENOS AIRES

**Deseo suscribirme por un año a MAS ALLA. Adjunto cheque o giro postal por \$ 50.**

Nombre .....

Dirección .....

(ESCRIBIR CLARO)



# SOMOS CIVILIZADOS

por MARK CLIFTON y  
ALEX APOSTOLIDES

ilustrado por BARBALIS

*Naturalmente, la raza superior tenía que vencer; pero era superior... ¿según qué cánones... y de quién?*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)

Las mujeres y los niños trabajaban entre los cultivos, recogiendo las hojas más maduras y más gruesas para transformarlas en alimentación y bebidas, cumpliendo el arco del círculo de simbiosis.

Los varones trabajaban en la superficie de los canales o en las excavaciones abiertas. Sus anchas y ágiles manos cortaban la endurecida arcilla, abriendo un canal que iba a ser llenado de arena y después tapiado con arcilla por todos los lados y superficies. De este modo, el agua podría atravesar la arena sin evaporarse, sin pérdida alguna desde los polos hasta el ecuador de Marte, y surgir libremente, de manera que la humedad pudiera alcanzar a los líquenes comestibles de todas partes, para que nadie sufriera hambre o sed.

El agua debía fluir. Y ni siquiera enterrado en la más profunda memoria de la raza estaba el recuerdo de que nadie hubiera tomado nunca más que la parte que le correspondía; porque lo contrario hubiera sido como si los dedos de una mano robaran sangre a los dedos de la otra.

En la lengua marciana había muchas palabras que indicaban conformidad, hermandad de todas las cosas. Había palabras para expresar el éxtasis de contemplar las eternas estrellas, de día y de noche, a través de la ligera atmósfera levemente oscura. Había palabras para expresar la dicha de dilatar los oblicuos orificios de la nariz y respirar profundamente en aquellos lugares protegidos, donde las arenas no formaban remolinos; palabras que expresaban el placer de entreabrir los pliegues de piel elástica, para atraer

Pero no había palabras para expresar el concepto de "mío" y de "tuyo". Y nadie sentía necesidad de gritar: "¿Para qué estoy aquí? ¿Cuál es el propósito de todo esto?"

Cada uno seguía su destino, serenamente y sin preguntar. Todos reparaban o extendían los canales de riego, para que los que aun no habían nacido disfrutaran de las mismas alegrías y éxtasis que ellos. El trabajo era, en sí mismo, una parte de la alegría total, y ellos no lo rehuían, así como los pulmones no rehuyen el aire limpio y frío.

Desde tiempos tan remotos que hasta el concepto de los comienzos quedaba perdido, la interdependencia simbiótica infiltraba sus vidas en forma tan natural como el agua preciosa infiltraba las arenas del canal. ¡Tanto tiempo hacía que habían logrado la civilización!...: *su civilización.*

El capitán Griswold mantuvo im-perturbable su fisonomía (admitamos que esto también forme parte de la leyenda). Miró sin expresión a través de la pantalla de la lámpara roja que brillaba bajo la nave. Inconscientemente, irguió los hombros y respiró a pleno pulmón, disfrutando de la viril tensión del uniforme sobre su pecho extendido. Decididamente rechazó la visión de innumerables generaciones, pasadas y venideras, de niños de escuela repitiendo sumisos la lección a sus maestros.

"El capitán Thomas H. Griswold tomó posesión del planeta Marte el 14 de junio de 2018." Esta idea pasó por su mente, como una predicción.

Pero no, no debía permitir que la vanidad estropeará el recuerdo

de este instante. Estaba fuera de lugar el que su nombre figurara o no junto a los grandes nombres de todos los tiempos. Sin embargo era innegable la importancia histórica del momento.

La voz del teniente Atkinson interrumpió sus pensamientos, y lo libró de la vanidosa preocupación sobre si la visera de su gorra debía estar un poco más torcida hacia uno de los lados; porque él debía tener algún rasgo distintivo de los primeros hombres que habían ido a Marte.

—Otro canal, mi capitán.

Debajo de ellos una línea gris verdosa se extendía hacia el horizonte, contrastando agudamente con el rojo ferruginoso del paisaje. Todo un planeta de óxido ferruginoso: hierro y acero, para la ya necesitada tecnología de la Alianza Occidental. El capitán experimentó momentánea irritación al ver que aquel estrecho canal había desplazado al precioso mineral de hierro.

Evidentemente, estos canales carecían de sentido. La nave había rodeado el ecuador del planeta y, después, había vuelto a rodearlo de polo a polo. En todas partes habían visto canales y nada más. Habían gastado mucho tiempo y mucho combustible. Debían aterrizar, ahora. Evidentemente aquí no había vi-

da animal inteligente. Pero el momento histórico no debía estropearse por ninguna prisa. No debía haber interrogantes en los libros que iban a escribirse. No debía surgir ninguna voz capaz de criticar.

—Vaya a ver al señor Berkeley —dijo bruscamente al teniente Atkinson—. ¿Querría rogarle que se presente en la cabina de control? —hizo una pausa y añadió secamente—: Cuando a él le parezca.

¡El señor Berkeley!... ¿Qué era aquel civil?... ¿Un etnólogo?... Un individuo que a quien se consideraba como autoridad en razas, civilizaciones, moral y costumbres de los grupos. De todos modos aquel hombre representaba un exceso de equipaje. Aquí no había razas con las que se pudiera entrar en contacto, lo cual era una buena circunstancia. ¡Esos sabios civiles y sus teorías! ¡Mostradles un colmillo y crearán un monstruo! ¡Enseñadles una uña y reconstruirán toda una civilización! ¡Tontearías!

—¿Deseaba usted verme, capitán? —la voz era joven, tranquila, controlada.

**S**IN prisa, el capitán Griswold se volvió y enfrentó a Berkeley. Este hombre no era únicamente un teórico: era, además, un teórico jo-

### ¿Muerte o inmortalidad?

**L**os organismos unicelulares se multiplican de modo típico, dividiéndose en dos. Resultan así dos nuevos seres completamente semejantes a su progenitor, los cuales a su vez, llegado el momento, cumplirán igual destino. Cabe entonces preguntarse: ¿Qué es la muerte, si no hay muerte somática? He aquí un interrogante que dejamos abierto a los lectores, para que cada uno trate de darle la respuesta más apropiada según su parecer.

ven. Uno de esos inteligentes jóvenes, de penetrantes ojos azules. Mucho aprendizaje y ningún conocimiento verdadero. Mucha sabiduría y falta de sentido común. Discretamente el capitán suavizó la voz, ocultando su falta de respeto hacia el civil.

—Bueno, señor Berkeley, hemos rodeado el globo. No hemos encontrado ningún rastro de civilización.

—¿Descarta usted los canales, capitán? —preguntó Berkeley, aparentemente guiado más por la curiosidad que por el deseo de refutar.

—Tengo que descartarlos —contestó con decisión el capitán—. En todo el planeta no hemos visto edificios ni ruinas, ni hemos encontrado ninguna demostración de que la inteligencia exista aquí.

—Yo considero que esas líneas rectas que circundan casi todo el planeta demuestran algo, capitán —afirmó Berkeley en tono sencillo: sin énfasis.

¡Argumentos, argumentos! Hombrucitos que querían ser importantes... destruir la sagrada historia actual... Pero había que tener calma. Una pequeña discusión no debía manchar aquel instante.

—¿Y dónde están los edificios, señor Berkeley? —preguntó el capitán, con tolerante paciencia—. ¿Dónde están las fábricas?, ¿el humo de las fábricas?, ¿los caminos?, ¿los transportes? ¿Dónde están los aeroplanos? Esta leve atmósfera podría sostener un pequeño avión. No les pido que tengan grandes navíos del espacio, señor Berkeley, para concederles inteligencia. No les pido que sean iguales al hombre. Pero yo también tengo cierta educación científica. Y mi experiencia me dice que no puedo reconstruir la existen-

cia de algo cuando no tengo pruebas de ello.

—Tenemos los canales —contestó Berkeley, controlando la voz, pues él también estaba consciente del momento histórico.

Pero a Berkeley no le importaba que su nombre figurase en los libros de historia. Sabía demasiado lo que la imaginación de los escritores transforma a los individuos. Lo que le importaba era que aquel momento no fuera de profunda vergüenza para el hombre.

—Quizás —agregó— no tengan edificios, ni haya humo de fábricas porque no las necesiten. Quizás no tengan caminos porque no quieran ir a ninguna parte. Tal vez su concepto de la vida sea totalmente diferente al nuestro.

**G**RISWOLD se encogió de hombros.

—Hablamos un idioma completamente distinto y no nos entendemos, señor Berkeley.

—Mucho me temo que sea así, capitán —suspiró Berkeley—, y esto tal vez sea trágico. Recuerde usted que los europeos han hablado una lengua muy distinta a la de los polinesios, a la de los indios americanos, a la de los malayos, a la de los africanos, a la de los indonesios... —se interrumpió, como si la lista fuera interminable—. Lo único que quisiera es que no volviéramos a repetir los mismos errores.

—No podemos seguir recorriendo eternamente la superficie —dijo Griswold con irritación—. Hemos rodeado el planeta. Los otros técnicos están deseando aterrizar para aplicarse al trabajo. Hemos buscado rastros de civilización y no los hemos encontrado.

—Retiro todas las objeciones al aterrizaje, capitán. Tiene usted razón: debemos aterrizar.

El intérfono de la pared empezó de pronto a funcionar.

—Puesto de observación a puesto de control. Puesto de observación a puesto de control. Red de canales uniéndose al frente.

—Prepárese para aterrizar, teniente Atkinson —ordenó Griswold bruscamente, y luego se volvió hacia la pantalla del intérfono—. Ahí, frente a nosotros, en el punto de confluencia, señor Berkeley, se unen por lo menos doce de sus canales. Seguramente, si hubiera civilización, la encontraría usted en ese lugar —con previsión y reposo inició las páginas de la historia—. No quiero que nunca se llegue a reprochar al comandante de este navío o a cualquiera de su personal no haber cooperado en todas las formas posibles con las autoridades científicas de a bordo.

—Ya lo sé, capitán —contestó Berkeley—. Y estoy de acuerdo. A aterrizar, pues.

UN resoplido del servomecanismo, el resplandor de una llama azul intolerablemente cálida, y el navío se detuvo sobre la confluencia de los canales. Pesada y lentamente

descendió allí, sostenido por las columnas de fuego que surgían hacia abajo, exactamente sobre el punto de intersección, fundiendo la arena de los canales, hasta transformarla en vidrio, y expandiendo el vapor por sus murallones. Dentro de los cálidos y protegidos refugios junto a los canales, las pupilas de los ojos se contrajeron, se cerraron las oblicuas aletas nasales, rizosas láminas de piel se estiraron, encogieron y volvieron a estirar, en agónicos espasmos.

Sólo un ligero sacudimiento se produjo cuando el navío tocó tierra bañado en resplandores azulinos.

—Buen aterrizaje teniente —dijo el capitán Griswold—. Magnífico aterrizaje.

Levantó la cabeza y volvió a mirar la pantalla para ver reaparecer el paisaje entre el polvo y el vapor.

—Prepárese para desembarcar aproximadamente dentro de seis horas, teniente. El calor habrá descendido bastante para entonces. Bajarán los oficiales, los civi... el grupo de científicos y una brigada de tripulantes. Yo dirigiré. Usted, teniente, llevará la bandera y demás pertinencias ceremoniales. La izaremos sin demora.

Berkeley también observaba la pantalla. Se preguntó qué efecto habría causado en los canales el fue-

go del aterrizaje... Y por qué había decidido descender exactamente en el punto de confluencia... Y por qué el hombre, instintivamente, hace siempre lo más destructivo... En fin; cualquier lugar de aterrizaje podría haber sido el más inadecuado.

Alo largo de los canales, allá donde el calor no había alcanzado, los marcianos comenzaron a emerger de sus refugios. Habían visto descender el meteoro, y estaba en sus temperamentos refugiarse cuando ocurría algún fenómeno amenazador.

Meteoros ardiendo habían caído en otras ocasiones; pero no existía en la memoria racial el recuerdo de que jamás un meteoro hubiese caído exactamente en el punto de unión de los canales. En las más hondas fibras de su instinto sintieron la arena fundida, los muros de arcilla destrozados, el agua hirviendo penetrando por las resquebrajadas paredes, el agotamiento de los canales, y los torrentes de agua que se desbordaban por sobre las barreras, dejando seca la arena. En propios nervios sintieron anticipados los dolores de sus raíces tentaculares urgando en la arena, en busca de agua, y no encontrándola.

Surgió en ellos, y se extendió por toda la región, la necesidad apremiante de quitar aquel meteoro y restaurar los canales en cuanto el calor lo permitiera. Empezaron a reunirse cercando el meteoro, es decir, cercando las tierras abrasadas que lo rodeaban. La necesidad de llegar hasta él antes de que se perdiera demasiada agua, los impelía sobre el propio terreno caldeado.

ceder. Giraron inquietos, cada vez en mayor número, alrededor del meteoro.

COMO el capitán Griswold no le había pedido que dejara el cuarto de control durante las operaciones de aterrizaje, Berkeley siguió allí, mirando la pantalla. A la primera aparición de marcianos que surgieron del suelo, exclamó muy excitado:

—¡Ahí están, ahí están, capitán!

Griswold se acercó y se puso al lado de él, mirando la pantalla. Sus ojos se dilataron.

—Horrible —murmuró asqueado. La garganta se le cerró y quedó un momento sin habla. Pero el sentido histórico volvió a posesionarse de él—. Espero que, con el tiempo, nos acostumbremos a su aspecto.

—Ellos son los constructores, capitán. ¡Maravilloso! —gritó Berkeley exaltado—. Esos miembros en forma de pala... son los que han construido los canales.

—Quizás —asintió Griswold—, pero como los habrían construido las hormigas... Quizá sean bastante inteligentes para adaptarse a operaciones de minas...; pero, aun así, no puede usted concederles inteligencia real, Berkeley.

—¿Cómo podemos saberlo, capitán?

Pero el capitán seguía buscando en vano los edificios, el humo de las fábricas, los caminos.

—¡Teniente Atkinson! —llamó.

—Mi capitán.

—Comunique inmediatamente el siguiente mensaje a todo el navío: Los entes marcianos no deben ser molestados —miró a Berkeley al dar la orden y después retiró la mirada—. Duplique la cantidad de hom-



### Las úlceras no gustan volar

CUANDO se viaja a gran altura, el estómago, lleno de gases, tiende a expandirse, exactamente como un globo. Y, como un globo, tiende a estallar... Por esto, a las personas que sufren de úlcera gástrica se les aconseja no viajar en aviones desprovistos de cabinas altimétricas: sus úlceras podrían perforarse.

bres que van a descender y procure que estén bien armados —después volvió sobre Berkeley—. Un buen jefe se prepara a enfrentar todas las contingencias. Pero no habrá manzanza indiscriminada; puede tener la seguridad de ello. Estoy tan deseoso como usted de que el hombre...

—Gracias, capitán —contestó Berkeley—. ¿Y la erección de la bandera? ¿Y la toma de posesión?

—Bueno, y... pero, señor Berkeley, ¿qué podemos hacer después de haber visto esas... cosas? ¿Irnos? ¿Dejar que todo un planeta de hierro nativo sea colonizado por la Alianza Oriental? Bajo nosotros, al menos, estarán protegidos. Les concederemos campos de refugio. No cabe duda de que ahora viven en madrigueras: yo no he visto edificios. Todo su alimento debe de consistir en estas plantas miserables. ¡Qué existencia desdichada la suya! Pero se la cambiaremos. Les daremos comida apropiada para llenar sus estómagos vacíos. Vestiremos su repulsiva desnudez. Si tienen bastante capacidad para aprender, les daremos empleo en nuestras minas y fábricas, y esto los llenará de orgullo. No seríamos humanos,

señor Berkeley, si no conociéramos nuestros deberes.

La luz de las nobles intenciones brilló en su cara. Se sentía arrastrado por su propia elocuencia.

—Si cumplimos nuestro deber —terminó diciendo—, el destino se encargará de lo demás.

¡Qué frase magnífica!... Estaba seguro de que sus palabras pasarían a la inmortalidad. Eran un precioso compendio de todo su carácter.

Berkeley sonrió tristemente. Aquello no tenía remedio. Era imposible no implantar la bandera, no tomar posesión. El capitán tenía razón: si no lo hacía la Alianza Occidental, seguramente lo haría la Alianza Oriental. Berkeley no se oponía al capitán ni al deber, sino al destino. Pero éste no podía decidirse ahora: ya fué resuelto cuando el primer hombre mono trepó al árbol en que se refugiaba otro hombre mono, y le robó su compañera.

El hombre usurpa. Ya sea por bárbara rapiña, ya por aceptación del deber a través de una diplomacia cuidadosamente establecida, el hombre siempre toma posesión.

Berkeley se volvió y salió del cuarto de controles.

### A otro perro con ese hueso

¿USTED quiere tener un perro San Bernardo en su departamento de una sola pieza? Pues ningún inconveniente existe. El señor Clarence J. Plaffenberger, famoso entrenador de pichichos, dice que cualquier cachorrillo, adiestrado convenientemente, puede acostumbrarse a vivir en el ambiente más estrecho. Contra la opinión general, este señor afirma además que los perros prefieren más el ejercicio mental al físico. Los críticos han señalado dos efectos fundamentales del método: 1) que sólo se puede aplicar a perros de menos de seis semanas de vida, y 2) que no especifica cómo hay que hacerlos.

A FUERA el suelo se retorció y agrictaba al enfriarse. El viento murmuraba secamente sobre el rojo paisaje, lanzando pequeños torbellinos de polvo eternamente móvil. El terreno estaba menos caliente y, a medida que se enfriaba, avanzaban los marcianos. Les urgía llegar a aquel meteoro lo antes posible, sacarlo y hacer correr una vez más el agua.

—¡Puesto de observación informal!; El terreno se ha enfriado bastante para poder desembarcar!

Las mágicas palabras sonaron como un canto triunfal.

—Llamen en seguida al grupo de desembarco —ordenó el capitán Griswold inmediatamente.

Los timbres de alerta resonaron en todo el navío. También resonó el timbre en la cabina del sobrecargo. Berkeley y los otros hombres de ciencia se pusieron los trajes de protección y ajustaron a sus cabezas el claro casco de vidrio con oxígeno. Unido a los demás, Berkeley aguardó junto a la escotilla la llegada del capitán.

Y el capitán no se hizo esperar. En el momento justo, lanzando apenas una rápida mirada oblicua al equipo fotográfico, se presentó al frente de sus oficiales y marchó hacia la escotilla designada. Las grandes compuertas del corredor se abrieron y detrás de ellos se cerraron, dejando fuera al grupo, en el corredor convertido en cámara de salida.

Hubo una especie de largo suspiro. Las grandes barras de los cierrres exteriores se movieron lentamente. El aire de la cámara, a mayor presión que el de afuera, se precipitó por las compuertas que se abrían, equilibrándose con el de la

leve atmósfera de Marte. Con el aire de la nave salieron también esporas, virus y microbios; la mayoría de ellos condenados a morir bajo las distintas condiciones atmosféricas, pero algunos capaces de sobrevivir... y de actuar.

La luz roja, situada sobre las compuertas, parpadeaba. Los oficiales, los hombres de ciencia, los tripulantes armados, miraban intensamente. La luz brilló por última vez. Las compuertas quedaron abiertas de par en par. La gran rampa descendió hasta el suelo.

EN ordenada fila militar, con el capitán a la cabeza, el grupo de desembarco atravesó el corredor, cruzó las compuertas y descendió por la rampa bajo el cielo azul oscuro; el capitán Griswold fué el primer hombre en poner el pie sobre el rojo suelo de Marte, el 14 de junio de 2018. Los fotógrafos fueron los segundos.

Los marcianos se aproximaban ahora lentamente hacia el navío; pero el suelo estaba aún demasiado caliente para sus pies no protegidos. La necesidad urgente de sacar de allí al meteoro los poseía. El movimiento de los hombres que desembarcaban no fué para ellos más que otro aspecto ininteligible de aquel meteoro inverosímil.

El sonido de una corneta, amplificado por el megáfono del navío, atravesó la sutil atmósfera y resonó sobre los cascos. El grupo de desembarco formó un semicírculo al pie de la rampa.

El capitán Griswold, con la cara tan rígida como la estatua de mármol que iba a representarlo, se adelantó y tomó la bandera que llevaba el teniente Atkinson. La plantó

firmemente, sin fingidos esfuerzos, en el agujero previamente abierto en el suelo calcinado.

Señaló luego al norte, al sur, al este y al oeste. Tendió las manos, con las palmas hacia abajo, estirando los brazos. Abrió completamente los brazos y después volvió a juntarlos. Se volvió de espaldas y repitió el movimiento. Completó así un circuito que abarcaba todo el planeta. Tendió la mano derecha y recibió el pergamino que le tendía el teniente Atkinson.

Con gesto decidido, no demasiado teatral, desenvolvió el pergamino. Leyó con voz capaz de impresionar a toda la posteridad:

—En virtud de autoridad conferida sobre mí por el Supremo Concejo de la Alianza Occidental, únicos y verdaderos representantes de la Tierra y de la Humanidad, tomo posesión de este planeta en nombre de nuestro presidente, del Concejo Supremo de la Alianza Occidental, de la Tierra... y de Dios.

**E**L suelo se había enfriado bastante para que los pies de los marcianos pudieran soportarlo. El dolor era grande, pero desaparecía

ante el dolor aun mayor que significaba la asesina obstrucción de los canales por el gran meteoro. Los marcianos comenzaron a avanzar.

En el momento más inoportuno, cuando, después de la toma de posesión, los hombres se agrupaban con cierta vacilación, el teniente Atkinson vio que los marcianos estaban mucho más cerca y que continuaban avanzando.

—¡Los monstruos! —exclamó horrorizado—. ¡Vienen a atacarnos!

Berkeley miró y, con su larga experiencia, dedujo por los leves movimientos el motivo del avance.

—¡No es contra nosotros! —exclamó—. ¡es contra la nave!

Quizás habría sido mejor no pronunciar esas palabras pues el navío era, para el capitán Griswold, más importante que su propia persona.

—¡Atrás! —gritó Griswold a los marcianos que se aproximaban—. ¡Atrás o hacemos fuego!

Los marcianos no prestaron atención. Lentamente avanzaban. Cada paso sobre el suelo ardiente era una tortura; pero aquel dolor podían soportarlo; la tortura mayor, la única insostenible, era la angustia de llegar hasta el meteoro y retirar-

### Alarma cerebral

**E**so de que el cobrador nunca encuentra a nadie en casa ya tiene su explicación científica. Se ha descubierto últimamente que el hipocampo, centro cerebral cuya función había sido hasta ahora un misterio para los hombres de ciencia, tiene la misión de dar la alarma, apenas los sentidos le pasan por cualquier vía algún dato digno de mención. Los estudios hechos con conejos muestran que tanto el olor de una zanahoria como la aparición de una coneja llaman la atención del hipocampo, que, según sea el estímulo recibido, así excita las partes del organismo que convengan al caso. Sin embargo, ¡hay cada churro que le hace a uno agua

lo, para poder volver a unir los canales. Del mismo modo que un hombre sin aliento lucha desesperadamente por respirar, sin atender a otra cosa, experimentaban ellos la desesperación de las arenas reseca.

Y avanzaban...

—¡Por última vez!, ¡atrás! —gritó Griswold, haciendo un movimiento con las manos, como para rechazarlos, como si quisiera hacerles entender por señas. Involuntariamente, en ese momento, sus ojos buscaron los de Berkeley. Fue una mirada de súplica, de desesperación. Berkeley enfrentó la mirada y leyó la ansiedad reflejada en ella: el trágico horror a despertar la ira o el desprecio de la posteridad.

Aquella mirada entre ambos hombres duró un solo instante. El capitán Griswold se irguió y ensanchó los hombros, para enfrentar a los monstruos. Estaban más cerca y seguían acercándose. Como siempre, los expertos dan consejos cuando no son necesarios. Pero, cuando la suerte estaba echada, sólo podían sonreír afectadamente y encogerse de hombros.

Griswold dió la orden, y esta vez no vaciló:

—¡Fuego!

**L**A celebración tenía lugar en el Gran Estadio, el mayor y más costoso edificio que el hombre haya construido nunca. Era una estructura apropiada para los importantes torneos deportivos, y ocasionalmente podía servir para ceremonias oficiales. Ahora el estadio estaba repleto, hollaban su suelo los pies de los millares de millares que habían conseguido entrada.

Desde las últimas gradas, a tres-

ban los gritos y repercutían en la plataforma, erigida en el extremo norte.

—¡Griswold, Griswold!

Todavía la historia no había podido establecer si la masacre fue justa o no.

El presidente levantó la mano. Las cámaras de televisión registraron cada movimiento.

—Nuestras esperanzas, nuestros temores, nuestros ruegos vuelan por las oscuridades del espacio, por las distancias sembradas de estrellas, gracias a estos gloriosos pioneros —se volvió hacia el capitán—. En nombre del Pueblo de la Tierra, almirante Griswold, le confiero esta medalla. ¡Una nueva medalla para el Dirigente del Destino, el Hacedor del Imperio, el Hijo del Hombre!

La voz se le quebró, y quedó enmudecido.

La multitud que llenaba la pista del estadio, huía despavorida, atropellándose y aullando de dolor y pánico. En el momento en que la gente debía estar tranquila, llena de reverencia, corrían dejando vacío el estadio. Pero no lo hacían voluntariamente. Eran empujados hacia atrás y afuera, como cuando un gran peso se abre camino en el agua. Los que no podían alejarse bastante eran aplastados en el lugar en que se detenían.

Y entonces apareció el navío.

De forma confusa, brillando en ángulos inverosímiles, fue visto más por su resplandeciente fuego de luces que por su forma sólida, como si su realidad correspondiera a otras dimensiones y esto que se veía fuera únicamente una proyección de la nave aérea.

El presidente tendió una mano y apretó el hombro de Griswold, mien-

tras retrocedía más y más, tratando de comprender qué era aquello. Las gargantas de la multitud se apretaban ahora en silencio... en un silencio aterrador.

Transcurrió un minuto entero. Hasta en la plataforma donde los pioneros de Marte estaban junto a los dignatarios de la Tierra, aun allí, la gente retrocedía ante aquel inconcebible y desconocido horror.

De pronto un hombre, un solo hombre, avanzó mirando frenéticamente la brillante forma de la nave. Un solo hombre: Berkeley.

Con su experiencia de etnólogo, de hombre acostumbrado a reconstruir sobre datos imprecisos toda una civilización, comprendió la importancia del momento.

Después de aquel minuto, sin preparación previa, un grupo de figuras surgió en el aire cerca del suelo del estadio.

**RÁPIDAMENTE** los ojos de Berkeley percibieron la forma, el color, la pujante solidez de los humanoides. Hay algunos movimientos, algunos gestos comunes a todos los seres inteligentes: la pausa, la resolución, el ademán orgulloso...

### No será un antibiótico, pero...

**L**o conocíamos como el as de los insecticidas. Y ahora resulta que el DDT es también uno de los campeones de la medicina preventiva. Ha salvado más de cinco millones de vidas humanas y evitado más de cien millones de enfermedades graves desde que empezó a utilizarse, hace diez años. Aunque la mayor parte de sus éxitos los ha conseguido en el ramo de la malaria y del tifus exantemático, al eliminar a los insectos transmisores de dichas enfermedades, también ha mostrado su eficacia en la lucha contra la disentería y la fiebre tifoidea. Lo que se dice una personalidad múltiple.

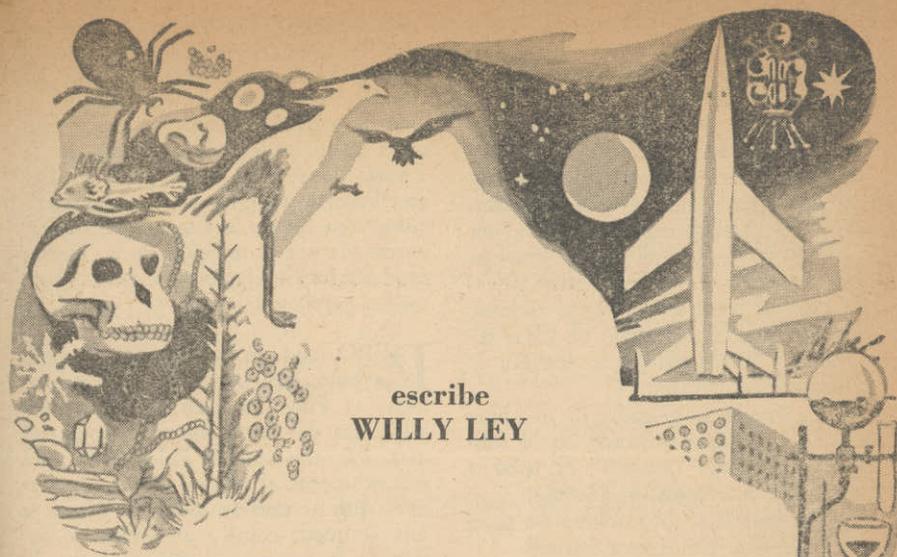
—¡No! —gritó, adelantándose—. ¡Oh, no! ¡Somos civilizados! ¡Somos inteligentes!

En medio de su terror, trataba de saltar de la plataforma para llegar hasta los humanoides; pero lo sujetaron por detrás. Y desde allí, incapacitado para moverse, pudo comprender el sentido de las acciones del grupo que revoloteaba junto a la nave. Uno de ellos extendió un resplandeciente tentáculo, como si señalara al estadio, después a la pequeñísima astronave que estaba a la vista y por último a la inmensa multitud.

El jefe, evidentemente, no le prestó atención. Voló "un paso" hacia adelante, alzada su ovoide cabeza con orgullo y arrogancia. Extendió un tentáculo; indicó el extremo sur del estadio, y allí surgió una columna de llamas. No estaba alimentada por combustible; su fuego nunca iba a extinguirse: era el símbolo de la posesión.

Con sus tentáculos apuntó al norte, al sur, al este y al oeste. Hizo otro movimiento como si con los tentáculos rodeara toda la Tierra.

Desenvolvió un pergamino y empezó a leer. ♦



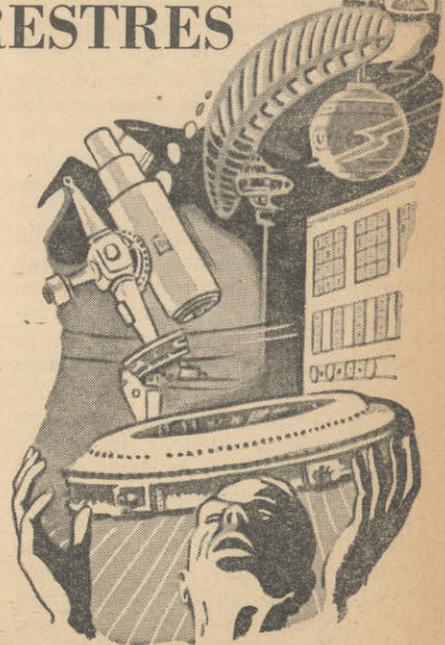
escribe  
**WILLY LEY**

## TÚNELES TERRESTRES

**E**STOY casi seguro de que la mayoría de mis lectores jamás tropezaron con el nombre de Maupertuis. Si alguno quisiera remediar esta situación inmediatamente, no necesita más que fijarse en un diccionario. Allí lo encontrará anclado como "Maupertuis, Pierre Louis Moreau de, (1698-1759), matemático y astrónomo francés".

Quizás encuentre también algunas notas acerca de su vida: que su rey (Luis XV) lo envió a Lapland para medir la longitud del grado de meridiano, que se peleó con Voltaire —¿y quién no?—, y que fué un matemático muy capaz. También dirá muy probablemente que fué el autor de numerosas obras, tales como "Sobre la forma de la Tierra", "Carta sobre el Cometa de 1742" y "Astronomía Náutica".

Todo lo cual hace pensar que Maupertuis puede haber sido un hombre



de ciencia muy importante en su época, pero que no merece actualmente más letras de molde que las que le pueda asignar una enciclopedia.

Pero eso se debe simplemente al hecho de que los libros de referencia omiten casi siempre las cosas verdaderamente interesantes. Quizás Maupertuis fuera excesivamente orgulloso (por lo menos eso es lo que dicen todos sus contemporáneos), y quizá más peleador que los otros sabios de su tiempo, pero también estaba lleno de ideas divertidas y jamás perdía la ocasión de hablar acerca de ellas.

Por ejemplo, es el padre de una idea que ha sido muy utilizada en la fantasía científica. "Inventó" el tubo a través del centro de la Tierra.

¿Qué pasaría si uno tuviera un pozo que realmente no tuviera fondo?

Maupertuis fué, como se ha dicho un excelente matemático. También fué uno de los hombres de ciencia que aceptó con entusiasmo las enseñanzas de sir Isaac Newton. El problema del pozo sin fondo se transformó en un ejercicio de matemáticas.

Evidentemente, si uno se cayera en un pozo de esos, iría cada vez más rápido hasta llegar al fondo de la Tierra. Pero naturalmente no se detendría allí, porque en ese momento habría adquirido una velocidad considerable, y continuaría "cayendo hacia arriba", a través de la mitad restante del pozo. La gravedad disminuiría la velocidad hasta llegar a cero en el punto preciso en que uno alcanzase la superficie del otro lado del pozo sin fondo, y un ayudante de ese lado lo apartaría al costado antes de que tuviera tiempo de empezar a caer nuevamente. El viaje de ida, y el de vuelta en el caso de que uno no tuviera ayudante, durarían en total 84 minutos, 22 segundos. La velocidad sería máxima en el centro de la Tierra, donde alcanzaría la cifra de 8 kilómetros por segundo.

Por supuesto, habría que hacer el vacío en el pozo sin fondo, de manera que el viajero no viera disminuída su velocidad por la resistencia del aire. Y todo marcharía todavía mejor si primero se impidiera la rotación de la Tierra; porque, si no, el pozo tendría que hacerse de polo a polo. En cualquier otro lugar, la fuerza centrífuga, provocada por la rotación de la Tierra, arrojaría inevitablemente al turista contra las paredes del pozo.

**P**ERO, aun en la conexión de polo a polo, hay una dificultad escondida: el Polo Sur está a más de un kilómetro de altura sobre el nivel del mar, mientras que el Polo Norte está prácticamente al nivel del mar. De manera que si uno se larga de Norte a Sur, se queda como a un kilómetro detrás de la meta; y si uno se larga de Sur a Norte, alcanza la superficie con una velocidad residual lo suficientemente grande como para volar todavía un kilómetro por el aire!

Hace más o menos medio siglo, un escritor ruso, que se llamaba A. A. Rodnych y que más tarde adquirió fama como historiador de la aviación, demostró que Maupertuis y después de él Camille Flammarion, no habían sabido sacarle a la idea todo el jugo que tenía. Todavía quedaba una triquiñuela, y Rodnych la describió bajo el título: "Tren subterráneo autoimpulsado entre San Petersburgo (Leningrado) y Moscú; Novela Fantástica, que consta por el momento de sólo tres capítulos y, más aún, incompletos".

La cuestión era muy simple. No hay túneles rectos. Si los hubiera no habría ninguna necesidad de combustible.

Supongamos que se construyera un túnel completamente recto entre Buenos Aires y Santiago de Chile, tal que se pudiera ver desde un extremo al otro, aunque para esto se necesitara la ayuda de un telescopio. El túnel sería recto, pero no horizontal: su centro es-

taría más cerca de la Tierra que sus dos extremos. Por tanto, cualquiera sea el extremo por el cual uno se introduzca, se descende. Un tren sin frenos comenzaría a moverse una vez colocado en el túnel. Igual que en el pozo sin fondo, la velocidad crecería y crecería, hasta llegar al centro del túnel. En ese punto la dirección sería para "arriba" y la velocidad comenzaría a disminuir. Y si no hubiera fricción en los cojinetes ni en los rieles, así como tampoco resistencia del aire, y si las ruedas pudieran, sin romperse, aguantar la velocidad en el centro del túnel,

el tren alcanzaría el otro extremo del túnel con velocidad cero y sin haber utilizado una gota de combustible. Siempre que, naturalmente, ambas bocas del túnel estuvieran a la misma distancia del centro de la Tierra, es decir, a la misma altura sobre el nivel del mar.

Los horarios de un ferrocarril de este tipo no causarían ninguna preocupación: todos y cada uno de los trenes llegarían a su destino exactamente 42 minutos y 11 segundos después de haber partido... , tenga el túnel 100 ó 1000 kilómetros de largo. ♦

## Respuestas a las preguntas del Espaciotest

**Pregunta Nº 1:** B. — Solamente la rana no es mamífero. Todos los demás maman cuando son jóvenes. El murciélago es el único mamífero capaz de volar.

**Pregunta Nº 2:** D. — La masa de la Tierra en toneladas está representada por un 6 con veintiuna cifras detrás. La de la Luna por un 7 con diecisiete cifras detrás. El cociente resulta exactamente 81,56. O sea que la Tierra pesa aproximadamente 81 veces más que la Luna.

**Pregunta Nº 3:** A. — Alrededor de 5.000. En cuanto se emplea el telescopio, esta cantidad aumenta enormemente. El primer instrumento de Galileo ya consiguió descubrir 500.000.

**Pregunta Nº 4:** D. — Aproximadamente siete litros de aire. Una persona respira más o menos 16 veces por minuto, inhalando y ex-

halando cada vez un poco menos de medio litro de aire.

**Pregunta Nº 5:** A. — El huevo. Mucho antes de que hubieran aves sobre la Tierra, los peces ponían huevos en el mar. Luego, todavía, los reptiles se encargaron del mismo menester. Las aves surgieron, a partir de éstos, muchas eras geológicas más tarde. Los huevos son muy antiguos; las gallinas en cambio son relativamente recientes en el proceso de evolución.

**Pregunta Nº 6:** B. — Hermes. Puede llegar a colocarse a 350.000 kilómetros de distancia: aproximadamente la distancia Tierra-Luna.

**Pregunta Nº 7:** C. — El resfrío común es una infección de las fosas nasales y otras membranas, causada por un virus: un organismo muy pequeño, todavía más chico que los microbios. Aunque éste es el agente casual, los otros factores son generalmente responsables del desarrollo ulterior del resfrío.

# la isla del Dragón

por JACK WILLIAMSON

SEGUNDA PARTE

ilustrado por CAMPS



## SINTESIS DE LA PRIMERA PARTE

Poco antes de 1930, el experto en genética CHARLES KENDREW y su colaborador JOHN BELFAST, habían descubierto los principios de la "mecánica genética", la ciencia y la técnica del manejo de los genes. El misterio de la vida y de la evolución estaba al alcance del que pudiera dominar esta técnica, que le permitiría realizar en cortísimo tiempo lo que la naturaleza consigue sólo en el transcurso de los milenios y a través del azar: las mutaciones. La mutación no es sino una combinación nueva de genes en el seno de una célula; por medio de ella es posible cualquier transformación en todos los seres vivientes (que son combinaciones de células), y por lo tanto la formación de especies nuevas.

Las primeras aplicaciones de sus descubrimientos quedaron en absoluto secreto, pero beneficiaron a "Cadmus, Inc.", compañía que explotaba las riquezas naturales de la isla de Nueva Guinea, donde poseía enormes concesiones, cerradas a todos. El genio organizador de Cadmus, Inc., era ROBERT MESSENGER, personaje casi inaccesible y financiero legendario...

Kendrew había desaparecido misteriosamente alrededor del año 1930, y Belfast había muerto en fecha más reciente. El hijo de este último, DA-

NIEL BELFAST, había proseguido las investigaciones de su padre, pero sin éxito alguno. Estaba ya decidido a abandonarlas, cuando encontró entre los viejos papeles de su padre unas cartas de Kéndrew, en las cuales el hombre de ciencia afirmaba haber descubierto el método práctico para controlar las mutaciones, y discutía algunos detalles con su antiguo colaborador.

Al encontrar estas cartas, que lo ponían sobre una pista segura para la prosecución de sus investigaciones científicas, Daniel decide ir a Nueva York para entrevistarse con Mésseenger, y pedirle que le permita reanudar las actividades del laboratorio de la Cadmus, Inc., que había sido cerrado después de la desaparición de Kéndrew y de la muerte de Belfast. Daniel quería pedirle que la Cadmus concediera su apoyo para el desarrollo de estas experiencias, en beneficio de toda la humanidad.

Tan pronto como Daniel Belfast llega a Nueva York, lo sorprende una extraña e inexplicable impresión de amenaza: percibe alrededor suyo una especie de fulgor hostil, una sensación de peligro que le quita el aliento y cuya intensidad aumenta o disminuye según los lugares y las circunstancias. Y en la ciudad de Nueva York, Daniel se encuentra con las personas que han sido y serán los protagonistas de su dramática aventura:

JOHN GELIAN, hombre enérgico y vigoroso de 35 años, que parece agobiado por una enfermedad o por exceso de trabajo, y que le ofrece un cargo en su organización, dedicada a la lucha contra las mutaciones. Las mutaciones, según Gelian, amenazan destruir nuestra civilización: sobre todo los superhombres, máximo producto de la "ciencia impía" de Kéndrew. ¡Sí!, los superhombres de Kéndrew existen, y la prueba de su existencia es, según Gelian, la aparición de niños monstruos dotados de facultades intelectuales excesivamente fuera de lo común: un niño ciego ha

compuesto en alfabeto Braille poemas que manifiestan una interpretación más que adulta de la vida; otro niño de 8 años ha escrito una sinfonía doceatonal, técnica y estéticamente soberbia; un diario de una criatura de 7 años contiene entre sus cosas más sencillas una genial crítica de la teoría de los "cuanta"; un convicto de una prisión ha fabricado con los escasos medios a su alcance una bomba atómica que ha funcionado... Según Gelian, todo esto es obra de los superhombres de Kéndrew, es decir, de los seres humanos a los cuales Gelian ha imbuido, antes de que nacieran, el principio misterioso de la transformación genética. Kéndrew, según Gelian, no ha muerto: vive aún, en alguna parte del mundo, y hay que encontrarlo y arrancarle sus secretos, para defender a la humanidad de la amenaza de los superhombres. Y ésta es la misión que Gelian quiere encomendarle a Daniel. Pero la inexplicable sensación de amenaza se vuelve intensísima y casi dolorosa para Daniel durante la conversación con Gelian, y no se decide a aceptar la propuesta.

ANA SANDERSON, jefe de la "Servicio Sánderson", agencia de detectives, que advierte a Daniel de ciertos peligros (no precisados) que lo amenazan, le ofrece su ayuda y protección, a condición de que se someta a realizar y supere ciertas pruebas físicas y mentales. Durante la conversación, Daniel se da cuenta de que Ana es justamente uno de los miembros del pequeño grupo de superhombres buscados por Gelian, y que ella está tratando de encontrar a todos sus semejantes. Parece que las pruebas a las que Daniel se somete no dan los resultados esperados, y Ana se despide de él.

MESSENGER, el corpulento, feo y riquísimo gerente de Cadmus, Inc., que se niega a revelar a Daniel los detalles de su organización científica y a reanudar las actividades del laboratorio de Kéndrew. Mésseenger afirma que las investigaciones de

Kéndrew fueron proseguidas con éxito por el doctor CHARLES POTTER, hombre de ciencia que ha muerto hace pocos años en Nueva Guinea. Daniel sospecha que Kéndrew y Póttter sean la misma persona, pero Mésseenger lo niega enfáticamente. Y como a Mésseenger no le gustan los curiosos, trata de comprar el silencio y la colaboración de Daniel ofreciéndole en la compañía un puesto muy bien remunerado, que Daniel no acepta ni rehusa.

NICOLAS VENN, un periodista enamorado de su trabajo y dispuesto a correr cualquier riesgo para descubrir una noticia sensacional. Venn había olfateado que existía algo inconfesable detrás de la imponente fachada de las actividades industriales de Cadmus, Inc. En sus investigaciones, que lo llevaron hasta las infranqueables concesiones de Nueva Guinea, Venn había descubierto que en la isla no había obreros, sino mulas, es decir una especie de iguanas gigantes, más inteligentes que los elefantes, que podían trabajar en cualquier clase de tarea manual. No les afecta el clima, trabajan hasta que caen muertas... y se fabrican al por mayor. Son ellas uno de los principales resultados de los esfuerzos científicos de Póttter: mutaciones fabricadas para beneficio exclusivo de Cadmus, Inc. Venn revela todo esto a Daniel, y le enseña una mula muerta que había traído de Nueva Guinea, como prueba de sus afirmaciones.

Cuando, una hora después, Daniel visita de nuevo a Venn en su habitación del hotel, lo encuentra tendido en el suelo, asesinado... La mula ha desaparecido... El personal del hotel le informa que la última persona que ha visitado a Venn ha sido una señorita, y por la descripción que de ella le hacen Daniel reconoce que es Ana Sánderson. Sin pensarlo dos veces, Daniel corre a verla. Ella niega haber matado a Venn, pero admite estar en posesión de la mula. Ante la insistencia de Daniel para que se le permita estudiar el cuerpo del extraño ser, Ana lo introduce en un pe-

queno laboratorio. Sumergidos en un ácido humeante, los restos de la mutación de Nueva Guinea se están disolviendo... Mientras Daniel los observa, Ana mediante una jeringa, lanza un chorro de líquido que choca contra su antebrazo desnudo, abrazándolo como una aguja al rojo... y Daniel pierde el conocimiento.

## CAPÍTULO XIII

ALGUIEN lo sacudía. —¡Despiértese! —era una muchacha, inclinada ansiosamente sobre él. —¿No puede despertarse todavía?

La muchacha era hermosa: vestida de seda azul, tenía cabello tafeño y cutis tostado, pero Daniel Belfast no la reconoció. Tampoco reconoció la pequeña oficina. Le dolía la cabeza intolerablemente; el brazo le ardía como fuego; no se podía despertar.

—¿Quién es usted? —la joven seguía sacudiéndolo sin piedad— ¿Cuál es su nombre?

Él no podía recordar nada, y estaba demasiado dormido todavía para responder o mover la cabeza. La joven cesó de sacudirlo por fin y le puso un termómetro frío debajo de la lengua. Le pinchó un dedo con una fina aguja, para extraerle una gota de sangre, y hasta levantó hábilmente sus párpados con un dedo frío y cuidadoso, para examinarle los ojos con una luz. La luz le hizo daño, pero tampoco pudo despertarse.

Un teléfono sonó cerca de su cabeza un rato después. Todavía demasiado mareado para moverse, escuchó los pasos de la joven y su voz:

—No; todavía estoy esperando. Ya embale todo lo que nos puede servir y destrúalo que nos puede dañar. Estoy lista para partir en cuanto nuestro visitante esté dispuesto.

Alguien respondía a la muchacha en voz tan queda que Daniel no podía entenderlo. La muchacha repuso:

Quedó insensible antes de darse cuenta de lo que le había golpeado. El pulso está acelerado todavía, y la temperatura es alta. No recuerda absolutamente nada.

Daniel reflexionó penosamente qué querría decir esto. Se sentía demasiado pesado para moverse, demasiado entorpecido para preguntar siquiera dónde estaba o qué le había sucedido. Continuó escuchando.

—Dos horas probablemente. Todavía está inconsciente. No lo podemos mover sin riesgo de afectarle seriamente el cerebro. Me parece mejor que yo lo acompañe hasta que pase la fiebre.

Daniel se sintió agradecido, porque su cabeza le ardía todavía.

—No... de ningún modo...; no podemos dejarlo... Vale la pena correr cualquier riesgo. Si ellos lo encuentran aquí, está perdido.

Se preguntó quiénes podrían ser "ellos" y por qué él estaría "perdido".

—¿Una batida? —la voz de la muchacha se desvaneció de temor—. ¿A las cuatro? No, no lo sabía. Hoy estoy muy cansada para saber nada con tanta anticipación.

La otra voz zumbó en el teléfono.

—¡Pero no podemos abandonarlo! —contestó la joven con fría resolución—. Lo necesitamos mucho, y con la mente en buen estado. Tengo miedo de sacarlo ahora; pero creo que puedo retardar esa batida.

Le pareció que la otra voz objetaba.

—Voy a salir ahora para despiertarlos. Si lo consigo, volveré dentro de dos horas a buscarlo. Debemos encontrarnos a las cinco en el lugar convenido..., si nos dan tiempo.

La joven colgó el teléfono. Él sintió el termómetro otra vez bajo la lengua y el frío de una compresa en la parte herida del brazo. Luego, pasos rápidos que se alejaban. Una puerta se abrió, volvió a cerrarse, y la muchacha des-

apareció. Preguntándose quién pudo haber sido, volvió a dormirse.

Lo despertó una repentina sensación de peligro, que lo hizo ponerse de pie, ofuscado y trémulo. El rápido movimiento le hizo daño en la cabeza y lo dejó aturdido. Extenuado, tuvo que apoyarse en el escritorio de la oficina. Llevó las manos a las sienes que le latían fuertemente y se quedó desorientado, tratando de recordar algo, no sabía qué.

Había estado tendido en el suelo, cubierto con una manta y reposando en una almohada la cabeza. Pensó que había sido herido por algo, pero no pudo encontrarse ninguna herida, a no ser una pequeña decoloración en el antebrazo. La manga de la camisa estaba arremangada, y la zona descolorida había sido frotada con un desinfectante de color oscuro.

Inspeccionó la oficina, pero no pudo reconocer el escritorio ni el armario archivo ni la puerta de salida que estaba junto a él. Lo único que sabía era que estaba en peligro de muerte. Esto no necesitaba recordarlo: lo tenía delante, en la opalescencia helada que manaba de las paredes, en la húmeda acidez que impregnaba el aire y en la presión gélida que pesaba sobre su nuca.

Los escalofríos le serpenteaban por el cuerpo y lo obligaron a ponerse el saco. La sensación de alarma lo impulsó hacia un pequeño hall de entrada, que le pareció tan extraño como la oficina de donde acababa de salir e igualmente peligroso. Por otra puerta se deslizó a un corredor.

El corredor estaba completamente a oscuras, pero el frío resplandor de algo que no era luz le mostró en el fondo una escalera. Descendió por ella, con la mayor rapidez y silencio que pudo, hasta una puerta cerrada. Iba ya a abrirla cuando un nuevo impacto del peligro lo sacudió, lacerándole el brazo herido.

**A**GUARDÓ confuso y pudo oír del otro lado de la puerta sonidos de pasos, voces apagadas y el chasquido de armas de fuego al ser cargadas. Los ruidos pasaron de largo, y el peligro lo empujó para que abriese la puerta.

Encontró un hall que daba acceso a la calle. Lo cruzó a la carrera, pero la garra fría del peligro lo detuvo y lo obligó a esconderse en el hueco de una puerta cerrada. Dos hombres armados con pistolas ametralladoras irrumpieron en el hall, pasaron muy cerca de él y desaparecieron por la puerta de la escalera por donde él acababa de salir.

La garra del peligro lo volvió a soltar. Él corrió a su vez hacia la puerta. Ésta daba a un callejón encerrado entre altos edificios e iluminado muy débilmente por lejanos faroles, cuya luz estaba velada por la lluvia. No se atrevió a correr. Pera no llamar la atención, se limitó a deslizarse con paso rápido junto a los autos estacionados.

No escuchó ningún sonido de alarma o de persecución, pero sabía con toda certeza que los hombres de las ametralladoras habían entrado en la oficina y la habían encontrado vacía. Su cerebro palpitante recibió la reverberación de una advertencia. El amargo gusto del odio estalló en derredor. El edificio entero refulgió con tétrica y oscura luminosidad.

Huyó desesperadamente.

A medida que corría, las sensaciones de peligro iban debilitándose, la acidez del aire fué amenguando, y la reverberación cesó. Daniel estaba ya a tres cuadras de distancia del edificio, estremeciéndose sólo por el frío de la lluvia, cuando los focos de un auto lo iluminaron súbitamente desde atrás.

Estuvo a punto de huir nuevamente. Sin embargo, el fulgor de los faros era solamente luz, y él no sentía ninguna otra frialdad que no fuera la de la lluvia. Se volvió a mirar atrás y frenó junto a él.

—¡Hola! —la chica de la oficina, que estaba en el volante, se inclinó rápidamente para abrirle la portezuela. A la débil luz del tablero de instrumentos Daniel pudo ver sus cabellos castaños y la palidez marfilina de su rostro alargado—. Soy Ana Sánderson. He venido para ayudarlo a escapar.

Algo le hizo vacilar. Pero el fulgor que enmarcaba el rostro de Ana era solamente luz. No sintió en torno a ella ningún peligro. Algo hacía de su coche una especie de santuario. Agradecido, se sentó junto a la muchacha.

Ana aceleró rápidamente el coche, mirando sin cesar en el espejo las calles oscuras que iban dejando atrás y el reloj, cuyas manecillas señalaban las cinco menos diez minutos. Se inclinó para abrir el aire caliente al ver que Daniel temblaba, pero no dió otra señal de preocuparse de él.

Aterido y empapado recibió con gratitud la corriente de aire cálido y observó soñoliento a su acompañante, a quien la luz pálida de la aurora daba un aire de infantil y preocupada inocencia. Ana le gustaba. Se sentía seguro junto a ella. El peligro, del cual había huído, quedaba ahogado en la húmeda oscuridad que dejaban atrás. No se sentía perseguido.

Una vez, sin embargo, ella desvió el coche por una calle lateral, lo detuvo, apagó la luz y esperó mirando con impaciencia el reloj. Después de un rato que a él le pareció interminable, un coche policial, con la sirena aullando y el foco rojo encendido, apareció a toda velocidad por la calle que ellos habían dejado.

Cuando el coche pasó de largo, ella volvió a la calle y siguió adelante, pero más lentamente. Ya había amanecido por completo cuando frenó delante de una barrera de control situada detrás de un puente. Ana pagó el portazgo y se puso en marcha nuevamente. Ya no miraba el espejo. Se volvió sonriendo

hacia él, como si todo su miedo hubiera quedado del otro lado del puente.

—Bueno, ahora estamos seguros; supongo que querrá saber a dónde vamos. . .

A Daniel le agradó la amistosa calidez del tono con que habló Ana.

—Sí. . ., me gustaría. . .

No pudo decir más, porque también las palabras, como todo lo demás, le eran muy penosas de recordar. Por otra parte, no le importaba verdaderamente a dónde iban. Se sentía bien junto a ella. El fulgor incoloro de la enemistad había quedado atrás.

—Vamos a Long Island, a casa del señor Mésenger. ¿No se acuerda de él?

Daniel sacudió la cabeza torpemente.

—¿Ni siquiera su propio nombre recuerda?

No recordaba nada. Tampoco quería esforzarse en recordar, porque el esfuerzo le producía dolor de cabeza. Lo único que le importaba era el momento presente y la cálida presencia de la muchacha. No quería que el viaje terminase jamás.

—Falcón; usted se llama Luis Falcón y es doctor.

—¿Falcón?

**L**AS sílabas le parecían peculiarmente extrañas, pero todas las palabras le resultaban ahora así. Repitió silabeando lentamente, como un niño que se ejercita.

—Luis Falcón. . ., doctor Luis Falcón. . .

—Dígame, doctor Falcón, ¿le gustaría tener un empleo?

—No sé —el futuro le parecía tan vacío como el pretérito—. No sé. . ., no sé nada.

—Usted necesita un empleo. . . Usted ha estado enfermo y se encuentra en muy mala situación. No tiene usted familia ni amigos ni dinero. . . Pero el señor Mésenger está dispuesto a ayudarlo, si quiere trabajar para él.

—¿Qué tipo de trabajo? . . . No puedo recordar en qué me he ocupado hasta ahora.

—No se preocupe por eso. Una parte de su memoria ha sido destruida para siempre por la enfermedad. . . Fué un tipo raro de encefalitis. Tendrá usted que comenzar de nuevo a aprender. Pero sus habilidades manuales no han sido afectadas. El daño de la memoria es muy pequeño. Podrá volver a aprender con gran rapidez todo lo que necesita —al decir esto Ana sonrió radiante de optimismo, y él respondió a su sonrisa, esforzándose por comprender—. De todos modos —aseguró ella—, el señor Mésenger comprenderá sus dificultades. Tiene pasión por ayudar a las personas afectadas de encefalitis, porque piensa que el virus ha sido accidentalmente traído por su compañía. Le agradecerá a usted el señor Mésenger.

Daniel asintió con agradecimiento, pero una ligera inquietud le hizo preguntar:

—¿Cuáles son las dificultades en que me encuentro?

—Usted es un biólogo especialista en genética. Estaba usted investigando el virus de la encefalitis, tratando de explicarlo como una mutación nueva, cuando tuvo un accidente de laboratorio. Una mujer joven, su asistente, fué atacada por el virus al mismo tiempo que usted. . ., pero murió. Lo acusan a usted de asesinato.

—¿Asesinato? —la miró con desconcierto—. ¿Y el señor Mésenger me puede sacar de este enredo?

—Sí; lo llevaremos a Nueva Guinea. Estamos a punto de emprender allí un trabajo de investigación muy importante para la compañía. El doctor quiere que usted sea el director del laboratorio cuando haya recobrado sus antiguos conocimientos y práctica.

—Si la muerte de mi ayudante fué accidental, ¿por qué tengo que huir yo?

La policía cree que usó la cinta para un experimento prohibido, que luego le inyectó una dosis mortal del veneno para librarse de ella y que, para evitar sospechas, usted se inyectó una dosis menor.

—Pero yo no hice eso. . . —preguntó él mirándola escrutadoramente—, ¿verdad que no?

—Usted es totalmente inocente —aseguró ella con una sonrisa—; pero casos como el suyo suelen causar mucho revuelo, y las autoridades tienen presunciones circunstanciales suficientes para mandarlo a la silla eléctrica. Nosotros no lo podemos ayudar en el juicio, y por supuesto, usted no puede declarar en defensa propia.

Daniel procuró hallar en su mente oscurecida el recuerdo de algún hecho que le fuera favorable. . . No encontró ninguno.

—Pero usted estará a salvo en Nueva Guinea, si quiere venir con nosotros —aseguró Ana.

—¿Usted va también?

—Sí; soy la secretaria de Mésenger.

Esto lo decidió. Apenas a las dos horas de su nueva vida, Ana ocupaba ya el centro de la misma. Se sintió tranquilo y satisfecho de ir a cualquier parte con ella.

—Sí, quiero ir. . ., si es posible.

## CAPÍTULO XIV

**A**NA Sánderson aminoró por fin la velocidad, para pasar de la carretera a un camino de acceso, que serpenteaba entre sólidos pilares hacia una gran mansión que se alzaba al fondo del parque, ingente como una fortaleza azotada por la lluvia.

—Ésta es la casa del señor Mésenger. Lo tenemos que recoger. Su avión particular nos espera en el aeropuerto —él percibió el temblor que la prisa ponía en la voz de Ana—. Tenemos que levantar vuelo antes de que la po-

física de usted. Nos queda solamente una hora.

Daniel se preguntó cómo sabía ella que le quedaba solamente una hora, pero le zumbó en la mente una débil señal de alarma, advirtiéndole que no interrogase. Se volvió inquieto para estudiar la majestuosa mansión, oscuramente impresionado por su inhóspita magnitud.

—El señor Mésenger debe de estar muy disgustado de tener que dejar su casa; pero la tuvo que vender para salvar a la Cadmus.

—¿Cadmus?

—Me había olvidado de decírselo —sonrió ella disculpándose—; es la compañía del señor Mésenger. Cultiva plantaciones en Nueva Guinea. Hasta hace poco los negocios de la compañía iban muy bien, pero desde entonces la producción se ha reducido mucho. Usted, en su empleo, nos ayudará a cultivar plantas nuevas, para que la compañía pueda reponerse.

Estacionó el auto junto a la entrada lateral de la mansión, e hizo señas a Daniel de que la siguiera, abrió la puerta y entró en un gran dormitorio, donde un hombre de enorme corpulencia los aguardaba.

—¡Por fin, Ana! . . . Cref que no llegabas nunca —el hombre corpulento trató de levantarse de la silla, pero tuvo que dejarse caer nuevamente—. ¿Por qué tardaste tanto?

—Fuí a esa agencia de detectives, para ayudar al doctor Falcón —mientras hablaba, alzó la muñeca del obeso señor y le tomó el pulso—. Destruí todo lo que había, pero estuve a punto de ser atrapada. La oficina del doctor Falcón había sido rodeada cuando volví; pero el doctor había salido antes de que ellos llegaran. Lo encontré en la calle. Ahora desea venir con nosotros.

—Me alegro de que venga, doctor —una sonrisa de júbilo borró la fealdad

a Daniel—. Me llamo Mésenger.

Daniel aceptó la mano que le tendían, mientras trataba de entender lo que Ana había dicho acerca de la oficina y de la agencia de detectives. Pero la muchacha no le dió tiempo para preguntar.

—Su corazón no está bien, señor Mésenger —dijo ella, asiendo la rechoncha muñeca para contar el pulso otra vez—. Temo que no le convenga arriesgarse al viaje.

Mésenger contestó:

—Soy fuerte como una mula, y además ya he quemado las naves para no retroceder —se inclinó a recoger un atizador y revolvió una masa de papeles a medio quemar que llenaban la chimenea. En el suelo, a su lado, había una cartera abierta—. Nuestro equipaje está ya en el aeroplano... ¿Tenemos tiempo todavía?

—Nos quedan cuarenta minutos antes de que las autoridades del aeropuerto reciban la descripción del doctor Falcón —respondió Ana, mirando su reloj.

—Ayúdenme a levantarme, y vamos.

Ambos ayudaron a Mésenger. Él se incorporó penosamente, respirando con gran dificultad, pero una vez que estuvo en pie, sus movimientos cobraron una dignidad y gracia increíble en una persona de su tamaño. En el auto se hundió en el asiento de atrás y pareció dormirse de inmediato.

La joven guió el auto a gran velocidad por las calles encharcadas, hasta que aparecieron los edificios del aeropuerto que se alzaban entre la fuerte lluvia. Aminó la velocidad y advirtió a Daniel:

—Tenga cuidado ahora. Usted es el doctor Luis Falcón; es lo único que necesita saber. El señor Mésenger tiene su pasaporte y se encargará de responder a todas las preguntas.

Eran ya las seis de la mañana. Da-

la tensión creciente de la joven cuando se acercaron al coche los aduaneros y los funcionarios de inmigración; pero Mésenger se incorporó perezosamente para mostrarles los documentos, y los funcionarios hicieron señas de que siguieran adelante.

El piloto del avión les hizo un alegre saludo cuando los vio acercarse desde su cabina, y un mecánico moreno se acercó para ayudarlos a subir.

—Bueno, doctor Falcón —susurró la joven tocándole en el brazo—; creo que ya está usted a salvo.

Él la siguió con avidez hasta que vio la insignia pintada en el flanco brillante del avión. El terror lo sacudió con la helada sospecha de que no estaba de ningún modo a salvo. Se detuvo intranquilo y observó el emblema.

Un dragón verde, festoneado de oro, pataleaba y gruñía, como si estuviera a punto de morir desangrado por las heridas rojas que se extendían ondulantes por su cuerpo como los ríos en un mapa. Un gigante de bronce se erguía junto a él, con los brazos extendidos y las manos abiertas en actitud de sembrar. El vago resplandor, que venía de su propio pasado, se extendió brillando sobre esas figuras. Le pareció que casi podía recordar...

—¿No viene, doctor Falcón? —preguntó Ana, sonriendo.

La cálida voz de la joven ahuyentó este momento de temor. Devolvió su sonrisa y se apresuró a seguirla. El camarero de cutis oscuro estaba ya ayudando a subir a Mésenger. Ellos entraron tras él, el camarero cerró la puerta, y el avión se puso en movimiento.

**D**ANIEL pudo ver el alivio que sentía la joven cuando el poderoso avión se remontó sobre las nubes preñadas de tormenta, pero no podía compartir su bienestar. El fulgor que había brotado de la insignia del dragón

estuvo a punto de rasgar el velo que separaba su presente de su pasado. Ahora temía encontrarse con lo que estaba detrás del velo.

—Nada más que treinta horas de vuelo, y estaremos en Edentown —dijo Ana, mostrándole el salón principal y las cabinas, amuebladas con gusto exquisito pero sobrio—. Haremos sólo dos o tres escalas para cargar combustible en otras tantas islas del Pacífico...

—¿Qué es Edentown?

—Nuestra plantación experimental, a orillas del río Fly, en el corazón de Nueva Guinea. Allí tuvo comienzo la riqueza de la compañía..., y allí tenemos que hacerla renacer. Venga —le dijo tomándolo del brazo—. Vamos a conocer el resto de la tripulación.

Él la siguió y sintió un nuevo estremecimiento al ver otra vez la efigie del dragón, pintada sobre el ojo de buey del salón. Este emblema, que brillaba con pálido resplandor de peligro, le pareció la llave para todo su pasado. Se detuvo ante él, tratando de recordar.

—Ese dragón es el mapa de Nueva Guinea —Ana se acercó al mapa y tocó una de las heridas sangrantes que surcaban el vientre de la figura—, y éste es el río Fly. Edentown está aquí. En Edentown estará usted a salvo.

No estaba Daniel seguro de ello, pero ocultó el rostro para que Ana no advirtiera su inseguridad. Pasaron a las confortables cabinas de la tripulación. El piloto, el copiloto y los dos mecánicos tenían todos el cutis tostado y parecían muy alegres. No pudo explicarse por qué, pero su sonriente competencia le hizo pensar en el gigante victorioso plantado junto al dragón.

—Otro lotófago —dijo Ana al presentarlo—: el doctor Luis Falcón.

Él no comprendió bien la frase, pero los demás no le dieron tiempo a preguntar. Uno por uno le estrecharon la mano con seria cordialidad, como si la presentación de la muchacha hubiera

creado algún nuevo e importante vínculo entre ellos. Crecientes dudas iban oscureciendo la primera atracción que había sentido hacia la joven, hasta tal punto que no se atrevió a preguntarle qué era un lotófago. Su debilitada memoria le impidió recordar aquel pueblo mitológico del que Homero, en la Odisea, dice que daban a comer la semilla de loto a los extranjeros que llegaban a su país, y éstos perdían la memoria y se negaban a abandonarlo.

—Tengo que ir a mi cabina —le dijo ella—. Creo que debe usted tomarse un buen descanso, porque tenemos luego mucho que hacer.

Ana llamó al camarero para que lo instalase en su cabina. Tan pronto como la joven salió, él preguntó al camarero:

—¿Qué es un lotófago?

—La mayoría de nosotros lo es —respondió éste—. Ningún empleado de la compañía llega a Nueva Guinea sin serlo. Nosotros somos inmunes al virus.

—¿Qué virus?

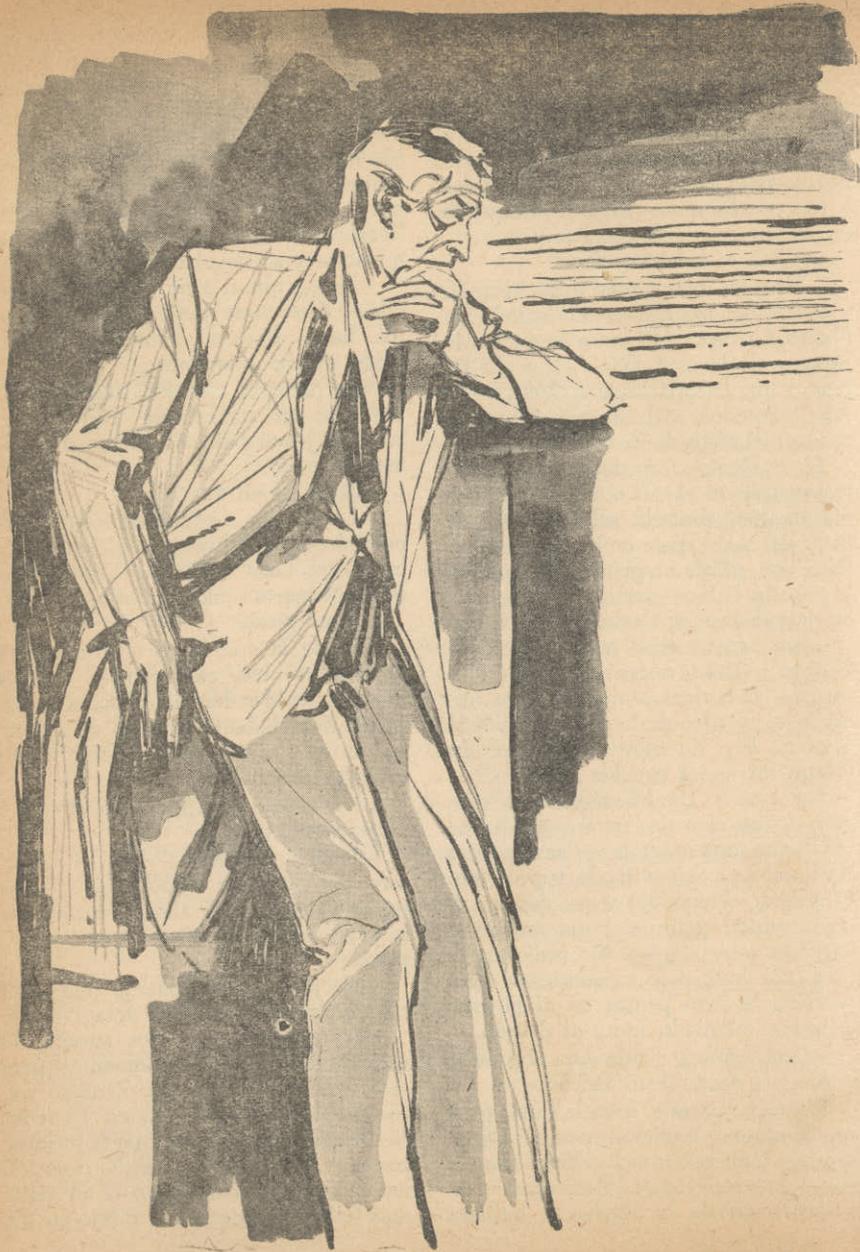
—El de la encefalitis —el camarero lo examinó con curiosidad—. En los Estados Unidos hay muy pocos casos. Usted debe haberlo recibido de alguna mosca que vino por accidente entre nuestras mercaderías.

—No lo sé —el pánico veló su voz—. No recuerdo nada.

—Nunca recordará —dijo el camarero con gesto de displicencia—; pero no se preocupe por ello. La compañía lo cuidará. Nunca tendrá que preocuparse.

—Me parece que recuerdo algo, pero muy brumosamente. Algo desagradable.

—A todos nosotros nos sucedió lo mismo en los primeros momentos; pero se le pasará. Lo que ha olvidado son sus problemas y dificultades. El señor Mésenger dice siempre que le gustaría contraer la encefalitis, porque nosotros, los lotófagos, somos, según él, la gente más feliz de la tierra... Fíjese en mí.



Yo era filipino —hablaba como si el virus hubiera borrado su nacionalidad a la par que sus recuerdos—. Me explicaron que yo había ido a Nueva Guinea para robar a la compañía. Un hombre ha de ser muy desdichado para correr un riesgo semejante. Todos nosotros estamos muy satisfechos ahora que servimos fielmente a la compañía: nunca hubiéramos podido estarlo tanto. Usted se sentirá pronto tan feliz como todos nosotros.

—No estoy muy seguro.

—Usted necesita descansar. Avíseme si le hace falta algo. Me llamo Medina.

DANIEL se despertó súbitamente, sudando y temblando. De pronto le pareció que durante el sueño se había presentado ante su conciencia algún recuerdo desagradable, pero los detalles se habían desvanecido y no pudo reconstruir ninguno. Sólo le quedaba una obsesionante sensación de terror, que punzaba su nuca como un estilete.

El avión volaba ahora serenamente por un cielo despejado. La luz del sol barrió el miedo que le había dejado su olvidado sueño. Hasta el dolor de cabeza se le había pasado cuando salió de su camarote, después de haberse lavado, para tomar el desayuno.

—Buenos días, doctor Falcón —saludaron jovialmente Ana Sánderson y Méssenger, que estaban sentados en el salón ante sendas tazas de café.

El rostro de Méssenger tenía mejor color y resplandecía de cordialidad. Ana estaba radiante y entusiasta.

—¿Se siente mejor, Luis? Ahora estamos definitivamente a salvo.

Daniel se asomó a la ventana y vió debajo de sí una alfombra de nubes inmaculadas que brillaban al sol matutino. De trecho en trecho aparecían vacíos por los que se divisaba un mar añil rizado por la brisa.

—El Pacífico —dijo Ana—. Estamos

a tres horas de Hawaii. Hasta aquí no pueden seguirlo.

—Pero pueden descubrir mi pista. La gente del aeropuerto tiene mi nombre.

—Luis Falcón es un nombre nuevo, adecuado al nuevo género de vida que usted hará. No se preocupe por su antiguo nombre. Tome el desayuno, y comenzaremos su reeducación.

El pequeño filipino trajo una gran bandeja, que acomodó en un soporte frente a la silla de Daniel. La bandeja estaba colmada de pequeños platos de material plástico con diversas comidas. Daniel las encontró deliciosas y comió con un deleite que le resultó extraño. Ana volvió con una brazada de pesados libros, antes de que él hubiera terminado.

Daniel frunció el ceño al ver los títulos: *Microbiología*, *Mecanismo de la Mitosis*, *Virus y Genes*, *Evolución de la Humanidad* y otro, cuyo título hizo renacer en la intranquilidad de su sueño: *Bioquímica de las Mutaciones*.

—Lo mejor es que comience con éstos —dijo Ana—. Su autor es uno de los más competentes jóvenes investigadores de la materia: Daniel BÉLFAST.

Este nombre le produjo un estre mecimiento, pero no supo por qué.

—Me parece que los va a encontrar fáciles: su memoria ha sido borrada sólo a medias.

LEYÓ Daniel durante todo el día en su cabina, tratando de recordar su pasado, pasando de un libro a otro, hasta que los ojos le ardieron y le dolió la cabeza. Al término del día la decepción lo invadió: entendía el sentido de cada página a la primera lectura, como algo sabido de antes pero eso era todo. Los libros crearon una isla de conocimiento técnico en medio del negro mar de su olvido; muchos sus esfuerzos para pasar de ella fracasaron.



En una ocasión, al aterrizar el avión, miró por la ventanilla y vió una avenida de palmeras y varias filas de bungalows pintados de rosa claro. Dejó el libro y preguntó dónde estaban.

—Póttter Field, cerca de Honolulu —le dijo el camarero.

Por la ventana situada en el flanco opuesto de la cabina, el camarero le mostró un gran muelle bordeado de una fila de inmensos depósitos, marcados todos con el emblema del dragón, junto a los cuales esperaban grandes buques de carga.

—Ése es Puerto Póttter.

—¿Todo esto pertenece a la Cadmus?

—Sí; nuestra empresa es inmensa — el pequeño lotófago bronceado sonrió con orgullo, como si fuera el propio Méssenger—. El sol nunca se pone en los dominios de la Cadmus. Somos muy fortunados de pertenecer a ella.

Daniel hizo un gesto de duda y volvió a enfrascarse en los libros.

Esa noche durmió mal y desasosegado. El avión se balanceaba y sacudía en medio de una lluvia torrencial. Tuvo otro sueño espantoso, en el que Méssenger y Ana Sánderson no eran ya sus amigos generosos, sino sus astutos y peligrosos enemigos.

Se despertó en medio de la oscuridad con un doloroso zumbido en los oídos, provocado por el cambio de presión. El avión estaba aterrizando. La cabeza volvió a latirle con un dolor sordo, y tenía la boca seca y amarga. Permaneció sudando y temblando en la cabina, temeroso casi de respirar, porque la pesadilla persistía: él no era ya

Luis Falcón, el lotófago que pugnaba por acomodarse a un mundo nuevo.  
¡Era Daniel BÉlfást!

## CAPÍTULO XV

LOS neumáticos del avión chirriaron contra la coralina pista de aterrizaje. Daniel se acercó al ojo de buey de su cabina mientras el avión se deslizaba a través de la húmeda y cálida oscuridad de la noche hacia un hangar iluminado con reflectores, junto al cual se veía un camión cisterna. Escrutó con ansiedad el lóbrego campo de aterrizaje.

Todavía mareado y trémulo de terror por la pesadilla convertida en realidad, sólo podía pensar en cómo comunicarse con John Gelian para disculparse de su incredulidad y advertirle que Méssenger era un aliado de los superhumanos y Nueva Guinea su fortaleza: fortaleza inexpugnable, defen-

dida por el virus del olvido, por los hombres a los que había despojado de su humanidad y sin duda por creaciones todavía más espantosas de la ciencia robada al "creador".

Y ésta podía ser su última oportunidad. Estaba comprobado que era imposible evadirse del territorio dominado por la Cadmus. Muchos otros desdichados lo habían intentado en vano antes que él. Si los superhumanos lo descubrieran, no se limitarían a borrar su memoria con el virus, sino que acudirían a medios más eficaces y definitivos.

Se vistió rápidamente en la oscuridad y se aproximó al ojo de buey para ver si podía escurrirse a través de él. Era demasiado pequeño y el vidrio estaba fuertemente asegurado. Miró hacia afuera y encontró un obstáculo peor.



Pintado sobre las puertas del hangar estaba el emblema de la Cadmus: la enorme isla con forma de dragón y el victorioso gigante de oro que sembraba semillas humanas. Esta isla del Pacífico era otra estación de la compañía, atendida por alegres lotófagos, fieles en cuerpo y alma a la compañía.

—¿Tres horas? —la voz de Ana Sánderson resonó en el corredor—. Entonces invitemos al doctor Falcón.

Daniel no pudo reprimir un estremecimiento al oír que el camarero golpeaba en su puerta, pero trató de disimular su angustiada sensación de estar atrapado. Ana Sánderson, Mésenger y uno de los pilotos estaban sentados en el salón tomando café.

—Lo sentí moverse, Luis —dijo Ana.

La hermosa joven lo miraba sonriente, pero sus palabras lo atemorizaron. Se había movido sin hacer ruido alguno. ¿Qué agudeza tendrían esas percepciones superhumanas de ella? ¿Durante cuánto tiempo podría él fingir?

—Ya era hora de levantarse, aunque aquí es medianoche —prosiguió Ana animadamente—. Vamos a la par del sol, o mejor dicho, íbamos antes de que se descompusiera ese motor. Tenemos que aguardar tres horas... ¿Qué le parece un paseo por la playa?

Miró a Daniel interrogativamente. Él se sintió tan confundido que no pudo responder. Se limitó a asentir con un movimiento de cabeza. Comprobó que ella no había advertido en él la recuperación de la memoria, y por un momento le pareció que esta era la oportunidad que aguardaba. Su imaginación se aferró a esta idea.

Para intentar escaparse, tenía que esperar que estuvieran solos en la playa. Aunque ella podía ser una criatura peligrosa, más fuerte y rápida que cualquier mujer humana, había la posibilidad de superar aquellas facultades excesivas, mediante la ventaja de un ataque por sorpresa.

Lejos de ella, podría ocultarse en la oscuridad. Los obstáculos serían entonces muy grandes, pero tal vez pudiera encontrar algún medio para salir de la isla enemiga. Y además, todo hombre que encontrase se pondría de parte suya, a no ser los sonrientes esclavos, privados de la memoria. Lo único que necesitaba era encontrar un verdadero hombre a quien confiar su aviso para Gelian.

—¿Qué le parece? —preguntó Ana volviéndose a Mésenger—; ¿le gustaría venir conmigo y el doctor Falcón?

Daniel percibió la absoluta seguridad con que Ana pronunciaba su nuevo nombre y cayó por primera vez en la cuenta de que su estado actual de supuesto lotófago era un arma que el azar había puesto en sus manos, más valiosa que toda la información que pudiera transmitir en ese momento a John Gelian.

Era muy poco lo que sabía hasta ese momento acerca de los superhumanos.

¿Cuántos superhumanos había en Nueva Guinea? ¿Cuáles eran sus armas y cuáles sus planes? ¿Por qué luchaban? ¿por salvar sus vidas o por destruir a la humanidad? ¿Era Ana Sánderson uno de los jefes, como le había parecido en Nueva York, o solamente un subordinado de segunda fila?

¿Y qué papel le correspondía a Mésenger? ¿Era un instrumento de los superhumanos: la pantalla inocente de un imperio extraño? ¿O era un renegado de la raza humana y que colaboraba con sus mortales enemigos? ¿No habría sido él quien utilizara a los superhumanos jóvenes para sus propios planes malignos?

Éstas eran las preguntas que le haría Gelian, porque en la actualidad sabría ya tanto como él en base a las huellas que Ana y Mésenger debieron dejar atrás. Daniel había elegido el bando de los hombres en la lucha subterránea que se estaba librando en

tre las dos razas. Su deber era buscar las respuestas a todas esas preguntas, y sólo lo podía hacer si lograba ocultar su recuperación.

Y aun podía hacer algo más. El peligro que había llevado a Ana y Mésenger a Nueva Guinea tenía que ser mayor que el de las batidas de Gelian. Se le ocurrió que podía tratarse de una crisis de los superhumanos, de la que tal vez pudiera resultar una paz entre las dos razas.

Mas no le sería fácil representar sin sospechas su papel de esclavo agradecido. Las dificultades y peligros que lo aguardaban en Nueva Guinea le hicieron juzgar como cobardía su proyecto de fuga. Además, estaba ansioso por averiguar la suerte corrida por Charles Póter y, si fuera posible, por descubrir el secreto de la vida, que lo obsesionaba desde su niñez.

Miró Ana y sonrió alegremente.

—Mejor es que vayan ustedes dos —dijo al fin Mésenger, jadeante y sudoroso por el calor—. Yo estoy bien; fuerte como una mula... pero prefiero esperarlos aquí.

**D**EJÁNDOLO al cuidado del camarero, Daniel y Ana salieron juntos del avión. Ana lo guió muy contenta por el talud de coral entre el campo de aterrizaje y la playa. Se mostró infinitamente satisfecha de la estrellada noche tropical y las olas fosforescentes que se quebraban en la rompiente.

Mientras la seguía tratando de disimular su turbación, Daniel tuvo tiempo para reflexionar sobre la joven. Por mucho que hiciera y se dijera, no podía menos que sentirse atraído por ella. El cálido encanto que irradiaba le hizo pensar por un momento que podía ser, después de todo, una muchacha humana normal, atrapada como él en la trampa de los superhumanos y esclavizada por algún procedimiento tan siniestro como el virus.

—¡Con cuidado, Luis!

Ocupado en admirar su cuerpo esbelto, tropezó con una roca. Antes de que cayera, ella se había vuelto ágilmente, sosteniéndolo de un brazo.

—Gracias —musitó Daniel.

El terror lo había dejado sin respiración, porque la increíble rapidez con que ella lo había sujetado y su extraordinaria fuerza le hicieron presente la evidencia de que era una enemiga superhumana. Su misma atracción y encanto no era otra cosa que un arma más, para ocultar su hostilidad.

Caminando en silencio junto a ella, no pudo escapar a la conciencia de su encanto, ni sofocar la admiración por el coraje y la habilidad con que luchaba por la salvación de su raza. Su misterioso informe a Mésenger probaba que había batido por sí sola a toda la organización de Gelian y que había irrumpido, sola también, en las oficinas de la asociación para destruir las pruebas allí guardadas.

Sin embargo, su admiración no pudo borrar la imagen del pobre Venn. Si ella era verdaderamente superhumana, ese asesinato no debió de parecerle otra cosa que la eliminación justificada de un animalejo peligroso. No vacilaría en destruirlo a él con la misma tranquilidad, si pudiera leer sus pensamientos.

—Luis —el terror lo sacudió cuando Ana se volvió a él en la oscuridad; su tono sereno lo tranquilizó, pero volvió a espantarse al recordar que Venn pudo ser desarmado también por su dulzura—, ¿terminó ya el libro de Belfast?

—Sí, y varios de los otros también. Me parecieron todos conocidos.

—Tiene suerte. La amnesia suele ser normalmente más profunda. El virus casi nunca es fatal, pero la pérdida de la memoria es más completa. Me alegro de que se haya recuperado tan pronto, porque lo necesitamos mucho para salvar a la compañía.

Ana le hizo unas cuantas preguntas acerca de los microorganismos que producen la fosforescencia en el mar, como para poner a prueba sus conocimientos recientemente recobrados, y luego prosiguió su camino en silencio. Daniel no se atrevió a preguntarle cómo podía él salvar a la compañía, y se esforzó por conservar la serena indolencia de los lotófagos sin pasado.

**L**EVANTÓ la vista hasta el cielo y tuvo la sorpresa de reconocer a la Cruz del Sur, que nunca había visto sino en los mapas celestes; pero recordó de pronto que los libros que le habían dado no trataban de astronomía y bajó rápidamente la mirada.

La joven no pareció advertirlo. Tomó su brazo mientras trepaban por un arrecife de coral y lo dejó otra vez cuando volvieron a la arena. Caminaba silenciosa y ensimismada. A Daniel se le ocurrió que debía de estar planeando cómo defender a los superhumanos y a la compañía. Finalmente Ana rompió el silencio, diciendo:

—Algunas veces me causa un sentimiento extraño, un sentimiento casi religioso, el caminar por una playa tropical. En un lugar como éste debió de comenzar la vida en la tierra —indicó un hueco de las rocas lleno de agua, en el que las estrellas se reflejaban plácidamente—. En algún tubo de ensayo natural como éste, en uno de los billones de veces en que la marea lo llenó y volvió a vaciar, entrarían en él toda suerte de soluciones, que a su vez fueron caldeadas por el sol y enfriadas por la radiación, concentradas por evaporación, diluidas nuevamente por la lluvia, mezcladas por el viento y activadas por la radioactividad natural; y allí el azar reunió las primeras moléculas, de modo que pudieran subsistir, reproducirse y cambiarse en todas las formas de vida que conocemos.

—¿Usted cree que el azar es el úni-

co autor de la vida? —inquirió Daniel.

Se arrepintió de inmediato de haber hecho esta pregunta, pero había sido llevado a hacerla por el curso de sus pensamientos, ocupados en desentrañar el enigma del origen de Ana y abrumados por la grandeza del “hacedor”: de aquel hombre que había logrado compendiar los siglos de ensayos y fracasos que el azar necesitó para crear la primera forma elemental de vida.

—Sólo el azar —la tranquila respuesta de Ana demostraba que no había advertido ninguna referencia a su propio origen—. Pero la intervención del azar no me hace perder la admiración ante la maravilla del Universo. En la estructura de cada átomo de materia ha estado encerrada la vida desde el comienzo, esperando el momento oportuno para desplegarse.

—Me parece que la entiendo.

Daniel sintió que compartía la solemne emoción de Ana, y sintió menos aversión a tomarle la mano cuando llegaron al próximo acantilado. Ambos pertenecían a la misma corriente de la vida que había fluído incesantemente a través de los siglos desde el momento en que el azar la hizo nacer en aquel hueco excavado por la marea. Por un momento llegó a olvidar que él era humano y ella no.

Por un momento se sintió hermanado. . . ; pero de inmediato el pensamiento lo asustó. Soltó su mano tan pronto como volvieron a la arena, y trató de protegerse contra sus encantos fatales haciéndole preguntas técnicas sobre su teoría del origen de la vida.

¿Dónde estaba el núcleo dinámico que había hecho saltar una molécula inerte a la vida? ¿Qué la había convertido en un molde viviente, capaz de conformar otras moléculas inertes y convertirlas en copias perfectas de sí misma? ¿Cómo había comenzado a actuar la mutación, transformando esas copias idénticas en especies nuevas,

que siguieron transformándose a su vez?

Las respuestas de la joven lo protegieron durante el regreso contra ese peligroso sentimiento de consanguinidad que había surgido en la playa. El conocimiento profundo de la genética, puesto en evidencia por Ana, le hizo preguntarse si Charles Póttter habría sido su maestro, y el pensamiento lo hizo temblar. Si los superhumanos conocían el proceso para producir voluntariamente mutaciones. . . Tuvo miedo de sacar las consecuencias.

Dijo que estaba cansado y se retiró a su cabina.

## CAPÍTULO XVI

**E**L avión había remontado vuelo cuando el calor del sol lo despertó nuevamente. Desde el ojo de buey de la cabina no pudo ver más que cielo, nubes y mar. El cielo era una inmensa semiesfera de luz lechosa, en la que estaba suspendido inmóvil el aeroplano; las nubes eran cúmulos lejanos, luminosos y pálidamente irreales; el mar parecía un espejo bruñado para las nubes y el cielo, igualmente infinito e igualmente irreal.

El mar que lavaba la playa de la isla le había parecido casi humano, porque era la madre de la vida, pero esa superficie oscura e ilimitada le resultó tan inhumana como debía de ser el espacio detrás de la atmósfera de la Tierra. Se apartó intranquilo del ojo de buey, para lavarse, vestirse y tomar el desayuno.

Encontró a Ana Sánderson en el salón, mirando sombríamente por la escotilla del cielo abierto y el solitario mar. La peligrosa hermandad, que había sentido en ella durante el paseo por la playa, volvió a despertarse al ver que lo miraba con ojos preocupados.

—¿Le pasa algo? —preguntó.

—El señor Messenger. . . — el rostro

tostado de Ana estaba afilado por el dolor—. Me parece que los cambios de altura han sido demasiado duros para su corazón, a pesar de la cabina con control de presión. Aunque sigue insistiendo que está fuerte como una mula.

Si que había sido fuerte, pensó Daniel. El fantástico pirata que había robado la ciencia de la creación y se había aliado con los superhumanos (enemigos mortales de su propia raza) para levantar y defender el imperio de Cadmus, había dado prueba de una energía más que excepcional. Ahora, tendido en la cama con una trombosis coronaria, parecía un titán encadenado a la roca por un destino más fuerte aún que él.

Los ojos atristados de Ana volvieron a encontrarse con los de Daniel, y éste sintió frío en el alma. Se esforzó en acomodar su rostro a la expresión bovina de los lotófagos, y en no pensar que los superhumanos podían estar dotados con la capacidad de leer los pensamientos ajenos. Si Ana podía leer lo que estaba en la mente del otro, un pensamiento como el que a él acababa de ocurrírsele podía costarle la vida.

—Pronto estaremos en Nueva Guinea —dijo Ana—. ¿Quiere que desayunemos mientras el señor Messenger descansa?

E hizo sonar la campanilla para que viniera el camarero. Antes de que hubieran terminado el desayuno, la forma de la isla comenzó a dibujarse en la monotonía del océano. Primero fué una pálida sombra cubierta por las resplandecientes nubes como por una sombra, luego su contorno se hizo más preciso y por fin se la vió como un denso verdor recortado por un festón de espuma y dividido por los tajos sangrantes de los ríos.

—Ese color rojo es como la sangre del dragón —comentó la joven—. Y la Cadmus morirá por fin desangrada, a

no ser que podamos cultivar otra camada de las mulas de Póttter.

Daniel retuvo su respiración para preguntar cómo se cultivaban las mulas, pero no llegó a formular la pregunta: con mucha facilidad podía traicionar su conocimiento del animalejo verde que había costado la vida a Venn, o demostrar una emoción más viva de la que correspondía a un hombre sin pasado.

Se volvió rápidamente para contemplar la isla que tenía frente a sí. Se levantaba ahora abruptamente sobre el mar, ensombrecida por los espesos bosques que parecían expresar el incansable esfuerzo de la vida por subsistir. La jungla invadía con desesperación hasta el último palmo de terreno, trepaba por las laderas y se despeñaba por las barrancas, taladrando el suelo y alzándose hacia las nubes en busca de espacio y luz.

Esta furiosa pugna por la subsistencia, pensó, había comenzado ya en la tranquila cavidad de la playa donde saltó la primera chispa de la vida. La primera división de la primera molécula viviente había creado dos rivales de igual poder, que se disputarían los pobres recursos del estéril planeta. La primera mutación, que rompió el equilibrio de fuerzas, convirtió esta lucha interminable en más cruel aún.

Comprendió que el choque de los humanos y los superhumanos era la continuación del mismo eterno batallar, que debía proseguir sin respiro hasta que la vida fuera aniquilada totalmente. La tremenda realidad de esta guerra eterna era la razón de la implacable intolerancia de John Gelian y también de la resuelta decisión con que la esbelta y delicada muchacha había degollado a un hombre con su propio puñal.

—Hemos dejado las costas tal cual estaban —expresó Ana—. La única modificación ha sido mejorar algunos

puertos naturales y trasladar a los nativos a algunos territorios reservados y lejos de los terrenos infestados por las moscas portadoras de la encefalitis. La jungla es una pantalla muy conveniente, que nos protege contra las personas que quieren robar nuestros secretos de producción. Todos se convierten en empleados fieles cuando el virus los ataca.

**BÉLFAST** asintió, manteniendo cuidadosamente su rostro contra la ventana y tratando de lograr la calma de quien lo ha olvidado todo y por consiguiente no puede sorprenderse de nada. Tratando de protegerse contra la seducción de la joven, comenzó a pensar que eran enemigos, no porque ella fuera perversa ni porque él lo fuese, sino simplemente porque ambos eran formas de la vida, y ella era una mutación mejor. La barrera que los separaba no era producto de la voluntad, sino de la naturaleza: era tan antigua como la vida misma.

Pero lo cierto es que la joven lo perturbaba por razones distintas. Si ella actuaba obedeciendo a una ley primordial de la vida, todas sus acciones eran inocentes. A él le gustaba, pese a todo...; pero nada ni nadie podría acortar la distancia de origen que los separaba. Temeroso de mirarla, siguió contemplando silenciosamente la jungla, y se sintió muy aliviado cuando ella se alejó para ver cómo estaba Mésenger.

El obeso personaje entró con ella, jadeante y poco seguro en su andar. Su carne fofa estaba pálida, moteada por manchas oscuras, casi cadavérica; pero él tuvo todavía fuerzas para dirigir un jovial saludo a Bélfast. Inclinado sobre la ventana, se puso a inspeccionar las posesiones de la compañía, que podían verse ahora lindando con la franja inexplorada de la costa.

La vista de los terrenos de la compañía hizo casi que Daniel olvidara su

cuidada simulación. Anchas carreteras cortaban la selva espesa y atravesaban los ríos y cañadas, sobre esbeltos puentes de acero. Represas gigantescas contenían lagos azules en las laderas de las montañas. El sol reflejaba sobre los carriles de acero. Filas interminables de árboles cultivados separaban unas de otras las extensas plantaciones.

—Las mulas —comentó la joven— hicieron todo esto, dirigidas por unos pocos lotófagos como usted.

Daniel asintió, tratando de ocultar el desaliento que había sucedido a su primera impresión de asombro. Eso era ni más ni menos que un verdadero imperio, creado y controlado mediante la ciencia de la mecánica genética, robada a su inventor. ¿Qué podía hacer un hombre solo contra semejante poder?

—Fíjese —murmuró tristemente Mésenger con voz entrecortada—; ¿no ve aquello?

Daniel olvidó casi su desaliento al ver la perpleja expresión de Mésenger, al cual no le causaba ninguna satisfacción contemplar sus inmensos dominios: sacudía su cabeza, y sus ojos hundidos estaban llenos de lágrimas amargas.

—¿Qué pasa? —susurró Daniel.

—Las mulas —sollozó Mésenger— se están muriendo.

—¿Dónde? —volaban demasiado alto, y Daniel no podía distinguir las pequeñas creaciones verdes del "hacedor". Se sintió desconcertado y casi compadecido del enfermo—. No veo nada.

—No hay nada —asintió Mésenger—: no hay tractores trabajando en las plantaciones; no hay camiones en los caminos; no hay trenes, ni barcos en los ríos. Las mulas se están muriendo, y todo está detenido.

—Pero pronto tendremos otra camada de mulas —dijo la muchacha, trayendo una píldora blanca y un vaso de agua—. Tómese esto y descanse. Vamos a tomar alguna de esas píldoras como

montañas, y tiene que tranquilizarse.

Ana observó ansiosamente a Mésenger mientras el aeroplano se abría camino entre los nubarrones espesos que coronaban una altísima cadena de montañas. Durante varios minutos el enfermo jadeó penosamente, pero se recobró tan pronto como el avión descendió a otro inmenso valle. Ana volvió a su cabina. Bélfast quedó a solas con Mésenger y decidió arriesgar algunas de las preguntas que no se había atrevido a exponer a la joven.

—No he leído nada acerca de esas mulas en los libros que me prestaron —dijo cautelosamente—. ¿Son alguna especie de híbridos?

—No, las mulas de Póttter son algo diferente.

—Supongo que me hará falta saber algo más acerca de esas mulas...

Mésenger asintió, y Daniel aguardó con penosa impaciencia, esforzándose por disimular su ansiedad bajo la serena alegría de un lotófago.

—Las mulas de Póttter conquistaron Nueva Guinea —el enfermo señaló los caminos abiertos en la jungla, que se divisaban desde el avión—. Esta maldita isla no es lugar para los hombres, y había mucho trabajo para hacer.

—¿Quién es Póttter?

—Está muerto —la única emoción que Mésenger dejó traslucir fué la ansiedad por su respiración penosa—. Fué mi primer socio en la jungla. Era un tipo muy extraño, pero sabía cómo manejar los genes y ponerlos juntos para hacer lo que quería.

**EL** millonario se detuvo y miró a Bélfast con sus pequeños ojos cansados, llenos de lágrimas e inyectados de sangre. De pronto hizo esta pregunta desconcertante:

—¿Qué es lo que usted sabe?

Daniel contuvo la respiración y puso en juego todas sus fuerzas para mantener su máscara de serenidad.

—Leí los libros que me dieron —respondió—. A medida que pasaba las páginas iba recordando todo lo que en ellas decía, pero debe de haber una gran cantidad de conocimientos que no puedo recordar. . .

—Perfectamente. Lo único que me interesa saber es si usted podrá seguir adelante. Volviendo a Póttter. . . Vine a Nueva Guinea por primera vez para inspeccionar una mina de oro. La consecuencia que saqué de mi visita fué que la mina no podía rendir si se empleaba mano de obra nativa. En Sidney me encontré con Charles Póttter.

Ésta no era la explicación que el propio Mésseenger había escrito al padre de Daniel, recordó éste. Mésseenger había dicho que era meteorólogo del ejército y que había encontrado a Póttter en Darwin. Una de las dos historias tenía que ser falsa. ¿La había preparado para tapar el asesinato de su socio? En el rostro amarillento y manchado de Mésseenger no pudo leer ningún indicio. Daniel tenía las manos cerradas y agarrotadas. Se dio cuenta de ello y las abrió blandamente, con recelo.

—Póttter era un excéntrico —continuó Mésseenger—. Lo encontré en el puerto mendigando. Sus zapatos estaban a la miseria, y sin embargo era un creador, un semi-dios. Le compré un par de zapatos, lo llevé a almorzar y lo invité a unas copas. Hablamos toda la noche en mi habitación del hotel, y al día siguiente volvíamos a Nueva Guinea —la mano regordeta de Mésseenger señaló con un gesto las abruptas montañas que se alzaban hacia el oeste—. La mina estaba allí, cerca de la fuente del Fly. Las mulas de Póttter extrajeron cuatro millones de onzas de oro fino el año que comenzamos. Y esto era solamente el principio. Tuve que enseñarle lo que valía su ciencia, pero aun entonces fué muy testarudo. Yo creo que era un genio.

Mésseenger se detuvo como para

dicar acerca de la falta de lógica financiera de su socio difunto y buscó algo en su bolsillo.

—¡Mis cigarros! —exclamó sonriendo—. Los médicos me han perseguido, y ahora es Ana la que me los esconde. ¿Usted fuma?

—Yo. . . no sé —Daniel logró controlarse a tiempo para sacudir con desconfianza la cabeza, preguntándose al mismo tiempo si esa pregunta había sido una trampa—; no me acuerdo.

—Pruebe mis cigarros. Son de una cosecha especial. Póttter hizo una mutación de tabaco para acomodarlo a mi paladar.

—Muchas gracias —respondió Daniel que había decidido arriesgar otra pregunta—. ¿Cómo hacía Póttter las mutaciones?

—¡Ojalá lo supiera! —Mésseenger sacudió su cabeza con abatimiento—. Era un proceso extraño y complicado. Él se pasaba la mitad de la vida borracho, y la otra mitad dopado. Nunca se confió a ningún ayudante. Ni siquiera a mí mismo me dijo mucho, y lo poco que me dijo no lo pude aprovechar, porque no sé suficiente genética.

—Es una desgracia —dijo Daniel con cautela.

—¡Una calamidad! Nuestra única esperanza es que usted y Ana puedan reconstruir el proceso y conseguir otra camada de mulas.

—¿Y qué otro organismo sirvió de base para conseguir la mutación?

—Un alga móvil. No recuerdo el nombre latino, pero es una planta unicelular que se desplaza en el agua limpia, por sus propias fuerzas. Póttter cambió los genes para que esta alga se convirtiese en animales bípedos, altos como un hombre aproximadamente. No puedan hablar, pero son bastante inteligentes y pueden hacer muy diversos trabajos. Y lo más importante: no comen. Éste es otro toque genial de

Daniel trató de admitir, como si fuera algo corriente, lo que Mésseenger le refería: un hombre sin memoria no debía admirarse más de la existencia de las mulas obtenidas por mutación de las algas, que de la existencia misma de esas mismas algas o cualquier otro animal. Mésseenger continuó:

—Póttter mantuvo la clorofila en las mulas, pero transformada para que pudiera almacenar el ochenta por ciento de la luz solar en vez del uno por ciento. Todo lo que esos animalitos necesitan es abundante aire y plena exposición a la luz solar.

Daniel asintió con toda la naturalidad que pudo.

—No sé si usted está en condiciones de apreciar plenamente la importancia de estos animales —observó Mésseenger—; pero significan mano de obra gratis, en una época en que el trabajador reclama más y más, a cambio de un rendimiento cada vez menor. Hubiéramos podido ser los amos del mundo, si el viejo Póttter hubiera hecho más mulas.

—¿Y no se han reproducido?

—Las mulas son estériles; precisamente por eso las llamamos así. Las hizo estériles a propósito, por la misma razón que les dió un plazo de vida tan corto y un tamaño tan pequeño. Temió que se insubordinasen y no las pudiéramos controlar. ¡Era un pilla, se lo aseguro! ¡Ojalá hubiera tenido la misma cabeza para los negocios! Además era muy desconfiado: ni en sí mismo tenía confianza.

EL corpulento financista hizo una pausa para contemplar melancólicamente las nubes que se iban acumulando sobre las montañas del oeste. Las bases parecían asentadas sobre un suelo transparente y las cimas ondulantes se perdían en la luminosidad lechosa del cielo tropical. Daniel esperó con impaciencia, temeroso de molestarlo.

—Póttter hizo las mulas para que vieran solamente dos años. La última camada salió del laboratorio pocos días antes de que él muriera, hace de esto dos años. Por eso es tan urgente que preparemos otra.

Daniel extendió sus manos convulsas y respiró profundamente.

—Los libros que usted me dió enseñan a conseguir algunas mutaciones, pero son casos muy simples y especiales. No conozco un procedimiento general para conseguir otras mutaciones, a no ser que. . . —levantó la vista hacia Mésseenger, tratando de no mostrar demasiada ansiedad—, a no ser que Póttter haya dejado algunas notas sobre el proceso. . .

—Ya le dije que era intratable. Quemó hasta el último apunte.

—Entonces no veo cómo nos vamos a arreglar. . .

—La señorita Sánderson sabe algo. La envié aquí para que asistiera al viejo Póttter, y logró ganarse su confianza. . . Él trató de enseñarle el proceso, pero ya estaba demasiado acabado para recordar todos los detalles.

¿Era esto verdad? ¿Se había confiado verdaderamente a ella el excéntrico "hacedor"? Daniel clavó su vista en la jungla para ocultar la duda que lo acometió súbitamente. ¿Había hablado Póttter, o es que ella había logrado, gracias a sus poderes superhumanos, captar el secreto en la mente de Póttter?

—Ana preparó una camada de mulas después de la muerte de Póttter —explicó Mésseenger—. En las primeras etapas del proceso parecían iguales a las anteriores, pero murieron todas repentinamente en las piletas. Ahora ella ha estado estudiando en Nueva York y además cuenta con la colaboración de usted. Si entre los dos no consiguen preparar otra camada, estamos arruinados. La producción ha bajado durante los dos años, porque no pudimos reem-

plazar las mulas muertas. Los embarques están interrumpidos. El pago de los dividendos se está comiendo las reservas de capital. La compañía está al borde de la quiebra.

Daniel recordó la altiva fachada del edificio Cadmus en Nueva York y a duras penas pudo ocultar su asombro.

—Todos piensan que estamos firmes como una roca —prosiguió Més-senger—. Hemos emitido acciones y pedido empréstitos para evitar la baja, pero no podemos seguir adelante. Nuestro crédito está agotado. Nuestros propios directores exigen venir aquí y ver sobre el terreno qué es lo que pasa. No los puedo entretener mucho tiempo más. Si no podemos lograr una producción rápida para tranquilizarlos, la Cadmus está perdida —la emoción hizo temblar su voz—. Esta es la situación, doctor Falcón. Un mal momento para todos nosotros, y especialmente para ustedes, los lotófagos, que dependen tanto de la compañía. ¿Entiende ahora por qué debe poner en juego hasta su último recurso?

Bélfast asintió con toda la calma que pudo. Més-senger concluyó:

—Bueno, ayúdeme ahora a levantarme.

Forcejó Daniel hasta que consiguió incorporarlo, y luego lo siguió con la vista mientras él se movía a través del salón, jadeando laboriosamente, pero sin perder esa peculiar gracia y dignidad que siempre resultaba tan atractiva. Reclinado en la ventanilla y con el ceño fruncido, Daniel meditó el asunto de las mulas.

La mayoría de sus preguntas habían quedado sin respuesta. No había descubierto aún el número y propósitos de los superhumanos, pero el colapso de la compañía que los había protegido y sostenido significaba una profunda crisis en sus proyectos. No obstante, cualquiera fuera el resultado de su aventura personal, se encontraba dentro del

baluarte de la Cadmus y esperaba aún descubrir el proceso de Póttter.

## CAPÍTULO XVII

DANIEL vió a las mulas media hora después, cuando el aeroplano se detuvo con una fuerte sacudida, después de deslizarse por una fangosa pista de aterrizaje en Edentown. Las inundaciones recientes habían socavado la pista, y las mulas estaban reparando los desperfectos.

Pigmeos silenciosos y solícitos, trabajaban con herramientas de juguete; entre dos o tres arrastraban pequeñas piedras, y apenas llegaban a la cintura de su guardián, un tostado lotófago que se paseaba majestuosamente entre ellos como un gigante. Los cuerpos de las mulas eran de un color verde oscuro, grasoso y casi negro, y se movían con afanosa diligencia. Algunas de ellas tenían desplegadas sus graciosas membranas, que a primera vista parecían alas.

—¿Pueden volar? —preguntó Bélfast a Ana Sánderson mientras la seguía hacia un jeep salpicado de barro, en el que estaba sentado otro atezado lotófago.

Ana sacudió negativamente la cabeza. Daniel advirtió que esos pequeños apéndices membranosos eran demasiado débiles para el vuelo. Ana le explicó que eran tejidos especializados, que servían de órganos para nadar mientras las mulas, en estado embrionario, se desarrollaban en las piletas de cultivo. En los individuos adultos las alas se modificaban para absorber la energía de la luz.

Daniel asintió en silencio. Estas mulas eran una asombrosa demostración de la maravillosa eficacia de la mecánica genética: protoplasma vivo, conformado enteramente para un único propósito: suministrar trabajo gratis. Diseñadas con la sencillez y economía pro-

pias de las máquinas, lo llenaron de admiración y temor.

—¿Viene usted, Luis? —gritó Ana.

Arrancado a sus meditaciones por el llamado de Ana, Daniel corrió para alcanzarla. Juntos se reunieron con Més-senger, que jadeaba penosamente y se enjugaba el sudor que corría en gran cantidad por su rostro abotagado. Mientras avanzaba con la cuidadosa premeditación característica de sus movimientos, que hacía de cada uno de sus pasos un triunfo de la voluntad sobre la materia inerte, sacudía desconsoladamente su cabeza.

—Mire en qué estado está todo: agujeros en el camino, puentes cortados, las embarcaciones en los muelles, las fábricas paradas y los almacenes vacíos. Las plantaciones están invadidas por la jungla. ¡Todo está arruinado!

—No se aflija, señor Més-senger. Con las mulas que podemos sacar de una sola célula modificada remediamos todo —la joven había tomado cariñosamente el brazo de Més-senger y trataba de levantarle el ánimo—. Las mulas extirparán la jungla y salvarán a la compañía.

—¿Con tal que las podamos preparar!

—¡Estoy segura de que podremos!

El conductor del jeep se acercó a Més-senger.

—Bienvenido, señor Més-senger. El señor Van Doon tenía intención de venir a recibirlo, pero tuvo que ir a las minas de oro y no ha podido regresar. Sin duda lo ha demorado el mal estado de los caminos.

—Victor van Doon es nuestro gerente en Nueva Guinea —explicó a Daniel la muchacha—. Es un lotófago de la primera hora y uno de los más competentes. A usted le gustará trabajar con Victor.

El calor con que Ana había hablado de Victor despertó en Daniel una irra-

ningún modo simpatizaría con Victor. Para ocultar su turbación, se dedicó a subir a Més-senger al jeep con la ayuda del conductor. Subió luego él y se sentó junto a Ana en el asiento de atrás.

La muchacha había reemplazado su vestimenta de ciudad por un par de shorts y una camisa sin mangas, más adecuados al calor del trópico. Daniel no pudo apartar los ojos de su flexible cuerpo tostado. A pesar de lo que le decía la razón, sintió una sofocante urgencia de tenerla por siempre a su lado y de defenderla para siempre, aun contra sus hermanos de raza.

PERO entonces ella lo miró con una lánguida sonrisa en sus ojos azules, como si hubiera descubierto la emoción que lo embargaba. Parecía halagada...; pero un oscuro terror se apoderó de él. Si ella podía leer su involuntaria admiración, podría también percibir sus más inquietantes pensamientos.

Daniel desvió su atención rápidamente, agradecido a la tortuosidad del camino que los hacía bambolearse en el jeep y concentrar la atención en no ser despedidos.

Se recordó a sí mismo que el atezado encanto de Ana era un arma más contra él. Probablemente ella usaba su atractivo con la misma frialdad y deliberación con que había utilizado el virus del olvido, para mantener despierta la lealtad de aquellos hombres que habían olvidado a las otras mujeres... Pero este mismo pensamiento podía costarle la vida si ella lo descubría.

El camino pasaba por un vivero completamente invadido por el pasto salvaje y los bejucos.

—Mire alrededor, Falcón —la voz entrecortada de Més-senger le brindó una ocasión para borrar sus peligrosos pensamientos—. Fíjese cuánto necesitamos esas mulas. Ésta fué la última creación de Póttter. Una mutación de árbol de

caucho. El látex que se extrae es un plástico termostático, transparente como un cristal y resistente como el acero. Esta sola plantación podría salvar a la Cadmus, si tuviéramos las mulas necesarias para desbrozarla.

Las únicas mulas que Daniel pudo ver fueron las de una pequeña cuadrilla que transportaba tierra y piedras en pequeñas canastas, para rellenar los hoyos que la lluvia había formado en el camino. Uno de los animalitos, al cual estudiaba atentamente, se detuvo de pronto, se tambaleó y se desplomó bajo la carga. En silencio e ignorado por sus compañeros, se hundió en el fango.

—Así mueren —comentó Ana—; tan silenciosamente como viven.

El largo puente que cruzaba el Fly estaba intacto todavía, pero las lluvias habían socavado la planchada de acceso, reforzada con tablones provisionales que se hundían peligrosamente bajo el peso del jeep. En medio del río, corriente abajo, una draga abandonada estaba encallada en un banco de arena roja. Del otro lado del puente, algunas mulas se esforzaban infructuosamente por apartar un inmenso árbol que había caído sobre el camino.

—Es triste verlas —se lamentó Messenger mientras el jeep costeaba el árbol derribado—. Las mulas están viejas y gastadas como yo. Quisiera que usted hubiera podido ver todo esto hace dos años, cuando las mulas eran todavía jóvenes y fuertes. Nueva Guinea era entonces un jardín.

—Y volverá a serlo muy pronto —la joven hablaba con excesivo entusiasmo, como para convencerse a sí misma.

Daniel se sintió casi compadecido por ella y el anciano, pero recordó que el mismo conductor del jeep era una víctima de aquella extraña alianza, privado de la memoria, de su país y de su familia para convertirse en esclavo de los enemigos de su raza.

—Edentown —dijo Messenger señalando un grupo de edificios que se

visaban a lo lejos, desparramados a ambos lados del camino—. Usted vivirá en el edificio Cadmus.

EL edificio Cadmus presentaba un aspecto de lujosa decadencia. La madera de las galerías descubiertas necesitaba nueva mano de pintura. Los papagayos habían invadido el jardín y sofocado las flores de los canteros. Los bejuco se arrastraban alevosamente hacia las paredes cubriendo los caminos de pedregullo.

El conductor del jeep se dispuso a doblar en dirección al edificio; pero Messenger le indicó por señas que prosiguiera adelante. Pasaron ante un hospital, algunos talleres y depósitos y un alto edificio de oficinas. Detrás del último de los edificios, la jungla volvía a espesarse a ambos lados del camino, para abrirse nuevamente en un amplio calvero alfombrado de verde yerba y semejante a una isla perdida en medio del mar de la jungla. El río estaba a tres kilómetros.

—Ésa era la casa del viejo Póttter —dijo Messenger señalando una mansión de piedra cubierta por enredaderas de flores rojas, que se alzaba al término de un sendero fangoso—. Aquí murió.

—El señor Van Doon la ha preparado para que ustedes se alojen —dijo el conductor del jeep, aminorando nuevamente la marcha al llegar al sendero—. El aire acondicionado está funcionando y...

—Llévanos a ella —la mano regordeta de Messenger acompañó la orden con un gesto de impaciencia—. Quiero comenzar cuanto antes.

El estropeado jeep se internó en el sendero encharcado, salpicando y chapoteando. El bronceado brazo de Ana señaló un achaparrado edificio de cemento, aislado por una alambrada de púa y situado a un centenar de metros de la casa.

—El laboratorio de mutaciones — indicó a Daniel —: la sección de mecánica biológica, donde Póttter solía preparar sus mutaciones.

Daniel se inclinó para examinar el edificio donde el genio solitario había creado las mulas y probablemente el virus del olvido... y hasta quizás a la misma Ana. Las paredes macizas y sin ventanas le daban el aspecto de una fortaleza. No le causó sorpresa ver dos bronceados guardianes con rifles apostados ante la puerta.

—Fíjese bien, Falcón — la voz de Messenger adquirió una súbita vehemencia —. Este recinto es tabú para todo el mundo, aun para los lotófagos. No se acerque. Los guardias tienen orden de tirar a matar.

—Hay muchas personas extrañas empuñadas en apoderarse de nuestros secretos — explicó Ana con voz más serena —. Algunas son ingeniosas y testarudas. Tenemos que proteger a la compañía.

Daniel asintió con toda la calma que pudo, procurando que pasara inadvertido el estremecimiento que le acometió al recordar el modo cómo ella había protegido a la compañía contra aquel ingenioso y testarudo Venn.

—Ésa es la sección de producción. Ahí tendrá usted su dominio, Falcón — dijo Messenger levantando penosamente su brazo.

El laboratorio de producción era otro edificio de gran tamaño, techado de aluminio, situado frente al laboratorio de mutación. Detrás de él, una larga serie de tanques de cemento se extendía en forma de abanico hasta el río.

—Parece muy raro — cautelosamente Daniel hizo otra insinuación —. ¿Tengo ya los conocimientos necesarios para operarlo?

—Todavía no — Messenger estaba fatigado —. Explícale tú, Ana.

Daniel se esforzó de nuevo por respirar hondo. Temeroso de que la mu-

chacha sorprendiera en él la brutal violencia de la ansiedad, volvió la cabeza para examinar otra vez la desconcertante disposición de los tanques vacíos, porque en ellos debía de estar encerrado el terrible secreto que perseguía desde tanto tiempo atrás.

—Póttter criaba cada camada de mulas a partir de una sola célula preparada por mutación. Dejaba que se nutriera y multiplicase en una solución esterilizada en la que estaban disueltos los elementos necesarios para la alimentación. Cuando tenía los billones de células necesarios, agregaba una sustancia que detenía la fisión, y dejaba que cada célula se desarrollase hasta convertirse en una mula adulta. Pero esta operación no le concierne a usted.

DANIEL quedó defraudado al escuchar esta última frase. Volvió a disimular su malestar, examinando el laboratorio de producción. Ana le señaló con un gesto el edificio.

—Aquí le traeremos los renacuajos (así llamamos a los embriones microscópicos de las mulas). Su misión es conservarlos con vida. Las mulas adultas son muy resistentes, pero los renacuajos son muy débiles y perecederos. La última vez que cultivamos las mulas, los renacuajos se nos murieron en los tanques. Creemos que se debió a alguna falla en la operación. Esperamos que con su habilidad y conocimiento de la técnica biológica podamos conservarlos hasta que se desarrollen.

Daniel la miró con aire preocupado.

—Temo no haber encontrado en los libros nada sobre los renacuajos.

—Yo le voy a pasar un memorándum acerca de todas las fases del proceso — dijo Ana con voz tan intensa, con mirada tan profunda y sería y con tal hermosura en su rostro marfileño, que se apoderó nuevamente de él causándole un dolor que le obligó a darse vuelta —. Las primeras etapas son

las decisivas. La solución de los tanques debe mantenerse absolutamente esterilizada, equilibrada químicamente e irradiada por la intensidad exacta de luz. Los renacuajos se alimentan de luz; unos segundos solamente de oscuridad bastan para matarlos, porque se interrumpe la fotosíntesis. Como usted ve, es un trabajo de absoluta precisión — concluyó mirándolo afablemente —. ¿Puede hacerlo?

—Me parece que sí — contestó Daniel, procurando desesperadamente infundir a su rostro el estólido buen humor de un lotófago —. ¡Sé que puedo hacerlo!

—Magnífico — Ana lo recompensó con una mirada de aprobación —. Los renacuajos crecidos no son tan delicados. Una vez que están suficientemente desarrollados para dejar los tanques esterilizados cubiertos, desarrollan una especie de instinto que los guía a través de los tanques descubiertos. Una vez allí, necesitan solamente unos días para desarrollarse por completo, y están listos para salir de los tanques, dejar secar sus membranas natatorias y comenzar inmediatamente a trabajar para la compañía.

Bélfast enjugó nuevamente el sudor que le chorreaba por el rostro y estudió una vez más los tanques vacíos. Tal vez este complicado proceso para la fabricación en serie de esclavos dotados de inteligencia no debía causar sorpresa a un hombre que había olvidado todo; pero le costó gran esfuerzo encubrir su deslumbramiento. Agradeció la interrupción motivada por la llegada de otro jeep que avanzaba chapaleando por el camino.

—¡Es Víctor van Doon! — dijo Ana, y lo saludó con entusiasmo —. ¡Hola Víctor!

Un hombre musculoso, tostado por el sol y vestido con camisa, shorts gastados y casco deformado, descendió del jeep y, con paso decidido, se acercó a

ellos para saludar a la joven y al exhausto millonario.

—¡Hola, Ana! ¿Cómo está, señor Mésenger?... Bienvenidos — expresó con voz enérgica y vigorosa, e irradiando de su rostro despreocupada serenidad —. Hubiera querido recibirlos en la pista, pero se me empantanó el jeep en la montaña.

—¿Y las minas? — preguntó Mésenger —, ¿las pudo poner en funcionamiento otra vez?

Van Doon se puso serio y sacudió la cabeza.

—Llevé las mejores mulas que había; pero son demasiado viejas y débiles para el trabajo. Están muriendo como moscas.

—Muy pronto tendremos otra camada — respondió Ana —. Víctor, éste es el doctor Falcón, nuestro lotófago más reciente. Se encargará de la sección producción.

—Mucho gusto, Falcón — Van Doon le estrechó la mano con una fuerza que se la hizo crujir —. Nunca se lamentará de que la mosca negra lo haya picado. Hace tres años que estoy con la compañía y nunca me he arrepentido... — El virus es el mejor remedio para los revoltosos... — rió alegremente —. Yo vine para asesinar al señor Mésenger y destruir la compañía, ¿verdad, señor Mésenger?

—Ya lo creo... y hasta estuvo a punto de conseguirlo.

Daniel sintió repugnancia y temor al ver el orgullo con que Van Doon se jactaba de su involuntaria conversión. Sintió mareo al pensar cómo el virus había convertido a un enemigo acérrimo de la compañía en esclavo sumiso y orgulloso de serlo. Por un instante sintió que su propio plan estaba destinado al fracaso.

—Bueno, no hay tiempo para charlas — dijo Mésenger incorporándose con impaciencia —. ¡A trabajar todo el mundo!

Daniel asintió con forzada sonrisa. No le importaba que otros hubieran sucumbido antes que él: tenía la ventaja de que sus intenciones no habían sido descubiertas todavía y estaba protegido por su disfraz. Aunque Mésenger le había anunciado que no tendría acceso al laboratorio, siempre estarían a su alcance los productos, y mediante ellos podría deducir el proceso. Por otra parte y a pesar del tabú de Mésenger no desesperaba de poder introducirse en el recinto mismo del laboratorio.

—Le traeré los apuntes tan pronto como pueda — le dijo Ana —; pero usted puede comenzar a inspeccionar de inmediato las instalaciones. Mañana a la mañana tendremos lista la primera partida de renacuajos. Usted tendrá que esterilizar todo entre tanto y preparar las soluciones.

—Espéreme aquí, Falcón — añadió Van Doon —. Le enviaré sus ayudantes y las llaves del laboratorio —. Se volvió a Mésenger y a Ana —. He preparado para ustedes la casa del viejo Póttter. Ana, ¿quiere que la lleve en mi jeep?

ANA esperó que Van Doon la ayudara a bajar. Bélfast saltó por el otro costado para encubrir la violenta oleada de celos que lo había acometido. ¡Que se vaya con él!, se dijo a sí mismo. Ella no significaba para él otra cosa que amenaza y muerte. ¡Con el estúpido lotófago se entendería mejor!

Los dos jeeps partieron. Daniel se quedó solo frente al laboratorio de producción. Buscó para protegerse el reparo del alero y esperó allí. Gotas de sudor le corrían por todo el cuerpo, como si fueran insectos que se hubieran deslizado bajo su ropa. Avanzó al centro del camino y se dedicó a observar por fuera el laboratorio de los mutaciones.

Los dos guardias armados le devolvieron la mirada con gesto de recelo. Él avanzó, tratando de aparentar indi-

ferencia, para examinar la barranca que estaba detrás del laboratorio y a lo largo de la cual los tanques de cultivo descendían hacia el río. Buscaba un camino para acercarse desde atrás al recinto alambrado, pero un nuevo problema lo detuvo.

El peligro pululaba en torno suyo; sabía que estaba allí, y no podía localizarlo, ni sentirlo como lo había sentido en Nueva York. La jungla hervía de cocodrilos, insectos mortíferos y mil otras formas emboscadas de muerte, pero no tenía el fulgor de la muerte. El vaho de los pantanos no era el sofocante hedor del peligro. Los destemplados chillidos de los pájaros, aunque muy extraños, no despertaban un eco de alarma en su mente.

Miró intranquilo a los guardias que tenía frente a sí. Sus fusiles no reflejaban el fulgor de la muerte... Desconcertado, renunció a buscar la causa de su perdida sensación de peligro. Pero, ¿habría sido realmente una sensación?...

Porque, en verdad, esa sensación nunca lo había guiado a la seguridad. La experimentó por primera vez al recibir la primera llamada de Ana, y lo había empujado dos veces... tres en realidad, a trampas mortales. Lo había traído allí, donde el riesgo crecía minuto a minuto.

Cayó en la cuenta de que Ana Sánderson había sido el factor común de todas esas experiencias. ¿Podía ser la mente superhumana de ella la productora de las sensaciones? ¿Emanaban de ella y venían hacia su propia mente, para leerle los pensamientos y aun para determinar sus acciones?

RECONOCIÓ que esta explicación era la más plausible, ya que explicaba la ausencia actual de las sensaciones: ella había cesado de emplear sus facultades superhumanas desde que el virus lo había convertido en su inofen-

sivo instrumento. Pero cuando las sensaciones volvieron, quería decir que ella había decidido invadir otra vez su mente.

Tembló al verla aparecer en un jeep acompañada por Mésseger. Venían de la antigua casa de Póttter. Cuando pasaron delante de él, Ana lo saludó con un gesto tan alegre que lo hizo estremecer. Se sobrepuso y saludó a su vez, pero se sintió aliviado al ver que el jeep seguía de largo en dirección al laboratorio de mutaciones.

Cuatro lotófagos llegaron en un camión, trayendo las llaves del laboratorio de producción. Daniel entró con ellos para examinar las instalaciones. Lo que encontró fué una hilera de tanques de acero inoxidable, cuyo tamaño crecía progresivamente. Estaban conectados entre sí mediante una desconcertante red de aberturas y válvulas.

No había terminado todavía de examinar el complicado equipo auxiliar de calderas, filtros, lámparas de irradiación, termostatos y equipos de aire acondicionado, cuando uno de sus ayudantes le anunció que alguien lo esperaba en la puerta.

—¡Luis! — un sordo temor lo invadió al escuchar la voz de Ana; pero se tranquilizó al ver en sus manos un papel —. Aquí le traigo el memorándum. Sígalos con absoluta exactitud. Recuerde que un error de un minuto o un grado más de calor puede matar a los renacuajos.

Daniel tomó en silencio el cuaderno.

*Memorándum para el doctor Falcón:* éste era el título que encabezaba la primera página. La tinta azul negra no había tenido tiempo todavía de oscurecerse. Los caracteres eran irregulares, pero muy claros. "En la primera etapa", leyó, "los renacuajos embrionarios

deben mantenerse durante ocho minutos en diez litros de agua destilada y esterilizada a 38° y con una iluminación de 96 bujías de luz filtrada. En la segunda etapa..."

Daniel dió un respingo y sintió que sus manos temblaban... porque había visto esa escritura (más clara y vigorosa, pero idéntica) en unas cartas escritas mucho tiempo atrás. A pesar de la inseguridad evidente de los trazos, la barra transversal de la A, el trazo oblicuo, paralelo casi a la línea, de la f, y las colas retorcidas de la g y la v, hacían imposible que nadie pudiera confundirla.

*La escritura era de Charles Kéndrew.*

## CAPÍTULO XVIII

ANA Sánderson rogó a Daniel que la acompañase a visitar los tanques escalonados. Se detuvo frente a cada uno de ellos y le explicó cómo manejarlos. Dejó que él repasase en cada caso las instrucciones y lo bombardeó a preguntas para ver si las había interpretado correctamente.

Daniel la siguió abstraído por completo. Sus respuestas mecánicas le resultaron increíblemente penosas, pero Ana no dió muestras de haber notado su confusión. Cuando dejaron el último tanque, del que los renacuajos deberían pasar a los tanques descubiertos, franqueando una pequeña barrera, se volvió ansiosa hacia él y le preguntó: —¿Cree que lo puede hacer?

Daniel respondió sombríamente que le parecía haber entendido todo, y la acompañó en silencio al jeep. Ana subió y se dirigió al edificio cuadrado, encerrado en las alambradas de púa. Ahora le pareció a Daniel que aquello era una verdadera prisión.

Mientras volvía al laboratorio para comenzar su trabajo, Belfast estudió nuevamente aquella escritura. No, no era posible confundir esos rasgos: era la escritura de Charles Kéndrew. Las consecuencias de su comprobación lo hicieron vacilar sobre sus pies.

Ese memorándum, con la tinta fresca todavía, demostraba que Charles Póttter y Charles Kéndrew eran la misma persona, como su padre había sospechado hasta que Mésseger lo compró o lo engañó. Charles Póttter era el "hacedor" de superhumanos a cuya caza estaba dedicado Gelian.

¡Y estaba vivo todavía!

Mésseger y Ana Sánderson habían mentido para desorientar las pesquisas. Esa tinta fresca y el encabezamiento del memorándum, "Para el doctor Falcón", probaban que el "hacedor" no sólo estaba vivo, sino también sano y con sus capacidades intactas, ya que había podido redactar esas complicadas instrucciones para su involuntario ayudante.

Vivo... pero prisionero del hombre que había sido su amigo y de las humanas creaciones que él había plasmado.

Daniel dedujo que de algún modo lo habían obligado a escribir aquel papel. Y en este mismo momento lo estarían obligando a crear la célula modificada que necesitaban urgentemente.

Pero, ¿qué motivo hubo para que lo confinasen y cómo se dejó él confinar?

Daniel arrugó el ceño y examinó nuevamente el memorándum. La respuesta le pareció bastante clara. Ningún sistema de mutación podía convertir un genético humano en un dios. Cualquiera fuera la incommensurable eficacia del proceso, tenía sus límites, y allí estaba para demostrarlo la debilidad inicial de las células modificadas. Pensó que era muy significativo que no se le permitiera al mismo "hacedor" controlar todo el proceso. Y el produc-

to era en este caso solamente una inofensiva pequeña mula.

Trató de leer la historia del desaparecido amigo de su padre a través de aquellos renglones, y sintió un escalofrío, pese a la canícula tropical. Conocía perfectamente la implacable astucia de Mésseger y tenía presente su propia experiencia de las facultades superhumanas de Ana. El hacedor (que no era más que un hombre) debió de confiarse a ellos, su amigo y su creación más espléndida. Probablemente quedó demasiado aturrido para defenderse cuando ambos se unieron para traicionar su confianza.

Daniel intentó descifrar el rompecabezas. Tal vez la tragedia personal que había impulsado a Kéndrew a salir de Norteamérica había quebrantado también su visión y su voluntad, dejándolo enervado y en manos del millonario. ¡Esto podía explicar el virus del olvido!

Recorrió las páginas del memorándum y le pareció que comprendía lo sucedido. Perseguido hasta aquella salvaje soledad por algún recuerdo torturante, el "hacedor" pudo haber criado aquel virus para olvidar el pasado, quedando de este modo él y su ciencia en manos de Mésseger y de las criaturas que él mismo había formado. Si esto era exacto, el laboratorio de mutaciones sería el único mundo que Kéndrew conocía ahora, y la mecánica genética, todo lo que le importaba recordar.

Cualquiera fuera la verdad, el "hacedor" debía ser rescatado a cualquier precio. Las dificultades en que se encontraban sus carceleros demostraban que por alguna razón no había logrado dominar su ciencia. Debía quedar en libertad antes de que sus verdugos sacasen de él conocimiento suficiente para hacerse definitivamente inexpugnables.

—¿Qué sucede, Falcón?

Arrancado de sus reflexiones por esta

**P**UEDE ser que la vida sea imposible en los demás planetas, pero tampoco es fácil en éste.

(De la revista BANKING).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

MAS ALLA

LA ISLA DEL DRAGON

voz poderosa, se dió vuelta y encontró detrás de sí a Van Doon.

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?...  
—No comenzaron todavía a trabajar?

—Ana acaba de entregarme esto —le mostró el memorándum y se esforzó por recobrar su tranquilidad de lotófago—. Son instrucciones para el proceso.

—Querrá usted decir *la señorita Sanders* —recalcó Van Doon con un tono tajante, extraño en un lotófago—. Mejor será que empiece cuanto antes.

**D**ANIEL fué a trabajar. Durante todo el día y hasta la mitad de la noche sofocante se afanó con sus ayudantes para preparar los tanques donde debían desarrollarse los renacuajos modificados. Su mente estaba partida en dos: con una mitad seguía el complicado procedimiento y con la otra analizaba conjeturas oscuras y conclusiones dudosas, tratando de imaginar la situación actual del "hacedor" y algún recurso para rescatarlo.

Charles Kéndrew debía de ser en la actualidad un anciano, quizá tan débil como Messenger. La interrupción en la producción de mulas pudo deberse a la decadencia senil tanto como a una rebelión. Una sola cosa era evidente: Ana Sanders estaba aprendiendo el arte de conseguir mecánicamente las mutaciones bajo la dirección del "hacedor".

La consecuencia evidente de estas premisas era que los días del "hacedor" estaban contados y que los superhumanos no tardarían en conseguir todos los recursos necesarios para adueñarse del mundo. Con su inteligencia superior y sus poderes metapsíquicos, la joven no tardaría en dominar y aun perfeccionar la ciencia que la había plasmado. Entonces los superhumanos no tendrían motivo alguno para conservar con vida a su creador.

Una prisa excesiva, pensó Daniel, podía ser tan fatal como la demora.

Trató, pues, de diferir su resolución hasta contar con más elementos de juicio. Pero había algo que lo torturaba y le impedía ajustar su expresión a la beatífica serenidad de los lotófagos: la ausencia del regusto del peligro en su lengua y del hedor en su olfato.

El laboratorio de producción tenía aire acondicionado, pero no acondicionado para el bienestar de los que trabajaban en él, sino para las mulas en estado embrionario. La atmósfera estéril, húmeda y recalentada, necesaria para los embriones, era más molesta aún que el soplo sofocante y espasmódico del monzón que barría el terreno circundante. A media noche, cuando estuvieron finalmente dispuestos los tanques para recibir su extraño contenido, se sintió extenuado y tambaleante por la fatiga.

Pero ante su mente estaba la imagen del "hacedor" encerrado en la fortaleza del otro lado del camino: podía percibir el olor del calabozo, ver las llagas ulcerosas que las cadenas habían provocado en sus miembros y oír los gemidos que le arrancaban las torturas. Daniel estaba agotado pero el "hacedor" no podía aguardar.

Eligió uno de sus joviales ayudantes para que observase los instrumentos del incubador a vapor; puso a otro de guardia frente a la cámara estanco que impedía la entrada de aire contaminado, y despachó el resto a sus alojamientos del pueblo.

—Espéreme aquí —dijo al guardián—; voy a descansar un rato en el depósito. Avíseme si hay alguna novedad en el laboratorio de mutaciones.

El oscuro depósito colocado antes de los locales herméticos, le pareció increíblemente fresco, seco y confortable. El aire acondicionado salía por las bocas con un zumbido tenue. Las gotas de lluvia repiqueteaban incesantemente sobre el techo de metal. De vez en cuando llegaba desde la selva el

chillido extraño de algún ave tropical. Y el sordo murmullo de los motores de la usina aumentaba o decrecía con las ráfagas intermitentes.

Estos sonidos tranquilos le infundieron decisión. Tomó del depósito de herramientas una cizalla de cortar alambre y salió cautelosamente al oscuro pasadizo.

Miró hacia la puerta del compartimiento estanco. El guardia que él había puesto seguía allí estólidamente fiel. No podía verlo, pero su sombra paciente se reflejaba contra el vidrio esmerilado de la puerta.

En silencio y cautelosamente, mas tratando de no parecer furtivo, se escurrió del edificio y afrontó la lluvia. El cielo estaba completamente encapotado y no se veían relámpagos ni se oían truenos. El agua caía incesante e implacable con una fuerza y frialdad que le cortó la respiración e hizo castañear sus dientes.

Cuatro reflectores que colgaban de cuatro postes de acero, uno en cada ángulo del terreno alambrado, iluminaban las siluetas de los guardianes armados, apostados delante de la puerta. Daniel se apartó rápidamente de la zona iluminada y se refugió a la sombra del laboratorio de producción, que se extendía hasta la franja de pasto crecido que rodeaba el edificio.

Manteniéndose en la oscuridad y ocultándose en el pastizal, llegó al otro extremo de la explanada. Allí estaba fuera de la vista de los guardianes, protegido por el mismo edificio del laboratorio de mutaciones. Se detuvo, tomó aliento y corrió agachándose hacia la alambrada.

Durante un instante, mientras estaba tirado sobre el barro, empapándose con la lluvia torrencial, se sintió vencedor. Le pareció que había transpuesto la alambrada y las paredes de cemento y se hallaba dentro de la prisión

## ESTE ESPACIO ES SUYO...



...utilícelo para decirnos qué piensa de **MAS ALLA**. ¿Qué cuento le ha gustado más, y cuál menos? ¿Le gusta el **ESPACIOTEST**? ¿Ha leído el **Editorial**? ¿Qué le interesaría ver publicado en los próximos números? ¿Qué defectos encuentra en la revista? **Escribanos sus opiniones, y si este espacio no le alcanza, agregue una hoja suya.**

Escriba a

**más allá**

Av. Alem 884 — Buenos Aires



No pudo percibir ninguna luz en el edificio sin ventanas; pero el jeep, estacionado delante de la puerta, le certificaba que Ana y Mésenger estaban dentro. Su imaginación exaltada se los presentó ocupados en arrebatar el secreto de la creación al hombre que habían traicionado.

Se arrastró por el suelo para cortar los alambres, sopesando mientras tanto las férreas cizallas. No era un arma demasiado contundente; pero él se valdría de la sorpresa para averiguar todo lo que pudiera antes de atacarlos. Mésenger era viejo y enfermo; Ana, a pesar de sus condiciones extraordinarias, era nada más que una muchacha. Con un poco de suerte...

**P**ERO de pronto sintió el choque de la alarma.

Se produjo en el mismo momento en que tocó el alambre, y fué tan intenso que por un momento creyó que la alambra estaba electrizada. Retrocedió para tomar aliento. La acidez del peligro le irritó nuevamente la lengua, y el perfume dulzón de la jungla se tornó en el hedor amargo de la muerte.

Yació inmóvil en el barro frío, demasiado aterrado para moverse. Pero los alambres no estaban aislados para conducir corriente: el choque había sido producido por algo distinto que había levantado una oscura llamarada de riesgo en torno al edificio y había helado la lluvia que empapaba sus espaldas con la gélida desesperanza de la muerte.

¿Sería que la mente de Ana actuaba a distancia sobre la suya? Este pensamiento le hizo estremecer. Si él podía sentir el poder del cerebro superhumano de Ana defendiendo el laboratorio, también ella podía sentir su presencia. Si lo encontraba junto a la alambra, no necesitaría leer su pensamiento para descubrir que no era un verdadero

bastaría para poner término a su vida.

Sofocó con esfuerzo su terror y se acercó nuevamente a la alambra. Después de todo, era sólo una suposición que la mente de Ana fuera la causa de aquella sensación de peligro. Podía equivocarse. Y aun cuando ella lo hubiera percibido, no era omnipotente. La cizalla volvió a tocar el alambre... y el choque lo despidió nuevamente.

Esta vez fué tan fuerte que le quitó la respiración y le acalabró el brazo, obligándole a arrojar las cizallas. Una llamarada de peligro lo encegueció y un inmundado vaho le agarró la garganta.

No bien se repuso comenzó a arrastrarse en dirección contraria. Si lo descubrían había fracasado y malgastado en vano su vida. Cualquiera fuera la naturaleza de la alambra, era insuperable. Llegó al pastizal. Se dispuso para levantarse y correr. No llegó a hacerlo: apenas se había incorporado cuando el choque del peligro lo derribó nuevamente, lo aplastó contra el barro y lo clavó en él, tembloroso y anhelante bajo la lluvia helada.

Ana Sánderson lo había descubierto efectivamente, pensó entonces. Lo estaba deteniendo para que los guardianes lo descubriesen, como había hecho sin duda con el pequeño Venn, mientras lo apuñalaba. No podía hacer nada, sino esperar el tiro o la puñalada.

Pero no apareció nadie para asesinarlo. Escuchó el ruido de una puerta que se abría y volvía a cerrarse en el laboratorio de producción, pero eso fué todo. Después de un largo rato de espera la siniestra iluminación del peligro comenzó a esfumarse y la gélida presión que lo aplastaba contra el suelo comenzó a relajarse. El peligro estaba pasando.

**E**NTONCES comenzó a pensar nuevamente si esas extrañas sensaciones serían verdaderamente lo que

parecían: una percepción actual del peligro. Recordó la creencia de su madre en sus dones metapsíquicos y el presagio de su propia muerte. ¿Habría heredado él estas perturbadoras capacidades?

Trató de descartar esta explicación. Nunca había creído en la realidad de esas experiencias supernormales. Aunque su madre había muerto del modo que esperaba, la explicación más plausible era que la misma expectación la había matado. Ningún test, ni siquiera los de Ana Sánderson, habían revelado que él tuviera dones supernormales.

¿Cómo explicarlo entonces? . . . Se le ocurrió que podía ser un efecto del virus de la encefalitis. Evidentemente esta enfermedad sintética causaba efectos más profundos que la mera pérdida de memoria. La sumisa e infatigable obediencia de los lotófagos, que antes de ser inoculados habían arriesgado su vida para destruir a la compañía, era una prueba concluyente de que el virus alteraba más profundamente la personalidad. ¿No tendría entre sus efectos el aguzar las percepciones sensoriales?

El virus había sido concebido para convertir a los enemigos de los superhumanos en instrumentos útiles para la compañía. Con sus sentidos más aguzados, podían rendir servicios valiosos. Era muy posible que hubiera sido inoculado antes de que se hubieran despertado sus percepciones supernormales. Tal vez en el mismo hotel. . .

Pero la explicación no era coherente. Sacudió la cabeza para descartarla, y este solo movimiento bastó para intensificar la triturante presión del peligro. El choque, el fulgor y el hedor de la amenaza eran demasiado violentamente reales y terribles para poderlos reducir a ninguna explicación racional. Descartó con prontitud la explicación de los efectos del virus, como había hecho con todo lo demás.

El peso de la gélida hostilidad se estaba desvaneciendo. Hizo la prueba de levantar la cabeza: esta vez no hubo nada que le obligara a bajarla. Gateó nuevamente hacia el pastizal, y nada lo detuvo. Temblando aún por algo más helado que la lluvia se encaminó al laboratorio de producción.

La luz de los reflectores que iluminaban el laboratorio de mutaciones le alumbraba el camino. Hasta el mismo pálido fulgor del peligro parecía guiárla. Gracias a él pudo ver un tronco atravesado que lo hubiera hecho tropezar, y luego divisó una canaleta que antes no había visto. Cualquiera fuera su causa, aquellas sensaciones le resultaban más y más útiles cada vez.

Se detuvo junto a un arroyuelo formado por la lluvia y se lavó el barro de las manos, rodillas y zapatos. Luego siguió apresuradamente la marcha, deseando poder llegar inadvertido al depósito. Deslizándose siempre por la sombra había llegado casi al laboratorio de producción cuando el sentimiento de la amenaza lo sacudió de nuevo.

Prestó atención y pudo escuchar el golpe de una puerta que se abría y cerraba y el chapoteo de unas pisadas en el barro. Sonó el arranque de un vehículo; el motor se puso en movimiento, y las ruedas patinaron. Su primer impulso fué correr hacia la jungla, pero la garra helada del peligro lo inmovilizó donde estaba. Un instante después los focos del auto lo iluminaron.

**L**A advertencia que acababa de recibir lo había salvado, porque no hubiera tenido tiempo para ocultarse. El menor movimiento en falso podía ser su perdición. No le quedaba otro remedio que avanzar hacia los faros enceguecedores, tratando de disimular su temblor y esforzándose por recuperar su máscara de insensibilidad y olvido.

—¿Dónde estaba usted, Póttter?

voz retumbante de Van Doon lo detuvo.

—Salí a dar un paseo, pero sólo llegué al camino.

—¿Paseando. . . con este tiempo? — la voz de Van Doon parecía demasiado alterada para ser la de un lotófago. — ¿Por qué motivo?

—Hace demasiado calor adentro — Daniel se esforzó por parecer solamente cansado y aburrido—, y ya tenemos listos los tanques. No hay nada que hacer fuera de vigilarlos. Traté de echarme un sueñito, pero no pude. Me pareció que la lluvia me refrescaría.

Daniel avanzó como para seguir de largo.

—¡Deténgase donde está! —le ordenó Van Doon con voz cortante—. ¡Dígame exactamente dónde estuvo!

—A lo largo del camino. Pasé la casa del viejo Póttter y llegué hasta el borde de la jungla. Tal vez me alejé demasiado. Ahora tengo frío.

—¿No habrá tratado de espiar en el laboratorio de mutaciones?

—¿Cómo se le ocurre? . . . El señor Messenger me dijo que era tabú.

—Perdone, Falcón —una repentina suavidad endulzó la áspera voz de Van Doon—. Me desperté hace media hora con la sensación de que algo andaba mal. Llamé por teléfono y me dijeron sus ayudantes que usted había salido. Esto me desconcertó por completo. Discúlpeme.

Encandilado por los focos del auto, Daniel sintió la punzada de una sospecha. Los lotófagos no podían despertarse por tales sensaciones. Y la suavidad repentina y forzada de la voz de

Van Doon no condecía con la imperturbabilidad de estos autómatas. . . Parecería que Van Doon estuviera fingiendo como él y acordándose a ratos de que debía actuar como un esclavo del virus. Con una tranquilidad que contrastaba con la anterior vehemencia, Van Doon preguntó:

—¿Sabe usted el motivo de ese tabú?

—Para proteger el secreto de las mutaciones. . .

—Para salvar nuestras vidas —explicó serenamente Van Doon—: el recinto rodeado por la alambrada está contaminado con cien variedades de virus fatales, obtenidos por mutación. El señor Póttter inmunizó a la señorita Sánderson y al señor Messenger. Ninguna otra persona podría salir con vida de la alambrada. ¿Comprende por qué estaba yo tan preocupado por usted?

Probablemente era una mentira para mantener alejados a los curiosos. Esto es lo que pensó Daniel; pero contestó:

—Le agradezco mucho. Pierda cuidado que no pienso acercarme.

Daniel permaneció inmóvil, meditando acerca de Van Doon. Desde el primer momento le había parecido excesivamente vigoroso y firme, y demasiado dominador respecto de Ana.

Esas no eran actitudes propias de un lotófago. ¿Y lo sería en verdad? De acuerdo a las investigaciones de Gelian, Ana no era la única creación superhumana de Kéndrew. Tenía que haber otras en alguna parte, aunque no muchas, porque el mapa de Gelian señalaba intervalos de semanas y aun meses entre una y otra mutación. Por otra

### . . . Pero más sabe por viejo

**A**NTES eran los viejos quienes tenían la última palabra. Ahora nadie les quiere llevar el apunte. Y sin embargo tests de inteligencia aplicados a las mismas personas con un intervalo de treinta años entre el primer test y el segundo dan una capacidad considerablemente mayor la segunda vez que la primera.

parte, los primeros ensayos de Kéndrew debieron ser necesariamente individuos imperfectos, incapaces de descubrir en sí mismos su nueva naturaleza.

Pero Ana Sánderson se había dedicado a descubrirlos, protegerlos de la agencia Gelian y ocultarlos en lugar seguro. Aparte de ella debían de existir en algún lugar otros superhumanos... ¿Y qué lugar más apto que Nueva Guinea, la isla del Dragón y la fortaleza de la Cadmus?

Daniel se esforzó por conservar su compostura bajo la luz enceguedora de los faros de Van Doon. La incansable eficacia de éste y su vigilancia cuidadosamente disimulada le parecieron ahora rasgos evidentes de un superhumano. Si Ana estaba destinada a ser la Eva de la nueva raza, ¿quién mejor que Van Doon para ser el Adán?

Oculto detrás de su máscara de imperturbabilidad, había sido el alcaide de la fortaleza superhumana y el carcelero del "hacedor", mientras Ana y Mésenger atendían lo demás desde Nueva York.

—Le pido disculpas, Falcón —dijo Van Doon con voz demasiado amistosa ya—, y espero que me comprenda. Tenga cuidado, por favor. Bueno, lo dejo por ahora: le hace falta descansar para estar fresco cuando lo necesiten.

## CAPÍTULO XIX

EL lotófago apostado delante de la cámara estanco recibió a Daniel con mirada de reproche.

—Por favor, doctor Falcón, no salga sin avisarnos. Pensábamos que estaba descansando; pero nos avisó el señor Van Doon... ¿Se encuentra usted bien?

—Por supuesto que estoy bien —Daniel trató de infundir a su respuesta una serenidad igual a la del lotófago—. Salí a dar un paseo porque no podía dormir.

—No podemos acercarnos solos al laboratorio de mutaciones: hay peligro de contaminarnos, y el señor Van Doon ha dispuesto que siempre salgamos en grupo.

—Comprendo —respondió Daniel.

Tendido otra vez en su colchoneta del depósito, permaneció despierto un largo rato buscando algún medio para ponerse en contacto con el "hacedor". Necesitaba la ayuda de John Gelian; pero la agencia de este celoso enemigo de los superhumanos era tan inaccesible como el laboratorio prisión de Kéndrew, que estaba allí mismo, al otro lado del camino fangoso. Ahora que las exportaciones de la compañía estaban interrumpidas Daniel no tenía siquiera la posibilidad de deslizarse un mensaje.

Una profunda desesperación se abatía sobre él, sofocando todos sus esfuerzos para preparar un plan de acción. Exhausto y temeroso, su mente veía a la humanidad condenada a la destrucción, como lo habían sido las especies subhumanas al aparecer sobre la tierra el Homo Sapiens, producto de una misteriosa y feliz mutación. Los últimos antropoides, mitad hombres, mitad monos, debieron de sentirse tan desesperados al enfrentarse con la inteligencia y recursos superiores del primer hombre como se sentía él frente a los poderes desconocidos de los superhumanos.

Cayó en un estado que tenía mucho de pesadilla y de delirio. Vió ejércitos de hombres que morían entre horribles sufrimientos cuya causa no podían descubrir, mientras Ana Sánderson y Víctor Van Doon se paseaban imperturbables entre cadáveres envueltos en tétricas y horribles llamas.

—Despiértese, doctor Falcón —el lotófago encargado de la cámara estanco lo sacudía cortésmente—. La señorita Sánderson acaba de avisar por teléfono que las células están casi listas, y dice que preparemos todo para comenzar en cualquier momento.

LOS ayudantes del turno matutino habían llegado ya en el camión trayendo consigo el desayuno en cajas de cartón. Daniel los puso inmediatamente a trabajar en la limpieza de los tanques exteriores. Después desayunó él mismo. Desde la puerta vió que Ana Sánderson y Mésenger salían del laboratorio de mutaciones, donde habían pasado la noche entera.

El millonario hizo un débil saludo desde el jeep, como si estuviera demasiado agotado o enfermo para levantarse del asiento. Su cara regordeta y manchada parecía casi la de un cadáver; su respiración era un jadeo laborioso y entrecortado. Belfast no pudo reprimir un movimiento de compasión.

—¿Está listo, Daniel?

Mientras formulaba esta pregunta, Ana salió del jeep. Avanzó con precaución, sorteando los charcos cenagosos. En sus manos traía un termos. La fatiga había sumido sus mejillas bronceadas, pero en sus ojos brillaba una ardiente expectación. Daniel retiró la vista de su cabello taheño salpicado por la lluvia: tenía miedo a su belleza.

—Sí, estamos listos.

La muchacha se colocó un guardapolvo, una máscara quirúrgica, zapatos de fieltro e introdujo sus manos en unos guantes esterilizados. Entró luego con Belfast en la cámara estanco. El brillo azulado de las lámparas germicidas la obligó a pestañear un momento. Sacó del termos un tubo de ensayo envuelto en algodón.

—Es la próxima camada de mulas —comentó al alargar a Daniel el tubo lleno hasta la mitad con un líquido oleaginoso de color verdusco—. ¡Despació!... En sus manos está el futuro de la compañía... y también el de usted.

Belfast vertió cuidadosamente el contenido del tubo en la solución del primer tanque y anotó cuidadosamente la hora y la temperatura. Ana permaneció

en silencio a su lado mirando con ansiedad. Daniel sintió miedo de que ella le hubiera leído el pensamiento y preguntado:

—¿No podemos preparar otras células modificadas si éstas no resultan?

—No tenemos tiempo: Víctor acaba de telefonear —respondió Ana, sacudiendo la cabeza, mientras Daniel aguardaba, temeroso de pensar en nada—. Víctor se ha comunicado por teléfono con Nueva York. Malas noticias. Alguien descubrió que el señor Mésenger había salido de los Estados Unidos. Comenzaron a circular rumores de que la compañía estaba en dificultades, y ha habido pánico en la Bolsa. Nuestros directores consiguieron conjurar la baja; pero ahora son ellos los que están alarmados.

—¿Nuestros propios directores? —preguntó Daniel fingiendo asombro, como



—¡Salud!

correspondía a alguien que ha olvidado las características del mundo de las finanzas—. ¿Y no los quieren ayudar?

—Ya lo han hecho: tres de nuestros accionistas más importantes formaron una sociedad para comprar las acciones que el pánico arrojó al mercado, pero ahora tienen miedo de quedarse con ellas. Víctor dice que han alquilado un avión y vienen aquí a ver qué sucede.

Daniel asintió, esperando que Ana completase su explicación.

—No debían haberlo hecho —continuó ella—. El señor Mésenger nunca permitió que vinieran aquí personas extrañas. Mientras los negocios de la compañía iban bien, nadie se preocupó de averiguar de dónde salían los billones que pagábamos en dividendos, y Nueva Zelanda está muy lejos. Pero ahora esos tres banqueros vuelan hacia aquí. Llegarán mañana a la mañana y querrán ver algo más que barro, caminos cortados y centenares de mulas muertas.

Habían pasado ocho minutos. Daniel abrió una válvula y puso en funcionamiento una bomba para hacer pasar la solución al segundo tanque, más grande que el primero. Ana observó sus movimientos cuidadosamente y sonrió con aprobación.

—Lo dejo por un rato, Daniel. Tengo que ver al señor Mésenger. Los esfuerzos de la última noche han sido demasiado fuertes para él.

Sus maravillosos ojos azules miraron a Daniel por encima de la máscara con una confianza tan conmovedora que éste llegó a lamentarse de haber recobrado la memoria.

—¡Cuide bien a las mulas!

—Esté usted tranquila; lo haré —prometió Daniel.

Lo curioso es que realmente deseaba el éxito de la operación. A pesar de que tenía pruebas irrefutables sobre la perversidad de Ana y Mésenger, no podía borrar de sí una profunda admiración por la valentía astuta y testaruda de

éste, ni disimular la atracción que le inspiraba la adorable enemiga de la humanidad.

Abrió la cámara estanco para que Ana saliera y se quedó a solas con sus torturantes enigmas. Ana había dejado en sus manos el futuro de la Cadmus. Un sabotaje sería muy sencillo. Podía exterminar a los renacuajos con sólo apagar una luz durante dos o tres minutos.

MAS no era posible.

Hasta ahora no había logrado casi ninguno de sus propósitos. Cualquiera intento de sabotaje podía anular definitivamente sus posibilidades de ponerse en contacto con el "hacedor" o de averiguar el número y propósitos de los superhumanos. Comprendió que debía hacer cuanto estuviera en sus facultades para salvar a las mulas.

Su involuntaria admiración por Mésenger y su compasión por la acorralada joven no tenían parte alguna en su decisión, o al menos esto fue lo que él se dijo. Sin embargo, una oscura desconfianza en sus propios motivos lo siguió desconcertando durante largo rato, hasta que cayó una vez más en la cuenta de que el extraño atractivo de Ana era tan eficaz como el virus del olvido para que las víctimas de ambos renegaran de la propia condición humana y se enrolaran en el bando de los enemigos.

El resto del día lo pasó en medio de la misma incertidumbre acerca del motivo de sus decisiones, sudando y afanándose dentro de la húmeda cámara de incubación, anotando fielmente temperaturas, abriendo válvulas y vigilando el paso del líquido de un tanque al otro. Sus ayudantes trabajaban afuera, limpiando y llenando los tanques exteriores.

Ya caía la tarde cuando llegó el momento de abrir la válvula que permitiría el paso de los renacuajos todavía

invisibles al último tanque interior. Sintió que alguien golpeaba el vidrio de la puerta trasera del laboratorio. Eran Ana Sánderson y Mésenger. Señaló su máscara y les hizo señas de que dieran la vuelta al edificio para entrar por la cámara estanco.

Ana le indicó que se acercase.

—Ya puede dejarnos entrar —le gritó a través del grueso cristal—; no hay peligro de que los renacuajos se contaminen. Van a pasar a los tanques externos, y éstos ya no son estériles.

Daniel asumió la expresión de un lotófago sumiso y abrió la puerta. El descanso había eliminado el cansancio de la muchacha, y el millonario, que había recobrado su habitual alacridad, preguntó ansiosamente:

—¿Qué tal marchan esos animalitos, Falcón?

—He cumplido sus instrucciones punto por punto. No sé más.

Mésenger se agachó para examinar bajo la luz deslumbrante de las lámparas la solución germinal, mucho más fluida y clara ahora. Pareció quedar satisfecho.

—El color está bien. Vamos a ver una muestra —indicó un microscopio de poco aumento instalado en una mesa cercana al tanque.

Daniel depositó una gota sobre un portaobjetos y la colocó en el microscopio. De inmediato aparecieron los renacuajos. Parecían embriones de pez y se movían graciosamente, remando con suaves movimientos mediante las delgadas membranas dorsales, que habrían de transformarse en órganos aliformes, para la fotosíntesis, cuando hubieran llegado a su estado adulto. Daniel los contempló fascinado hasta que Mésenger lo apartó nerviosamente.

—¡Magníficos! —exclamó—. Los de Póttér eran exactamente iguales.

El millonario dejó el puesto a Ana, que sonrió con tal ansiedad que Daniel llegó a compartir su alegría.

—Parecen sanos —reconoció—; pronto comenzarán a trepar.

Los renacuajos habían llegado a un estadio de su evolución en el cual el instinto comenzaba a impulsarlos de un tanque al otro. Daniel abrió el pasaje por donde debían comenzar a trepar hacia el tanque siguiente. Ana, entretanto, contaba los renacuajos contenidos en la muestra.

Mésenger observó los cálculos que Ana iba haciendo en un anotador.

—¿Noventa y nueve? —el tirunfo iluminó su rostro amarillento—. De acuerdo a los cálculos de Póttér, en el tanque habrá cinco millones. ¡Son suficientes para convertir nuevamente la isla en un jardín... y para que los dólares, las libras, los marcos y los pesos comiencen a correr nuevamente!

—¡Pueden salvar a la Cadmus!... ¡Y a algo más! —profirió Ana.

Qué otra cosa podían salvar, no lo dijo; pero Daniel se atrevió a observarla mientras ella miraba la pequeña plancha de acero inoxidable que los renacuajos debían remontar para llegar al tanque siguiente. Sintió entonces la esperanza de la joven como un resplandor plateado que envolvía el aparato, y también sintió como una nube tenebrosa el aislamiento y el miedo de ella ante la hostilidad del mundo.

La Cadmus era el baluarte de su raza. Las mulas lo habían levantado. Su derrumbe comenzó cuando las mulas faltaron. Esta nueva camada de pequeños esclavos podía levantarlo de nuevo... Daniel tuvo que forzarse para no participar en el entusiasmo de Ana.

—Van a formar una nube verdosa sobre la barrera —susurró Mésenger— cuando comiencen a cruzar de a millones. Lo he visto muchas veces.

Daniel ajustó la barrera exactamente a la altura del líquido y encendió sobre ella una lámpara azul para despertar el instinto fototrópico de las mulas. Luego levantó la pantalla exterior me-

taica para proteger a los pequeños animalitos cuando cayeran en el tanque.

Y los tres se dedicaron a esperar.

La tensión hizo palidecer y afilarse la cara de Ana y aceleró el jadeo del obeso Messenger, cuyo rostro se tiñó de un color amarillento. Por su parte, Daniel estaba tan sobreexcitado que llegó a olvidarse por completo de su papel de lotófago imperturbable. La llegada de Van Doon, que vino silenciosamente a colocarse a la vera de Ana, se lo hizo recordar.

**ESPERARON**; pero los renacuajos no comenzaban a trepar.

Daniel no se atrevió a mirar a Messenger, cuyo entusiasmo iba apagándose por momentos para dar lugar a la desesperación. Trató de no fijar su atención en el desconcierto de la muchacha o en la tranquila mirada de gratitud con que correspondió a Van Doon cuando éste posó una mano bronceada sobre su espalda.

Y los renacuajos no comenzaron a trepar. Después de largo rato Daniel vio levantarse unas pequeñas burbujas que al llegar a la superficie del líquido estallaban formando una baba verdosa. Se acercó para observar mejor y percibió entonces un hedor suave, pero nauseabundo. Señaló el tanque a Messenger y lo interrogó con la mirada.

—¡Se están pudriendo! — los labios violáceos del financiero articularon apenas las palabras, y su rostro rechoncho se tornó cadavérico—. ¡Se están pudriendo vivos!

El millonario se tambaleó. Las manchas de su cara se hicieron más oscuras, purpúreas casi. Comenzó a toser y a boquear como si se asfixiase. Con una mano se golpeó el pecho, pero con la otra apartó a Daniel y a Van Doon que se aproximaron a ayudarlo.

—Déjenme... — se arrastró hacia el microscopio asiéndose a la mesa y se encaramó penosamente sobre el ban-

co—. No se preocupen por mí... Estoy fuerte como siempre... —su rostro se contrajo con una mueca que quería ser sonrisa—. Lo único que interesa es ver qué pasa...

Ana, pálida y demudada, se acercó al tanque maloliente. Van Doon se volvió hacia Daniel con una mirada de salvaje ferocidad.

—¡Si es culpa suya, Falcón, lo mato!

—¡Esperen! — murmuró Messenger con esfuerzo—. Veamos primero qué sucede.

Daniel se tornó para observar a la joven. Trató de no pensar en ninguna otra cosa mientras ella tomaba la temperatura del tanque y controlaba la intensidad de la luz y la acidez de la solución. Sus manos temblorosas dejaron caer una muestra. Lo único que pudo sentir Daniel fué lástima por la callada desesperación que Ana dejaba traslucir en la mirada.

—La solución está bien — dijo ella al fin, mientras con mano exangüe apartaba los tubos de ensayo, —pero los renacuajos se pudren...

Messenger se había inclinado para examinar otra muestra en el microscopio.

—También éstos — dijo incorporándose — se pudren y siguen nadando.

—¿Es culpa de Falcón? — preguntó Van Doon mirando a Daniel con odio extraño en un lotófago—. Si los ha saboteado...

—No, Victor, es culpa nuestra — intervino Ana; — es otra mutación imperfecta. Los renacuajos deberían estar inmunizados contra las contaminaciones, antes de llegar a esta etapa... Éstos no lo estaban y no pudieron resistir a la primera contaminación. Es un terrible golpe para la compañía, doctor Falcón; pero usted no es responsable. Le ruego que disculpe a Victor; está sobreexcitado.

—No tiene importancia — respondió Daniel muy incómodo.

—Desagote ese tanque — ordenó Messenger a Daniel, — limpie y esterilice todo y quédese en su puesto. Vamos a hacer otro intento esta noche.

—¿Para qué? — preguntó Ana con amargura. — Esos banqueros llegarán al amanecer, y aunque la próxima camada resulte, no tendremos nada que enseñarles.

—Yo me encargo de ellos — respondió Messenger, que respiraba otra vez sin ahogos y en su voz expresaba desprecio. — Déjalos por mi cuenta. Yo se cómo tratar a Ryling, a Zwiedeineck y a Jones... Los vengo manejando desde que murió el viejo Póttter. Todavía puedo engañarlos una vez más...

Messenger rechazó por señas la ayuda que le ofrecían y se arrastró pesadamente hacia la salida. Cada uno de sus pasos y cada una de sus respiraciones era un triunfo tan grande sobre el tiempo y el destino contrario, que Daniel se quedó contemplándolo con asombro y admiración a pesar de todas sus argucias.

## CAPÍTULO XX

**D**ANIEL estaba aguardando en la cálida tranquilidad del alba, cuando Messenger y Ana salieron nuevamente del laboratorio de mutaciones. Cuando el jeep se detuvo, salió a recibirlos y les dijo:

—Estamos preparados para comenzar en cualquier momento. Todo está esterilizado nuevamente.

Ana se encogió de hombros con gesto de abatimiento.

—No hace falta — dijo. — Ya cambiamos otra célula; al principio parecía bien; vivió, pero no pudo multiplicarse. Es inútil: no tendremos nada para mostrar a esos banqueros.

—Pero de algún modo los vamos a formar.

Las mejillas fofas de Messenger es-

demasiado débil para salir del jeep por sus propias fuerzas; pero su voz chillona denotaba una invencible confianza.

—¿No tengo razón, doctor Falcón? — preguntó, sin duda para alentar a Ana.

—Sí, señor — respondió Daniel pugnando por conseguir la serena impasibilidad y optimismo de un lotófago.

—¡Allí vienen! — Messenger señaló tres jeeps que avanzaban a barquinazos por el camino encenagado. — Van Doon llamó hace una hora para avisar que estaban aterrizando. Le dije que llevara el equipaje al edificio principal y que los trajese aquí de inmediato.

El millonario se movió penosamente en el asiento.

—¡Ayúdeme a salir de aquí, y vamos a ver a esos tiburones! Les he dado biliones; pero, ahora que estamos en apuros, no nos dejarán hasta habernos desplumado. Lo que les vendría bien sería un poco de jugo de loto... ¿Tienes la jeringa a mano, Ana?

—¡No podemos hacer eso! — la joven lo tomó de un brazo mientras Daniel hacía lo mismo con el otro —. La Cadmus se ha vuelto sospechosa, y no podemos sacarnos de encima así a hombres tan importantes. El escándalo...

—No te preocupes... Me arreglaré sin la inyección — gruñó Messenger. Estaba apoyado en el jeep para poderse mantener en pie, pero su cuerpo corpulento se erguía con invencible audacia—. Esos titanes de las finanzas son ladrones de mi misma banda, y yo conozco los argumentos para convencerlos.

**L**OS tres jeeps se detuvieron. Los tres banqueros bajaron con mil precauciones al barro rojizo, seguidos por los abogados e ingenieros que habían traído para que los apoyaran contra el anciano inválido, que los afrontaba con expresión serena.

—Buenas tardes, caballeros. ¿De mo-

do que han tenido que molestarse hasta Nueva Guinea?

Los recién llegados se habían agrupado en silencio, como para protegerse mutuamente. Miraron primero con desconfianza a Mésenger; después con aprensión a la jungla que los rodeaba, y luego, con aire de desafío, volvieron a mirar al obeso anciano. Finalmente se adelantaron los tres banqueros, sorteando los charcos, y estrecharon la mano regordeta de Mésenger. Los ojillos astutos de este parpadearon, y sus labios se contrajeron como si se estuviera divirtiendo interiormente. Los tres retrocedieron.

—Ya sé que no le gusta tenernos aquí, Mésenger— dijo el portavoz del grupo, hombre rechoncho y exuberante, que se había munido de lo que él imaginaba un equipo adecuado para la selva tropical (camisa de cuadros vivos, un par de botas cortas y un sombrero de cow-boy) y que ahora se sentía ridículo—. Y comprendo por qué preferiría tenernos lejos.



—Por favor, señor Zwiedeineck— repuso suavemente Mésenger—; no es para tanto. Las cosas han estado un poco descuidadas en mi ausencia; pero ahora las voy a arreglar. Antes de que digan una sola palabra, les pido que recuerden que yo los he convertido en los hombres más ricos del mundo.

—¡Bah!— este bufido de impaciencia provenía de un hombre escuálido, de aspecto voluntarioso, vestido todavía con el mismo traje oscuro y camisa de cuello duro que usaba todos los días en Wall Street—. Hablemos de negocios, Mésenger. Usted sabe a qué hemos venido y qué queremos.

—Unos cuantos billones más, ¿verdad, señor Jones?... Y resulta que aquí no los han visto. Pues... tendrán que esperarme un poco mientras se los fabrico.

—Hemos esperado demasiado— gritó Jones blandiendo una libreta negra—. Hace años que quería descubrir por qué nuestras exportaciones bajaban. Ahora he visto la causa: las maquinarias en-

moheciéndose, las plantaciones abandonadas y todo lo demás a pique... Me parece que necesitamos sangre nueva aquí, Mésenger.

—Tiene razón— respondió Mésenger—; necesitamos sangre nueva, pero sangre verde, y eso es lo que estamos

tratando de fabricar. ¿Quiere ver nuestra fábrica de sangre verde?

Como nadie contestaba, Mésenger se volvió hacia el tercer banquero, un hombrecillo delgado, en shorts y cubierto por un casco de corcho.

—¿Qué ocurre, señor Ryling?



—Usted podrá decir mejor que nosotros qué es lo que ocurre... A mí no me gusta esta isla maldita... el calor, las enfermedades, las chinches... y el modo como la jungla ha avanzado para cubrirlo todo... Ni la facha de esos bicharracos verdes que trabajaban en los caminos.

—¿No le gustan nuestras mulas? —preguntó Mésenger en un tono de fingida incredulidad—; ¿ni siquiera después que le han convertido en cientos de millones los dieciocho mil miserables dólares que usted aportó a la compañía?

—Lo que no me gusta son sus bromas, Mésenger — los ojos negros y brillantes de Ryling parecían los de un buitre—; ni tampoco su gente. Esas sonrisas de tontos me atacan a los nervios... Me voy de la Cadmus — Ryling retrocedió para juntarse con el grupo de sus asesores—. Voy a pedir la li-

quidación de la compañía y la repartición de los bienes.

—No es mala idea la suya, señor Ryling —replicó Mésenger—; pero es lástima que se le haya ocurrido un poco tarde. He usado ya todo nuestro capital para pagar los gastos generales y los dividendos... Y no hablemos del billón de dólares que he pedido en prestamo. La compañía no tiene diez centavos que liquidar.

**R**YLING retrocedió agobiado, Zwiedeineck avanzó con enojo, pero se olvidó de esquivar los charcos, y el barro salpicó sus botas de cow-boy. Se detuvo como si la salpicadura lo hubiera lastimado. El único que pudo responder fué Jones, y lo hizo con voz trémula por la indignación, que, no obstante su intención de sofocarla, se traslucía claramente.

—Es un panorama inesperado el que nos ofrece, señor Mésenger — la ira contraía sus facciones a pesar de todos los esfuerzos por conservar la frialdad—. Si sus datos son verdaderos, ¿puedo preguntarle qué piensa hacer para mantener la Cadmus a flote y evitar que sus huesos se pudran en la cárcel indefectiblemente?

—Encantado de responder a su amable pregunta — el rostro de Mésenger irradiaba tanta serenidad cuanto indignación el de su socio—. Las cosas están muy mal; pero tengo en mis manos dos bienes, intangibles, pero no menos eficaces por ello. Uno es la inmensidad de nuestra insolvencia. Otro es un secreto técnico.

—¿La insolvencia? — gruñó Jones—. ¿Cómo puede considerarla como un recurso?

—Muy sencillo: ustedes no pueden mejorar su situación repartiéndose un cadáver — Mésenger hizo un guiño jovial a Ryling y Zwiedeineck—; ustedes no pueden salvar ni un centavo del capital que han invertido en la Cadmus

si no me ayudan...; si la Cadmus quiebra, están perdidos.

El escuálido Zwiedeineck se volvió para mirar al río, cuyas aguas oscuras como chocolate se deslizaban entre cortinas de verdor. Tal vez su imaginación le hizo verlo hirviendo de cocodrilos, sanguijuelas y mosquitos. A Daniel le pareció que se estremecía.

—¿Usted cree que puede dominar esta jungla?

—Ya lo hice una vez —replicó Mésenger—, y lo conseguí gracias a ese pequeño secreto.

—¿De veras? —preguntó Jones observándolo con desconfianza—. ¿Y qué secreto es ese?

—Un proceso para conseguir mutaciones controladas — pestañeó, señalando con un gesto al laboratorio rodeado de alambrada de púa—. Tengo en mis manos el poder de un dios creador.

Jones espetó con escepticismo:

—¡Muéstranos a ese dios!

—Por favor señor Jones... Si usted tuviera en su poder ese secreto, ¿se lo mostraría al primero que se lo pidiese? ¿No le basta con los resultados... nuestros productos, o esas mulas que le disgustan al señor Ryling?

—Necesito una prueba más concluyente.

—Con todo gusto, si así lo desea. Le

presento al doctor Falcón, encargado de nuestra sección de producción. El les mostrará cómo hacemos para desarrollar la célula modificada y fabricar nuestras mulas.

—Muchas gracias —respondió Jones—; pero, ¿cómo consigue usted las mutaciones?

—Si se lo dijera, no estaría usted metido en este barro maloliente tratando de sonsacármelo; saldría corriendo a fundar otra Cadmus.

—Tal vez — Jones contempló pensativamente el río oscuro y sus riberas abandonadas y lamidas por las aguas—; pero tampoco estaríamos aquí si usted realmente tuviera ese procedimiento: estaríamos en Nueva York contando nuestros dividendos. ¿Tiene algún inconveniente con su dios?

—Sí — asintió con pesar Mésenger—; el descubridor del proceso fué nuestro ex socio Póttter. Y ahora Póttter ha muerto.

—¿Muerto? ¿Y el secreto se ha perdido?

—Sólo por un tiempo. Hemos tenido inconvenientes técnicos, pero el doctor Falcón y la señorita Sánderson los están conjurando. Pronto Nueva Guinea estará inundada de mulas, y vuestros millones comenzarán a multiplicarse nuevamente.

### Operación ventajosa

**C**ON los últimos inventos de corazones artificiales de todo tijo era casi más fácil operarse el corazón que cortarse el pelo. Claro, que con tantos aparatos complicados la farra sale un poco más de cinco pesos. Pero a un médico de Denver se le ocurrió meter a sus pacientes en la heladera haciéndoles bajar la temperatura de 37 a 22 grados, y recién entonces operarlos. La refrigeración retarda enormemente la circulación de la sangre, y



la operación se hace sin ninguna dificultad. Además el método es mucho más barato que los otros, con lo cual se evita el shock postoperatorio causado por la cuenta del médico.

• ES UN CUADERNO DE GATITO •

ES UN CUADERNO DE GATITO • ES UN CUADERNO DE GATITO • ES UN CUADERNO DE GATITO •

**Los chicos...  
¡me esperan!**

PIDALE A SU CANILLITA

**Instituto  
de los  
PIRATAS**

**Págueme \$ 1.-**

**...¡y lléveme!**

SE VENDE TAMBIEN EN LAS LIBRERIAS

• ES UN CUADERNO DE GATITO •

—¡Más le vale! — el banquero lo observo con avidez —. ¿Dónde trabajan en esas mutaciones?

—Allí atrás — respondió Mésenger con un movimiento de cabeza.

—Vamos a echarle una mirada — Jones se dió vuelta agresivamente.

**D**ANIEL tuvo por un instante esperanzas de que aquellos hombres suspicaces lograran forzar a Mésenger a que les franquease la entrada del laboratorio.

—No creo que quisiesen entrar si supiesen cómo murió el viejo Póttter — la voz asmática de Mésenger alejó las esperanzas que Daniel se había forjado.

Jones se volvió con presteza.

—¿Cómo murió?

—Loco — respondió Mésenger —. Tiene gracia: ¡un dios loco!

—¿Cómo es posible?

—Un demiurgo insano — replicó Mésenger encogiendo de hombros —. El miedo a sus propias creaciones lo enloqueció. Tuvo miedo de ellas y miedo de comunicar a nadie su gran secreto, hasta que se acostó para morir. Tuvo miedo de ser asesinado por su descubrimiento, como de hecho intentaron hacer muchos. Supongo que trataba de defenderse a su modo. Finalmente se proveyó de varios extraños y muy fieles aliados.

Mésenger miró a Ryling con mirada de compasión que hizo encogerse al hombrecillo como si hubiera sentido de repente la hostilidad de la jungla que lo rodeaba, del barro en que estaba hundido y del aire mismo que respiraba.

Jones preguntó con brusquedad:

—¿Podría usted decirme a dónde conducen sus explicaciones?

—Supongo que para usted no será una novedad que Nueva Guinea no es una estación balnearia — respondió Mésenger, comenzando a estremecerse de agotamiento, pero a pesar de ello

conservando su radiante cordialidad —: hay tifus, malaria, filariasis, lepra...

Los demás habían retrocedido hacia los jeeps dejando solo a Jones.

—¿Qué quiere decir usted? — preguntó éste con voz ronca —. Póttter no murió de ninguna de esas enfermedades.

—Ciertamente. Había estudiado los organismos que las transmiten, y se inmunizó de todas, una por una.

—Pues entonces no sé...

Mésenger se detuvo acometido por un súbito mareo que le hizo titubear. Daniel vino en su ayuda, pero él lo rechazó. El vahido pasó, y Mésenger tuvo que luchar durante algunos instantes para articular las palabras, consiguiéndolo al fin. Su voz era apenas audible, pero conservaba su perfecta calma habitual.

—Todos esos organismos viven — prosiguió —: los plasmidios, los rikettsias, los nemátodos, los hongos malignos... Viven... y el viejo Póttter sabía cómo manejar los genes de cualquier organismo vivo para convertirlo en lo que deseaba... — Mésenger señaló con un ademán el laboratorio —. Ya le dije que estaba loco. Pasó sus últimos años encerrado en el laboratorio y dedicado sin descanso a transformar los gérmenes perniciosos. Primero se inmunizó contra todos, y luego contaminó toda la zona con quistes y esporas resistentes... Aquél fué su último presente al mundo que temía y detestaba.

—Si eso es verdad... ¿Cómo puede trabajar usted allí dentro?

—Tuvo que inmunizarnos también a algunos de nosotros, a las personas en las que confiaba a medias — respondió serenamente Mésenger —, para que lo cuidáramos. Pero antes de morir arrojó todos sus sueros por la cloaca. Ahora que saben todo esto — concluyó Mésenger, mirando astutamente al aterrorizado grupo que tenía ante sí —, ¿hay alguno de ustedes que desee pasar al laboratorio?

Pálido y demudado, sudando a chorros bajo su camisa policroma, Zwiedeineck sacudió la cabeza. Ryling subió de un salto al jeep, como si los quistes y esporas avanzasen sobre él por el camino. Jones, caviloso y con el ceño fruncido, se mantuvo en su lugar. En sus ojos opacos y descoloridos Daniel vió brillar la oportunidad. Jones estaba alerta y ensimismado como un experto jugador de poker.

**S**IN necesidad de mirar en derredor, Daniel percibió la astuta vigilancia de Mésenger y la mortal perfección de Ana Sánderson. Pudo sentir la desesperación velada bajo la calma de Van Doon. Si cualquiera de los tres descubriría su señal... Por fortuna, no disponía de tiempo para calcular las consecuencias.

Los ojos duros y entornados del banquero habían pasado de Mésenger a la muchacha y a Van Doon. Ambos sonrieron. A Daniel le pareció que el escuálido banquero se estremecía. Su mirada suspicaz se detuvo sobre Daniel. Aferrándose con desesperación a su máscara de calma, Daniel sacudió la cabeza rápidamente.

Los ojos fríos de Jones se detuvieron inquisitivos. Con un movimiento rápido, como para ahuyentar a un mosquito, Daniel se llevó los dedos a la boca. Jones asintió, como si hubiera formado una decisión y se volvió a Mésenger.

—No tengo interés en esos gérmenes transformados o en los parásitos, pero me gustaría, si fuera posible, visitar el laboratorio del doctor Falcón... siempre que no haya allí algún otro riesgo.

—En absoluto — jadeó Mésenger —; sólo que no es demasiado cómodo. El laboratorio es fundamentalmente una incubadora; por eso es algo húmedo y caluroso.

—No tiene importancia — Jones sudaba copiosamente bajo su camisa, cue-

llo y corbata, pero se encogió de hombros con indiferencia —; no le tengo miedo al calor. Vamos a echarle una mirada.

Durante un instante, mientras esperaba el consentimiento de Mésenger, Daniel abrigó la esperanza de poder hablar a solas con Jones, pero sus ilusiones se desvanecieron cuando el millonario invitó cordialmente a los restantes banqueros.

—Ryling, Zwiedeineck... ¿no quieren ir ustedes también? Yo no puedo; el calor es demasiado fuerte para mi corazón; pero la señorita Sánderson y el señor Van Doon pueden ayudar al doctor Falcón a mostrarles el laboratorio.

Daniel se enderezó y trató de caminar sin tambalearse, temeroso de preguntarse si Mésenger habría descubierto la señal que le hizo a Jones. El pequeño Ryling declinó la invitación; no atreviéndose, sin duda, a dejar el jeep y la muchacha, se quedó con Mésenger; pero Van Doon y Zwiedeineck los siguieron tan de cerca que Daniel no tuvo ocasión de susurrar nada al banquero.

Explicó que el laboratorio estaba esterilizado y que era necesario que todos se munieran de guardapolvos, botas, máscaras y guantes antes de entrar en el recinto de incubación. Trató de adelantarse con Jones sin llamar la atención, pero Van Doon urgió al otro banquero a reunirse con ellos.

—Dígales, Falcón... explíqueles cómo funciona.

Daniel pensó si esa invitación ocultaría alguna sardónica advertencia.

—La célula original se multiplica por fisión binaria — comenzó Daniel, empujado ya de transpiración —; pero esto tiene lugar en el laboratorio de mutación. La señorita Sánderson detiene el proceso de fisión antes de traerme la célula modificada. En el primer tanque comenzamos la fisión pluricelular...

—Eso me interesa mucho — dijo Jones con su tono cortante de siempre —. Explíquemelo con detalles.

La oportunidad no se había presentado aún cuando regresaron a la cámara estanco. Zwiedeineck tomó el brazo de Van Doon y le señaló la máscara. Jones dijo inquieto a Daniel:

—¡Ayúdeme a sacarme esta maldita bata!

Daniel temió preguntarse si Van Doon estaba dotado de alguna perspicacia auditiva especial.

—Mésseger miente — susurró al oído de Jones, aprovechando que la máscara tapaba los movimientos de sus labios —; miente acerca de Póttter, el creador. No sé nada de esos gérmenes patógenos transformados, pero el descubridor de las mutaciones está vivo y enclaustrado en el otro laboratorio.

*Este mes cómpreles a las chicas*



El diario de mi amiga  
**MORENTA**  
\$ 2.-  
*Aparece el viernes 26 de febrero*

**¡PIDALO A SU CANILLITA O A SU LIBRERO!**

Sintió que Jones se erguía impacientemente y escuchó su voz cortante que lo apremiaba:

—Rápido, por favor.

—El nudo está muy apretado — tironeando de las cintas, Daniel se inclinó nuevamente —. Váyase lo antes que pueda. Busque la Agencia Gelian, en Nueva York, en la Mádison Square. ¿Me entendió?

Jones asintió ligeramente, fingiendo al mismo tiempo debatirse con su bata.

—Dígale a Gelian dónde está el hacedor... Dígale que los superhumanos usan la Cadmus como fortaleza. Dígale que Ana Sánderson está aquí aprendiendo a producir mutaciones. Dígale que no está sola. Y dígale que ataque...

Jones sacudió suavemente el brazo de Daniel. Este vio a Van Doon que se acercaba.

—¿Pasa algo, Falcón?

—No, no pasa nada — la voz le salió entrecortada por la emoción, y se alegró de conservar todavía su máscara quirúrgica.

—Tome, Falcón — dijo Van Doon alargándole la bata de Zwiedeineck —; cuélguela, que yo me encargo del señor Jones.

Daniel tomó la bata y se alejó. Van Doon guió a toda prisa a los sudorosos banqueros. Cuando estuvieron a su lado, Mésseger les preguntó:

—¿Qué les ha parecido, señores?

Jones llevó aparte a Zwiedeineck. Los dos cuchichearon durante algunos minutos con Ryling, que seguía sentado en el jeep. Mientras hablaban, Zwiedeineck no cesaba de apartar los insectos con su sombrero de cow-boy, y Ryling estudiaba el laboratorio de mutaciones con espantada curiosidad.

Daniel evitó mirarlos para no descubrir su propia angustia. El sudor le corría a chorros por el cuerpo cuando Jones volvió solo a parlamentar. Trató de no escuchar con demasiada ansiedad.

—Le damos tres meses, Mésseger — la voz de Jones era severa, pero Daniel pudo percibir la emoción que la velaba —. Pero si en tres meses no recobra el nivel anterior de producción, nos vamos de la compañía ¿Está claro?

—Perfectamente claro. Estamos de acuerdo — respondió Mésseger.

Jones estrechó la mano que Mésseger le tendía. Se separó de él sin añadir una sola palabra, yendo a reunirse con sus aprehensivos camaradas. Los tres subieron prístamente al jeep y salieron acompañados por Van Doon rumbo al edificio de la compañía.

—Bueno, Falcón, ¿qué le parece esto? — preguntó Mésseger, dejando caer la máscara de benevolente aplomo, tan pronto como el jeep desapareció detrás de las cortinas de enredaderas que flanqueaban el camino.

Parecía muy enfermo, pero su voz resonaba con orgullo. Daniel se sintió aliviado al ver que, sin esperar la respuesta, prosiguió:

—Estamos a salvo; tres meses es todo lo que necesitamos.

## CAPÍTULO XXI

EL avión particular de los banqueros despegó dos horas después. Daniel escuchó el rugido de los motores y salió a la puerta del laboratorio de producción para verlo elevarse sobre el río. El aparato dió una vuelta sobre

las oscuras orillas del Fly y luego enderezó rumbo hacia el este. Minutos después había desaparecido. Daniel volvió a entrar en el laboratorio de producción para esperar otra nueva partida de células modificadas, preguntándose si John Gelian recibiría su aviso.

Mésseger y Ana Sánderson habían regresado al laboratorio de mutación. El breve y sofocante crepúsculo había terminado cuando Daniel los vio salir de nuevo. El anciano estaba tan debilitado que tuvo que intentar tres veces para subir al jeep, aun ayudado por la joven. Pasaron delante de Daniel sin detenerse, en dirección a la ex morada de Póttter; pero Ana lo miró al pasar y sacudió la cabeza, indicándole que habían fracasado otra vez.

Los ayudantes nocturnos avisaron a Daniel de parte de Van Doon, que esa noche podía retirarse, y Daniel volvió a las instalaciones de la compañía con los alegres lotófagos del turno matutino, esforzándose por comportarse como cualquiera de ellos. Esa noche, tendido en medio del aire acondicionado de su dormitorio en el hospedaje de la compañía, tardó mucho en conciliar el sueño.

Las esperanzas que había abrigado durante el día de que su mensaje llegara a oídos de Gelian, fueron sofocadas entonces por una amarga incertidumbre. Ni siquiera ahora, después de todo lo sucedido, deseaba el extermi-

## A tomar vitaminas

CUANDO nos vemos atacados por alguna enfermedad infecciosa, la sangre produce unos elementos, específicos para cada enfermedad, llamados anticuerpos. Esos anticuerpos son los que dan cuenta de los virus, microbios y otros bichos parecidos, responsables de la enfermedad. Uno de los problemas fundamentales de la medicina es lograr que la sangre produzca los anticuerpos en la cantidad suficiente. Y con todo lo difícil que parecía, la solución está al alcance de la mano. Hay que tomar vitaminas de la familia B: ácido pantoténico, ácido fólico y piridoxina.

no despiadado de la nueva raza, al menos sin un juicio justo y público. Sin embargo, la traición al "hacedor" seguía obsesionándolo. Temía que Gelian fuera demasiado despiadado, pero todo precio era poco con tal de que pudieran llegar al prisionero encerrado en el laboratorio y averiguar la verdad.

—¡Doctor Falcón!... ¡Afuera todo el mundo!...

Había logrado conciliar el sueño cuando esta voz apremiante lo despertó sobresaltándolo. Miró su reloj: eran las tres de la madrugada. Alguien comenzó a sacudir la puerta de su habitación. Tuvo que levantarse a abrirle. El que llamaba era uno de los tantos lotófagos que había visto en el laboratorio.

—¿Qué sucede? — estaba demasiado pesado y embotado por el sueño para afrontar una nueva crisis—. Van Doon me avisó que me retirase, porque no me necesitaban hasta mañana...

—¡Todo el mundo afuera! — repitió el lotófago, interrumpiéndolo—. Vaya inmediatamente a su puesto y espere órdenes.

—¿Quiere decir al laboratorio de producción?

—Si ése es su puesto... Y esté preparado.

—¿Pasa algo?...

—Alerta de emergencia — el propio lotófago estaba alterado —; debe de haber algún inconveniente en alguna parte, pero no sé dónde ni qué será. Dése prisa.

El lotófago siguió de largo para golpear en la puerta siguiente.

DANIEL se vistió semidormido todavía, tratando de imaginar qué crisis se habría producido y qué tenía que hacer él. Varias personas pasaron junto a su puerta; pero, al llegar él al hall del primer piso, lo encontró desierto. El zumbido del aire acondicionado le impedía distinguir los rumores del

exterior, pero a través de las ventanas pudo distinguir los faros de varios vehículos sobre las papayas que rodeaban el edificio.

Preguntándose qué nueva contingencia lo esperaba, salió a la cálida intemperie de la noche tropical. Fuera del edificio reinaba una actividad febril. No era exactamente pánico, porque los lotófagos eran demasiado equilibrados para dejarse arrastrar por él; pero, pese a todo, pudo percibir una atmósfera de temor y desesperación.

Jeeps y camiones corrían traqueteándose sobre el gastado pavimento. Dos cuadras más adelante se levantaban las llamaradas de una hoguera, frente a la administración de la compañía. Varios hombres entraban y salían del edificio acarreando sillas, escritorios y legajos de papeles, y los arrojaban al fuego. Desde el campo de aterrizaje, del otro lado del río, llegaba el zumbido de los motores que se calentaban.

Se dirigió a la playa de estacionamiento que estaba detrás del edificio; pero el jeep en que había venido con sus ayudantes se había marchado. Sin entender lo que sucedía se puso en marcha hacia el laboratorio de producción, preguntándose qué decisión tomar.

¿Podría ser la causa de esta alarma general el mensaje que había susurrado al oído de Jones? Examinó durante algunos segundos esta posibilidad, pero la descartó de inmediato. Los banqueros se habían marchado sólo dieciocho horas antes; estaban todavía en vuelo sobre el Pacífico. Aun cuando hubieran transmitido por radio el mensaje a Gelian, era imposible que éste hubiera entrado en acción con tanta rapidez.

Sin embargo, la situación era evidentemente grave sobremanera. En las afueras del pueblo ardía uno de los grandes almacenes. No pudo ver ningún indicio de si el fuego era accidental o provocado deliberadamente; pero

la gruesa columna de llamas rugidoras se levantaba en la calma de la noche sin que nadie le prestase atención. Los conductores de los camiones y jeeps que cruzaban por delante, no tenían tiempo para examinar o combatir el incendio.

Siguió, pues, adelante, cumpliendo las órdenes como cualquiera de los lotófagos. Había salido ya del camino pavimentado y avanzaba chapoteando en el barro, en medio de las profundas huellas que cortaban el camino, cuando un jeep se detuvo a su lado.

—¿A dónde va, doctor Falcón?

La voz tranquila y amistosa le pareció familiar; reconoció al chófer que lo había traído del aeroparque cuando llegó a Nueva Guinea en compañía de Ana Sánderson y Mésseger. Respondió que iba a su puesto en el laboratorio de producción.

—Suba: yo voy a casa del viejo Póttter.

Daniel se limpió los zapatos y subió agradecido.

—¿Qué sucede? — preguntó —. ¿Algún peligro para la compañía?

—No sé decirle — el conductor se encogió de hombros con tranquila conformidad sobre cualquier situación que le deparase el destino —; pero cada uno está en su puesto y tiene su misión. La mía es ir a casa del viejo Póttter para recoger a alguien. No sé más,

Daniel descendió del jeep al llegar al laboratorio de producción. Los dos hombres que había dejado apostados lo esperaban tranquilamente en la cámara estanco. No se habían enterado de la alarma ni mostraron la menor excitación al saberlo. Rápidamente, Daniel inspeccionó el equipo y se dirigió a la puerta para ver qué sucedía.

Otro jeep, que venía de la casa de Póttter, apareció en el camino. A la luz de los faroles situados frente al laboratorio de mutación, reconoció a los ocu-

person. El equipaje de la muchacha estaba apilado en la parte posterior. Van Doon conducía el vehículo, y cuando llegó al sendero que se extendía de la alambrada a la puerta del laboratorio, detuvo el jeep.

Daniel se encontraba fuera de su laboratorio, junto a la puerta, frente por frente de ellos; pero no le prestaron la menor atención. Van Doon llamó a los centinelas. Mientras les daba instrucciones, Ana salió del jeep. Tenía puesto un overol blanco. Sin dirigir siquiera una mirada a Daniel, corrió por el sendero de grava en dirección a la puerta del laboratorio.

Pasaron cinco minutos, según le pareció a Daniel, desde que ella entró en el edificio. Los dos centinelas se habían sentado sobre el equipaje. Van Doon permaneció en el asiento del conductor, con el volante en las manos y mirando impacientemente al laboratorio.

Daniel estaba consumido por la ansiedad y la incertidumbre. Las humeantes llamas del depósito incendiado seguían alzándose todavía sobre el techo de la jungla, aunque habían decrecido en intensidad. Del otro lado del río, los faros de los vehículos se movían a lo largo del camino. Del aerpuerto llegaba el tronar de los motores del avión. Vió las luces de varios aeroplanos que habían levantado vuelo y desaparecían en la noche. El equipaje de Ana, junto con todas las demás señales de una partida apresurada, le hicieron pensar que los superhumanos se retiraban a toda prisa ante la inminencia de algún peligro.

Durante unos instantes trató de conjeturar a dónde huían, pero esta preocupación fué barrida de su imaginación por otra más apremiante: la suerte del "hacedor". Había visto Daniel cómo destruían en la hoguera los registros de la compañía; pero el maravilloso cerebro del creador era un registro mucho más precioso y que no podía des-

perdiéndose. Esperó con penosa ansiedad que Ana saliera con el prisionero... Sintió un vahido al ver que salía sola.

LA muchacha se instaló en el jeep, junto a Van Doon y delante de los dos centinelas. El motor se puso en marcha instantáneamente. El pequeño vehículo patinó al arrancar marcha atrás sobre el camino fangoso. Las luces traseras desaparecieron en la oscuridad con una rapidez que a Daniel le pareció sospechosa. Se volvió hacia el laboratorio, donde ya no había centinelas. No quería pensar en lo que significaba aquel precipitado paso de Ana por el laboratorio.

Una voz inesperada preguntó:

—¿Qué sucede, doctor Falcón?

Estaba a punto de entrar al edificio iluminado; iba mordiéndose los nudillos; pero aquella pregunta, pronunciada con voz serena, lo atemorizó y lo obligó a retroceder. Procuró disimular su tensión nerviosa. Al enfrentar al lotófago, había recobrado su habitual expresión de ovina pasividad.

—No lo sé — la voz le salió ronca y trémula. Se volvió de espaldas para ocultar su rostro e hizo un violento esfuerzo por borrar una imagen que había cruzado por su mente: el cuerpo degollado de Nicolás Venn. Tragó saliva para humedecerse la garganta reseca—. Pero algo pasa... El señor Van Doon ha retirado los centinelas del laboratorio de mutación... ¿Por qué será?

—No es asunto nuestro — respondió el tostado lotófago, encogiéndose de hombros—. ¡De todos modos, todavía está bien defendido! Los virus matarían al primero que se atreviese a entrar.

Daniel no estaba seguro de esto. Aunque el virus del olvido era una prueba suficiente de que el "hacedor" podía lograr mutaciones de enfermedades, era casi imposible impedir que el

viento y la lluvia arrastrasen los virus más allá de la alambrada.

Pero aun cuando no era probable que los virus existiesen, había otros obstáculos más reales. Además del choque que lo había paralizado la primera vez que intentó penetrar en el laboratorio, quedaba la incondicional lealtad de los dos lotófagos que estaban a su lado.

—Estamos de guardia — dijo al que lo había seguido —; quiero tener todo preparado para recibir otra generación de renacuajos. Haga el favor de entrar y controlar otra vez todos los instrumentos.

—En seguida, doctor Falcón.

El lotófago se encaminó prestamente al interior.

A través de la puerta de vidrio. Daniel le vio ponerse la máscara y la bata y entrar luego en el recinto aséptico. El otro ayudante, pacientemente sentado, observaba por el vidrio, alerta para no dejarle arriesgar la vida en el recorrido de inspección.

TODAVÍA deliberaba Daniel cómo se libraría de este guardián, cuando el sonido ronco de una bocina le hizo salir afuera. Otro jeep venía rebotando desde la casa de Pötter. Daniel reconoció al conductor que lo había recogido en el camino.

—¡Falcón, acérquese! — ordenó Messenger con voz jadeante desde el asiento posterior. Su rostro estaba gris y cadavérico cuando Daniel lo vio en la oscuridad—. Clausuramos la sección de producción. Mándeme sus ayudantes, y los llevaremos al aeropuerto. Antes de salir, quiero que queme todos los papeles. Especialmente el memorándum. Todos los apuntes sobre los renacuajos que usted atendió. Todas las anotaciones que haya hecho. ¿Está claro?

—Perfectamente.

—Bueno, llame a sus hombres. Yo

enviaré a otro jeep para que lo lleve a usted.

Daniel se acercó a la puerta y ordenó al lotófago que llamara a su compañero.

—En seguida vienen... ¿Sucede algo malo?

—Todo — contestó Messenger con voz enronquecida por la desesperación —. Esos banqueros me traicionaron antes de llegar a los Estados Unidos. Ordenaron por radio a sus agentes vender las acciones... Se produjo un pánico financiero... Han pulverizado a la compañía.

—¿Pero no le habían prometido tres meses de plazo?

—Así lo creía yo — la voz de Messenger era lastimera —; creí que tenía a esos tres pillos bajo mi pie, pero no los pude convencer. No entiendo por qué...

Daniel hubiera podido explicárselo. Se sintió intranquilo por lo que él sabía. Jones había jugado como un maestro, recogiendo sin inmutarse su fugaz señal. Sus tres palabras, dichas a la ligera, habían bastado para derrumbar al coloso. Pero ahora, viendo el abatimiento de Messenger, Daniel no sintió complacencia, sino compasión.

—Nos han vendido — prosiguió el descorazonado anciano —. Van Doon se enteró al llamar a Nueva York esta noche. La noticia está en la primera plana de todos los diarios. Circulan toda suerte de rumores y mentiras. Han pedido la quiebra. Nos acusan de esta...; pero esto no es lo peor.

Daniel no se preocupó por disimular su ansiedad, porque las noticias que Messenger le estaba comunicando eran preocupantes hasta para un lotófago.

—¿Qué más hay?

—Tenemos un enemigo, un hombre que cree que nosotros hemos empleado indebida y criminalmente nuestros conocimientos de mecánica genética. Lo hemos tenido en jaque durante muchos

años. Neutralizamos su influencia con dinero de la compañía y capturamos sus agentes con el virus. Hasta ahora lo hemos acorralado como yo acorralé a los banqueros. Se llama Gelian.

—¿Gelían? — Daniel trató de hablar como si nunca hubiera escuchado ese nombre —. ¿Y qué puede hacer?

—Muchísimo. Ha convencido a un gran número de políticos y militares de alta graduación de que nosotros estamos empleando la genética para lograr superhumanos peligrosos para la humanidad. Han enviado una fuerza armada para destruirnos... — al anciano se le cortaba el aliento; pero al fin recobró fuerzas para seguir hablando —. La llaman "Operación Supervivencia". Los efectivos están integrados por hombres de varios países. Muchos de ellos no conocen el verdadero destino de la expedición. Creen que van a destruir un centro clandestino de investigaciones nucleares...: una mentira para alejar los escrúpulos de las personas que se oponen al genocidio. El ataque estaba preparado desde mucho tiempo atrás. Parece que Gelian esperaba tan sólo la información que mis antiguos socios debían llevarle. Van Doon dice que ya han salido esquadras de aviones desde Australia y otras bases insulares. Estamos evacuando a toda nuestra gente antes de que lleguen.

Daniel humedeció sus labios.

—¿Y a dónde iremos? — preguntó tímidamente.

—Ustedes, los lotófagos, serán repartidos en otras instalaciones de la compañía. Van Doon ya lo ha dispuesto todo. Pero cuanto menos recuerden de lo que saben, cuando Gelian los encuentre, mejor será para ustedes... ¡Toque la bocina! — ordenó al conductor con impaciencia.

La bocina resonó otra vez. Los dos lotófagos salieron corriendo del laboratorio. El que había estado en la cámara estanco llevaba puestos todavía el guar-

daplovo y las botas. Subieron al jeep, y éste arrancó de inmediato.

—Queme los papeles —ordenó Messenger a Daniel—, y espéreme.

**D**ANIEL quemó todos los papeles con las anotaciones que había hecho, pero se guardó el memorándum escrito de mano de Kéndrew. Si alguna vez tenía lugar el juicio de los superhumanos en la forma justa y pública que él deseaba, éste papel sería una prueba capital. Pensó primeramente esconderlo entre los productos químicos; pero se le ocurrió que el edificio podía ser incendiado, y lo guardó en uno de sus bolsillos.

A pesar de lo que racionalmente pensaba, este acto de desobediencia le despertó un molesto sentimiento de culpabilidad. No pudo dejar de pensar que la advertencia que le había susurrado a Jones era una cobarde puñalada por la espalda. De todos modos, cualquiera fuera la consecuencia, tenía libre por fin el acceso al edificio de enfrente.

Desde la puerta examinó en ambas direcciones el camino cenagoso. El resplandor humeante del incendio a punto de extinguirse seguía brillando sobre la jungla. En el camino del aeropuerto a la ciudad todavía circulaban uno tras otro automóviles y camiones. Daniel contuvo la respiración y salió a la carrera hacia el laboratorio de mutaciones.

### Inteligencia en píldoras

*A pesar de lo que dicen las propagandas, siempre resulta difícil creer que uno pueda aumentarse la inteligencia a fuerza de remedios. Sin embargo, el ácido glutámico tiene esa propiedad y ha sido aplicado con éxito para el tratamiento de deficientes mentales. También sirve para aumentar el rendimiento mental de pacientes que han tenido trastornos de tipo epiléptico. Pero en todos los casos se trata de restaurar la capacidad mental disminuída por algún tipo de lesión. Las experiencias indican que no es capaz de elevar la inteligencia de un cerebro normal. Es que lo que natura non da...*

Esta vez nada lo detuvo: el choque del peligro no lo aturdió, no vió el fulgor siniestro del peligro ni sintió el horror de la amenaza. Si los virus perfeccionados se habían apoderado de él, nada se lo advirtió.

Con sorpresa descubrió que Ana Sánderson había dejado la puerta sin echar el cerrojo. Empujó tembloroso, y la puerta cedió a la presión. Se encontró en medio de una silenciosa oscuridad. Pensó en llamar, pero sus fauces estaban completamente secas: la voz no salió de su garganta. Tanteó detrás de la puerta; encontró la llave de la luz; apretó el botón, y la luz hirió sus ojos.

Se halló ante un enigma desconcertante: en el edificio no había nadie; todo él era una gran habitación. Tambaleándose fué hasta el centro y recorrió con la vista las desnudas paredes de cemento.

No vió cadenas para aherrojar al prisionero, ni cepos, ni señal alguna de violencia, ni siquiera instalaciones para una permanencia estable en el recinto. Sintió un irracional alivio al comprobar que Ana Sánderson no había vuelto allí para ultimar al prisionero, porque, evidentemente, allí nunca lo hubo.

La habitación estaba completamente desnuda: no era ni un calabozo ni una casamata ni un laboratorio. Una mesa de cocina, pintada con esmalte blanco, ocupaba el centro. Junto a ella estaban arimadas dos sillas de cocina, pintadas

de blanco también. Sobre la tabla estaban dispuestos una media docena de tubos de ensayo vacíos en su correspondiente soporte, una lámpara de alcohol y un líquido verdoso pudriéndose en una cápsula de Petri: caldo de cultivo de aquella alga, de donde tal vez se obtenían los renacuajos transmutados.

Esto era todo. Vió además una silla de tijera, en la que Messenger habría descansado y un portaviandas, en el que Ana traería la comida. Junto a la mesa había un pequeño montón de cenizas de papeles quemados. Para eso, seguramente, había venido Ana.

Pero no encontró aparatos o materiales para la mecánica genética. No había incubadoras esterilizadas ni productos químicos. Ni centrifugadoras ni microscopios electrónicos ni aparatos de rayos X. Él conocía los procedimientos para conseguir algunas mutaciones inestables e inútiles, pero ninguno de los instrumentos adecuados se encontraba allí.

—¿Y ahora, Daniel?

Daniel creía haber cerrado la puerta al entrar, y no la había oído abrirse; pero el hecho es que Ana se encontraba allí, parada en el dintel de la puerta. Su esbelta figura se destacaba contra la oscuridad del exterior. Iba todavía vestida con su blanco overol. Su voz parecía tranquila... Pero Daniel pensó que había venido a matarlo.

### CAPITULO XXII

**C**UANDO Ana apareció, Daniel había recogido un papel a medio quemar y estaba examinándolo. Lo estrujó con los dedos al encontrarse frente a Ana, pero de inmediato trató de recordar su máscara de olvido.

—El señor Messenger me indicó que quemase todos los papeles que encontrara —dijo con una mueca risueña de lotófago—. Vine a ver si por casualidad había encontrado algo...

Su voz se extinguió en los labios, porque en ese instante se percató de que ella lo había llamado Daniel. Esto quería decir que Ana sabía que él había recobrado la memoria. Retrocedió un paso, limpiándose mecánicamente la ceniza de los dedos y mirando a Ana con expresión extraviada.

Las manos marfileñas de la joven colgaban a sus costados abiertas y vacías: pero eso no daba a él ninguna seguridad, pues recordaba el arma invisible con la cual ella lo había herido la primera vez. Era indudable que estaba convenientemente armada; sin embargo no hizo ningún gesto amenazador, y Daniel se extrañó de que no lo hubiera atacado ya antes por sorpresa.

La presencia de Daniel en el laboratorio demostraba a las claras que él no era fiel esclavo de la compañía. Pero sin duda ella aguardaba para averiguar qué es lo que él sabía, antes de quitarle otra vez para siempre la memoria... y la vida.

—¿Qué hacía usted aquí? —preguntó Ana con voz tranquila.

Daniel se enderezó en aire de desafío. Ningún engaño podía dar resultado ya.

—He venido a buscar a Charles Kéndrew —dijo sosegadamente.

Ana escuchó la respuesta sin mostrar la menor alteración. Señaló con un gesto la habitación y le preguntó:

—¿Y pudo encontrarlo?

—No... No lo sé.

Daniel la miró inquisitivamente; pues esta pregunta sarcástica había iluminado su mente descubriéndole un hecho nuevo: aunque el "laboratorio" no era el calabozo de Kéndrew, ni lo había sido nunca, de él fué de donde Ana había traído la célula preparada y aquél memorándum...

—No estoy muy seguro de haber encontrado a Kéndrew —respondió con lentitud y atento a la pálida hostilidad, para no perder ninguna de sus reaccio-

nes —; pero me gustaría ver una muestra de la escritura del señor Mésenger.

Le pareció que los ojos de Ana se entornaban imperceptiblemente.

—Imposible — replicó la joven mirando las cenizas que quedaban en la mano de Daniel y la pila de papeles quemados en medio del laboratorio —: yo quemé todos los papeles que había, y el señor Mésenger ya está a bordo del aeroplano. Usted no lo volverá a ver más.

Daniel hizo un gesto aceptando este hecho decisivo. Cuando llegase el momento, él lucharía con todas sus fuerzas y con todos los medios a su alcance, aunque sus probabilidades de vencer eran muy escasas. Tratando de aprovechar lo más posible esos momentos de incertidumbre antes de que ella decidiera matarlo, se esforzó en sacar mentalmente las conclusiones que implicaba el hecho de que aquel misterioso laboratorio estuviera tan completamente desierto.

**A**NA volvió a hablar preguntándole: —¿Así que usted piensa que el señor Mésenger es Kéndrew? ¿Y por qué?

—Yo sé que Kéndrew está vivo — respondió Daniel —, porque he visto su letra en el memorándum que usted me entregó. Usted lo traje de este edificio, y el único hombre que había en él era Mésenger. Tiene la misma edad de Kéndrew. Cierto que su rostro difiere de las fotografías de Kéndrew; pero todas las que yo conozco son de su juventud. Kéndrew fué desfigurado por las quemaduras antes de desaparecer, y Mésenger tiene el rostro lleno de cicatrices.

Ana sacudió su cabeza.

—Sus pruebas son muy endeables — dijo.

—Hay más — la convicción prestó firmeza a la voz de Daniel —. Hay mucho más, cuando se cae en la cuenta de

ello. Mésenger controló siempre los descubrimientos de Kéndrew. Fué inesperada y desusadamente generoso con mi padre. . . , que había sido el gran amigo de Kéndrew. Ahora mismo está luchando con sus últimos recursos para defender las creaciones de Kéndrew. ¿No es así?

Se detuvo otra vez observando a la joven. Ella no respondió; sus ojos perturbados parecían examinarlo milímetro a milímetro, entrecerrados por la duda. Y mientras Ana no decidía el momento oportuno para interrumpirle sus inconvenientes evocaciones, Daniel prosiguió exponiendo ante ella las consecuencias del laboratorio vacío. Las nuevas deducciones lo espantaron.

—¡Ana. . . !, cuando yo la acusé de haber asesinado a Nicolás Venn, ¿por qué no lo negó?

—¿De qué hubiera servido entonces mi negación? . . . ¿Me hubiera usted creído? — un relámpago de admiración cruzó por los ojos turbados de Ana, pero su voz siguió extraordinariamente calma —. ¿Y qué importancia tiene ahora?

—Enorme — dijo Daniel, con voz débil y enronquecida por la emoción —. Estaba seguro de que usted lo había matado. Pero ahora lo estoy de que usted no lo mató.

Si no había matado a Venn, infirió Daniel mentalmente, quizá tampoco lo matase ahora a él. La miró con ansiedad, pero la helada lejanía de ella lo dejó desesperanzado.

—En ambos casos su seguridad es bastante gratuita — dijo Ana.

—En aquel entonces tenía bastantes motivos para creer que usted lo había matado — respondió Daniel a la defensiva —: usted entró en su cuarto pocos minutos antes de su muerte; usted le lanzó el virus en la misma forma que a mí. . . , y yo ví que él tenía amoratado el labio superior; usted le robó la

que él estaba preparando y mi portafolio. Pero ahora sé que usted no lo mató.

—¿De veras? ¿Y cómo lo sabe?

La mirada escrutadora e impersonal de Ana le hizo recordar que él era solamente humano y ella algo más.

—Porque Mésenger es Charles Kéndrew.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

A punto de contestar, Daniel se detuvo, incómodo ante aquella mirada penetrante. Ella había avanzado unos pasos hacia él. . . , y a él le pareció, por el modo como lo estudiaba, que más que las palabras le interesaban las reacciones inconscientes de la voz, y los gestos involuntarios que él hacía.

—Mésenger no mató a Venn — respondió ella serenamente —, ni tampoco lo hizo Kéndrew. Ninguno de los dos lo hizo. Pero lo que interesa es por qué ha decidido usted que no lo hice yo.

—Usted no es humana.

Al pronunciar estas palabras, Daniel sintió un súbito temor; porque aquello era una acusación terrible. El tono de su propia voz le hizo recordar la voz chillona de la niña que le echaba en cara que él no era blanco. Sintió que había herido a Ana y no se atrevió a proseguir.

**S**OY una mutación — la voz de la mu-  
Schacha era fría y cortante; no parecía ofendida, pero su firme lejanía velaba sus sentimientos, cualesquiera que fueran —. De todos modos esto no hace al caso. Hablábamos del asesinato de Nicolás Venn. ¿Por qué cambió usted de opinión?

—Yo sabía que usted era una mutación. Aunque supongo que Kéndrew tuvo buenas razones para cambiar su nombre por el de Póttter, todas sus mentiras me habían convencido de que usted y Mésenger lo habían robado y probablemente asesinado. Y ahora veo que

Sin saber por qué, a Daniel se le cortó la voz. Estaba observando la pensativa expresión de soledad en el rostro de Ana. Vestida aún con el informe overol, parecía transfigurada por un súbito y repentino encanto. Daniel pensó que simplemente tenía compasión de ella, pero tuvo que tragar saliva y cobrar aliento.

—Es muy distinto todo desde que sé que usted ha sido fiel a Kéndrew — prosiguió torpemente —: ahora no la puedo acusar de robar o asesinar a nadie.

—Pero Nicolás Venn no era amigo de Mésenger — ella se detuvo para observarlo con penetrante clarividencia, como si no le importara más su piedad que su terror —; sabía demasiado y teníamos que hacerlo callar.

—Pero usted no lo mató — aunque ella no parecía preocuparse por lo que

## NUMEROS ANTERIORES de más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 5.— por ejemplar. Pueden obtenerse o adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

él decía, el hecho le parecía a Daniel enormemente importante en ese momento —, porque usted no necesitaba hacerlo. El virus que usted le lanzó a la cara bastaba para borrar todo lo que él supiera y convertirlo en un fiel empleado de la compañía. ¿No es verdad?

Ana permaneció en silencio y observándolo, como si buscara en él algo mucho más importante que todo lo que pudiera decir. Tardó mucho en responder.

—Tal vez — su voz tenía un tono de intrascendencia, como si no le importara en absoluto lo que pensara él acerca de su culpabilidad —. Pero alguien lo mató.

—Puesto que no ha sido usted, tienen que haber sido los hombres de Gelian. Debieron de seguirme aquella mañana, cuando salí de la oficina de Gelian en Nueva York, para liquidarme si decidía no sumarme a ellos. Probablemente yo fui quien involuntariamente los condujo a casa del pobre Venn.

—Posiblemente — Ana parecía ausente —. ¿Pero por qué querían matar a Venn?

—Gelian se dedica a exterminar a los superhumanos o a los que tiene por superhumanos — respondió Daniel —; es difícil reconocerlos, y prefiere equivocarse por más y no por menos. El que no está de su lado, está contra él. Y Venn no estaba de su lado.

—Pero Venn no era superhumano — replicó la joven—. Ni siquiera como ser humano estaba suficientemente dotado

para incurrir en peligro. El Servicio Sánderson investigó uno por uno todos los casos de los individuos con dotes fuera de lo normal que pudieran ser una mutación, y Venn no figuró en nuestro fichero.

—No creo que los hombres de Gelian necesiten pruebas muy sutiles — respondió Daniel—. Si de hecho me siguieron aquel día, han de haberme visto entrar en su oficina y luego en la de Messenger antes de encontrarme con Venn. No sé exactamente qué sabían acerca de usted y de Messenger en ese momento, pero era sin duda lo suficiente para hacerles sospechar de cualquiera a quien yo visitase. Venn les debe de haber parecido un superhumano oculto. Si en el curso de su investigación descubrieron la mula muerta, la consideraron probablemente como una creación fallida de Venn. Cuando lo encontraron inconsciente en su cuarto (supongo que creyeron que estaba meramente dormido), la ocasión les pareció demasiado propicia para dejarla pasar — Daniel miró con amabilidad a la joven—. ¿No le parece que esta explicación es coherente?

Sorprendido en cierta medida vió que la joven asentía.

—Eso es más o menos lo que realmente sucedió. — Ana hablaba distraída con su mente todavía en otra parte —, aunque los sicarios de Gelian tenían una razón mejor para considerar a Venn una mutación superhumana...

### Casas de porcelana

**EL** mismo tipo de porcelana que se utiliza en los exteriores de las heladeras, está en camino de transformarse en uno de los materiales principales para la construcción de casas. Sirve tanto para revestimiento de paredes, como de pisos, para decoraciones y para muebles. No tiene competencia si se trata de laboratorios, y ya se está produciendo en todos los colores. Otra ventaja, muy apreciada por desgracia en nuestros tiempos, es su resistencia a contaminarse con radiactividad.

Daniel le miró fijamente, reprimiendo su emoción.

—¿Usted... sabe lo que sucedió?

—Vi el informe de los dos agentes que se encargaron del caso. Lo encontré en una carpeta la noche que estuve en la Agencia Gelian, antes de que saliéramos para acá. El que lo asesinó lo había estado vigilando varios días desde una pieza enfrente de la suya, esperando conocer sus relaciones. Otro entró inmediatamente después del asesinato, disfrazado de viajante de comercio... Entre los dos lo sacaron en un simple baúl.

—¡Es verdad; yo vi al viajante de comercio! — Daniel contempló nuevamente a la joven, y el efluvio de sus dotes superhumanas pasó sobre él como una brisa helada—. Supongo que mi visita decidió el caso en contra de Venn. Pero, ¿por qué lo vigilaban?... ¿por qué lo tomaron por una mutación?

Ana no respondió de inmediato. Se había acercado a él a través del cuarto vacío. Ahora se detuvo, vigilándolo con detención. Arrugó el entrecejo y asintió con un gesto, como si se hubiera decidido por fin a decir lo que debía y había estado demorando.

—Venn había vuelto de Nueva Guinea con sus facultades mentales en perfecto estado — dijo por fin —; los otros, que habían penetrado en el interior de la isla con él, las perdieron por el virus de la encefalitis. Los hombres de Gelian pensaron que Venn también había sido contaminado, aunque en verdad éste nunca se acercó a la zona infestada.

—No veo la relación entre uno y otro hecho — replicó Daniel, sacudiendo la cabeza—. ¿Quiere usted decir que lo mataron porque no había sido contaminado por el virus de la encefalitis?

—En cierto modo, sí. Nosotros, las mutaciones, somos inmunes a ésa como a las demás enfermedades. En los casos en que las facultades metapsíquicas

están todavía latentes, el virus es el único test positivo y definitivo para distinguirnos de los meros humanos; aunque es una prueba demasiado drástica para emplearla habitualmente.

**D**ANIEL retrocedió, pero algo lo hizo detenerse, como si hubiera quedado congelado. Durante largo rato no pudo moverse, hablar ni siquiera respirar. Las blancas paredes del "laboratorio" parecieron empañarse, oscurecerse y danzar en torno a él... Lo único que pudo ver claramente fué el adorable rostro marfileño de Ana.

—Yo... — no pudo obligar a sus labios a que articulasen lo que deseaba, pero ellos se movieron por sí mismos —; entonces... ¿yo debo ser inmune?

La conclusión era monstruosa, pero su evidencia no admitía réplica. En la oscuridad de su mente comenzaron a desfilar todos los indicios que antes le habían pasado inadvertidos: su sangre mestiza, como la de Ana; la antigua amistad de su padre con el "hacedor"; los dones metapsíquicos de su madre; su percepción física del peligro... ¿Se trataba, pues, de una capacidad superhumana que comenzaba a despertarse en él?

Trató desesperadamente de negar todas estas evidencias, con la misma desesperación con que en su niñez había tratado de negar su sangre mestiza ante su compañerita de juego. La misma rabia impotente de entonces se apoderó de él: odiaba a Ana como antaño había odiado a la blonda niña. Pero no podía hacer nada para anularlo. Blanco o negro, humano o superhumano, no podía borrar su herencia genética.

—Sí: usted es inmune — respondió Ana sobriamente —: usted es una mutación.

—Es imposible — musitó débilmente Daniel—. Usted misma me sometió a las pruebas... y usted dijo que el resultado había sido negativo.

—Pero faltaba la prueba concluyente: el virus. Entonces no lo empleé— Ana lo miraba sonriendo y parecía mucho menos distante—. Ninguna otra prueba es definitiva en casos como el suyo, en que las capacidades metapsíquicas no se han despertado todavía.

Daniel humedeció sus labios y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Estamos plasmados para escondernos entre los humanos hasta llegar a una edad en la que podamos protegerlos por nosotros mismos —Ana parecía divertida con la confusión de Daniel, pero amable—. Esto es lo que hace tan difícil decidir en cada caso si se trata de un ser humano normal o de una mutación. Las diferencias aparecen sólo cuando llegamos al pleno desarrollo.

—¿Y no han... , no hemos llegado todavía a desarrollarnos?

—Somáticamente, sí; pero el señor Messenger dice que mentalmente somos todavía criaturas de pecho. Dice que los dones que nos ha infundido

apenas han comenzado a desplegarse.

—Es demasiado para aceptarlo todo de un golpe —dijo Daniel mirándola con aire extraviado—. Necesito un tiempo para hacerme a la idea.

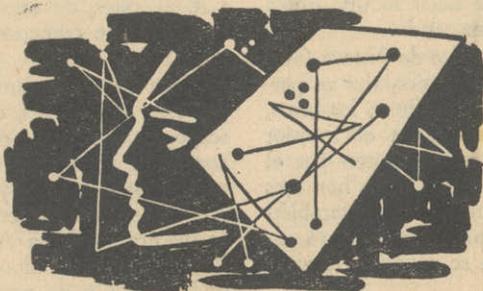
Ana le hizo señas de que callara. Escucharon y oyeron el sonido de una bocina. Daniel la miró intranquilo.

—Temo que tenga que acostumbrarse sobre la marcha —expresó ella, volviéndose rápidamente hacia la puerta—. Tenemos que salir ya, porque el primer avión de la "Operación Supervivencia" estará aquí al amanecer.

Daniel salió tras ella a la oscuridad de la noche. Ahora comprendía por qué Ana lo había examinado con tanto detenimiento durante toda la conversación. Lo había estado estudiando para decidir si era uno de los suyos y merecía su confianza o no.

Y esta vez, sí, había cumplido bien la prueba.

*(Concluye en el próximo número)*



**más allá** Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 414.547. Distribuidores, Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

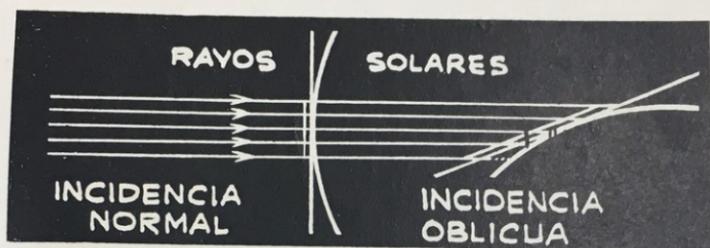
**CORREO  
ARGENTINO  
Central (B)**

**FRANQUEO A PAGAR**  
Cuenta N° 574

**INTERES GENERAL**  
Concesión N° 4923

# EL MECANISMO DE LA SUCESION DE LAS ESTACIONES

La causa del fenómeno de las estaciones es la inclinación del eje de rotación de la Tierra con respecto a la órbita que describe el planeta alrededor del Sol. Esto hace que, en las diferentes épocas del año, los rayos solares incidan perpendicularmente ya en el hemisferio Norte, ya en el Ecuador, ya en el hemisferio Sur. Cuanto más perpendicularmente inciden los rayos sobre una zona de la superficie terrestre, más calor hace en esa zona. La razón es que la misma cantidad de ondas luminosas se reparte sobre una superficie menor.



Los rayos solares, al incidir oblicuamente sobre una superficie, se reparten sobre un área mayor que cuando inciden normalmente.

También tiene cierta influencia en el mecanismo de las estaciones el hecho de que la órbita sea elíptica y que el Sol se encuentre en uno de los focos de la elipse. El resultado de esto es que el Sol se halla más cerca de la Tierra en enero que en julio, recibiendo en el primer caso un 7% más de calor que en el segundo. En este sentido los habitantes del hemisferio Norte están privilegiados: la temperatura promedio sufre menores oscilaciones; sus veranos son menos calurosos en promedio que los nuestros, y sus inviernos menos rigurosos.

